G.R. OLIVEIRA



MI PESADILLA *con Traje*

MI PESADILLA CON TRAJE: PROVOCADA, DESPRECIADA Y AUN ASÍ LOCA POR ÉL

(2026)

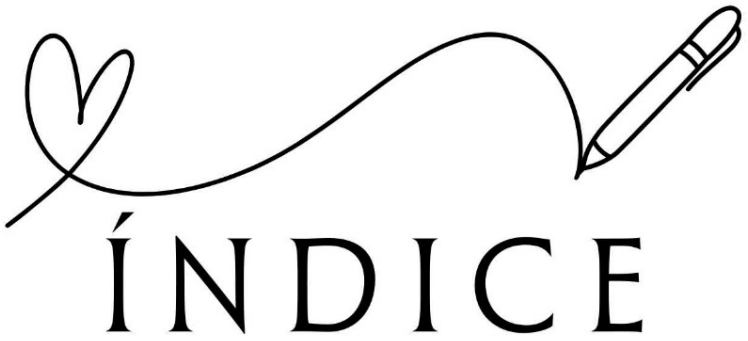
Copyright © G.R. OLIVEIRA
Publicación Independiente | Todos los derechos reservados.

Esta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y acontecimientos que se describen son producto de la imaginación del autor. Cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, es mera coincidencia.

Esta obra sigue las reglas de la Nueva Ortografía de la Lengua Portuguesa.

Todos los derechos están reservados y protegidos por la ley n.º 9.610, de 10 de febrero de 1998.

Queda prohibido el almacenamiento y/o la reproducción de cualquier parte de esta obra, por cualquier medio —tangible o intangible—, sin el consentimiento por escrito del autor.



ÍNDICE

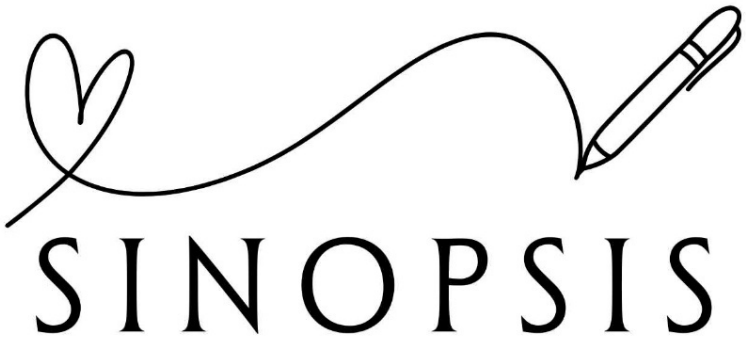
ÍNDICE
PLAYLIST
SINOPSIS
CAPÍTULO 1
CAPÍTULO 2
CAPÍTULO 3
CAPÍTULO 4
CAPÍTULO 5
CAPÍTULO 6
CAPÍTULO 7
CAPÍTULO 8
CAPÍTULO 9
CAPÍTULO 10
CAPÍTULO 11
CAPÍTULO 12

CAPÍTULO 13
CAPÍTULO 14
CAPÍTULO 15
CAPÍTULO 16
CAPÍTULO 17
CAPÍTULO 18
CAPÍTULO 19
CAPÍTULO 20
CAPÍTULO 21
CAPÍTULO 22
CAPÍTULO 23
CAPÍTULO 24
CAPÍTULO 25
CAPÍTULO 26
CAPÍTULO 27
CAPÍTULO 28
CAPÍTULO 29
CAPÍTULO 30
CAPÍTULO 31
CAPÍTULO 32
CAPÍTULO 33
EPÍLOGO
NOTA DEL AUTOR

Playlist

PLAYLIST





SINOPSIS

Es arrogante. Insoportable. El peor jefe que podría haberme imaginado. Y, joder, también es el hombre más atractivo que he visto en mi vida.

LUIZA GOULART

He luchado durante años para llegar donde estoy.

Directora General en GCR Turismo, la agencia de mis sueños, después de dejar un puesto cómodo en Argo's para buscar algo que fuera realmente mío. Carrera en pleno crecimiento, autoestima por las nubes, vida social envidiable. Todo perfecto.

Hasta que llega él.

Victor Hugo. El nuevo CEO. Tatuajes que asoman bajo el cuello de la camisa, sonrisa de chulo y una arrogancia que roza lo ridículo. Parece sacado de una sesión de fotos, pero se comporta como si el mundo entero le debiera favores.

Me llama por un nombre que no es el mío. Me trata como si fuera su secretaria personal. Y lo peor: me mira con esa sonrisa imposible de descifrar, como si supiera exactamente el efecto que me provoca.

No lo soporto. Y el problema es que no consigo dejar de pensar en él.

VICTOR HUGO

Trabajo con resaca. Insulto a mis empleados sin pensármelo dos veces. Me visto como me da la gana y hablo como me apetece. Soy el peor director ejecutivo que GCR Turismo ha tenido jamás — y me importa absolutamente nada.

Al menos, no me importaba. Hasta que la conocí.

Luiza Goulart. La directora general. La mujer que me planta cara como nadie se ha atrevido nunca, que no se deja impresionar ni por mi apellido ni por mi cuenta bancaria, y que tiene esa boca

insolente que me dan ganas de hacer callar de todas las maneras posibles.

Ella me odia. Y me lo dice a la cara.

Debería dejarla en paz. Debería centrarme en el trabajo. Debería dejar de provocarla solo para ver cómo le brillan los ojos de rabia. Debería. Pero no lo voy a hacer.

—Eres insoportable.

—Lo sé. Por eso sigues hablando conmigo.

—¡Hablo contigo porque eres mi jefe!

—No, guapa. Hablas conmigo porque te divierte. Exactamente igual que me divierte a mí.

- ✓ **Enemies to Lovers**
- ✓ **Jefe / Empleada**
- ✓ **Héroe arrogante e irreverente**
- ✓ **Heroína fuerte que no se deja pisar**
- ✓ **Tensión verbal y química explosiva**
- ✓ **Forced Proximity en la oficina**
- ✓ **Bad Boy tatuado**
- ✓ **Slow Burn**



CAPÍTULO 1

CAPÍTULO 1

«Y cuando todo parece ir bien...»

LUIZA GOULART

No consigo expresar como me gustaría lo feliz que estoy con mi vida actualmente.

Normalmente ya me considero una mujer alegre —incluso demasiado en ciertas ocasiones—, pero este mes está todo espléndido; por increíble que parezca, estoy viviendo el ápice de mi vida, en todos los sentidos.

Cuando dejé *Argo's* tomé una decisión arriesgada, sobre todo por ser consciente de que iba a cambiar un empleo cómodo y seguro por algo nuevo. Pero cuando seguimos nuestros sueños, hay que arriesgarse, y así lo hice.

Entré en *GCR Turismo* ocupando el puesto de Gerente Administrativa, lo cual estaba bien, porque no se alejaba demasiado de la realidad que vivía en Argo's; aun así me dejé la piel para adaptarme y superarme cada día. Tenía como objetivo ascender, y hoy estoy en el puesto de *Gerencia General*, por competencia y mérito propios. Este cargo no es de los más altos de la empresa, ya que los directores tienen mucho más poder que yo, pero estoy contenta con mi crecimiento, porque en prácticamente un año he conseguido un puesto mejor económicamente que en mi última empresa.

Mi sueño siempre había sido trabajar en una agencia de turismo, y por eso renuncié a la convivencia diaria con mi mejor amiga y a un buen sueldo para estar aquí, y hoy, mirando hacia atrás, puedo afirmar que no me arrepiento de nada, y pretendo seguir volando más alto.

Natanael acababa de pedirme que pasara por su despacho.

Es el CEO de la agencia y la persona con la que más trato tengo aquí, ya que básicamente tengo que rendirle cuentas de todo. Para mí incluso es mejor, porque algunos directores de *GCR*...

Prefiero ni comentar, *que Dios nos pille confesados*!

—*¡Ya estoy aquí*! —Di dos golpecitos en la puerta, que estaba entreabierta, y enseguida me pidió que pasara.

—Hola. ¿Pudiste cerrar los informes que te pedí?

—Sí. Ya los he enviado por *correo electrónico* —sonreí.

—*Ah*, vale —dijo, y al momento miró hacia la ventana.

Es un hombre normalmente alegre, pero hoy no se parecía en nada a la persona a la que me había acostumbrado a ver el

último año en la empresa.

—Está usted triste —rompí el silencio.

—Un poco, chica.

—¿Y qué ha pasado?

Vi que esbozó una sonrisa que ni siquiera le llegó a los ojos, y acto seguido bajó la cabeza, ligeramente abatido.

—Lo que ocurre en la mayoría de las empresas. Me han sustituido.

¡Espera un momento...!

Tardé unos segundos en asimilar lo que acababa de contarme, y a continuación incluso me senté.

—Pero... todo va bien —balbuceé—. La empresa está creciendo, los beneficios aumentan cada día, la tasa de despidos ha caído... No entiendo por qué ahora; no tiene sentido que haya otra persona en su lugar si todo está en perfecto orden.

Esa información no me gustó nada; me pareció todo aquello muy injusto.

Natanael siempre lo había dado todo por la empresa, y fue una de las personas que me prestó apoyo; cuando me ascendieron le pedí consejo, y fue gracias a sus muchas enseñanzas que hice cursos y más cursos para perfeccionarme y desempeñar lo que el puesto exigía de forma satisfactoria.

—Quieren sangre nueva, alguien más joven, con perspectivas diferentes. Bueno, al menos es lo que yo creo, pero nunca lo sabré con certeza.

—Yo... ni sé qué decir —apunté, cabizbaja.

—Luiza, tú sigue con el gran trabajo que estás haciendo hasta ahora —sonrió—. En este último año has sido la persona que más ha destacado en la empresa y confío en tu capacidad, porque

eres la mejor gerente que tenemos. Sé que te llevarás bien con el nuevo CEO.

—¿Cómo se llama?

—No me lo han dicho, pero empieza esta misma semana. Mañana ya no haré falta aquí.

Por lo visto no tendré tiempo ni de prepararme psicológicamente; lo voy a echar muchísimo de menos, porque era un gran CEO y un *guía cuando lo necesito***.**

A pesar de todo, soy una persona que se adapta con facilidad e intento llevarme bien con todo el mundo. Estoy segura de que eso ocurrirá con el próximo CEO; al fin y al cabo, soy Luiza Goulart...



Tras salir de la empresa fui directa a la nueva casa de mi amiga.

Antes de que Daniel y Beatriz se casaran, compraron un piso cerca de mi casa, y ni hace falta decir que vamos a ser un *trío,* porque básicamente todos los días les doy la lata a los dos gracias a internet, pero ahora también seré visita habitual en su casa.

—Amor, Luiza ha venido a tomar algo con nosotros, y por la cara que trae está disgustada —dijo mi amiga, y al momento oímos sus pasos viniendo hacia nosotras.

Daniel y Beatriz se casaron el mes pasado y volvieron de la luna de miel la semana pasada. Y sí, ya estoy en su casa; no les he dado ni tiempo de instalarse. Y sí, son recién casados y parecen cansados, pero me da igual.

Soy *entrometida* y no me importa. Daniel no se casó solo con Beatriz; yo venía en el *paquete*, y va a tener que aguantarme, quiera o no.

—Yo también estoy molesto —dijo Daniel acercándose para saludarme—. Yo quería dormir y ella me ha interrumpido —añadió a continuación, y al momento le lancé una mirada desdeñosa.

—Voy a ignorar ese comentario —apunté con cara de pocos amigos.

—Era una broma. ¿Qué ha pasado?

Les conté la noticia del inminente despido de Natanael, así como lo compenetrados que estábamos trabajando juntos. Le debo buena parte de mi crecimiento, ya que, igual que Beatriz, me reflejé mucho en mi jefe, convirtiéndome en una profesional bastante más capacitada.

—Espera... no me dijiste el nombre de la empresa en la que trabaja Luiza —se volvió hacia Beatriz cuando terminé mi lamento.

—*¡Sí que te lo dije*! —replicó ella.

—No, solo dijiste que era algo relacionado con turismo, nada más.

Beatriz hizo memoria y enseguida me miró, asintiendo.

—Ya, creo que no.

—Pero no entiendo el motivo de que estés tan disgustada. Los CEO van y vienen con más frecuencia de la que imaginas, y eso ya lo sabes —dijo Daniel.

—Sí, lo sé; el problema es que todo va bien, la empresa está creciendo y teniendo un buen desarrollo; por eso no he entendido nada. Lo peor es que ni siquiera sé quién va a ocupar su lugar.

—¿Cómo se llama la empresa en la que trabajas? —preguntó Daniel.

—*GCR Turismo.*

Y bastó con que pronunciara ese nombre para que Daniel pusiera mala cara y se le formara una arruga en la frente.

Me quedé confundida por su sorpresa momentánea, y esa reacción suya me dejó un poco preocupada.

—¡*Mierda*! —dijo al cabo de un momento, cerrando ya los ojos y pasándose la mano por la cara.

—*¡Ay*, Dios mío! Habla ya, hombre, me estás dejando angustiada... yo soy *cardíaca*!

Respiró hondo y enseguida se sentó con nosotras.

—¿Te acuerdas de un hombre que entró en nuestra boda con una botella de *whisky*?

—¿*Que si me acuerdo*?! ¡Claro!

—*¡Amiga, céntrate*! —me interrumpió Beatriz, que tenía cara de pocos amigos.

—*Vale* —sonreí sin gracia—. Yo estaba lejos de vosotros, pero sí me fijé; recuerdo que Daniel incluso habló con él, y enseguida lo vi marcharse.

—Pues voy a resumirte la historia...

Daniel me contó que él y ese hombre, que se llama Victor Hugo Avelar, habían sido entrenados juntos por Arquímedes, un gran CEO, y que, por culpa de la competitividad, terminaron convirtiéndose en rivales.

Después habló un poco sobre la vida de *mi futuro jefe*, así como sobre las empresas por las que había pasado. Cosa que no me pareció nada del otro mundo; él parecía una persona normal para mí.

—Seamos sinceros... —Daniel juntó las manos analizándome metódicamente—. Quiero que me digas cuál era tu visión sobre mí cuando yo era el CEO de *Argo's?*

—A ver...

Le eché una miradita a Beatriz del estilo: «¿de verdad voy a poder despotricar contra tu marido?».

—¿Estás seguro de que quieres saberlo?

—Habla, amiga.

—Claramente fuiste un excelente CEO; en esos seis meses levantaste la empresa y conseguiste que volvieran a reconocerla, y todo eso, pero... conmigo siempre fuiste un capullo, un imbécil, un dictador, un tirano, un borde y otros preciosos adjetivos que no cabrían en un folio.

—Me lo imaginaba. Ahora... multiplica esos *preciosos adjetivos* por la falta de responsabilidad y tendrás como resultado al espécimen Victor Hugo Avelar —esbozó una sonrisa cínica.

—Eso es... ¡*imposible*!

—Ah... te *aseguro que no lo es* —se burló—. Y eso es a lo que vas a enfrentarte, si lo que él *mismo* dijo es realmente verdad.

—¿Cómo dices...?

—Es extremadamente inteligente, y sabe utilizar a la gente como nadie. No es de los que trabaja; solo lo hace como último recurso. Yo me parto el lomo; él difícilmente lo hace.

—¡*¿Qué mierda es esa?*! Ni siquiera debería ser CEO; *está* en el puesto equivocado.

—¡Lo mismo dije yo! —apuntó Beatriz, y Daniel sacudió la cabeza en desacuerdo.

—*Ah... ¡él está donde debe estar*! —dijo con el semblante serio—. Es uno de los mejores, o el mejor, según el punto de vista de quien lo analice. Pero voy a darte un consejo muy importante: *¡ten mucho cuidado!*

—¿Cuidado?

—Sí. Por lo que me dijo Beatriz, estás en la empresa en la que siempre quisiste trabajar, y piensas quedarte allí.

—Así es.

—Pues que sepas que a Victor Hugo Avelar le va a dar exactamente igual. Y ten en cuenta que despide a la gente simplemente por respirar a su lado. Así que mi consejo es que lo evites al máximo.

—Pero yo tengo que trabajar codo con codo con el CEO; soy la gerente general.

—Entonces tendrás problemas si no congeniáis, y Luiza... —Daniel hizo una pausa dramática, lo que elevó mi preocupación al nivel máximo, ya que él no suele ser tan expresivo—. No congenia con el noventa por ciento de la gente.

—¿Y qué hago al respecto?

—Céntrate en el trabajo e ignóralo, porque, si no... —respiró hondo mirando a Beatriz y a continuación a mí—. *¡Te va a hacer la vida un infierno! ¡Apuesta lo que quieras!*



CAPÍTULO 2

CAPÍTULO 2

«No tengas miedo de vivir como un loco cuando sea necesario...»

VICTOR HUGO

¡Trabajar con resaca es una mierda!

En realidad no lo es, por eso lo hago a menudo. El problema es que hoy es mi primer día en la empresa y, curiosamente, estoy con pereza y desanimado.

No, eso también es mentira. Por lo general me pasa.

Miré la fachada de GCR Turismo y al momento suspiré cerrando los ojos.

Apenas había pasado por la puerta de entrada cuando, para mi sorpresa, me abordó un hombre que aparentemente me estaba esperando. Al mirarle la tarjeta vi que trabajaba aquí.

—Buenos días, Victor Hugo. Me llamo Carlos, soy el gerente administrativo y voy a enseñarle GCR...

Era como si el hombre estuviera de guardia ahí, solo esperando a que llegara.

—Vale, hijo mío, agiliza el proceso y enséñame el despacho, Marcos —interrumpí al hombre, ya sin paciencia ante su perorata larga e innecesaria.

—Soy Carlos, señor.

—Eso mismo he dicho —me encogí de hombros.

Entramos en la empresa y fui analizando rápidamente las instalaciones. No veía nada del otro mundo. Yo ya he trabajado en sitios más grandes y mucho más llamativos.

—Como puede ver, este es un lugar ventilado, amplio, con buenas vistas y...

—¡Pare! —Me quité las gafas de sol y metí la mano —la que no estaba ocupada— en el bolsillo del pantalón, y lo miré incrédulo.

—¿Qué pasa?

—¿Tú eres gerente, arquitecto, ingeniero, urbanista y qué más? Qué quiero saber yo cómo es el espacio de esta cuchitril; tú enséñame mi despacho, Marcos.

—Mi nombre... —suspiró—. Está bien.

No caminamos ni un minuto y ya estaba en mi supuesto despacho. Por lo visto esto es bastante más pequeño de lo que

imaginaba, y ahora me pregunto si realmente GCR Turismo es la empresa más famosa de la zona.

Claro que hice mis investigaciones, pero todo parece demasiado básico. Ni siquiera tengo un baño en mi despacho. Esto es inadmisible, y...

Respiré hondo. Es mi primer día, tengo que calmarme y ser amable.

El problema es ser «una persona amable», ya que básicamente solo lo soy en dos sitios.

—¿Necesita algo más?

—De momento no —sonreí, o al menos lo intenté.

—Ya me voy, señor. Para cualquier duda estaré a su disposición.

—Ah, espera, voy a decirte otra cosa. —Controlé la respiración, pero acto seguido esbocé una amplia sonrisa—. Señor está en el cielo, llámame Victor Hugo.

—Va-vale.

—Ahora que ya está aclarado... ¡a por ello, Marcos! —Mantuve la sonrisa.

—¿Cómo dice?

—¡Madre mía! Qué hombre más lento... ¡vete, lárgate!

LUIZA GOULART

El nuevo CEO ya ha ocupado el despacho que antes era de Natanael.

Beatriz que me perdone, pero es más guapo que su marido.

Mi libido está dando la nota aquí solo porque, cuando lo vi de espaldas, me di cuenta de que cerca de la nuca tenía una «muestra» del inicio o final de un tatuaje. A continuación giró la silla y se levantó, y enseguida pude verlo de frente.

La manga de su camisa estaba doblada, y vi que en los brazos tenía algunos tatuajes aleatorios. Probablemente tendrá varios repartidos por ese monumento *llamado Victor Hugo*, que, gracias a los dioses, está compuesto por cabello negro y largo recogido en estilo moño samurái, ojos castaño oscuro y, claro, un cuerpo que aparentemente fue esculpido a mano.

Es evidente que detrás de su ropa formal hay músculos y más músculos, y eso aviva aún más mi curiosidad. Eso por no mencionar esa boca... Mejor dejo de fijarme, porque esta tentación ya está *desequilibrando mi chakra,* y mi foco en *GCR* es otro.

Di unos suaves golpes en su puerta y esperé hasta que me permitiera entrar. Al verme, paró enseguida lo que estuviera haciendo, o lo que fuera que tuviera entre manos en el móvil.

Realmente era el mismo hombre que vi en la boda de mi amiga, y *qué hombre, dicho sea de paso*.

—Buenos días —dije.

—Buenos días. ¿Tú eres...?

—Me llamo Luiza Goulart y soy la gerente general de la empresa —dije con firmeza—. Yo trabajaba mano a mano con

Natanael, y todo pasaba antes por mí. Después de su visto bueno, lo trasladaba a los directores de *GCR*.

—*Hmm*. Interesante.

—Entonces, *Luzia*, ¿qué crees que voy a necesitar? ¿Cómo era tu trabajo con el otro CEO?

—Me llamo *Luiza* —recalqué—. Y lo asistía básicamente en todo, desde la organización de charlas y reuniones hasta servicios sencillos como la redistribución de personal, actividades administrativas o cualquier otra eventualidad.

—Entiendo.

—Si quiere ponerse al día con los asuntos y proyectos antiguos de la empresa, le sugiero que contrate a un auditor.

—Creo que yo puedo encargarme de ese servicio. —Se cruzó de brazos, todo sonriente.

—Y a un abogado.

—Yo también hago ese papel cuando hace falta.

—Y a alguien que le ayude a...

—Cariño, en la mayoría de los casos, me basto solo. ¿Aún no lo has pillado? —me interrumpió, con una sonrisita en la cara.

¿Y entonces para qué me preguntas, desgraciado?

Menos mal que solo lo pensé; de lo contrario, podría estar metida en un lío.

—Entonces, ¿qué es lo que no hace? —pregunté intentando ser educada.

Salí del despacho y sé que sus ojos recorrieron mi cuerpo. Cuando giré por el pasillo oí su voz un poco más alta: —*Luzia*, me he acordado de que necesito algo urgente —dijo, pero ni me molesté en volver.

¡Yo no fui bautizada con ese nombre, así que no estoy obligada!

Fui hacia la cocina y enseguida cogí una taza de café. Después de dar un sorbo, pensé durante unos segundos cómo sería esta experiencia con el nuevo CEO. Probablemente tendré algunos problemas, pero no puedo dejar que me afecte.

Cuando me di cuenta, Victor Hugo entró en la cocina y su semblante no era nada acogedor.

—¿Eres sorda o qué?

Sí... ¡mi paciencia ha durado menos de lo que tenía previsto!

—Uno: *¡no soy sorda*! Y dos: —Me acerqué a él—. Me llamo *Luiza*, y no *Luzia*. Así que voy a darte un consejo: cuando quieras hablar conmigo, llámame por mi nombre correcto, de lo contrario vas a quedarte detrás de esa tal *Luzia* durante mucho tiempo. ¿Entendido?

Victor Hugo entornó los ojos y sonrió; acto seguido me pasó el pulgar por la mejilla, dejándome sin entender lo que acababa de ocurrir: —Vaya... por fin alguien me gusta en este cuchitril. Por lo visto, vamos a divertirnos bastante. Hasta pronto, *preciosa*.

Salió sin más y yo me quedé como estaba antes, sin entender nada.

El tío me llamó, no dijo nada útil y simplemente me dio la espalda.

Está costando creer que este tío sea realmente el CEO inteligente del que hablaba Daniel...



Me he conseguido una nueva amiga ya que Beatriz no está soltera, y lo bueno es que ella es exactamente mi clon... *más joven.*

—Y bien, Renata, ¿cómo van las cosas en *Argo's*?

—¿Quieres saber sobre los asuntos *personales o profesionales*? —preguntó.

—¿Y cómo sería la parte *personal*? —me erguí, sin entender.

—Digamos que, en mi caso, los hombres no paran de mirarme, porque cada día estoy más guapa y, por desgracia para ellos, soy inalcanzable. —Dio un trago a la cerveza—. Así que... *¡que se peleen!*

—¿Te he dicho ya que te quiero hoy?

—Hoy no. Pero como siempre digo... *¿se puede no quererme*?

Mi persona favorita...

Creo que nunca en mi vida he conocido a nadie tan parecido a mí, y nos llevamos genial, por mucho que nos llevemos casi diez años.

—¿Cuándo cumples veinte?

—Dentro de dos meses. ¿Y tú, cuándo cumples cuarenta y cinco? —Puse mala cara y al instante le hice una peineta, lo que la hizo reír muchísimo.

—Como puedes ver, delante de ti tienes a una mujer de veintinueve años bien repartidos en este cuerpecito precioso, y cuando llegue de verdad a los cuarenta y cinco, estaré aún más guapa.

Tras bajar el entusiasmo, empezó a analizarme atentamente, y cuando hace ese gesto de forma tan incisiva, comienza la sesión de *preguntas y respuestas*.

—Y el nuevo CEO de la empresa, ¿cómo es?

¿Veis lo que os decía...?

—Se llama Victor Hugo Avelar.

—Espera... *¿es el rival que Daniel tenía en el pasado?*

—¿Cómo lo sabes? *Ah*... —Cerré los ojos—. Se me había olvidado que estoy hablando con la *acosadora* de Daniel Falcão.

—Yo siempre lo sé todo sobre él, incluso que Beatriz está embarazada de cuatro semanas —me guiñó un ojo.

—¿Cómo dices? —Me quedé blanca.

¿Beatriz embarazada y no me lo ha contado?

—¡Es broma! —sonrió y enseguida se llevó un buen tortazo, para que dejara de *hacer* la tonta.

—*Renata*... —reflexioné.

—Esta vez no estoy bromeando. —Se le puso la cara seria—. Lo definiste muy bien con tus palabras. Es un genio incomprendido por la sociedad moderna, al menos él se ve así. Polémico, bohemio y misterioso.

—¿*Misterioso*?

—Sí, es el punto en el que más se parece a Daniel. Desaparece durante algunas temporadas y eso, pero no sé más detalles; siempre me centré en Daniel como empresario, sé muy poco de Victor Hugo.

—Entiendo.

Enlazamos algunos temas cotidianos, y a continuación hablé un poco más sobre cómo iba mi trabajo, pero esta vez Renata solo escuchó.

—Ahora hablemos de la parte profesional. ¿Cómo va tu trabajo en *Argo's*?

—Estoy a punto de cambiar de puesto... otra vez. Beatriz se está desenvolviendo como una gran CEO, y hago algunos proyectos

con ella, así que me interesé por el sector de ventas, y creo que en breve me ascenderán y asumiré el antiguo puesto que era el suyo.

—¿*Gerencia*? —entorné los ojos, sorprendida.

—Sí. Estoy luchando *por* ello.

—*¡Ay... qué orgullosa estoy de mi muñequita!*

Renata odia... déjame enfatizarlo un poco más: ODIA que la llamen muñequita. Pero yo no tengo la culpa de que sea tan bajita y monísima.

—Voy a darte un aviso que *mi querido Diego* ya recibió hace mucho tiempo: *¡un día te mataré y haré que parezca un accidente!*

Solté una carcajada, levantando las manos, rendida. Me divierto mucho con esta loca.

Diego, que es amigo de Daniel, ha vuelto a la ciudad y lleva en *Argo's* tres meses ayudando a Beatriz con algunos asuntos de los que no sé de qué tratan, ya que de tecnología no sé casi nada.

—¿Y vuestras peleas?

—Como siempre; sigue irritándome aunque trabaje en otro sector.

—Pues por lo visto solo ha cambiado el cuerpo del chico, porque la mentalidad...

Renata no dijo nada, pero claramente estaba imaginándose algo cuando terminé de hablar.

—Sí, ha cambiado, hasta me extrañó.

Volvió hecho otro hombre, bastante más fornido. Un día tuve que ir a *Argo's* y lo observé, y mira... me quedé pasmada; por fin tiene cara y cuerpo de hombre.

—Sabes... a ver si un día tienes una aventura con él. ¿No te lo has planteado? —sonreí con sarcasmo, diciendo algo que hasta entonces es normal en nuestras conversaciones.

—¡*Para ya*! —Apartó la cara, ruborizándose acto seguido.

¿Renata avergonzada? Ah, aquí hay algo...

—¿Por qué te has cortado tanto?

—¡No me he cortado!

—¡Sí, te has cortado! —repliqué, y enseguida hizo una mueca.

Esta chica claramente me está escondiendo algo, y creo que hasta puedo saber de qué se trata.

—Renata, Renata, Renata... *ime parece que quieres acostarte con él*!

—Mi querida Luíza... yo no quiero acostarme con él, yo quiero matarlo, es distinto. Diego me irrita y sabe hacerlo como nadie. Tiene ese don.

—*Hmm*. Ya...

Decidí no extenderme con el tema, pero pronto conseguiría más información sobre esos dos.

De eso ella puede estar segura...



CAPÍTULO 3

CAPÍTULO 3

«La familia es nuestro pilar en todo...»

VICTOR HUGO

—¡Papá! ¡Mamá!

No les di ni tiempo a que dijeran nada y enseguida los envolví en un abrazo acogedor.

Uno de los motivos por los que acepté este empleo en Florianópolis fue la añoranza que sentía por ellos. He sido un hijo ausente estos últimos años, pero ya no quiero seguir lejos, en

absoluto. Las pocas personas que de verdad me conocen saben del amor y el cariño que les tengo, y que mis padres son, sin duda, mi vida.

—Tu padre y yo todavía no nos creemos que hayas vuelto, hijo —dijo mi madre, un poco emocionada.

—¡Y me voy a quedar! —enfaticé—. Estaba esperando una oportunidad en Florianópolis, y apareció.

—Hijo... eso me hace muy feliz. —Mi madre volvió a abrazarme y cerré los ojos acunándola entre mis brazos.

Os echaba de menos, y ahora quiero compensar mi ausencia de algún modo. Y acortar esta distancia es el primer paso.

—Tu padre ha preparado la cena, y por el olor está deliciosa.

—¡No esperaba menos de mi viejo! —Le rodeé el cuello y le di un beso en la mejilla—. ¿Y cuál es el menú?

—Arroz blanco, alubias estilo tropeiro, ensalada de lechuga y tomate, chayote, patatas fritas y de postre un gâteau de chocolate.

Por mucho dinero que tenga para comer en los mejores restaurantes, lo que de verdad me gusta es la comida sencilla, casera.

—¡Madre mía! ¡Creo que voy a volver a vivir con vosotros! —dije, y al momento soltamos una carcajada.

Es increíble... echaba mucho de menos esta energía. Nos llevamos genial, y desde que me fui de casa parece que un vacío se ha apoderado de mí, y difícilmente se llenará.

Después de sentarnos a la mesa, hablamos sobre un sinfín de temas.

Al salir de Florianópolis trabajé en muchas ciudades, e incluso llegué a estar casi un año sin verlos. Pese a eso, siempre estuve presente en su cumpleaños, en septiembre, pero las otras fechas dejé que desear, y lo sé bien.

—Eres famoso, hijo. Tu madre y yo hemos visto un montón de noticias en la televisión y en internet sobre lo que haces en las empresas.

—A eso lo llamamos trabajo duro, Sérgio —dijo mi madre, y me quedé ligeramente cortado.

No voy a decir nada, pero Victor Hugo y trabajo duro no casan, hay que recalcarlo. Aun así, no voy a entrar en ese asunto; mejor que piensen así.

—Y bien, ¿cómo va la vida en esta ciudad maravillosa? —me apresuré a cambiar de tema.

Durante casi dos horas hablamos sobre asuntos personales relacionados con ellos. Aun así, ni hace falta decir que recordamos algunas viejas historias de mi adolescencia y soltamos carcajadas en varias ocasiones. Siempre fui un chaval revoltoso y la liaba mucho. Que se lo digan a mi madre; cada dos por tres estaba en mi escuela hablando con la directora sobre mi comportamiento.

Miré el reloj y ya pasaban de las nueve de la noche.

—¿Qué vas a hacer esta noche, hijo? —preguntó mi madre al ver mi gesto.

—Aún lo estoy pensando. Probablemente iré a un bar y...

—Hijo... no habrás vuelto a beber mucho, ¿no?

—Tranquila, doña Ana Maria... —Me levanté y al momento le planté un beso en la frente—. Estoy celebrando mi vuelta, nada más.

De vez en cuando la llamo por su nombre. No sé por qué, pero eso la tranquiliza en determinados momentos.

No me gusta mentirles, pero estoy seguro de que no aprueban mi conducta. Prefiero no decir nada cuando esto ocurre, porque sé que les haría daño; sin embargo, por desgracia todos tenemos demonios constantes, y yo no soy diferente. La bebida es lo único que me ayuda a olvidar una parte de mi pasado.

—Espero que sigas visitándonos, hijo —fue el turno de mi padre, y enseguida esbocé una amplia sonrisa.

—¿Y tú lo dudas?

Me despedí de los dos con otro largo abrazo.

Ya en la calle, respiré hondo.

Me parece increíble y reconfortante volver a Florianópolis tras recorrer la mayor parte de Brasil. Siempre pensé que mi sitio está aquí, y ahora por fin puedo volver a mis raíces...



Tengo el cuerpo flojo...

Con mucho esfuerzo abrí los ojos, y mi conciencia siguió la misma cadencia.

Aún no sabía dónde estaba, pero en mi casa no era, a menos que estuviera en el suelo, porque el contacto de mi espalda con algo duro y frío era evidente en ese momento.

Me levanté y enderecé la postura, y al mirar al frente tuve una certeza...

¡Lo he vuelto a hacer... cómo no!

Suspiré pesadamente, y durante unos minutos no me moví. Creo que hasta di una cabezadita en ese intervalo, porque a continuación sentí una mano tocándome el hombro.

—¡¡Tío, te has dormido en mi banco!

Miré al hombre que se había apoyado en mí. Era un mendigo.

Fui recobrando la conciencia poco a poco y ahora sé que estoy en alguna plaza, y por lo visto dormí en su banco.

¡Y tiene dueño!

—¡Perdona! —dije, y al momento miré hacia arriba, pero el sol casi me cegó—. ¿Qué hora es? —pregunté y el hombre mal vestido se rio.

—Tío... soy un mendigo, vivo en un banco de una plaza y ni siquiera tengo comida, ¿de verdad crees que tendría un reloj?

Automáticamente miré la muñeca y pude ver mi Rolex intacto.

Las diez de la mañana. Qué bien, realmente he bebido demasiado.

Me levanté e intenté colocarme el traje, tratando de identificar qué plaza era esta y dónde demonios había dejado el coche.

—¿Cómo se llama esta plaza?

—XV de Novembro —dijo tumbándose enseguida en el banco donde yo estaba.

—¿Y tú dónde has dormido? —pregunté.

—En el suelo. Te he dicho que estabas en mi banco —enfatizó, pero no estableció contacto visual.

Respiré hondo y cerré los ojos. En qué tipo de persona me he convertido...

—¡Mil perdones! —Abrí la cartera y al momento saqué un billete—. ¡Toma! Creo que esto pagará mi estancia.

Le entregué el billete, y enseguida le di la espalda, aún tratando de identificar dónde estaría mi Maserati Quattroporte, pero

de nuevo sentí su toque en mi traje, lo que me hizo girarme.

—¿Qué pasa? —pregunté.

—Creo que... me has dado el billete equivocado —dijo balbuceando—. Esto son... ¡cien euros!

—Es verdad.

Volví a coger mi cartera y saqué de ella todos mis documentos, guardándolos en el bolsillo trasero del pantalón.

—¡Toma! ¡Es tuya!

—¿Me estás dando tu cartera?

—Sí. Y todo el dinero que hay dentro también; si no me lo he gastado todo, creo que tiene que haber unos... mil euros. Mi cartera cuesta más de dos mil, así que véndela a un precio adecuado.

—¿Por qué...?

—Tú lo necesitas más que yo. —Le toqué los hombros—. Y quiero pedirte un favor.

—¿Cuál?

—Lucha por tus cosas, no dejes que la gente se duerma en tu banco así como así —le guiñé un ojo y al momento me alejé.



Tardé una eternidad en encontrar mi coche, por eso llegué bastante tarde. No es que me parezca mal, ya que al ser contratado fui muy claro respecto a este *pequeño problema mío.*

—El dueño de la empresa lleva varias horas esperándolo.

Bastó con que entrara en *GCR* para que *Marcos* viniera hacia mí, soltara esas palabras y se alejara. En el fondo me tiene miedo, y me parece una pena.

No me gusta tener horarios fijos, y eso no va a cambiar pronto.

—Victor Hugo Avelar, es un placer verte en persona. No te di la bienvenida ayer porque estaba ultimando algunos planes pendientes —dijo Luigi, el dueño de la empresa, al estrecharme vigorosamente las dos manos.

—¡Sin problemas! Quiero agradecerte la oportunidad de estar en una gran empresa —dije, intentando no dejar entrever que ya había trabajado en sitios mejores.

—Queremos lo mejor para GCR.

—Claro. Espero desempeñar un buen papel aquí.

—¡*¡Y vas a hacerlo!*

No sé si eso fue algo espontáneo o una intimidación, pero estoy acostumbrado a no inmutarme por nada.

—Quiero que sepas que estaré de vacaciones a partir de la semana que viene. Estaré fuera dos meses; después de tantos años dedicándome solo a la empresa, voy a aprovechar para viajar.

Por eso está bien ser el dueño de una empresa que está en pleno vuelo.

Por lo visto, ni siquiera está muy preocupado por las finanzas a largo plazo, pero por suerte para él estoy yo aquí para cualquier eventualidad.

Qué profesión más glamurosa la de un CEO...

—Espero que disfrutes mucho. ¿Adónde vas?

—*El Caribe*.

—¡*No me digas*! Nunca he visto un sitio más bonito... —Me crucé de brazos y sonreí, pareciendo interesado.

Estuvimos hablando durante unos minutos, y creo que me he ganado al hombre, ya que le mostré lo interesado que estaba en aquellas tonterías de viajes que contaba. Cosa típica de gente que no tiene nada que hacer.

—Imagino que ya lo sabes, pero para cualquier duda, Luiza te ayudará. Era el brazo derecho de Natanael.

Miré a mi izquierda y allí estaba ella, a unos metros de mí. Algo me dice que va a ser difícil mantener la concentración con ella constantemente alrededor, sobre todo siendo un hombre complejo como yo...

LUIZA GOULART

Victor Hugo podrá haber engañado a Luigi, pero sé muy bien que la mayoría de sus palabras fueron para camelar al hombre. El dueño de *GCR Turismo* es de los que les gusta hablar y ser escuchado, y como el nuevo CEO no tiene un pelo de tonto, hizo exactamente eso.

Después de que Luigi saliera de la empresa, Victor Hugo me analizó de manera prolongada, y entornó los ojos, mirándome fijamente.

—Ven a mi despacho dentro de cinco minutos.

Cuando se alejó, me di cuenta de que alguien se acercaba a mí.

—¿Qué problema tiene este tío? —preguntó Juliana, la gerente de ventas.

—No lo sé. Pero más vale que tengamos cuidado. En mi última empresa tuve un jefe verdugo, y por cómo van las cosas, este sigue el mismo camino.

Muy al contrario, pueden empeorar...

—Apuntado —dijo, marchándose.

Después de pasar rápidamente por la cocina, fui al despacho de mi jefe y me fijé en un cubo de Rubik en su mano. Cuando entré, fijó los ojos en mí, pero su mano derecha seguía moviendo aquel pequeño objeto.

—¡*Siéntate*! —pidió, e hice lo que me había ordenado.

—¿Qué desea?

—¿Cuál es tu relación con Luigi?

—¿Cómo dice? —pregunté, confundida.

—En una escala del uno al diez, ¿cuál es tu grado de amistad con él?

¿Qué clase de pregunta absurda es esa?

Pensé durante un rato, pero noté cierta impaciencia en su mirada.

Además, no sabía bien en qué fijarme, porque él seguía haciendo girar aquel juguete, distrayéndome.

—Siete —dije, por fin.

—Pues... digamos que eres su protegida —apuntó como quien no quiere la cosa.

—Yo no diría eso. Yo solo hago mi trabajo lo mejor que puedo, y él sabe reconocerlo.

—*Bien, bien*... —respiró hondo—. Conmigo vas a tener que hacer más que eso, te lo adelanto. No soy muy de matarme a trabajar, ¿sabes? —soltó de la nada, como si fuera lo más normal del mundo.

Bien que Daniel lo mencionó aquel día, pero no sabía que tendría tanta razón en ese punto, ni que el propio hombre lo soltara a la cara.

—Algo tendrá que hacer. Es el jefe aquí.

—Sí. Yo mando, tú obedeces, y todos contentos. Básicamente será eso.

Sonreí, sin creerme sus palabras. Este tío es increíble.

—¿He dicho algo gracioso?

—No lo sé. ¿Lo ha dicho?

Victor Hugo ahora tenía una sonrisita burlona en la cara, y la forma en que me miraba era... *extraña*.

—Más te vale ser tan buena como dicen todos, de lo contrario no pasarás de la primera semana aquí. ¿Entendido?

Me puse en alerta.

No hay motivos para que esté hablando de esa manera. Yo ni siquiera he hecho nada mal.

—Yo...

—¡Vete! Cuando te necesite, te llamaré —dijo.

Me levanté de la silla con sus ojos aún fijos en mí, y todavía oía aquel ruido de sus dedos haciendo girar el *maldito* cubo de Rubik.

—¡Otra cosa! —Se levantó, acercándose más—. Yo soy bastante insolente, problemático y perfeccionista. ¿Eso será un problema para ti?

¡Qué tío más loco!

—Creo que no —sonreí de la forma más insolente que pude.

—¿No? —preguntó claramente sorprendido.

—Del mismo modo que tú eres así, yo soy una mujer íntegra, competente y directa. Así que puedes estar seguro de que sabré lidiar contigo.

Una preciosa sonrisa brotó en su rostro, y si no estuviera burlándose de mí, diría que era sincera.

—¡Excelente, *preciosa*! —Extendió las manos entregándome el cubo de Rubik... *¡resuelto!*

¿Cómo lo ha hecho este tío mirándome solo a mí?!



CAPÍTULO 4

CAPÍTULO 4

«Hay que tomar medidas drásticas ante una situación inevitable...»

LUIZA GOULART

Tuve que llevar un montón de documentos al despacho de Victor Hugo, y entre idas y venidas me di cuenta de cuánto me miraba con curiosidad.

No tengo tiempo para *quién sabe qué* esté pensando, y gracias a Dios estoy terminando mi jornada.

—Luiza, ya que vamos a trabajar juntos, quiero que me hables de ti —preguntó cuando me preparaba para salir de su despacho.

—¿Qué quiere saber?

—¿Tienes novio?

—No me gusta la idea de tener a alguien encima, y mucho menos dar explicaciones a ningún hombre —fui escueta.

—¡*Vaya*! Eres casi yo... *en otro cuerpo* —sonrió, burlón.

—Entonces entiendes lo que digo.

—¡*Claro*! Admiro a las personas así, que no se dejan abatir por nada, decididas por naturaleza.

No sé hasta dónde quiere llegar con esta cháchara, pero no puedo darle mucha cuerda a este tío; su belleza me deja despistada en ciertos momentos, y eso no es nada bueno. No quiero que ni siquiera lo sospeche.

—Sabes... confieso que será muy difícil verte desfilando por la empresa tan... —miró mi cuerpo, mordiéndose a continuación el labio inferior—. ¡*Magnífica*!

Sonreí y me crucé de brazos.

Nada zalamero...

—No tengo la culpa de que mi belleza te incomode.

—¿*Incomodar*? —soltó una carcajada—. Es justamente lo contrario, y por eso aún estás aquí.

—¿*¿Cómo dices?*

—Te despediría si no cumplieras mis expectativas.

Entrecerré un poco los ojos, sin creerme lo que este tío estaba diciendo.

—Espera un momento... ¿me estás queriendo decir que si yo fuera *fea* o algo del estilo, simplemente irías a... *despedirme sin más*?

—No es exactamente así... —Apartó los ojos, mirando al vacío durante un rato—. Es decir, *en realidad es exactamente eso*. Me gusta observar la belleza esté donde esté. —Cogió una manzana que tenía sobre la mesa y la mordió; acto seguido apoyó los pies encima.

No hay duda, este hombre es un idiota que se cree Dios. Nunca pensé que pudiera llegar a pensarlo, pero *¡echo de menos a Daniel!*

—¿Qué estás pensando? ¡Puedes decírmelo a la cara!

Si supiera la cantidad de *mierdas* sobre él que me rondan la cabeza, hoy mismo estaría despedida; mejor quedarme calladita.

—¡Creo que eso no es asunto tuyo!

—Muy lista por tu parte. —Se levantó dejando el resto de la manzana sobre la mesa—. Debes de pensar que soy un *capullo idiota,* ¿verdad?

Creo que por primera vez ha dicho algo con lo que estoy de acuerdo.

—Quizá.

—Bueno, déjame decirte una cosita... —Se acercó hasta quedar a centímetros de mi cara—. *¡Soy un capullo idiota!* Pero, por desgracia para ti, Luigi me contrató porque soy el mejor.

—¿En serio? He trabajado con Daniel Falcão, y a día de hoy sigue siendo el mejor CEO que...

¡Mierda!

Paré de hablar cuando me di cuenta del nombre que había mencionado, y ni hace falta decir lo furiosa que se le puso la cara al oírlo.

—¡Más te vale tener mucho cuidado! ¿Vas a decirme a la cara que mi rival es mejor que yo? —El hombre se acercó un poco más, prácticamente pegando su cara enfadada a la mía.

—Y-yo...

—Tranquila, es una broma. —Su rostro se suavizó y al momento posó las manos sobre mis hombros—. Pero voy a darte un aviso *sutil.* —Se acercó muy cerca y susurró en mi oído, lo que hizo que un escalofrío me recorriera el cuerpo—. Daniel es un niño en comparación conmigo, porque él *solo* dice lo que piensa, le duela a quien le duela, mientras que yo tengo otros métodos, y si quiero reduzco a alguien a polvo sin que ni siquiera lo sospeche, así que más te vale elegir con cuidado lo que vas a decir, *preciosa*.



La semana de trabajo me ha dejado agotada. Literalmente.

—*Está* por nacer alguien más vago que ese *Chewbacca* —dijo Lenna, una de las chicas que trabaja en la empresa, al pasar a mi lado.

—Estoy de acuerdo —dije, riéndome de este nuevo apodo que le han puesto al CEO trasto.

He trabajado como una mula para intentar de algún modo asistir a Victor Hugo, pero todo estaba mal desde su punto de vista.

Además de que el desgraciado no hace nada, encima tengo que oír que lo estoy decepcionando. Para empeorarlo aún más, hubo dos momentos en los que fui a su despacho y estaba durmiendo.

¡Durmiendo!

No tiene sentido contratar a un tipo como él para ser el CEO de una empresa tan grande como *GCR Turismo*; aún no sé qué tenía Luigi en la cabeza para hacer algo así.

—Y encima los martes y jueves se va dos horas antes del cierre de la jornada. Qué fácil es trabajar como él —volvió a decir.

No sé por qué lo hace, pero los martes y jueves sale de la empresa a las cuatro de la tarde, sin falta. Creo que es la única hora a la que es puntual, porque su horario de llegada es un caos. Lo he visto entrar en la empresa a las doce y cuarto, y ligeramente borracho, aunque no se lo dije a nadie.

Pese a las numerosas peticiones que me dirigió, no lo he visto mucho esta semana. Aun así, hoy tengo que resolver algunos asuntos urgentes con él, y no tengo un buen presentimiento.

—No tenemos otra opción que aceptarlo, amiga —dije.

—Sí, por desgracia.

Volví a mi sección y cuando abrí la bandeja del *correo* una rabia descomunal se apoderó de mí.

No... ¡este idiota tiene que estar tomándome el pelo!

Me ha pedido un sinfín de documentos para hoy, y desde luego no tendría tiempo de hacerlo. Además, tengo más cosas que hacer y ni pasándoselo a mi equipo conseguiría terminar.

Decidí tomar una decisión y minutos después ya estaba en su despacho, con los brazos cruzados.

—¿Qué pasa, *preciosa*? —preguntó, y por primera vez parecía estar concentrado en el trabajo, porque tecleaba frenéticamente en el ordenador que tenía delante, lo que realmente es un milagro, hay que recalcarlo.

—Tu *correo* —fui directa—. Tengo otros trabajos; lo que me has mandado ha sido muy a última hora, mis tareas están acumuladas, y...

—¿Y a mí qué? Estás aquí para trabajar.

Hijo de una...

No voy a insultar a su madre, ella no tiene la culpa de tener un hijo tan *imbécil*!

—Sí, estoy aquí para trabajar, ¿y tú? ¿Has venido a trabajar en una empresa de turismo precisamente por ser un turista? —repliqué, ya al límite de mi paciencia.

—*Luzia*...

—¿O has venido a GCR para tener los pies sobre la mesa, salir más temprano y solo pasarnos tu trabajo? Y entiéndelo de una vez por todas: no es LUZIA, ¡joder! Es Luiza, LUIZA, ¿queda claro?

No aguanté y solté lo que tenía atorado en la garganta.

Este tío no ha hecho absolutamente NADA desde el primer día en que puso un pie aquí.

Mientras que Natanael andaba siempre desbordado de trabajo, y a veces salía de GCR sobre las nueve de la noche, este *mierdas* solo se la pasa jugando con uno de los infinitos cubos de Rubik que tiene.

¡Es un cero a la izquierda!

—Una curiosidad interesante: ayer mismo resolví un cubo de Rubik sin mirarlo en un minuto. Fue mi récord, ¿sabías? —esbozó una amplia sonrisa, dejándome más *cabreada* aún.

Realmente cambia de tema cuando le conviene. ¡Demente!

—Eso no me interesa.

—¡*A mí sí me interesa*! Deja que te explique una cosa, *preciosa*: haz tu trabajo, por el que te pagan muy bien, y olvídate de mí un rato; no soy un hombre al que le guste que le cuestionen. Mi puesto es superior al tuyo; si alguien debe explicaciones aquí, eres tú a mí y no al contrario.

—*Y yo* no cobro para trabajar en casa, y es lo que he hecho los últimos días. Así que, si quieres el trabajo bien hecho, o haces una parte o no voy a responsabilizarme de lo que falte. —Crucé los brazos.

—¡*Apuntado*! —Bostezó y miró hacia la izquierda, admirando el ambiente—. ¿Crees que va a llover hoy? El clima aquí es distinto al que estoy acostumbrado...

¿Qué? ¡Increíble!

No tengo palabras para expresar lo *cabreada que estoy*. Puedo decir que este es el primer hombre que despierta tantos sentimientos malos en mí, que las ganas de estrenar mi expediente limpio con él son absurdas. Por muy guapo que sea, *¡sus actitudes lo convierten en un capullo!*

Otra vez respiré hondo, necesitaba aire, pero aún tengo que decirle algo, y estoy segura de que ni siquiera debe de saberlo, ya que *esta persona* no se preocupa por *una mierda*!

—No sé si estás lo suficientemente ocupado haciendo *nada*, pero mañana hay reunión, y serás tú quien la dirija —me burlé, pero ni siquiera cambió el semblante.

—¡Pásaselo a otro! Odio las reuniones.

Me lo imaginaba.

Cerré los ojos y respiré una vez más.

—Esa reunión se ha convocado para que la gente te conozca mejor. ¿Cómo va otra persona a hacerlo, si eres tú quien debe presentarse?

—Yo qué sé, ¡apáñatelas! Pídele a alguien que investigue sobre mí, soy un libro abierto. Sorpréndeme, *preciosa*!

—Victor Hugo...

—Y, pensándolo bien, creo que me voy a divertir. Nunca he ido a una reunión donde alguien hable de mí en tercera persona. —

Me miró maravillado abriendo los brazos.

—¿*En serio*? —me mofé.

—Sí. Yo hablo de mí en tercera persona a veces, no es que te importe, pero está bien ensalzar nuestras propias cualidades, ya que la gente difícilmente nos elogia.

—¿Y por qué será, *no*? —usé el cinismo para cuestionarlo.

—Lo cierto es que no me gusta mucho escuchar a la gente, ¿sabes? Y tampoco me importa lo que piensen o dejen de pensar cuando mi nombre está de por medio. Siempre son malas cuando hablan de mí...

Victor Hugo forzó una cara triste, pero yo sabía que era fingimiento, porque acto seguido esbozó una gran sonrisa.

Realmente creo que tiene problemas mentales. Serios problemas mentales, dicho sea de paso.

No dijimos nada durante un rato. Yo ni tenía qué decir.

Además de cambiar de tema cuando estoy hablando de trabajo, usa el cinismo en básicamente todo, y es prácticamente imposible dialogar con una persona así.

—En fin... buena suerte encontrando a alguien para que dirija la pequeña reunión; de lo contrario, tu último día de trabajo será mañana.

—¿*¿Cómo dices?* —dije, incrédula, pero esta vez su ceño estaba bastante intimidador, y no vi rastro de broma en él.

—No me gusta repetir las cosas, y lo has entendido bien. —Clavó los ojos en los míos—. Tendrás que escoger a alguien de la empresa *que no seas tú* para esa presentación, y espero que sea una sabia decisión, ¡porque tu empleo dependerá exclusivamente de eso!



No conseguí trabajar concentrada durante el resto del día.

La palabra despido me martilleaba constantemente en la cabeza, y no sabía qué decisión tomar. Necesitaba a una persona que entendiera sobre su vida, pero ¿quién dentro de *GCR* sabe a fondo sobre Victor Hugo?

Al final de mi jornada fui al despacho de Renato. Es auxiliar administrativo y trabaja junto con Carlos, el gerente administrativo.

En las ocasiones en las que hemos hablado me he dado cuenta de lo desenvuelto que es para hablar. No vi un nombre mejor.

Mi queridísimo jefe sabía que me esforzaría al máximo para no perder mi empleo, y por eso está haciendo que sea yo quien delegue la elección.

¡Capullo!

Estuve hablando unos treinta minutos con Renato y le expliqué mi situación. Prácticamente le supliqué que me ayudara, ya que no era su obligación hacer este trabajo, porque además de presentar mañana por la mañana, tenía que estudiar la vida del *trasto* el resto de la tarde y la noche.

—No te preocupes. Voy a ayudarte.

Suspiré aliviada.

—Gracias, Renato. No sabes lo importante que es esto para mí.

Después de salir de la empresa fui directa a casa de Beatriz.

Mientras conducía imaginé varios escenarios que podrían ocurrir mañana. *¡En la mayoría de ellos estaba en la calle!*

No soy una persona pesimista, pero es inevitable pensar en lo peor, ya que el *Chewbacca malvado* es un *enigma con patas*, y nunca sé qué puede estar pensando.

Después de aparcar el coche, toqué el interfono.

¡Cinco veces!

Cuando la puerta se abrió vi a Daniel, un poco titubeante, y al fijarme en su cara me di cuenta de que lo había despertado.

—Beatriz no está en casa, y...

—¡No me importa! —entré sin más—. *¡Mi asunto es contigo*!

—¿Conmigo? —se asustó—. *Ah*, ya hasta lo sé... —suspiró.

—¡Tu amigo el CEO es un *mierda*! ¡*Capullo*! —recalqué al sentarme en el sofá, seguida por él.

—Primero: no es mi amigo; y segundo: te dije que podía ser difícil.

—¿Difícil? Sería estupendo si solo fuera difícil, pero es *imposible*.

—¿Qué ha hecho?

Le conté todo lo que me había pedido, así como la orden de que otra persona lo *presentara*, y al final Daniel no parecía sorprendido.

—Lo considero leve viniendo de él, prepárate para cosas peores si consigues conservar tu empleo.

—¿*Peores*? ¡No me lo puedo creer! —bufé—. ¡Mi situación está tan crítica que te echo de menos! Eso mismo, a un *tirano* como tú. ¿Ahora puedes entender mi nivel de desesperación?

Daniel sonrió.

—Puedo ayudarte en algo, mínimamente, pero puedo.

—¿Que sería...? —me interesé.

—Un consejo: haz algo que lo saque de su zona de confort. A Victor Hugo le gustan los juegos, sentirse desafiado. Creo que te has dado cuenta de que la mayor parte del tiempo está aburrido, pero cuando alguien lo desafía en algo...

—Pero eso sería peor, ¿no?

—No si tú tienes el control de la situación —me lanzó una sonrisita venenosa—. Dale el beneficio de la duda. Ahora, si no quieres hacerlo, no me extrañaría que provocara tu despido a propósito. O incluso que hiciera que dimitieras tú misma.

—¡*¡Yo nunca dimitiría!*

—Luiza... ya te lo he dicho, no lo conoces como *yo lo conozco.* Concéntrate en la presentación de mañana. Si todo va bien, haz lo que te he dicho y ve un paso por delante de él. Victor Hugo odia perder o quedarse a oscuras, y esa será tu ventaja a la hora de tratar con él...



CAPÍTULO 5

CAPÍTULO 5

«No basta solo con entender la dinámica de una empresa; tienes que ir más allá si pretendes plantarle cara a alguien cualificado...»

LUIZA GOULART

Confieso que, para garantizar que todo saliera de la mejor manera, también tuve que documentarme sobre la vida del *gran Dios CEO* anoche. Tenía miedo de que dirigiera alguna pregunta a

Renato y este no supiera responder. Si eso ocurría, podía estar en un buen lío.

Toda *GCR* al completo estaba en la sala de reuniones, al menos las personas con cargos más altos. Conté como mínimo unas cien, pero aún faltaba *alguien*...

Sabía que convocar una reunión a las nueve no sería una buena idea, sobre todo conociendo la «puntualidad» de Victor Hugo.

—Apuesto a que no llega a la hora —dijo Juliana.

Miré el reloj y eran las ocho y cincuenta y ocho.

—Yo también creo que no —sonreí, intentando disimular mi nerviosismo.

—Tranquila, amiga, todo va a salir bien, y...

Juliana paró de hablar y se le puso la cara un poco más seria. Al notar en sus ojos hacia dónde miraba, hice lo mismo y... *vi que había llegado.*

¡Adelantado!

—¡Buenos días a todos! —dijo, y algunas personas respondieron.

—Estáis muy desanimados. *¡Buenos días a todos*! —esta vez prácticamente gritó y casi todos al unísono dijeron a la vez: —¡Buenos días!

Victor Hugo entró pasando entre la gente, con una sonrisita cínica en la cara, y se colocó delante de todos. Acto seguido cogió el micrófono.

—Os agradezco a todos que dispongáis de un ratito del trabajo para estar aquí. Como le dije ayer por la tarde a Luiza, tengo una gran molestia en la garganta, estoy enfermo y con 39° de fiebre. Me está costando terminar este simple discurso, para que os hagáis una idea. Creo que conseguiré hablar unos cinco o diez minutos como máximo.

Madre mía... ¡qué tío más falso!

Si tenía dudas de que fuera bipolar, ahora tengo la confirmación ante mis ojos.

—¡De eso no me habías hablado, amiga!

—¡*¡Claro! ¡Es mentira*! —La fulminé con la mirada.

—*Ah*...

—Estoy seguro de que la persona elegida desempeñará un buen papel hablando de mí, ¿verdad, *Luzia*? —continuó su discurso inventado y se volvió hacia mí, así que enseguida le dediqué mi sonrisa más falsa, asintiendo a continuación.

Este *cretino tonto* me cambia el nombre a propósito solo para fastidiarme.

¡Si yo fuera la dueña de esto, estaría apañado!

—Bueno, vamos a acabar con esto cuanto antes.

Después de que dejara el micrófono encima de la mesa, Renato se levantó y se dirigió al pequeño escenario, y Victor Hugo se acercó más a mí.

—¿Cómo te llamas? —preguntó a mi amiga.

—Juliana.

—¿Podría sentarme en tu lugar, Juliana? Tengo que hablar con Luiza.

—*Ah*, claro. —Se levantó al momento.

—Muchas gracias —agradeció con una preciosa sonrisa, sentándose acto seguido.

Mi vida se ha convertido en una tragedia con patas estos últimos días, y todo gracias a él.

—¿Qué desea?

—Nada. Quedarme a tu lado. He venido a analizar tu comportamiento y ver si estás nerviosa ante la posibilidad de dejar la empresa; además, no me perdería la oportunidad de admirar tu belleza.

Sonreí, cerrando los ojos a continuación.

—Puede que tengamos algunos problemas porque soy un *capullo* la mayor parte del tiempo, pero como ya he dicho antes, eres preciosa, la mujer más guapa de la empresa, y no me canso de mirarte, ¿lo sabías?

Clavé los ojos en los suyos, pero esta vez había algo distinto ahí. No percibí burla, tono de superioridad ni siquiera intento de intimidarme, parecía algo genuino, y me quedé confundida porque hablara así.

—Gracias —dije, analizándolo brevemente.

El problema fue que, al mirarlo para decírselo, me fijé en algunos detalles, como el olor que desprendía, sus ojos, su boca, el tatuaje cerca del cuello, la barba sin afeitar...

Contrólate. Tu empleo está en juego y no es de fiar...

—Bueno... ¡que empiece el espectáculo!



Renato empezó hablando un poco de la empresa, de lo afortunada que era GCR Turismo por tener a Victor Hugo Avelar como CEO.

Creo que eso le hizo feliz, ya que vi en sus ojos cierta alegría.

Victor Hugo Avelar ha trabajado en veinticinco empresas de los más variados sectores. Ha tenido éxito en todas, e incluso en su último reto, que consideré el más difícil, supo encontrar una solución, prácticamente triplicando los rendimientos de la empresa en pocos meses.

¡Aplausos!

La gente lo miró maravillada, y... yo no sabía qué pensar.

—Este tío es bueno, ¿verdad? —preguntó.

—Sí. Renato sabe como nadie...

—No él, sino la persona de la que está hablando. —Me guiñó un ojo al interrumpirme.

Pues sí...

Algunas personas tienen la autoestima por las nubes, y él ha superado a la mía, sin lugar a dudas.

—¡Ahora habla de mi vida fuera de las empresas en las que he trabajado! —gritó, cruzando los brazos.

—¿*Cómo*? —Renato claramente se asustó con su afirmación.

—Cuenta las polémicas, peleas y procesos que rodean mi vida.

—Yo... no me parece buena idea.

—Eso lo decido yo. ¡Vamos, no te enrolles! —vociferó.

Percibí el momento exacto en el que Renato me miró y asentí moviendo la cabeza.

Si así lo quiere...

—¿Alguna en concreto?

—Sorpréndeme, *Roberto*.

Equivoca los nombres de la gente para provocarlos, y eso ahora me queda muy claro. Pensé que era una cosa suya, pero no,

no lo hace sin un motivo bien definido en su mente.

¡Este hombre está demostrablemente loco!

VICTOR HUGO

Ahora sí, esta presentación se está poniendo interesante, y voy a asegurarme de que sea un *espectáculo* a mi altura.

—Sigo esperando, *Roberto*.

—He leído algunas noticias que decían que constantemente llegabas borracho a las empresas en las que trabajabas.

—¿En serio? ¿Dónde? ¿Cuándo y de qué empresa estamos hablando?

Todos estaban bastante incrédulos al oír eso, hay que recalcarlo, pero a mí no me importaba. Esta empresa necesita alegría, energía nueva, asuntos que se recuerden por la eternidad.

—En *IBM Confecções*. Un día llegaste a la empresa con una botella de *whisky* vacía y besaste a la mujer del dueño... *¡delante de él!*

De esa ni yo me acordaba bien. Debía de estar bastante colocado.

—¡Muy flojo! Cuéntame algo más... *fuerte*! —Me levanté y me metí las manos en los bolsillos, mirándolo de forma divertida.

—Recuerdo que...

—No empieces así —lo interrumpí y di algunos pasos hacia él —. No uses la palabra *recordar*, tú no estabas ahí, para empezar; di: *«he leído que...»*

Renato estaba incómodo y esa era la intención.

—*He leído que* despediste al noventa por ciento de los empleados de *JBT Informática*; eso generó varios procesos, y la empresa perdió diez millones en demandas, ya que varios ganaron la causa después de los despidos.

—Bien, eso ha estado bien recordado —moví el índice asintiendo, y a continuación me pasé la mano por la barba—. ¿Y qué ocurrió después con la empresa?

Miró a Luiza y luego a mí.

—*¡Concéntrate en mí, y no en ella!* Si quieres volver a tu casa con un empleo, presta atención exclusivamente al hombre que tienes delante, que en este caso soy yo, ¿entendido?

—Sí.

—Pues... ¿dónde está la respuesta a mi pregunta?

—La empresa perdió esa cantidad, pero en los tres meses siguientes ganó más de cincuenta millones de euros, y eso nunca había ocurrido.

—¡*Vaya*! —Miré al público—. Este CEO es buenísimo, ¿no os parece? Despidió al noventa por ciento de la plantilla y trabajó con el diez por ciento, y aun así hizo esa... *magia*! ¿Qué te parece, *Roberto*?

—¡Me parece increíble!

—¡Tenemos la misma opinión! —sonreí—. ¿Algo más que quieras destacar? Sorpréndeme esta vez, quiero un asunto nuevo y polémico.

Renato apartó la mirada unos segundos, claramente pensando en qué tema abordar, y enseguida se volvió hacia mí, con la expresión tensa.

—Fingiste ser amigo del presidente de *Tech Motors*, grabando todo lo que hablaron dentro de la empresa, y después le diste un golpe, haciendo que lo perdiera todo. La empresa quebró a continuación —dijo por fin.

—¡*Termina*! —ordené.

—Pero lo he dicho todo.

Suspiré y me acerqué más.

Estaba cansado de gritar y le quité el micrófono de la mano.

—Qué raro... ¿cuál fue lo primero que dijiste sobre mí cuando empezó esta reunión?

Renato pensó un rato, pero no emitió sonido alguno con sus labios.

—Yo...

—Te lo voy a recordar, amigo: *Victor Hugo Avelar ha trabajado en veinticinco empresas de los más variados sectores. Ha tenido éxito en todas, e incluso en su último reto, que consideré el más difícil, supo encontrar una solución, prácticamente triplicando los rendimientos de la empresa en pocos meses* —sonreí de forma insolente—. ¿Y cómo me explicas decirles a todas estas personas que llevé una empresa a la quiebra? ¡Parece una contradicción bien seria!

—Es que... reflotaste *Tech Motors* antes de que quebrara, y...

—Entonces, ¿por qué has dicho que la llevé a la quiebra? ¿Eres tonto o qué?

Nadie dijo nada.

Miré a la multitud, y parecían asustados. Por lo visto soy demasiado para la *cabecita* pequeña que tienen. Así que voy a ser yo quien tendrá que explicar algunas cosas...

LUIZA GOULART

La reunión tomó un rumbo que no podría haber imaginado.

Victor Hugo decidió hablar, y no contaba con que eso pudiera ocurrir. Ahora, tratándose de un hombre imprevisible como él, puedo decir claramente y con toda seguridad que no sé qué esperar.

Después de la bronca que Victor Hugo le echó a Renato, analizó metódicamente la sala de reuniones durante unos segundos.

—¡*¡Tú*...! —apuntó a una persona al azar—. ¿Cómo te llamas y cuál es la palabra que más odias en tu vida?

—Soy Josué, la palabra que más odio es *muerte.*

—Hmm... *muerte*.

Victor Hugo miró hacia la izquierda y apuntó con el índice a una mujer que estaba cerca de él.

—Tu nombre y la palabra que más odias.

—Me llamo Margarida y la palabra que más odio es *sexo* —dijo con convicción.

—Esa no me la esperaba, hasta me has hecho perder el hilo.

Sonreí y enseguida me di cuenta de que todos en la sala hicieron lo mismo.

Aún no sé cómo consigue la proeza de poner tensa y luego relajada a la gente en un espacio de tiempo tan corto.

—No sé cómo voy a dormir después de oír lo que ha dicho Margarida, pero bueno... —sonrió y estuvo un rato caminando de un lado a otro—. Si os hago esa pregunta, todos tendréis una opinión distinta, salvo algunas excepciones.

Observé el semblante de Victor Hugo, y rebosaba confianza. ¿Lo habrá preparado todo de antemano?

Creo que no.

No podía saber qué iba a decir Renato.

—¿Queréis saber la palabra que más odio?

Miró al público y todos parecían atentos, pero no respondieron.

—¡Os he hecho una pregunta!

Lo dijo tan alto que su voz literalmente pareció «entrar» en mi cerebro.

—¡Sí! —dijeron casi al instante.

—Pues... la palabra que más odio se llama: *robo*! —se detuvo, admirando la cara de cada uno, sobre todo la mía—. Odio también las derivadas, que quede claro. Puedo tener todos los defectos del mundo, entre ellos trabajar con resaca, borracho, en chanclas, en fin... me importa un comino la opinión que tengáis sobre mi vida personal!

¿Adónde quiere llegar este hombre?

—Volviendo al asunto, el ejemplo que se ha dado es real. Realmente grabé todas mis conversaciones con Ronaldo, el presidente de *Tech Motors*. Hice todo lo posible y más para ocupar el cargo de CEO de la empresa en aquel momento, ¿y sabéis por qué? ¡Porque quería desenmascararlo personalmente!

—¿Cómo dice? —oí preguntar a alguien del fondo.

—Por fin un *alma viva* me ha preguntado algo. ¿Cómo te llamas?

—Demétrio.

—Pues muy bien, Demétrio... para quien tuvo la curiosidad de investigarme, sabe que me gusta analizar el mercado; vi que

había algo mal en esa empresa concreta y me quedé tan interesado que llegué al punto de ofrecerme a trabajar allí con un sueldo por debajo del normal. ¿Qué puedo decir de mí? —esbozó una sonrisita —. *¡Me gustan los desafíos y estaba aburrido!*

Entonces Daniel tenía razón.

El problema es que también estoy viendo lo que dijo sobre su inteligencia, y ahora puedo verla en acción.

—Así que, voy a dejar claro aquí: la empresa no quebró, ¡él sí! ¡Yo recuperé la empresa, céntimo a céntimo!

Otra vez desfiló por la sala, porque mi jefe no camina; prácticamente *desfila por una alfombra roja.*

—Daos cuenta de lo extraño que es... *Ronaldo está preso porque robó y yo estoy rico porque no robé.*

Sus ojos pasearon por toda la sala y su postura se hizo más rígida, así como su cara.

—Así que voy a dejarlo claro: *yo* soy el CEO de *GCR*! Y si me han contratado a pesar de hacer todas esas *mierdas*, es porque soy excelente en lo que hago, *el mejor*. Así que dejaré un aviso para todos vosotros: no penséis que estáis por encima de mí, y mucho menos que mi pasado va a ayudar a alguien. Dejad de preocuparos por mí y ocupaos de vuestro trabajo. Otra cosa...

Recorrió la sala con los ojos, mirándonos atentamente.

—Si descubro que alguno de vosotros está desviando un mísero céntimo de esta empresa o incluso ayudando a un tercero, podéis estar seguros de que le haré lo peor a *esa persona*! Me aseguraré de que no vuelva a trabajar ni en una sola empresa en su vida. Cuando *él o ella* esté en su casa, *estaré allí.* En la ducha, *estaré allí.*

—Sí —respondieron algunas personas.

—No os he oído. ¿He sido suficientemente claro?

—¡Sí! —dijimos todos.

—¡*Excelente*! —apuntó—. Ahora que he dicho todo lo que quería... *¡vamos a cenar todos juntos*! —esbozó una amplia sonrisa entregándole el micrófono a Renato, abrazándolo de lado.

Realmente no sé qué pensar de este hombre...



CAPÍTULO 6

CAPÍTULO 6

«Hace falta tomar medidas drásticas por ambas partes...»

LUIZA GOULART

El asunto más comentado desde que empezó la semana fue la presentación de Victor Hugo, o, mejor dicho, su *espectáculito* particular.

A algunas personas les gustó aquella reunión; otras se quedaron preocupadas por tener a alguien tan inestable al mando

de GCR. Yo... no sé qué pensar, sinceramente.

Es evidente que parece una persona a la que le da todo igual, como si la empresa no le importara nada; sin embargo, al mismo tiempo veo algo distinto en él, lo mucho que parece saber y entender los pasos de cada uno aquí, así como lo que hay que exigir para que la gente despierte.

Como dijo Daniel, está considerado uno de los *CEO* más inteligentes del país, y me doy cuenta de que usa una máscara, sin revelar de verdad lo astuto y perspicaz que puede llegar a ser.

—¿Alguna urgencia este mes? —preguntó.

—Sí.

—Dilo rápido. Estoy sin tiempo, me voy en unos minutos.

Se me olvidaba que hoy es jueves y se va antes de la empresa.

Qué tío más raro...

—Luigi necesitará que hagas una presentación dentro de una semana. Tendrás que hablar de la empresa en general, presentar proyectos, hablar de las finanzas, en fin... como eres el CEO, debes estar al tanto de lo que ocurre en todos los departamentos, así que te sugiero que estudies el material que he preparado. —Dejé una carpeta encima de su mesa, y enseguida me miró bastante desconfiado.

—¡*Vaya*! ¡Qué empleada más ejemplar! —se mofó, colocando las manos detrás de la cabeza, cruzando los dedos, mirándome atentamente.

—¡Sí, lo soy! —asentí—. Estoy aquí para trabajar, y eso es lo que hago —añadí, claramente con sorna, ya que él no hacía lo mismo.

—Como he dicho, no tengo mucho tiempo esta semana, así que llévate lo que sea que es esto. —Cogió la carpeta con desdén y

me la entregó.

—Creo que aún no lo has entendido. Sin esto no vas a poder presentar nada. Son datos que llevo meses recopilando, y nadie ha tenido acceso aún.

—Entrégamelo un día antes.

Sonreí, cerrando los ojos a continuación. Creo que no lo ha entendido, pero voy a intentar explicárselo una vez más...

—El dossier tiene más de cien páginas. Si intentas leerlo un día antes no será una buena idea. Tiene algunos términos técnicos, así como algunas gráficas que tendrás que estudiar antes de la presentación.

—¡*No me importa*! Llévate esta *porquería*, ya te lo he dicho! —dijo, sin siquiera mirarme.

Mi paciencia se estaba agotando y al momento me acerqué más, lanzando el documento a su mesa.

Durante unos segundos me miró sin entender mucho, pero acto seguido se levantó, mirándome profundamente.

Pensé que iba a echarme una bronca o algo similar, pero vi su cara tomar otra forma, y una sonrisita burlona se le fue abriendo poco a poco.

—Luiza... no te acerques tanto, ¡podría no controlarme!

—¿*Ah, sí*? —dije escéptica, desafiándolo claramente.

Dio un paso, quedando a centímetros de mí.

—Eso mismo. Ya sabes cómo es, ¿no?

—¿*Ah, sí*? —Me crucé de brazos.

—Sí, y con una mujer tan guapa delante puedo olvidar que estoy en la empresa y... ya sabes lo que viene después. —Me tocó suavemente el cabello, y enseguida sonreí.

Esa señal hizo que me acercara un poco más a su cuerpo.

—¿Me deseas?

—Dejémonos de juegos, porque eso está en la cara —fue escueto.

—Victor Hugo... no sabes de lo que soy capaz —intenté advertirle de algún modo.

—¿Por qué no me das una muestra?

—¿Estás seguro?

—Claro, preciosa —se mordió el labio inferior tras pronunciar esas palabras.

—*Con todo el placer...*

VICTOR HUGO

Me están poniendo a prueba... y me está gustando.

Luíza no es una mujer delicada, ni mucho menos, y sé que no está fanfarroneando. Veo en ella características que me hacen pensar que es una gran jugadora, y por fin tendré un buen pasatiempo en la empresa.

—Decir eso no me afecta. Mis intenciones siguen siendo las mismas —me crucé de brazos, analizando su cuerpo de forma prolongada.

—Las palabras son palabras, pero en el momento de la verdad puedes llevarte una sorpresa.

—Eso solo me demuestra que tienes tantas ganas como yo.

—Puede que las tenga. —Luiza se encogió de hombros—. Pero por lo general no salgo con capullos que se creen Dios. Y por lo visto el espléndido Victor Hugo Avelar encaja exactamente en esa descripción.

Realmente me ha encantado conocer a Luiza...

—Tengo cualidades, lo que pasa es que no las has descubierto... aún.

—Ya veremos. —Cruzó los brazos—. ¿Y bien, tienes algún encargo para mí?

—De momento no. Pero llévate la carpeta.

Con cara furiosa cogió el dossier.

—Si no necesitas mis servicios, con permiso.

Creo que me he enamorado de Luiza...

No, claro que no. Pero, por otro lado, esa forma rebelde y arisca suya me está dando vueltas en la cabeza, y si antes tenía ganas de llevármela a la cama, ahora tengo la certeza absoluta de mis próximos pasos. Solo tengo que usar mi inteligencia a mi favor, y sé exactamente qué y cómo hacerlo.

Pobre Luiza...

LUIZA GOULART

Mi cama se ha quedado pequeña para todo el sueño que se ha apoderado de mí.

¡Despertarse ciertos días es un martirio!

No es que quiera morirme, quede claro.

¡Perdón, Dios!

Hice mi higiene personal y me quedé admirándome en el espejo.

—¡*Soy la mujer más guapa del planeta*! —dije, y el espejo no me contradijo, así que ambos estuvimos de acuerdo. *¡Ay de él* si no hubiera tenido la misma opinión que yo.

A pesar de tener una casa pequeña, con solo tres estancias, la encuentro ideal para una mujer soltera. Por lo general mis fiestecitas son en mi habitación. Ni siquiera me complico mucho con eso; cuando me apetece desfogarme, lo hago hasta en la calle. Las personas más cercanas lo saben...

Después de arreglarme y *quedar más guapa de lo que ya soy*, no perdí tiempo y me fui a trabajar. No porque a mi jefe le guste llegar tarde voy a hacer lo mismo. Y hablando de él...

Con cada día que pasa estoy más preocupada.

Victor Hugo me ignora día tras día, y todas las veces que le llevo el documento que tiene que estudiar me rechaza de algún modo. Estoy segura de que no conseguirá entenderlo todo a tiempo antes de la presentación, y de algún modo eso me caerá a mí.

La presentación es mañana y ni siquiera ha tocado los documentos. Pero aquí estoy de nuevo en su despacho, insistiendo

para que me escuche.

—La presentación es mañana —recalqué, pero ni siquiera quitó los pies de la mesa.

—¿Y qué, preciosa? Pareces una grabadora hablando: «*la presentación es tal día, tienes que estudiar, tienes que leer, tienes que bla bla bla*» —dijo imitando mi voz y divirtiéndose.

¡Este desgraciado me está poniendo a prueba, no tiene lógica!

¿Cómo consigue irritarme tanto? Ni siquiera Daniel Falcão me dejaba tan *cabreada* con sus peticiones imposibles.

—Te lo voy a decir por última vez —respiré hondo, irritada—. Tienes que leer esto hasta mañana, de lo contrario...

—¿De lo contrario qué? —me interrumpió, y noté cierta rudeza en sus palabras.

—No vas a conseguir presentar. Así de simple.

—¿Sabes lo que voy a hacer hoy cuando llegue a casa?

—No, y ni...

—¡Voy a beber! ¡Mucho! ¡Bastante!

—Creo que deberías...

—Ocuparte de tu vida —me interrumpió—. Haz tu trabajo y yo hago el mío.

—Victor...

—*¿¿He sido claro?* —recalcó, elevando la voz.



—¿Te ha comido la lengua el gato o qué? —me preguntó Renata y enseguida volví la atención a ella.

—¡Perdona! Estaba en las nubes.

—Me di cuenta.

Hoy es jueves y necesitaba beber.

He llamado a Renata para contarle algunas novedades, pero al final no he dicho nada de nada. Estoy bastante preocupada por el desarrollo de la reunión de mañana, y como Victor Hugo no cogió los documentos de mis manos, presiento que va a ocurrir un desastre.

—¡Suéltalo ya! ¿Voy a tener que darte unos cachetes? —dijo Renata y enseguida sonreí.

—Cosas del trabajo. *Mi querido jefe* me está poniendo a prueba y haciéndome rabietas.

—Creo que deberíamos ponerle un mote *bien cariñoso* — movió la cabeza hacia arriba, pensando en algo.

—¿Qué tal *demonio*?

—No... necesitamos algo más específico, que ejemplifique lo que es en la empresa.

Durante unos minutos me permití reflexionar al respecto, pero enseguida desistí.

Nunca se me ha dado bien ponerle motes a la gente, y no será ahora cuando vaya a pasar.

—Ya lo tengo... —Le brillaron los ojos—. ¡*Adefesio*!

Miré durante unos segundos su carita angelical y rompí a reír.

No sé si ya estaba bajo el efecto de las varias cervezas que me había tomado, pero el mote me gustó de verdad.

—¡*¡Eres un genio del mal*!

—Ya lo sé. Y tienes suerte de tenerme como amiga.

—De eso no tengo duda. —Levanté el vaso y brindamos por eso.

Estuvimos hablando casi una hora, y cuando miré el reloj vi que ya pasaba de las diez.

Por hoy es suficiente. Mañana tengo que estar preparada para cualquier situación que el *adefesio* monte. Por poco que lo conozca, no me extrañaría nada que le pase esta presentación a alguien, y tal como estamos, podría ser yo la elegida.

—Te voy a llevar a casa, *muñequita mía*.

Ni hace falta decir que puso mala cara al instante, y esa era la intención. Provocar a Renata era la *octava maravilla del mundo*, y eso lo consigo hacer con maestría. Aun así nos queremos, y ella ya no vive sin mí, ya que debo de ser su amiga más malhablada, y eso es una cualidad única.

Después de pagar la cuenta, fuimos hacia mi coche, y fue entonces cuando vi al demonio en persona.

Victor Hugo Avelar...

—¿Qué ha pasado? Parece que has visto un fantasma —dijo Renata, y al momento la miré llevándome una mano a la frente, preocupada.

—Aquel de allí es mi jefe.

—¿*Dónde*?

Señalé el lugar donde estaba, e incluso Renata se quedó sorprendida.

—No puede ser verdad...

—Pues lo es...

Victor Hugo estaba sentado con la espalda apoyada en la pared, y en la mano derecha sostenía un *Johnnie Walker Odyssey*, uno de los *whiskies* más caros que he probado.

Parecía estar durmiendo, ya que los ojos ni se le movían.

—¿Qué vas a hacer? —preguntó.

—i*¡Yo qué sé!*

Recordé al instante la reunión del día siguiente, y si antes tenía dudas de que no consiguiera estudiarlo todo, ahora tengo absoluta certeza.

—Amiga... —dijo, analizándome—. Tu jefe puede ser la peor persona del mundo, pero necesita ayuda, sobre todo sabiendo lo de la reunión de mañana y con tu puesto en riesgo. Averigua dónde vive y... yo qué sé, haz que se vaya a casa. Yo pido un *Uber* y me las apaño.

—¿Desde cuándo eres tan buenecita?

Pensé durante unos segundos en las palabras de Renata, y vi que tenía toda la razón.

Victor Hugo es una incógnita, y un hombre que puede joderme de un montón de maneras, pero se equivoca él si cree que no voy a luchar por mi trabajo. Voy a ayudarlo esta vez, pero me va a deber una...

¡Puedes estar seguro, adefesio!



CAPÍTULO 7

CAPÍTULO 7

«Lidiar con personas ligeramente borrachas es agotador... pero igual de gracioso.»

LUIZA GOULART

No quería perder el tiempo, así que me dirigí con grandes zancadas hacia mi jefe, que al verme pareció despertar, lanzándome una sonrisita satisfecha y burlona; acto seguido, cerró momentáneamente los ojos antes de volverse de nuevo hacia mí.

—Luiza... mi angelito de la guarda.

—¡Ahórratelo! ¿Dónde vives? —pregunté con impaciencia.

—Nos conocemos desde hace poco y ya quieres conocer mi humilde residencia... —intentó levantarse y se cayó.

Qué idiota...

—¡No estoy de broma, Victor Hugo! —dije más alto, pero no respondió, ni siquiera se movió.

—Tranquila... *estoy* acostumbrado.

—¿Acostumbrado a qué exactamente? —Crucé los brazos, intentando ver al menos una pizca de vergüenza en su cara, pero no fue eso lo que vi. Además, ignoró mi pregunta.

—No es nada —refunfuñó y al momento se palpó los bolsillos durante unos segundos; a continuación empezó a soltar carcajadas.

—¿Y tu cartera? —pregunté, ya que supuse que era lo que buscaba.

—Acabo de acordarme, se la di a un mendigo —se rio burlón y al momento me llevé la mano derecha a la cara, perpleja.

—¿Cuál es tu problema? ¿Dónde fue eso?

—*Ni sé*, hace *taaaantos* días.

Cerré los ojos, sin creerme lo que estaba a punto de hacer.

—Voy a ayudarte a levantarte.

Me acerqué más a él, y a duras penas lo levanté, haciendo que se apoyara en el muro más cercano.

—¿Dónde está tu coche?

—¿*Qué*?

Lo dije cerca de su cara y la nariz pudo notar lo borracho que estaba.

—¡Coche! —repetí impaciente—. Eso que tiene cuatro ruedas y un motor, que normalmente conducimos.

No dijo nada durante unos segundos, pero cuando decidió abrir la boca...

—¿Ya te he dicho que eres guapísima?

—Lo sé, cariño. No hace falta que me lo digas.

—Cuando *estás* nerviosa te pones más *buenísima* aún —hizo un puchero y se tambaleó, cerrando momentáneamente los ojos.

—¡No sé si te dejo aquí o llamo al *camión de la basura* para que se te lleve! Pero voy a hacer mi buena acción del siglo y voy a ayudarte.

—A nadie le importo, no finjas que tú eres diferente.

Por primera vez el tono de su voz no parecía el de un borracho; aun así, no me miraba a los ojos.

—Pero a mí me importan las personas que necesitan ayuda, y por desgracia tú eres mi jefe, para empeorar aún más la situación.

Vi al hombre encogerse de hombros.

—¡*Me la suda!*

No sé tratar con personas que se llenan *el culo de aguardiente*, y para colmo soy de mecha corta.

—Mi coche es aquel —señaló un *Maserati blanco* al final de la calle.

Creo que es un *Quattroporte* mirándolo de lejos.

Sí, me gustan los coches, y para algunas cosas parezco hombre, lo confieso.

—Vivo en la avenida Rio Branco, número 6320. ¿Satisfecha, *preciosa*?

Por suerte su casa quedaba cerca de aquí.

—Pues grábate bien dónde está tu coche, porque mañana eres tú quien va a tener que apañártelas y venir a buscarlo. Yo te voy a llevar a tu casa, y será en mi humilde automóvil, y hay otra cosita... —me acerqué más a él con el índice en alto—. ¡Si vomitas en mi coche, te castro!

—Vaya... *qué agresiva* —dijo y al momento hipó cayendo en una carcajada.

—Todavía no sabes lo agresiva que puedo ser...



No tardé en llegar a su casa.

A diferencia de lo que pensé, no es un lugar grande, muy al contrario, es una residencia sencilla, y no me imaginaba que sería así.

Como excelente matemática que soy, creo que esto debe de tener unos cien m2, vi dos habitaciones, salón y una cocina de tamaño medio sin demasiados lujos... por cierto, la cocina no parece la de alguien que viva solo, porque no había ningún cacharro sucio, y el suelo...

¡Qué suelo impecable!

O esta casa pasa por una limpieza todos los días, o él es organizado, y dudo mucho de la segunda hipótesis, porque estamos hablando de Victor Hugo Avelar, *el procrastinador.*

Analizando a *esta persona* realmente pensé que le gustaría algo más... cómo lo digo... *extravagante*, con un montón de estancias, cocinera, asistenta. En fin, por lo visto me equivoqué.

—Vete a darte una ducha —apunté después de localizar la puerta de su baño.

—*Vale*, mamá...

Victor Hugo se quitó la camisa con cierta dificultad, y me permití analizarle el pecho durante unos segundos, y *qué pecho*...

No lo digo solo por los músculos torneados; vi la inmensidad de tatuajes que tenía en el cuerpo, y aquello me removió de algún modo.

De refilón me fijé en un tatuaje nada convencional.

10/05/1992...

¿Por qué iba alguien a tatuarse una fecha en el tórax? Decidí pasarlo por alto; ese no era el tema aquí.

Después de que intentara quitarse el pantalón, se desplomó sobre la cama, sin conseguir desnudarse. Yo podría perfectamente

ayudarlo, pero, solo con verle el torso ya me había encendido; no quiero ni imaginar qué pasaría si lo viera prácticamente desnudo.

¡Esto está mal, y él está borracho, para empeorarlo!

Sí, muy mal.

Después de casi un minuto consiguió quitarse el pantalón y los zapatos.

Victor Hugo miraba a la nada, y cuando me veía me lanzaba besos o me guiñaba el ojo. Estaba gracioso, lo confieso.

No tengo la culpa de que reírse de la desgracia ajena sea placentero, pero afirmo que la culpa no es mía; fue él quien se metió en esta situación.

—Creo que ya puedes irte, mañana trabajas. —Se estiró en la cama, y por lo visto se apagaría en pocos instantes.

—¡No me voy! Solo cuando entres en la ducha.

—*Preciosa*... no te preocupes por mí —dijo con cierta dificultad.

—Cariño, estoy preocupada *por mí* y por lo que tu borrachera pueda hacer mañana a la empresa, así que... ¡rápido, a la ducha! —ordené.

Ante la falta de respuesta durante unos segundos decidí acercarme más, y cuando me di cuenta, estaba... *roncando*.

Estoy pagando mis pecados, definitivamente es eso.

Le di dos cachetitos suaves en la cara, con la esperanza de que despertara, pero no surtió efecto. El problema es que de nuevo me traicionaron los ojos...

—¡*Despierta*! —grité cerca de su oído y se asustó.

—Luiza...

—La misma.

—Ya te he dicho que...

—¿Que soy guapa? Sí, ¡y lo sé! Ahora la *maravillosa* que tienes aquí va a meterte en la ducha. ¡Vamos, ahora!

Con mucho esfuerzo se levantó; después de la dificultad locomotora del *señor Aguardiente,* llegamos al baño. Hasta empujar a un hombre de ese tamaño es complicado.

—¿Puedes... ayudarme con la prenda que falta? —preguntó y una sonrisita maliciosa se le formó en los labios.

—No, no puedo. —Abrí la ducha y me aseguré de programarla para que saliera el agua lo más fría posible.

Al salir de la *mampara*, le hice paso, y él hizo un puchero, mirándome triste.

—¡*¡Eres mala!*

Salí del baño, pero me quedé analizándolo unos segundos. Por lo visto no le gusta el agua fría...

—¡Mierda! Odio el agua fría.

Sonreí. Tenía razón.

De reojo lo miré de nuevo, entonces me di cuenta de que se había quitado los *calzoncillos* y...

Pero igualmente un capullo, imbécil y problemático.

—Buenas noches. —Pasé por el baño y vi que estaba sentado mientras el agua le caía sobre la cabeza.

Por lo visto se apagó otra vez, porque no dijo ni una palabra más.

Después de llegar a casa pensé un poco en lo que acababa de ocurrir y empecé a soltar carcajadas sin más. Sí, soy un poco loca y a veces tengo de estas.

Debería en realidad estar llorando, ya que esta presentación de mañana va a ser la tapa del ataúd de mi querido jefe, pero

¿quién soy yo para juzgar o desearle el mal a la gente? Él se está cavando su propia tumba; yo solo voy a estar ahí, viéndolo desde el palco... *¡con palomitas en las manos!* ¡Porque soy de esas!



No he dormido nada.

Creo que reírme de la desgracia de los demás solo me ha dejado más preocupada; ahora tengo que confesar que mis expectativas para el día eran las peores posibles, y probablemente el *adefesio* no aparecería en la reunión. Y ese no sería el mayor problema, ya que ni siquiera sabía el orden del día.

9:30 h.

¡Estupendo!

Tomé una decisión: yo misma presentaría lo que se le había delegado a él. Al menos yo tengo compromiso con el trabajo.

Cuando fui a mi despacho me crucé con la persona más inesperada posible.

¡No me lo puedo creer!

—Buenos días, preciosa.

Al analizar su expresión, vi que ni siquiera parecía estar con resaca, ya que tenía la cara visiblemente bien, e incluso los ojos serenos, como si no hubiera pasado nada.

—Victor Hugo, tú...

—Acompáñame —me interrumpió y giró sobre sus talones. Hice lo que dijo y enseguida estábamos en su despacho.

—Después de que entráramos en su despacho, decidí adelantarme: —Yo haré la presentación hoy. No has tenido tiempo de mirar la carpeta, y sé que...

—Yo lo haré. Entrégame la carpeta. *¡Ahora*!

Tenía la cara extraña, y esta es una de las pocas veces que noto decisión en su rostro. Por lo visto no está jugando.

—Me parece mejor...

—No te pagan por pensar, Luiza. Estoy esperando, tenemos treinta minutos hasta que empiece la reunión.

—¡*Vaya*! ¿Justo ahora se te ha ocurrido preocuparte? Llevo una semana hablando de esto.

Victor Hugo entornó los ojos, y parecía diseccionarme el alma. Aún no sé el porqué de ese gesto, pero hay algo muy raro ahí.

—Me equivoqué y lo fui aplazando. En el fondo tienes razón.

—¿En serio?

No es normal que Victor Hugo admita sus errores, todo lo contrario. La convivencia me ha demostrado que la cagará constantemente, pero en todas las ocasiones jurará que tiene la razón en todo.

—Sí. Por lo visto duraré en la empresa menos de lo que pensé —esbozó una sonrisa por primera vez, y asentí con la cabeza.

—Es bastante probable.

—Bueno... lo que me queda es intentar memorizar una cosa u otra.

—Es mejor que presente yo —dije de nuevo.

—No. Quieren ver al CEO presentando, y por muy irresponsable que sea, eso es lo que van a tener.

Definitivamente está raro.

—Por desgracia no vas a conseguirlo, pero ha estado bien trabajar contigo —me mofé, y al momento su expresión se volvió graciosa.

—Sabes... estás muy segura de que no voy a conseguirlo. —Cruzó los brazos, analizándome de arriba abajo.

—Voy a ser muy sincera: sé que estás considerado uno de los mejores CEO de Brasil, e incluso Daniel Falcão te elogia cuando hablamos, pero... —hice una pequeña pausa—. No sabes absolutamente nada de lo que hay que tratar en esta reunión. Esa carpeta la he tenido yo todo el rato, y tú no has tenido acceso a ninguna información, porque insististe en que la guardara yo.

—Cierto. —Caminó por la sala, mirando al techo y visiblemente preocupado—. ¿Qué tal una apuesta?

—¿*Apuesta*? —pregunté, sin entender adónde quería llegar.

—Sí. Hagamos las cosas más divertidas. Si consigo presentar todo y responder todas las preguntas me deberás un favor; de lo contrario... yo hago lo que tú quieras.

Sonreí.

Acto seguido miré el reloj.

9:40 h.

—Me estás diciendo que en veinte minutos vas a... yo qué sé, intentar entender lo que a mí me llevó meses hacer.

—Sí —sonrió con gracia—. Si no lo consigo y, aun así, sigo en el puesto, te prometo que no volveré a tocarte las narices y te dejaré trabajar tranquila. Ahora, si lo consigo...

—¡*¡No vas a conseguirlo*! —enfaticé—. Hay mucha información que desconoces ahí.

—Entonces, ¿qué tienes que perder?

Pensé durante unos segundos, y realmente no entendí el porqué de tanta confianza. Incluso pensé que podría haber tenido

acceso a la carpeta, pero era imposible. No la dejaba en el trabajo, ya que tuve que hacer algunas investigaciones y recoger datos en mi propia casa este último mes.

—¡Acepto!

—Bien. Espero que sepas lo que estás haciendo, porque serás tú quien me deba una, y harás lo que te pida.

—Esa es mi menor preocupación.

—¡Excelente! Coge la carpeta y tráemela.

—Con gusto.

Salí de su despacho y enseguida cogí el documento. Le eché un vistazo, y aquella cantidad de información...

Por lo visto será en vivo esta vergüenza, y no sé si me siento *bien* o *muy bien* por eso.

Después de entrar en su despacho, le entregué la carpeta.

—Buena suerte.

—Voy a estudiarlo ahora. Espérame, por favor.

Decidí quedarme de pie, y al momento empezó a hojear las páginas, deteniéndose como máximo tres segundos en cada una. Tengo la absoluta certeza de que la lectura rápida no va a ayudar en este caso, pero si tanto confía en su propio juego...

Cinco minutos...

Ese fue el tiempo que tardó en «leer» todo el documento. A continuación me entregó la carpeta y dijo: —Son casi las diez, mejor vamos a la reunión, no quiero hacer esperar a nadie.



Estoy realmente sin palabras...

No podía creer lo que mis ojos contemplaron en las dos horas que siguieron.

Victor Hugo no solo presentó como un veterano, sino que también respondió a todas las preguntas que le dirigieron. Como si eso no fuera suficiente, fue más allá, profundizando en temas que ni siquiera yo conocía.

Este conjunto de factores me dejó realmente impactada, y a cada segundo que transcurría intentaba pensar en CÓMO lo había logrado sin saber nada sobre el tema.

Incluso pensé durante unos minutos que alguien de mi equipo podía haberle confiado el asunto, pero ni siquiera las personas que trabajaban para mí tenían acceso total a esa información.

—Pues eso es todo. Gracias por venir y quedaros hasta el final —dijo por fin y un sinfín de aplausos llenaron la sala.

Yo estaba en la primera fila, atenta, por si no conseguía desarrollar los temas, y cuando pasó por mi lado, enseguida puso mala cara, diciendo a continuación: —¡A mi despacho! ¡Ahora!

Aún estaba impactada con lo que había presenciado. Esto no es normal. Presentó como si lo supiera todo de memoria, y...

No sé qué decir, ni qué pensar. Por desgracia no tengo justificaciones para lo que he presenciado.

—¿Cómo?

Esa fue la única cosa que conseguí preguntar después de llegar a su despacho y cerrar la puerta.

—Si te lo contara, tendría que matarte. —Una sonrisita burlona se reflejó en su cara, cuando pasó por mi lado, sentándose enseguida y empezando a hacer girar un bolígrafo entre los dedos, dejándome más impaciente.

—Victor Hugo... no me provoques.

Su expresión estaba graciosa, y un aire de victoria estampado en su cara era bien visible.

—Tengo memoria fotográfica —dijo por fin, y enseguida abrí mucho los ojos—. Tres segundos me bastan mirando algo escrito, y memorizo el cien por cien, sea lo que sea.

—Eso... ¡es hacer trampa!

—Sí, puede considerarse así. Pero... preciosa, has perdido la apuesta, hiciera trampa o no.

Bien que Daniel me advirtió que Victor Hugo utiliza a las personas, e incluso puede manipularlas, y yo caí en una de sus artimañas.

¡Mierda!

—¿Y qué quieres de mí?

En mi cabeza tenía una idea de lo que deseaba. A pesar de todo, tengo que cumplir mi palabra independientemente de lo que diga.

—No te preocupes. No es lo que estás pensando. —Adoptó una postura seria, y no entendí nada.

—No sabes lo que estoy pensando.

—Tengo una idea, pero eso será más adelante, y no necesitaré una apuesta para tenerte en mi cama; lo que deseo ahora es distinto. Quiero verte en acción y observarte —se mordió el labio inferior.

—¿Qué tramas? —pregunté con cuidado.

—Tú y yo vamos a ir a un club. ¡Hoy!

—Espera... ¿esto va en serio?

—Sí. He ganado, Luiza, así que me debes un deseo, y será este. ¿Cuál es el problema?

No me contuve y empecé a reír de forma descontrolada, y ese gesto incomodó bastante a mi jefe.

Pobre, realmente no me conoce.

—No le veo la gracia —frunció el ceño.

—Pensé que tendría una petición a la altura de Victor Hugo Avelar, pero si vas a contentarte con verme liándome con otro hombre delante de ti, no puedo decir nada.

—Y tú verás lo mismo —rebatió.

—Sí, pero la diferencia es que a mí no me importa —suspiré profundamente—. Si ese es tu deseo, por mí está bien.

—¿En serio?

No respondí a su pregunta, solo me acerqué un poco más al hombre y le coloqué bien la corbata.

—¡No me conoces de verdad! Esta petición para mí no es nada. Voy a disfrutar y tú vas a quedarte deseándome al mismo tiempo, así que si pensaste que ibas a ponerme contra la pared... ¡te equivocaste!



CAPÍTULO 8

CAPÍTULO 8

«Ha llegado el momento de la verdad...»

VICTOR HUGO

Luiza me sorprendió con su determinación.

No esperaba que dijera *sí* con tanta facilidad, y no acaba ahí, hasta me parecía contenta al oír mi petición.

Debo admitir que lo planeé todo estos últimos días para que cayera en mi envite, y hasta conseguí que apostara sin saber mi

secretito, pero no estaba preparado para una decisión tan rotunda cuando le revelé lo que quería.

Vivir para aprender...

Espero que no piense que fingí estar borracho cuando me vio en la calle ayer, porque aquello sí que fue una casualidad sorprendente.

—Ya que estamos de acuerdo, a las nueve pasaré por tu casa.

—Tengo medios para llegar. —Cruzó los brazos, aparentemente tensa.

—No te he preguntado —dije—. Eso forma parte del paquete de la apuesta. Y soy tu jefe, no te conviene ir replicando lo que digo.

—Lo que estás haciendo es chantaje.

—Sí, y no me preocupa lo más mínimo.

Luiza se calló por unos breves instantes mientras me fulminaba con sus ojos castaños, pero acto seguido asintió con la cabeza.

Por supuesto que iba a aceptar, no le di otra opción.

—Calle das Algas, 6550. Más vale que no te retrases, por lo visto te gusta esa palabra.

—No me retraso para este tipo de compromisos, puedes estar segura. Y mucho menos sabiendo que voy a verte desnudita delante de mí —analicé su cuerpo de forma prolongada, y no pude contenerme imaginándola desnuda cerca de mí.

—Me aseguraré de ir con una ropa adecuada —dijo, y no sabía si sus palabras eran de verdad una provocación o si realmente hablaba en serio.

—Dentro de poco no tendrás nada más en el cuerpo. Podré observarte como quiero —clavé mis ojos en los suyos, y al momento me lanzó una miradita maliciosa.

—*Solo observar* —enfatizó—. Y no olvides que yo haré lo mismo.

—Solo observar... —repetí aún embelesado con ella, pero un segundo después me dio la espalda.

—Te aseguro que vas a sorprenderte —dijo, saliendo a continuación de mi despacho.

Luiza Goulart...

Aún no lo entiendo bien, pero ella puede ser uno de los buenos motivos para que me quede en la empresa, y será usada para mi placer, de eso tengo absoluta certeza...

LUIZA GOULART

En cierto modo mi día se ha vuelto interesante.

Antes del final de mi jornada le mandé un mensaje a Renata, prácticamente intimándola a que me encontrara en el preciso momento en que pusiera un pie fuera de *Argo's*, pero por desgracia se quedaría unas horas más en la empresa. Decidí simplificar y la llamé, y *ay de ella si no me cogía el teléfono.*

—No eres la única que necesita hablar —dijo de la nada, pillándome desprevenida—. Hoy mismo iba a mandarte un mensaje.

—Buenas tardes a ti también, Renata. ¿Qué consejo necesitas de esta *experta* que tienes la suerte de tener como amiga?

—Buenas tardes, flor —usó la burla—. En persona te lo cuento mejor. Puede ser hoy bastante más tarde.

—Digamos que hoy no es un buen día. Tengo un compromiso inaplazable —apunté, sabiendo ya que iba a insistir un poco.

De repente Renata soltó una carcajada y casi me deja sorda. Esta chica es rara en algunos momentos.

—*Cariño*... —dijo—. Tu lentitud no tiene límites; tú ya has *echado* un polvo hasta en la calle con un montón de gente mirándote y grabándote. Recuerdo que recibiste una invitación para ser actriz porno por su desempeño. ¿De verdad crees que estoy asombrada por... *esto*? —se mofó—. La cuestión es que odiabas a tu jefe hasta la semana pasada.

—Victor Hugo me engañó. Hizo una propuesta irrechazable y caí en su trampa.

—¡Qué idiota! Poco sabe lo mucho que te gusta esto.

Sonreí. De hecho, gastó su petición en algo que para mí es irrelevante.

—Yo le dije lo mismo.

—Ahora cuéntame cómo te engañó, me he quedado con la curiosidad.

En los cinco minutos que siguieron le conté lo que había pasado.

Nunca habría imaginado que ese desgraciado pudiera tener memoria fotográfica, y eso fue literalmente mi ruina. Está mal, pero ya contaba con su despido al no conseguir explicar los datos que había analizado.

—¡*Novata*! —soltó carcajadas durante unos segundos al otro lado de la línea.

—No me hagas gastar todo mi arsenal de tacos por teléfono —dije con cierta rabia.

—Daniel te dijo que su inteligencia era fuera de lo normal. Luego algún motivo tenía para eso.

—Espera un momento... —hice una pequeña pausa—. ¿Me estás diciendo que en mi lugar habrías sospechado?

—¡Claro! —dijo al instante—. Daniel siempre dijo que a Victor Hugo no le gusta trabajar, llega tarde, se emborracha casi todas las veces, es un camorrista. ¿Cómo una persona que hace tantas cosas mal logra ser uno de los mejores de Brasil?

—¡*¡Yo qué sé!*

—¡Te quiero a pesar de que la inteligencia no sea tu fuerte!

—¡*¡Pedazo de zorra!* —grité y enseguida soltó una carcajada.

—Es una broma, pero toda broma tiene un fondo de verdad, ¿*no*? En fin, desde mi punto de vista era de esperar que tuviera una *carta en la manga,* algún as. Así que una de las primeras cosas que pensaría es que tiene memoria fotográfica, porque acababa de ser

contratado y no iba a *cagarla* justo en la primera presentación, así que te usó para lo que quería. Y sí, lo sé, soy demasiado inteligente para esta generación.

En este punto Renata tiene razón.

Daniel me dijo que no dudaría en utilizar a la gente; lo que aún no sé es cuál es su motivación para eso.

Aun así, si quisiera, podría haberme tenido, y me pidió otra cosa. A pesar de todo, fue muy categórico al decir que no me pediría estar conmigo, que eso partiría de mí. Bueno... si este hombre está tan seguro, dejaré que lo piense así.

—Me sorprendes. Por eso somos amigas —dije.

—En realidad yo *te di la oportunidad de ser mi amiga* —dijo, y soltamos una carcajada.

—*Vale*. Ahora ¿de qué quieres hablar conmigo con tanta urgencia?

—Eso es conversación para otro día. Tienes que prepararte para esta noche.

—Renata... yo ya nací preparada.

—Prefiero ser inteligente —pinchó—. Pero te quiero, amiga. De corazón.

—Y yo te odio. De corazón —sonreí.

—Buena suerte con tu jefe.

VICTOR HUGO

—Has llegado pronto. ¿Eso sería ansiedad? —Cruzó los brazos al mirarme.

—¿Ansiedad por hacer algo a lo que estoy acostumbrado? Para nada.

—Ya... —se mofó.

—Ahora, si me dijeras que estoy deseando verte desnuda, en eso sí podría estar de acuerdo.

—Como te he dicho, eso se llama *ansiedad*, sea lo que sea.

—Eso no importa, pero... ¿sabes qué es lo verdaderamente importante?

—¿Qué?

—¡Estás preciosa!

—Lástima... por lo general cumplo mis apuestas cuando pierdo, y eso quedará para la próxima.

—¿Es una invitación? —arqueé las cejas, provocándola.

—Creo que nunca lo sabrás.

—Recuerda: somos una pareja...

—... que busca a otra pareja de nuestro agrado —completó —. Ya lo he entendido, jefe.

—¡Excelente, preciosa!

—Y ya que somos una pareja, ¿cuál es tu preferencia de mujer?

—¡*¡Tú*!

—¡No estoy en el menú!

—Lástima... —provoqué—. A pesar de todo, sé que vamos a divertirnos.



CAPÍTULO 9

CAPÍTULO 9

«Independientemente de lo que ocurrió en el pasado,
toda acción genera una reacción...»

LUIZA GOULART

—Luigi está al teléfono y quiere hablar contigo —dijo Clarice, una de las chicas que trabajan en la sección, y al momento tapó con una mano una parte del teléfono—. Y está bastante nervioso —añadió, así que ya esperé lo peor.

—Pásamela —sonreí, y ella así lo hizo enseguida.

Después de unos segundos con la línea muda, me preparé para decir algo, pero Luigi se me adelantó.

—¿Me oyes?

—Soy yo, Luigi. ¿Ha pasado algo? —pregunté, sabiendo ya la respuesta.

—¡¡*¡Eso eres tú quien me lo va a contar*! —apuntó con la voz alterada.

A pesar de ser el dueño de la empresa y de verlo con cierta frecuencia, no recuerdo muchas ocasiones en las que lo haya visto nervioso. Está claro que ocurre, pero no era algo habitual.

—¿Qué ha pasado?

—¡He sabido que Victor Hugo hizo una presentación importante borracho! ¡*Borracho*! —repitió la palabra y al momento cerré los ojos—. ¿Es eso verdad?

En realidad no estaba borracho, pensé para mis adentros.

Claramente estaba con resaca, e incluso pudo trabarse con alguna palabra, pero al final consiguió transmitir todo lo que yo había puesto en aquel enorme dossier.

—La presentación fue correcta. No hubo ninguna anormalidad, Luigi —intenté sonar lo más convincente posible, y para ello tuve que defender a Victor Hugo, sin saber exactamente por qué lo hacía.

—¡¡*¡No es eso lo que quiero saber*! —vociferó al otro lado de la línea—. Te he hecho una pregunta sencilla: ¿estaba borracho o no?

No me puedo creer que Luigi me esté poniendo en esta posición. Y no me creo lo que voy a decir.

—¡No lo sé! Aunque lo estuviera, no podemos juzgarlo por lo que hace fuera de la empresa. Lo presentó todo perfectamente.

Se hizo silencio al otro lado de la línea, y no sabía si había tragado mi respuesta. Pero lo que más me sorprendió fue lo que oí salir de su boca acto seguido...

—¡A partir de hoy serás la responsable de él!

—Espera... *¿cómo que responsable*? —pregunté, aunque tenía una idea de lo que estaba diciendo.

—Creo que lo sabes. Estoy hablando de vigilarlo.

Es el colmo...

Nunca he tenido que ser la niñera de nadie en toda mi vida.

Muy al contrario, me fui de casa a los quince años y me las he arreglado desde entonces. Aprendí prácticamente todo sola por el simple hecho de querer hacerlo, nunca quise depender de mi padre o de mi madre, y eso me hizo crecer como mujer, porque aprendí a valorar las pequeñas cosas. ¿Y ahora Luigi me sale con esto...?

—Es injusto, Luigi. No soy ninguna niñera, mucho menos de un hombre hecho y derecho como Victor Hugo.

—La vida es injusta, Luiza. Y ahora tienes otro trabajo: controlar a Victor Hugo Avelar. De lo contrario... las consecuencias serán para ambos.



¡Increíble!

No sé qué me dio, pero salí pisando fuerte de mi despacho, y enseguida estaba delante de Victor Hugo, que esbozó una amplia sonrisa al verme.

—Siento decepcionarte, pero no podemos hacer lo que pide nuestra carne aquí en la empresa —dijo, y al momento me cabreé más.

Este tío se cree...

—No vengo aquí a hablar de lo de ayer, sino...

—Ah, ya, claro, preciosa —de repente se acercó más y me agarró por la cintura, pegándome a la pared.

—¿¿Qué estás haciendo? —pregunté, con una rabia creciente inundándome el cuerpo.

—Dándote una muestra de lo que soy capaz.

—¿Ah, sí? —sonreí, mordiéndome un poco la boca.

Pues vamos a jugar, Victor Hugo...

—Pues déjame darte una muestra de lo que soy capaz.

Me acerqué más al hombre, y cuando mis labios llegaron cerca de su boca, oí su voz suave: —Estoy empezando a gustar un poco más de ti, preciosa...

—¿Sí? Entonces escucha con atención lo que voy a decir... —Le sujeté la barbilla con fuerza, y sus ojos automáticamente se volvieron fríos—. Le doy mucho valor a mi empleo, y si tú no lo haces, ¡es tu problema! —paré, recordando las palabras de Luigi—. O mejor, no solo tuyo, porque ahora tengo que ocuparme de un tipo grandote que por lo visto ha dejado de crecer.

—¿Ocuparte de mí? ¿Qué quieres decir? —tomó distancia, recolocándose la postura a continuación.

—Luigi me ha pedido que sea tu niñera y te impida hacer mierdas, lo que por lo visto es bastante habitual.

—¿Eso quiere decir que vas a estar vigilándome? —Cruzó los brazos, y no sabía bien si estaba impaciente o si se divertía con la situación.

—¡Sí! Alguien hizo cierta presentación borracho, o con bastante alcohol en sangre.

—Sí. ¿Y qué tiene que ver? Ya he hecho ese tipo de cosa un sinfín de veces. —Se encogió de hombros, y su indiferencia hacia el trabajo solo me irritaba un poco más.

—¿Te estás oyendo? —vociferé—. ¿Te parece eso... normal?

—Sí. Es mi normalidad.

Madre mía. Es increíble lo irresponsable que es y el placer que siente al restregarme su falta de escrúpulos en la cara.

No te haces una idea de lo mucho que echo de menos a Natanael, el CEO al que sustituiste. Él sí es un hombre que se tomaba el trabajo en serio.

Mi frase claramente no le sentó bien, porque sus ojos cambiaron al instante, y pude ver una gran oscuridad en ellos, así como indiferencia. No entendí el porqué de esa reacción, pero por lo visto no le gusta que lo comparen con nadie.

—Más vale que no me compares con él. Por tu bien, este va a ser tu primer y último aviso.

—Victor Hugo...

—¡Quítate de mi vista! —prácticamente gritó, y las ganas de mandarlo a tomar por culo no hicieron más que crecer; aun así, no lo hice. Solo que ahora tenía cierto poder entre mis manos, y lo iba a usar. Si quiere seguir en la empresa, más le vale comportarse de forma profesional.

—Me voy, pero más te vale empezar a comportarte. Luigi fue muy claro cuando hablamos, y por lo visto no está nada satisfecho con el actual CEO de GCR Turismo.

No le di tiempo a responder y salí pisando fuerte de su despacho.

A pesar de haberme sentido mejor al decir eso, sé que no conseguiré controlarlo, y eso en el fondo puede ser un problema mayor pronto...



Por desgracia, mi día avanzó a paso de tortuga, y mis idas constantes al despacho de Victor Hugo solo empeoraron la situación.

Es un coñazo hablar con él sobre trabajo, porque claramente ese no es su tema favorito aquí dentro. Sus bromitas en determinados momentos me sacan de quicio, y cuando me mira con deseo acaba sacándome del eje, ya que la mayor parte del tiempo es complicado ignorar su sonrisa destacada, así como su belleza apabullante y su olor. *Ah*, su olor...

No puedo quedarme deseando a alguien que me despierta tanta rabia, sobre todo cuando tengo que hacer mi trabajo y el suyo, además de trabajar como *niñera*, dicho sea de paso.

En una de mis pequeñas visitas a su despacho me fijé en que estaba canturreando mientras apagaba el ordenador.

—¿Adónde vas? —pregunté en automático.

—Hoy es jueves, preciosa. ¿Se te ha olvidado que salgo más temprano?

Ah, encima eso.

Se me olvida el horario flexible del adefesio. Bueno, mejor mantengo la calma y me concentro en el trabajo...

Ah, ¿sabes qué? Esta vez no.

Voy a decirle exactamente lo que pienso. Este *idiota* podrá ser mi jefe; aun así, tiene que oír algunas verdades de vez en cuando.

—Vienes con resaca a trabajar y prácticamente no trabajas, sales más pronto dos veces a la semana, pareces estar en otra dimensión las veinticuatro horas del día, haces bromitas inoportunas la mayor parte del tiempo... ¿qué más puedo decir de tu *trabajo*?

—Luiza... —dijo mi nombre clavándome los ojos profundamente y me sentí desafiada—. Hoy es uno de los pocos días de la semana en los que de verdad me permito ser un hombre feliz, así que no me des motivos para que mi día se vuelva una desgracia. *¡Hoy no!*

—Tienes que oír algunas verdades de vez en cuando —apunté y al momento lo vi acercándose más, con la mirada seria.

—Y tú también, así que presta mucha atención... —se acercó a mi boca, pero paró, analizándome la cara durante un rato—. Ocúpate de tu vida, porque puedes muy bien ser la *favorita* de Luigi, pero basta con que chasquee los dedos para que acabes en la calle. Así que más te vale pensarlo dos veces antes de irritarme, porque a partir del momento en que me convierta en un enemigo, no tendrás ninguna posibilidad de salir ganando, ¡y creo que tienes una ligera idea de lo que soy capaz!



Gracias a Dios el resto de mi día fue más tranquilo.

¡Un brindis por el adefesio que salió antes de la empresa!

En realidad, *qué brindis ni qué leches,* ya que su trabajo cae todo sobre mis espaldas prácticamente. A cada momento le daba vueltas a la noticia de que ahora soy la niñera de un hombre hecho y derecho...

Al menos hoy puedo relajarme un poco más. Beatriz me había invitado a su casa, y quería contarme algunas novedades, y una de ellas estaba siendo revelada en este preciso momento...

—¡Daniel y yo planeamos un hijo para dentro de dos años! —dijo con enorme alegría y al momento sacudí la cabeza negando.

—¡*¡Planificación... planificación... y más planificación*! ¿Por qué no dejar que las cosas fluyan con normalidad?

—Porque, como bien has dicho, somos empresarios y todo requiere disciplina y tiempo libre, lo que no tenemos en este momento.

—Amiga... tu frase no me ha convencido, pero respeto tu opinión, y estoy ansiosa por conocer al *Daniel Júnior,* o *Juninho* si así lo prefieres.

—¡Por Dios! ¡Ese nombre jamás!

—¡*He oído mi nombre*!

Daniel vino hacia nosotras, trayéndome la cerveza. Ya iba siendo hora.

—Tu preciosa *esposa* acaba de contarme los planes para tener hijos —enfaticé la palabra esposa y al momento él arqueó las cejas.

—Lo estamos pensando —apuntó, y al momento Beatriz lo fulminó con la mirada.

—¡Pensando un cuerno! ¡Está todo decidido!

Daniel me miró con aquella cara de «aún tengo dudas», pero enseguida sonrió a Beatriz.

—Claro, mi amor —dijo por fin, y *se notaba a la legua* que por lo visto eso no era algo decidido al cien por cien.

Creo que estoy empezando a tomarle un poco más de cariño a Daniel ahora que parece humano...

Al final hablamos sobre asuntos triviales la mayor parte del tiempo, y hasta me divertí con algunos relatos de Beatriz cuando dijo que Daniel se enredaba con las tareas domésticas.

—¡Es mentira! ¡En mi defensa siempre he sido un gran amo de casa!

—Mi amor... *¡acepta que duele menos!*

Tras su frase los tres caímos en una carcajada, y vi que realmente estaba necesitando sonreír un poco; mi trabajo, que antes era motivo de alegría constante, se está convirtiendo en una larga jornada de batallas con el *adefesio*.

—¿*Cómo van las cosas* en la empresa, Luiza?

—¿De verdad quieres saberlo? —arqueé las cejas, dubitativa.

—Después de esa cara tuya me he quedado un poco más curioso.

—Yo también, amiga.

Tenía decidido en la cabeza que no hablaría de Victor Hugo con Daniel, pero eso se complicó a partir del momento en que el propio Daniel me preguntó cómo iba mi trabajo, así que decidí *cantar.*

Decidí contarle que me había engañado. Daniel no se sorprendió ni una pizca, y por lo visto sabía lo de la *memoria fotográfica* del desgraciado.

Le conté también que Luigi me había dicho que yo era la nueva responsable del tipo grandote, y rememorar esa historia solo aumentaba mi dolor de cabeza, léase: *rabia*, *odio*. Como prefiráis.

—Si crees que no puedes trabajar con él, mejor búscate otro empleo...

—¡Jamás! —le repliqué a Daniel—. *¡Es mi sitio y donde voy a quedarme!*

—Entonces acostúmbrate. Y puedo decir que tu situación se ha complicado.

—¿Cómo? —Entorné los ojos, preocupada y atenta.

—Tu error fue decirle a Victor Hugo que Luigi te pidió que lo vigilaras. Ahora, más que nunca, te va a provocar, porque sabe que valoras tu empleo. —Daniel cruzó los brazos y sonrió—. Basta hacer la analogía con un niño caprichoso para entenderlo mejor. Cuando no tiene lo que quiere, empieza a llorar, a montar follón, a llamar la atención, entre otras cosas. Victor Hugo tiene rasgos de un niño caprichoso. Te va a provocar, poner a prueba tus límites, ignorarte cuando quiera, entre otras cosas que ya has experimentado en carne propia.

—Entonces... no tengo nada que hacer —balbuceé.

—Cierto —asintió—. A pesar de todo, hay algo que puedes intentar para suavizar esto.

—¿Qué? —me interesé.

—Creo que conoces este dicho, pero lo recalcaré: *ten a tus amigos cerca y a tus enemigos más cerca aún.*

—¿Y estás queriendo decir...?

—Sé amiga suya, al menos inténtalo. Finge importarte, no sé. Si tu empleo depende tanto de Victor Hugo, mejor no considerarlo un enemigo, de lo contrario, tu tiempo en la empresa terminará rapidito.

—No consigo esa proeza. Él... *me irrita* —gruñí—. Es irresponsable, no ejecuta las tareas para las que fue contratado, y... *me irrita.*

—Has dicho eso dos veces, amiga.

—¡*Para que entiendas el nivel en el que estoy*! —Volví la atención hacia ella—. *Bia*... no lo entiendes, no consigue tener una conversación seria con nadie, y cuando me ve parece que está mirando una *tarta de chocolate*.

Beatriz empezó a soltar carcajadas de la nada, e incluso Daniel esbozó una breve sonrisa.

—Su debilidad declarada siempre han sido las mujeres guapas, así que, a no ser que pases desapercibida ante los ojos de Victor Hugo, eso va a continuar.

—¡No me voy a poner fea o menos deseable por culpa de ese *adefesio*!

—Pues entonces sabes exactamente qué hacer —apuntó.

Nadie dijo que la vida fuera fácil.

Realmente estoy en un *callejón sin salida*, y lo único que puedo hacer es intentar seguir el consejo de Daniel, ya que él sí lo conoce bien. El mayor problema es si está equivocado y eso no sirve de nada...



CAPÍTULO 10

CAPÍTULO 10

«... Y por un pequeño descuido nuestros secretos pueden ser parcialmente revelados.»

LUIZA GOULART

Encaro este día de trabajo como algo normal, pero sé que en realidad no va a ser así.

Tener una conversación con Victor Hugo intentando explicarle que no quiero tener problemas en la empresa va a ser

extremadamente complicado, y no me imagino saliendo bien de una situación como esa. En fin, tendré que apañármelas para resolverlo.

Tras entrar en su despacho sin avisar, enseguida me miró, esperando alguna palabra.

Aún no sabía bien qué iba a decirle, o cómo, pero entonces me fijé mejor en su cara y vi algo extraño.

—¿Qué pasa? ¿Cuánto rato más vas a quedarte mirándome así?

—¿Te has puesto maquillaje? —pregunté, intentando contener algunas carcajadas.

—¿*Estás* loca? ¿Por qué iba a hacer eso? —me miró con cierta sorpresa.

—Tienes la cara... —me acerqué más a él, y al momento se levantó; a continuación miró el espejo que tenía a su lado—. ...un poco sucia —añadí.

Victor Hugo analizó su propio rostro y trató de limpiar el punto concreto que vi. Aunque le dije que era maquillaje, parecía ser otra cosa, y no identifiqué bien de qué se trataba debido a su rapidez al limpiar esa *mancha*.

—¡Y yo qué sé qué *mierda* es esto! —Se volvió hacia mí, claramente impaciente—. ¿Qué necesitas?

Todavía no me creía que iba a decir esto, pero necesito una preocupación menos en mi trabajo.

—¡Necesito una tregua!

—¿*Tregua*? —Se sentó sobre la mesa y me miró con incredulidad.

—Eso mismo. Y quiero hacerte una propuesta.

—*Hmm*... estoy empezando a gustarme el rumbo que esta *conversacioncita* despreocupada nos está llevando, ¿sabes?

Cerré los ojos.

Por desgracia, nunca conseguiré tener un diálogo serio con este hombre.

—No pienses ninguna tontería ni por un momento —fruncí el ceño, y al momento crucé los brazos, impasible—. Solo quiero que... *seamos amigos*. ¡Nada más, nada menos!

—*¿¿Cómo dices?*

Me miró de reojo, analizándome metódicamente. A continuación se levantó y abrió el whisky que tenía en la pequeña mesa de al lado, sirviéndose el líquido en uno de los vasos.

—Es justo lo que has oído. Tenemos que trabajar juntos, mi empleo depende del tuyo, y por lo visto al revés también. Solo quiero facilitar las cosas para los dos, no quiero enemistad contigo, no tengo nada contra *tu persona*, pero entiende que tampoco a favor. Así que espero que seamos... amigos. Nada más.

Pronunciar esa palabra dirigida a Victor Hugo era extraño.

—Bien —dijo con cuidado, mirándome aún—. Y sobre esa supuesta amistad, ¿tendré algún... *beneficio*? —me guiñó un ojo y sonreí.

Victor Hugo ni siquiera disimula lo sinvergüenza que es. No soy ninguna mojigata, aun así sé separar las cosas en un entorno de trabajo. O al menos me estoy controlando para hacerlo.

—No. Amigos sin beneficios.

—¡Así no tiene ninguna gracia! ¡Paso! —Dio un trago al *whisky*, pero antes hizo una mueca.

Aunque sea un sinvergüenza, lo considero un tío con actitudes graciosas y hasta cierto punto sincero, porque dice a la cara cuando algo no le gusta, o incluso cuando no está de acuerdo con alguna opinión. Pero no puedo olvidar lo que Daniel me dijo, y

no sé hasta qué punto o cuándo exactamente estaré siendo manipulada, porque ya lo hizo en aquella apuesta de días atrás.

—¡Pero así es como va a ser! —dije por fin, seria.

—¿Y por qué ahora?

—Yo...

—Espera... déjame adivinar, me encantan los juegos de adivinanzas. —Dio otro trago al *whisky*, clavando sus ojos en los míos, y esta vez me estremecí, porque parecía verme el alma con ese gesto—. Daniel te dijo que no soy una persona de fiar; que me gusta manipular a la gente que me rodea; te habrá dicho también que no soy de abrirme con nadie; y que no me gusta la mayoría de la gente que me rodea. Además, conociéndome poco te has dado cuenta de que no soy alguien fácil de tratar, y eso encaja con mi primera frase, ¿sabes por qué? —Una risita burlona apareció en su cara.

—¿Por qué?

—¡Porque le hablaste de mí! ¿He acertado, verdad? —sonrió, pero no parecía afectado ni sorprendido.

Durante unos segundos me quedé sin palabras.

Daniel no iba a decirle a Victor Hugo nada de lo que habíamos hablado, porque ni siquiera parecen ser amigos. Su deducción es hasta cierto punto... impactante para mí.

—Tu convivencia conmigo ha sido y está siendo difícil para ti, y por eso decidiste abrirte con Daniel, que con todo su modo metódico y firme de ser, terminó dándote algunos consejos sobre mí, pensando que te ayudaría. Como en algunos momentos tiene *complejo de Dios*, sugirió algunas ideas, y creo que hacerte mi amiga es una de ellas.

—Eso que has preguntado...

—No es una pregunta, *preciosa* —puso cara seria—. Te estoy contando hechos, *¡y contra hechos no hay argumentos!*

Dicho esto, se acercó a mí, aún con el vaso en las manos.

Sinceramente, me gustaría saber cómo consigue captar tantas cosas sin estar presente en el momento en que se dijeron, pero sé que nunca conseguiré entender la percepción que tiene.

—Me dio consejos —dije por fin.

—Bueno... si eso te hace feliz, síguelos. Pero fingir ser mi amiga no me agrada en absoluto. Soy una persona sincera, a pesar de ser un capullo.

—¿*Sincero*? —me burlé—. Bien que lo noté cuando me engañaste al leer los archivos de la reunión.

—*Ah*, preciosa... me volví loco con la idea de verte desnuda, y lo confieso... no me arrepiento de nada, lo haría todo otra vez y me arrepiento de no haber puesto unas cositas más en la apuesta.

Compórtate, Luiza...

—Tuviste lo que querías. Ahora soy yo quien hace la pregunta: ¿yo tendré lo que quiero?

—Si tu deseo es tenerme una noche entera, cuando quieras. ¡Estoy libre para ti!

De nuevo cerré los ojos, negando con la cabeza.

—Sabes muy bien de qué estoy hablando, no cambies de tema.

—Entonces... ¿de verdad *quieres* ser mi amiga? *¡Mi amiga*! —repitió, mofándose de la situación.

—Sí, y espero que tú hagas lo mismo.

Victor Hugo me lanzó una miradita y enseguida me dio la espalda, sentándose a continuación.

—¡Acepto! No quiero verte tristita, y creo que esto será bueno para los dos.

—¡Excelente!

—Pero hay un pequeño pero.

—¿Qué pero? —pregunté dubitativa.

—No cambiaré mi forma de ser, te voy a provocar de todas las maneras posibles, y estoy seguro de que un día cederás a mi encanto, y a partir de ahí... ¡no conseguirás sacarme de tu cabeza!

—¡*¡Eso ya lo veremos!*

VICTOR HUGO

Hoy he decidido trabajar, y no fingir.

A pesar de centrarme en el trabajo, las palabras de Luiza no se me han ido de la cabeza.

—¡*Qué chica más descarada*! —dije para mí mismo al desperezarme, recordando su petición insólita.

Es raro decirlo así, pero siempre me he jactado de no tener amigos.

En el fondo soy un hombre solitario, y como mucho considero que tengo colegas, y ya es mucho decir. Las únicas personas por las que de verdad siento sentimientos fuertes son mis padres, eso es un hecho.

No me gusta que me hagan la pelota, odio que ni siquiera piensen que están aprovechándose de mí. Probablemente esté equivocado en este pensamiento, pero, como dijo una de las mujeres con las que salí hace mucho tiempo: *en el lugar del corazón tengo una piedra de hielo, ¡que es dura como el acero!*

A pesar de todo, estoy haciendo algunas amistades por la ciudad, y cierta persona me cautivó cuando la vi por primera vez. Aún recuerdo la sonrisa de Vitória, y eso me alegró.

—¡Victor Hugo! —oí una voz, y al momento mis ojos se dirigieron a la puerta de mi despacho, donde vi a un hombre con gafas que me miraba y apartaba la vista constantemente.

Por un segundo intenté hacer memoria sobre si lo había visto en la empresa, pero realmente *nunca lo había visto en mi vida.*

—*¿¿Quién eres y qué quieres?* —vociferé.

—Me llamo Jarvas, y soy el responsable de...

—No quiero saber de qué eres responsable, *Jarbas*. ¿Qué quieres?

—Necesito salir antes —dijo, mirando al suelo—. Tengo problemas... personales.

Es el colmo que vengan a pedirme a mí permiso para irse del trabajo. A mí, un hombre que no respeta esa regla; aun así, Luigi lo sabe muy bien, y tener pase libre para llegar e irme cuando quiera fue una de mis exigencias. La más importante de todas.

Horario flexible, mejor dicho. No queda tan mal.

—Todos tenemos problemas personales. ¡La respuesta es no! ¡Vuelve a trabajar!

—Pero... *¡no consigo trabajar!*

Bufé, contrariado.

Odio decir dos veces la misma frase, y preveo un despido en este preciso momento.

—Dame un buen motivo para no despedirte ahora mismo. —Crucé los brazos, y al momento vi algunas lágrimas formándose en sus ojos.

—Es que mi hija está en el hospital, y... no consigo concentrarme, ella lo es todo para mí.

Durante unos segundos no dije nada.

Miré al hombre que tenía delante y ni siquiera me moví. Hasta mis ojos se perdieron en la nada, y no recuerdo qué se me pasó por la cabeza en los segundos que siguieron.

—¿Cuántos años tiene y qué le ha pasado?

—Seis añitos. Mi mujer dice que se subió a una escalera y se cayó.

—¿Desde qué altura? —pregunté con ansiedad.

—Unos dos metros.

¡Madre mía!

Algunos recuerdos recorrieron mi cuerpo, y al momento sentí un escalofrío.

—¿Y qué haces aún aquí? ¡Cuando sea así ni hace falta que me lo pidas! —bramé.

—¿Puedo... irme?

—Sí. Y quiero noticias actualizadas de cómo está, qué pasó, cómo pasó, qué dijo el médico... *¡todo*! —hice una pausa—. ¿Has entendido bien?

—Sí, muchas gracias.

—¡*¡Anda, vete ya y no te entretengas!*

Después de que Jarvas saliera de mi despacho, una ola de tristeza recorrió mi cuerpo, y los ojos se me empañaron.

Fui al baño de mi despacho y me miré la cara. Pude ver una pequeña mancha y enseguida sonreí, limpiando la pequeña suciedad. *Luiza es una mujer muy observadora al fin y al cabo...*



—Estás muy pensativo, hijo. ¿Qué ha pasado?

—No es nada, mamá.

Había quedado para cenar en casa de mis padres, y como de costumbre me dirigieron varias preguntas, sobre todo después de que mi madre se diera cuenta de que estaba demasiado pensativo. Eso no es nada normal.

—Victor Hugo Avelar...

Si hay una cosa que no soporto es cuando mi madre «recita» mi nombre completo. No hay escapatoria, salvo revelar los secretos *que tengo guardados* en mi precioso corazón.

Bien poético. Nada que ver conmigo.

—Ha habido un accidente con la hija de uno de los empleados de la empresa.

—¿Y cómo está? —preguntó preocupada.

—Eso lo sabré dentro de poco —miré el móvil y me sentí tentado a llamar al número que me aseguré de coger en Recursos Humanos antes de irme.

—¿Cómo?

—Tengo el teléfono de su padre, y voy a llamarlo en un rato.

Vi una sonrisa formándose en la cara de mi madre, y al momento posó la mano izquierda sobre mi cara.

—Tienes un buen corazón, hijo.

—No, mamá. Es que los niños son... *mi punto débil*. Nada más.

De algún modo intenté zanjar el tema, yendo hacia el sofá de la casa de mis padres, pero acto seguido vino hacia mí, todavía con la sonrisa marcada, sentándose a continuación.

—En realidad, *los niños son tu punto fuerte.*

Reflexioné durante un breve momento sobre su frase, y cerré momentáneamente los ojos, recordando algunos acontecimientos de hace muchos años.

—Ya. Puede ser.

De nuevo mi madre me miró con ternura, pero a continuación se levantó.

—Voy a dejarte tranquilo, creo que necesitas hacer algo —dijo, y al momento salió del salón sin más explicaciones.

Me quedé mirando el móvil durante largos segundos.

Llamar a una persona a la que apenas conozco no es buena idea, sobre todo a alguien al que traté mal cuando lo vi por primera vez. Aun así, decidí dejar de pensar y pasar a actuar, hice la llamada, y me contestó momentos después.

—¿Jarvas?

—Sí, ¿quién es?

—Victor Hugo. Tu jefe.

—Perdone, no he reconocido la voz.

—Tranquilo. ¿Cómo se llama tu hija?

—Andressa.

—¿Y cómo está?

—Mejor, gracias a Dios. Se ha roto la pierna y se ha fracturado la pelvis, pero los médicos han dicho que se va a recuperar.

Cerré los ojos y me pasé la mano por el cabello, un poco irritado.

De verdad querría ser un hombre desprovisto de sentimientos, no preocuparme por el prójimo ni por nadie, pero por suerte (o por desgracia) parece que tengo corazón, y eso no encaja con el tipo duro que quiero mostrar a la gente en general. Es una mierda no saber de qué lado estás cuando hablamos de la razón y la emoción.

—¿Cuántos días necesitas de baja? —intenté cambiar mis pensamientos, ya que solo me imaginaba a su hija tumbada en una cama de hospital.

—Ninguno, jefe. Mi mujer se queda aquí, necesito terminar un informe importante...

—*¡No tienes que terminar ninguna porquería* , Jarvas! ¡Tu hija está en el hospital y eso es la prioridad! —dije con voz firme—. No quiero verte en la empresa hasta que Andressa esté en casa.

—Pero...

—Si te veo en *GCR* antes de que eso ocurra, estarás en la calle. ¿He sido claro?

—Después de unos segundos de vacilación oí de nuevo su voz: —Está bien.

—Excelente.

—Victor Hugo... muchas gracias. De verdad.

—No tienes que darme las gracias, y ahora que tienes mi número mantenme informado. A diario.

—Cuente conmigo.

Colgué el teléfono y me desplomé en el sofá.

Durante largos minutos me quedé pensando en alguien que ni siquiera conocía, y eso me mataba por dentro. Creo que necesito beber, y olvidar los pensamientos que vinieron acompañados a los de su hija...



CAPÍTULO 11

CAPÍTULO 11

«Y en momentos inesperados florece una amistad verdadera...»

VICTOR HUGO

Como de costumbre me desperté con una tremenda resaca.

Es tan habitual que incluso pillando *una buena cogorza* consigo despertarme temprano, y hoy no ha sido distinto. Antes incluso de las siete ya estaba en pie y listo para trabajar.

Llegué a GCR antes de las ocho y adelanté el trabajo acumulado en mi mesa, que no era poco.

Tengo un lema bien definido en un entorno de trabajo: nunca *dejes para hoy lo que puedas hacer mañana*, y por eso siempre tengo trabajo de sobra, independientemente del día.

Confieso que ese pensamiento no agrada a la mayoría de los gestores que me contratan, pero tienen que saber que a final de mes entregaré todo lo que pidan, así que mi teoría se ha demostrado eficaz hasta hoy.

Tras ir al comedor, acabé cruzándome por casualidad con mi empleada favorita: *Luiza Goulart*. Claro, no perdí la oportunidad de darle conversación; al fin y al cabo, ahora somos *amigos*.

—¿Cómo estás, preciosa?

—Bien —fue escueta y apenas me miró. Por lo visto está muy ocupada, porque evitar mi cara bonita es bastante difícil para la mayoría de las mujeres.

—¿Qué vas a hacer hoy?

—A ver... —hizo memoria y por fin me miró—. Tengo que resolver algunos problemillas en mi sección, tengo que modificar el informe que me envió Gilson, también hay...

—¡Para! —cerré los ojos—. Hablo de después del trabajo. ¿Sabes una cosa...? Aquí no me interesa mucho cómo o cuándo vayas a hacer las cosas; lo que importa es que las ejecutes.

Creo que ni hace falta hablar de la incredulidad que se reflejó en su cara al oír esas palabras. Pero es como he dicho, soy un *CEO* bastante distinto. Bien está no caer en la rutina.

—Salir con una amiga —dijo por fin, un tanto dubitativa.

—Bien. ¿Y adónde iréis?

—Al *Fábrica's Bar.*

—¿Sobre las ocho? —pregunté—. Es una hora bastante concurrida.

—Sí. Hemos quedado a esa hora. ¿Por qué la pregunta?

—Sencillo, porque te haré compañía a ti y a tu amiga.

—Oye, *tranquilo*, ¿de qué *estás* hablando? —preguntó con incredulidad.

—Ahora somos *amigos*, y como *buenos amigos* saldremos juntos algunas veces para conocernos mejor, así que te veo allí a las ocho. No soy una persona que se aferre a los horarios, así que llegaré un poco más tarde. Hasta será mejor, porque puedes preparar el ánimo de tu amiga y presentármela.

Luiza empezó a reír y me erguí.

—¿Qué te hace tanta gracia?

—No le vas a caer bien, y por lo visto a ti tampoco ella.

—A todo el mundo le caigo bien.

—Sí, hasta que abres la boca.

Pero qué...

No voy a replicar, tiene toda la razón.

—Me has pillado. En fin, el mensaje queda dado —apunté, saliendo ya del comedor—. Nos vemos allí.

Después de volver a mi despacho, vi un mensaje de Jarvas en *WhatsApp*:

Mi hija se está recuperando. Está fuerte y pronto volveremos a casa. Gracias por dejarme cuidar de ella.

Justo debajo envió una foto, donde Andressa sonreía junto a él y a su mujer.

Me quedé mirando esa foto durante unos minutos, y cuando me guardé el móvil en el bolsillo, fue inevitable que se me dibujara una sonrisa en la cara...

LUIZA GOULART

No sé bien qué pensar cuando Victor Hugo suelta sus perlas sin más.

Invitarse a salir conmigo es una cosa, pero en un entorno donde Renata estará presente es algo totalmente distinto, sobre todo siendo ella tan dada a decir a la cara lo que está pensando.

Bueno, estoy rezando mucho para que sea una broma suya, ya que, además de que la *muñequita* es seguidora declarada de Daniel, no creo que ellos vayan a congeniar.

—*Por lo visto va a reducir a Victor Hugo a polvo* —pensé para mí.

Por ahora es mejor centrarme en mi trabajo; por lo que veo, mi noche va a quedar para la historia...

¡Totalmente fuera de control!



—Puedes ir abriendo la boca, quiero saber ya lo que no dijiste aquel día, cosita linda.

Había salido de GCR una hora antes. Renata y yo ya estábamos en el bar y *rompimos el hielo*.

—*Ah*, no es nada del otro mundo. Es solo que estás mirando a la nueva gerente de ventas de *Argo's*. Cosa irrelevante.

Abrí mucho los ojos y por un momento no me creí lo que captaron mis oídos.

—¡*¡Mentira!*

—¡*¡Verdad!*

Tan jovencita y creciendo tanto...

—*Ah*, no me lo puedo creer...

No sé qué me dio, y al momento salté de mi silla para darle un largo y apretado abrazo a mi amiga, que automáticamente puso mala cara. No le gusta mucho que la abracen, pero no tengo la culpa de que sea *abrazable*, una monada declarada.

—*Vale*, vale, *¿no*? ¡Ya basta! —dijo, y enseguida me aparté, riendo mucho—. No te lo conté antes porque sabía que ibas a montar este *espectáculo*.

—Deja de ser *cascarrabias*. Esta noticia merece una celebración a la altura. ¡Vamos a bebernos hasta el agua de los floreros hoy! —Levanté el vaso, pero al momento vi su índice moviéndose de un lado a otro en negación.

—Tengo que estudiar algunos temas que me pidió Beatriz. Y empiezo en el puesto la semana que viene. Nada de emborracharme, al menos no este mes. Necesito concentración.

Sonreí. Últimamente concentración es lo que no tengo, y la culpa es toda del *adefesio* de mi jefe. Y hablando de él...

—¿Quieres oír algo gracioso? —pregunté.

—¿El qué?

—Mi jefe me ha dicho que vendría aquí hoy cuando le pregunté cuáles eran mis planes para la noche. —Di un trago a la cerveza.

—¿Y te lo has creído? Por lo visto estaba intentando tirarte los tejos.

—No me lo he creído. Y sí, me tira los tejos casi a todas horas.

—Quién te ha visto, quién te ve... —se mofó—. ¡Luiza Goulart rechazando hombres!

—Son cosas distintas —apunté—. Estoy en el trabajo que siempre deseé, ascendiendo periódicamente y muy contenta por ello. No quiero ni voy a echarlo todo a perder por culpa de un hombre... —reflexioné sobre algunas características de Victor Hugo y fue inevitable acordarme de él *en pelotas* en su casa.

—Tiene sentido. Y, viniendo de ti, que algo tenga sentido es bastante difícil de que ocurra.

Le puse mala cara a Renata y le levanté el dedo medio, lo que la hizo soltar una carcajada.

Cuando me preparé para entablar otra conversación, hete aquí que el *Universo* decidió conspirar contra mí, y mis ojos se dirigieron al hombre *en pelotas*...

No es posible...

Darme cuenta de que Victor Hugo caminaba hacia nosotras fue un shock. No pensé que estuviera hablando en serio cuando mencionó que vendría al bar. Cuando miré al lado, vi a Renata sacudiendo la cabeza en negación. Ni siquiera necesité decirle cómo era mi jefe, —ya que la última vez ella lo había visto *medio para allá medio para acá* —, pero ella se fijó en aquel espécimen de hombre desfilando con su traje hacia nosotras dos.

—¿Qué? ¡Yo pensé que era broma! —Levanté las manos, rendida.

—Por lo visto no era —gruñó con la cara seria.

Caminando con pasos lentos, lo que más parecía un desfile, vino hacia nosotras, sonriendo al posar los ojos en mí. Mi día estaba demasiado bien, era lógico que iba a ocurrir alguna tragedia...

—Buenas noches, Luiza —se detuvo delante de nosotras, metiéndose las manos en los bolsillos a continuación.

—Victor Hugo...

—Espera... —La atención de Victor Hugo se dirigió a Renata —. Vaya... tu amiga también es una *preciosidad* —dijo, y al momento le puso una de sus manos sobre la cabeza a Renata, que lo fulminó con la mirada.

—*Victor Hugo...* —apunté, sacudiendo la cabeza hacia un lado y esperándome lo peor.

—Sabes... pensaba que Diego era la persona más insoportable que había conocido, pero tu jefe parece bastante peor. Y quita la mano de mi cabeza; además de no ser un *pet,* ¡no te he dado esa libertad!

Renata se escabulló y al momento empecé a reír. No esperaba menos de mi *muñequita*.

Hay que recalcar que la culpa es exclusivamente de Victor Hugo, que ha venido a un lugar al que no lo han llamado. Para mí es poco que lo traten así.

—Eres muy arisca. ¿Cuántos años tienes? —preguntó, cruzándose de brazos al instante, mirándola de una forma divertida.

—No es asunto tuyo. Otra cosa: *¡no me caes bien*!

—Si ni nos conocemos —Victor Hugo sonrió y se metió las manos en los bolsillos, siguiendo mirándola de un modo bastante gracioso.

—*Ah*, sí que te conozco. ¡Eres el rival de Daniel Falcão!

Al oír ese nombre puso mala cara, a continuación suspiró adoptando una postura descuidada.

—Yo paso de él.

—Pues que sepas que él es mi ídolo —Renata sonrió, pero con cierto desdén.

—Me he dado cuenta, pero solo es tu ídolo porque no me conociste antes a mí, bajita.

—¿*Bajita*?

—Yo la llamo *muñequita* —decidí abrir la boca y Renata puso mala cara al momento—. Es demasiada *monería* para una sola persona.

Victor Hugo empezó a soltar carcajadas de la nada, sentándose. Eso sí que ni siquiera fue invitado.

Cómo no iba a hacerlo...

—Creo que al final no me voy a arrepentir de haber venido a veros.

—Solo que el problema es que nadie te ha llamado.

—Eso es verdad —reiteré.

—No os preocupéis, soy buena compañía cuando quiero.

—Básicamente... nunca —dije, y al momento le tocó a Renata sonreír.

—En *GCR* estamos trabajando, así que tengo que mantenerme así. Aquí es otra historia.

—Victor Hugo... —dijo Renata mansamente, y al momento me quedé preocupada por lo que venía—. Ya que has hablado de la empresa y estropeado mi *noche* y la de Luiza, tenemos que hablar de algo.

—¡*Renata*! —usé el tono más fuerte, sabiendo lo que venía a continuación, pero ella simplemente me ignoró. Mi amiga es buena en eso.

—Me he enterado de que eres perezoso; te metes con la gente; te equivocas con los nombres a propósito; y que es imposible vivir en tu presencia. ¿Por qué no te das una *pulida* a ti mismo y dejas a mi amiga en paz?

—Sabes... es hasta gracioso que hagas de guardaespaldas siendo de tu tamaño.

Cerré los ojos.

Renata, con toda seguridad, va a agredir a Victor Hugo, y no va a tardar en ocurrir.

¡Y con un cuchillo!

—A ver...

—¡Espera! —movió el índice—. Deja que me defienda, después me insultas. Primero, no me cae bien la gente en general, empecemos por ahí para entender el resto de mi razonamiento. Segundo, no nací para complacer a nadie, mucho menos para ser complacido. Y tercero, soy su jefe, y va a tener que lidiar con eso. Pero ahora somos amigos, y eso salió de ella. Curioso, ¿no?

Renata me miró desconfiada, y solo asentí con la cabeza un tanto dubitativa.

No le había dicho que Daniel me había dado tal consejo, y tampoco lo consideré tan importante, pero con él prácticamente *soltando* esas palabras voy a tener que contarle la historia entera; de lo contrario dirá que necesito que me ingresen.

—No necesitas ser un capullo por eso —dijo Renata.

—Daniel Falcão siempre fue un capullo con las personas que trabajaron para él y al final lo admiras, así que mejor reconsidera tu opinión sobre mí. Defender a tu amiga es una cosa, pero no entender mi lado por ser así es otra totalmente distinta.

Renata lo miró durante un buen rato, pero no dijo nada. A continuación movió la cabeza arriba y abajo.

—En eso puede que tengas razón.

Automáticamente miré al lado, sin creerme que esas palabras hubieran salido de la boca de mi *muñequita*. Difícilmente admite estar equivocada en algo.

—Lo sé, monada.

—¿Se puede no llamarme con esos motes empalagosos o diminutivos? —gruñó.

—Perdona. Es que cuando te miro me dan ganas de achucharte. En el buen sentido.

No aguanté y empecé a reír. Victor Hugo hizo lo mismo a continuación, y cuando miré a Renata vi una pequeña sonrisa formándose en su cara.

—No tengo la culpa de ser guapa y tener la cara joven y deseable.

—Ni una pizca. Y por tu genio fuerte, sé que ya has destrozado el corazón de varios tipos por esta ciudad. Por cierto, es probable que te guste hacerlo.

Al oír esa frase, se volvió hacia mí, y en el mismo segundo sacudí la cabeza negando, indicándole que yo no había dicho nada.

El problema es *eso*... este desgraciado sabe leer muy bien a la gente, y aun en una conversación informal suelta algunas verdades *sin querer queriendo.*

—Ella no me ha contado nada. Yo solo... *lo sé*. Capto más de lo que crees al mirar y hablar con una persona.

Confieso que la conversación se aligeró un poco en los minutos que siguieron. Creo que Renata le dio una oportunidad, ya que no lo echó de nuestra mesa, y eso, viniendo de ella, es mucho. Puedes apostar.

Victor Hugo habló muy poco de sí mismo, y parecía más interesado en oír sobre nuestros temas. Llegamos incluso al tema del *maquillaje*, y claro, dio su *opinión*. En fin, el hombre sabía conversar cuando quería, y eso me sorprendió un poco.

—Hay un hombre...

—...*que no para de mirar hacia aquí* —Victor Hugo completó el razonamiento de Renata, que asintió enseguida.

—Bueno, yo no estoy haciendo nada —dije, y al momento me lanzó una sonrisita.

—Si no estás haciendo nada, podemos hacer *algo* en mi casa.

—¡Vosotros dos! ¡Madre mía! —dijo Renata.

Una mirada desconfiada tomó la cara de *mi jefe*, y al momento levantó el vaso de cerveza simulando brindar con alguien, dando un trago al líquido.

—Luiza, Luiza, Luiza... ¿qué más voy a descubrir de ti?

—¡Nada más! Yo solo...

Dejé de hablar en el preciso momento en que una mano me tocó los hombros. Al darme la vuelta, vi a un hombre moreno sonriéndome.

—Hola.

—Hola —respondí.

—Te llevo admirando un rato, y por fin he venido a verte. Me llamo Juan.

—Encantada, Luiza. —Me dio un beso en la mejilla y al momento miré a Renata, que me analizaba atentamente. Victor Hugo, en cambio, no dejaba de mirar al hombre, y este se dio cuenta enseguida.

—¿No sois...?

—¿Novios? ¡Claro que no! *¡Quiiitaaa*! —respondió Victor Hugo con una voz muy rara y al momento se mordió los labios—. Digamos que yo prefiero otra cosa —le guiñó un ojo al hombre, y al momento miré a Renata, que estaba tan perpleja como yo al ver la escena.

¿Qué demonios está haciendo este ser?

—Espera, ¿estás diciendo...?

—*Guapetón*... —dijo—. No va a pasar nada con mi amiga, ¿y sabes por qué?

—¿Por qué?

—Bueno... desde el momento en que te vi, le dije que tú eras *mi número*, y llevo un rato elogiándote aquí en la mesa. Tendrías que haberte acercado a mí y no a ella. Una pena...

Tras terminar la frase, Renata bajó la cabeza y empezó a reír; no me contuve y solté una carcajada, dejando al hombre cortado.

—Entonces... ¿por qué no vas al baño, te aclaras las ideas y luego vuelves aquí y le pides salir a *la persona adecuada*? —Victor Hugo juntó las manos y al momento se pasó una por el cabello, haciendo poses—. Voy a esperar con ganas y hasta puedo pasar por alto que te hayas acercado a ella primero.

¡No me puedo creer lo que estoy presenciando!

—A mí me gustan las mujeres —dijo recomponiéndose, irguiéndose.

—Vaya... *¡qué penita*! —hizo un puchero, y el hombre se alejó de la mesa sin decir nada más.

Tanto Renata como yo nos quedamos mirando a Victor Hugo, que volvió a tomarse su cerveza como si no hubiera pasado nada.

—¿Hasta cuándo vais a quedaros mirándome como si fuera una *aberración*?

—No conocía ese lado tuyo —me burlé.

—No tengo ese lado, solo lo improvisé para que se fuera. No me gusta que me molesten cuando estoy con mis amigas.

—¡*¡No soy tu amiga*! —afirmó Renata categóricamente.

—¡*Aún*! Ya he visto que te he caído bien, y será cuestión de tiempo que seamos buenos amigos. Y no te preocupes, no quiero

acostarme contigo. Tú, en cambio, Luiza...

—¡Madre mía! —susurró Renata llevándose la mano a la frente.

Él no cambia.

A pesar de los pesares, en la empresa puede que sea una persona difícil de tratar, pero fuera de ella parece ser un hombre divertido, lo confieso.

—Cambiemos de tema, ya que has espantado al único tío que se acercó a mí.

—¿De qué hablamos?

—Creo que...

Oí un pequeño ruido, y enseguida lo vi llevándose el móvil al oído. A continuación sus facciones se pusieron un poco más serias, y se levantó.

—*¿¿Qué le ha pasado?*

Victor Hugo escuchó atentamente lo que le decían durante unos instantes, y a continuación dijo: —*¡Voy para allá ahora*! Creo que puedo ayudar con eso... —colgó el teléfono y al instante se volvió hacia nosotras.

—¿Qué ha pasado? —pregunté.

—No os preocupéis, ha sido un imprevisto y me ocupo de eso ahora —sonrió y fue hacia Renata—. Ha sido un placer conocerte, *lady Renata.* —Le cogió la mano derecha y le dio un pequeño beso, dejándola ligeramente sorprendida.

—El placer ha sido mío —rió brevemente.

—Hasta mañana, Luiza. —Se acercó y me besó la mejilla, pero claro, pilló la parte lateral de los labios.

Hecho ese gesto se fue, y al momento miré a Renata, que me analizaba bastante desconfiada.

—Bueno, creo que te debo una disculpa.

—¿Por qué? —preguntó.

—Pensé que no vendría, y encima te provocó, así que puedes muy bien *estar cabreada.*

—No, todo lo contrario. Me ha caído bien tu jefe. Dice lo que piensa, es deslenguado, y le importa un comino lo que piense la gente de él. Como yo.

Solté una risita maliciosa mirando a mi amiga.

—Si quieres...

—¡*¡Ni se te ocurra terminar esa frase!*

—¡Vaya! Solo iba a invitarte a un trío, él, tú... *y yo*. ¿Qué te parece? Puedo enseñarte unas cositas que jamás vas a olvidar...

Renata me miró con cierto asco, y al momento solté una carcajada.

—Eres horrible, Luiza. Una pésima persona y amiga.

—Era una broma, *muñequita*. Amorcito de mi vida.

—Voy a dejar claro que vosotros dos no sois mi tipo, y jamás me voy a liar con alguien que se parezca a mí; lo mataría yo o al revés. Necesito a alguien opuesto a mí.

—¿Tipo Diego?

Y bastó con que pronunciara su nombre para que pusiera los ojos en blanco, pero de un modo muy distinto al habitual.

—Sería una persona con un estilo parecido, sí, pero no necesariamente él.

—*Ya*...

—¡*¡Podrías dejar de mirarme así?!*

Es increíble lo desconcertada que se pone cuando menciono su nombre.

—Ya sabes cómo es... enamorarse es complicado.

—¡*¡No estoy enamorada de ningún hombre*! —me fulminó con la mirada y vi que *sí* que estaba algo afectada por él de alguna forma. Pero quiero mantener mi integridad física y no voy a discutir.

—Está bien. —Levanté las manos—. ¿Sigue en *Argo's*, no?

—Sí —gruñó.

Debido a su incomodidad no profundicé en el tema.

Decidí centrarme en lo que había pasado en mi día, y no contuve una sonrisita al recordar la escena de Victor Hugo repeliendo al hombre que se me había acercado. Al final, puede que no sea un capullo completo...



CAPÍTULO 12

CAPÍTULO 12

«Es agradable que te sorprendan en el trabajo...»

LUIZA GOULART

Mi vida en la empresa está cambiando poco a poco...

En los días que siguieron, Victor Hugo no me tocó las narices, y me pareció extraño. En algunas ocasiones hasta me trataba como si yo fuera de verdad una amiga, hablando de cosas triviales e incluso haciendo bromitas sobre otros temas.

Lo que no cambió —y difícilmente cambiaría— fueron sus constantes piropos dirigidos a mí.

Para acabar con el sufrimiento, me dirigí a su despacho con el dichoso documento en las manos. Al ver su puerta abierta, entré.

—Victor Hugo, tenemos que hablar sobre este...

—Y en esta locuuuura... —me interrumpió, hablando alto.

—¿Cómo?

—De decir que no te quiero, voy negando las apariencias, disimulando las evideeeencias...

¡Madre mía!

No estaba cantando, estaba gritando con una grapadora en las manos simulando ser un micrófono. Pero no todo está perdido, su voz hasta es bonita.

—¡Para de hacer el ridículo, por favor! —miré a los lados y cerré la puerta, esperando que esta vergüenza no la viera mucha gente.

—Pero para qué vivir fingiendo, si no puedo engañar a mi corazóoooon...

Se acercó más a mí y cerré los ojos, muriéndome por dentro...

—¡¡Victor Hugo!

—¡¡Sé que te quieerooo!

Dios mío, ¿cuánto tiempo hacía que no sentía tanta vergüenza? Ni lo sé, esa palabra no existía en mi diccionario... ¡hasta ahora!

Por lo visto se ha llevado la canción Evidências —de Chitãozinho & Xororó— a otro nivel.

—Basta de mentiiiras, de negar mi deseeeo, te quiero más que a nada, necesito tu beso, te entrego mi vida para que hagas lo

que quieras de míiiii, solo quiero oírte decir que sí.

Parecía un loco declamando algo a su amada, y en este caso me pilló a mí desprevenida, porque era yo la persona que tenía delante.

Para que su reputación no empeorara aún más en la empresa, dejé el dossier en su mesa y rápidamente aplaudí su espectáculo particular.

—¡Fabuloso! Serías un gran cantante si no fueras CEO.

—Soy talentoso, preciosa.

—¿Y a qué se debe la felicidad?

—A nada del otro mundo.

Clavé los ojos en los suyos, intentando encontrar algún rastro de vacilación, pero acabé fijándome en otra cosa... otra vez.

—¿Por qué parece que llevas pintura en la cara?

—Y dale con esa historia otra vez...

Me acerqué más y le toqué la cara, y al momento retrocedió. ¿Qué estará escondiendo?

—La primera vez pensé que era maquillaje, pero viéndolo de cerca... es pintura.

Victor Hugo parecía confundido, o estaba fingiendo bien.

—A veces duermo en sitios poco apropiados, como ya te habrás dado cuenta, y ayer mismo acabé quedándome dormido en un banco de una plaza.

—¿Y qué tiene eso que ver con el culo y las pantalones? —me crucé de brazos, desconfiada.

—Digamos que estaba pintado... el día anterior —me lanzó una sonrisa maliciosa.

Me llevé la mano a la boca y empecé a soltar carcajadas.

—¡¡Eso tiene que ser mentira!

—Pues créelo si quieres. —Fue hacia su mesa y abrió el documento que dejé—. ¿Qué es esto?

—Trabajo. Para ti.

—¿En pleno viernes? ¿En serio?

Si hay algo que no ha cambiado en absoluto es su pereza aparente.

Llegué a plantearme cierto día si se llevaba trabajo a casa, pero terminé riéndome a carcajadas solo de pensarlo. Es básicamente imposible. Solo lo veo quejándose de que tiene mucho trabajo, pero hacerlo, lo que se dice hacerlo... nada!

—Sí, en pleno viernes, y te agradecería mucho que lo hicieras hoy, ya que el lunes tengo que entregarle estos papeles a Recursos Humanos por la mañana, y no sabes lo que me dan la lata. Estoy harta de llevarme trabajo a casa.

—¡Vaya! Y yo pensando en despedirte estos días atrás.

Puse mala cara.

—Eso ya no es una opción. Aunque sea a regañadientes hago básicamente todo tu trabajo, y sin mí... no aguantarías nada. Hecho.

—Mira lo que dices... —movió el índice divirtiéndose—. Ya te he demostrado que no es exactamente así como funcionan las cosas.

—Tener memoria fotográfica puede ayudar en algunas cosas, pero no en todo. Necesitas datos para grabar cosas, y mira... yo te proporciono esos datos —reforcé mi idea—. El trabajo duro recae sobre mis espaldas; tú solo tienes que entenderlo.

—Sí, por eso soy el CEO, y tú estás por debajo de mí en la cadena jerárquica. Tú haces el trabajo bruto y yo lo voy puliendo.

¡Y sigue siendo un capullo!

—Y, antes de que me insultes, si es que ya no lo has hecho mentalmente, no te estoy menospreciando. Siempre hay alguien por encima de otra persona.

—¿Tipo Luigi encima de ti? —pregunté con malicia.

—Justamente.

Después de que respondiera eso, le cambió la cara, y creo que pilló el doble sentido.

—Anda... me ha gustado tu visión amplia sobre esto —provoqué.

—Esa respuesta no ha quedado nada bien —suspiró.

—Para nada. Pero confieso que hasta me imaginé una escena, y mira... ¡quedó excelente!

—¡Qué asco! —puso mala cara, sentándose—. Sal de mi despacho y deja de decir tonterías —dijo, pero los labios se le curvaron con una pequeña sonrisa.

—Me voy, pero antes de irme paso aquí a recoger los documentos terminados.

—Buena suerte...

—¿Qué has dicho?

—Nada. Vuelve al trabajo y deja de traumatizarme.



Durante unos minutos estuve girando en mi silla mientras apretaba el bolígrafo frenéticamente pensando en algo que me dijo

Victor Hugo.

A veces Renata me toma el pelo diciendo que me falta inteligencia, y ahora prestando más atención a las cosas, creo que me la han colado en la cuestión de la pintura en la cara del *adefesio*.

No es la primera vez que observo lo mismo, y a no ser que sea muy idiota —cosa que no puedo descartar bajo ningún concepto —, es complicado creer que se durmió en más de un banco de plaza pintado el día anterior.

Aquí hay gato encerrado...

Además, el tatuaje en su pecho marcando una fecha específica me dejó curiosa. Hay varias cosas intrigantes y raras relacionadas con mi jefe, y estúpidas también, claro.

Lo cierto es que tengo que recoger mi documento, y lo voy a hacer ahora.

Después de entrar en su despacho, me quedé admirándolo un rato. Intimidarlo no serviría... preguntarle tampoco... chantaje... quizá, pero no haría eso.

—¿*Estás* encontrándome guapo o qué?

—¿Por qué no dejas de marearme y me dices *qué pasa* con esa pintura?

—¿Otra vez con esa historia?

—No me voy a tragar *tu cuento del banco de la plaza.*

—¿No tienes que trabajar? —preguntó ignorando mi pregunta.

—Sí, pero no olvides que ahora *somos amigos* y me he quedado curiosa. ¡A una mujer como yo no se la deja así! —fingí descontento con ligeros tintes de tristeza al cruzar los brazos.

—La verdad es que sigue sin ser asunto tuyo. Tú me ignoraste cuando te canté *evidências*. Así que... no tenemos de qué hablar.

Me reí y él hizo lo mismo.

—Victor Hugo...

—¡Vamos! ¡Vete! Esto no es nada. Ocupa tu cabeza con asuntos más importantes.

Por lo visto no voy a sacarle ninguna información al hombre.

¡Joder!

Odio quedarme con la curiosidad y no descubrir el origen de mis teorías.

—Está bien, has ganado, ¿pero dónde está el informe terminado que te dejé en la mesa?

—i*¡No lo he hecho!*

Solté un suspiro bien largo. Dios claramente me está poniendo a prueba en pleno viernes.

—A ver...

—Antes de empezar el sermón innecesario, mira tu reloj, ahora son las tres de la tarde y te quedas en la empresa hasta las seis y media. Tenemos tiempo. Pásate aquí a las seis y todo el mundo se irá feliz.

—Pero...

—*No hay pero que valga*. Un beso, *preciosa*. *¡Lárgate de mi vista!*

Ante su mala voluntad, volví a mi despacho y adelanté el trabajo de la semana siguiente.

—¿Qué pasa, amiga? —preguntó Estela al ver el nerviosismo en mi cara.

Soy una mujer bastante transparente cuando estoy estresada o irritada. Hasta demasiado para mi gusto. Cuando algo me *mosquea* —como dice mi abuela—, no pongo una sonrisita falsa, y cuando la situación se me escapa de las manos, como es el caso —

ya que estoy con las manos atadas esperando que el adefesio haga su parte— se me destaca el semblante rabioso.

—Solo Victor Hugo procrastinando. Como siempre —bufé.

—No le cae bien a nadie, ¿no? Y hablo de toda la gente, de todos los departamentos. Siempre retrasa documentos, ningún departamento se salva, y Recursos Humanos básicamente ¡nos hace tragarnos los marrones!

Empecé a reír desenfrenadamente con su frase. Al menos *eso* fue algo bueno para quitar la seriedad del ambiente.

—Tenemos que calmarnos —apunté—. Como diría un sabio filósofo: *¡todo va a salir bien!*

Maté un poco más el tiempo con los pendientes de la semana siguiente, y cuando miré el reloj, vi que ya pasaba de las seis.

Me levanté de la silla y fui a encontrar al *adefesio*, pero adivinad qué: su despacho estaba cerrado, y después de que Morgana —su secretaria— viera mi incredulidad al ver esa escena, dijo: —Se ha ido antes. A las tres y media.

—¡*¡Joder*! ¡Vaya novedad! —vociferé—. ¿Te ha dejado algún documento? —pregunté con la esperanza de tener una respuesta positiva y de que no estuviera todo perdido, pero...

—No.

Me di la vuelta y salí pisando fuerte.

¿Qué clase de idiota contrata a un CEO de esa calaña, totalmente irresponsable, para dirigir una reconocida agencia de turismo?



Como decía *alguien que no recuerdo bien*: el lunes es el peor día de la semana, y el mío estaba superando las expectativas.

Además de no relajarme el sábado y el domingo por la preocupación por el único informe que tenía que entregar, encima estoy siendo presionada por Marlene, *la víbora de Recursos Humanos.*

—Sabes muy bien que trabajo con plazos, Luiza. Y el tuyo ha vencido. De todas las personas, eres la única que no me ha entregado los documentos hasta ahora, y me sigues mareando.

—Ya te dije que se los dejé a Victor Hugo.

—Sencillo: pues ve a recogerlos y entrégamelos. Necesito eso inmediatamente.

¡Infierno en la Tierra!

Ni me molesté en responder, y cuando me di cuenta estaba en el despacho del perezoso, que al verme esbozó su sonrisa de costumbre. Pero hoy no estaba para bromas.

—¡Me engañaste la semana pasada! Te fuiste antes y no hiciste nada respecto al informe.

—Sabes... ¿ya te he dicho que te pones preciosa cuando te enfadas? Las mejillas se te ponen rojitas, y me dan ganas de achucharte mucho, *preciosa*.

—¡*¡Capullo! ¿Estoy hablando en serio, puedes parar con esa payasada y prestar atención a tu trabajo solo un poco para variar?*

Creo que exageré con el tono, ya que varias cabezas se volvieron hacia nosotros, y solo entonces me di cuenta de que no

había cerrado la puerta. Muy al contrario, estaba abierta de par en par.

Victor Hugo no dijo nada, pero puso mala cara al instante, y no sé bien por qué, pero me preocupé.

—Bien... bien... bien... —dijo, levantándose acto seguido y acercándose más, al menos eso pensé, pero en realidad simplemente cerró la puerta.

—Victor Hugo...

—¡*¡Calladita, ahora hablo yo*! —Su tono me dio miedo—. Nunca te he gritado, y confieso haberme controlado bastante ahora para no hacerlo, así que ¿con qué derecho crees que puedes entrar en mi despacho y hablarme como te dé la gana?

—¡*Ah*, vete a *la* mierda!

—*¿¿Cómo dices?* —se metió las manos en los bolsillos, mirándome con incredulidad.

—Es justo lo que has oído. Estoy harta de tu pereza, de tus *excusas baratas* para aplazarlo todo. Y otra cosa, no me vengas con ese *cuentito* de: *«¿con qué derecho crees que puedes entrar en mi despacho y hablarme como te dé la gana?»*, porque eso vale para las dos partes, y tú me tiras los tejos a menudo.

—Sí, y ya dije que eso no cambiaría.

—¡Increíble, eres un capullo!

—¡Has acertado de nuevo!

—¿Sabes una cosa? ¡Eres un pésimo CEO! ¡El peor!

—*Ah*, ¿y quién es un buen CEO? ¿Daniel Falcão? —preguntó, y vi un odio aparente creciendo en su cara.

—Sí, considero que él es un buen CEO, pero estoy hablando de Natanael, el hombre al que sustituiste. Él sí era alguien con índole y carácter, además de valorar el trabajo, al contrario que tú.

Realmente no esperaba lo que ocurrió a continuación, pero sus dos manos se golpearon violentamente contra la pared, prácticamente acorralándome contra ella, aunque no me había tocado.

—¡*¡Ya basta*! —gritó, y estoy segura de que toda la empresa lo oyó, porque su voz fue tan alta que casi me dejó sorda—. ¿Cuántas veces tengo que decirte que no me compares con Natanael? —continuó con el tono elevado, pero no me intimidé.

—La verdad duele, ¿no? Ser un hombre totalmente opuesto a él es tu *karma*.

Automáticamente cerró el puño derecho, golpeando la pared violentamente, mirándome como si fuera a matarme. Acto seguido movió el índice con la otra mano, agitándolo delante de mí, simulando darme un aviso sin abrir siquiera la boca.

No dije nada, pero noté el momento exacto en que se acercó a mis labios, pero sabía que no era para besarme, había algo escondido en ese gesto.

—La próxima vez que se me compare con un hombre que desvió dinero de esta empresa, y sobre todo abusó sexualmente de una empleada menor de edad, lo pagarás con *tu vida*, porque me aseguraré de que, además de ser despedida de GCR, nunca más vuelvas a conseguir un empleo decente. NUNCA. ¿*Me* estás escuchando? —vociferó.

—¿*Có-cómo dices*?

Me quedé blanca, y ni siquiera conseguí formular una frase mejor.

—Es justo lo que has oído. Tu ejemplo perfecto de CEO salió de aquí por la puerta de atrás porque estuvo *tirándole los tejos* a Débora, nuestra becaria. ¿Y sabes lo peor? *¡Tiene quince años! ¡Quince años!* —bramó.

El silencio que siguió fue embarazoso.

Lo que dijo aún no me había bajado por la garganta, pero al ver su ceño, así como la manera en que había dicho sus palabras, no lo dudé.

Se llevó las dos manos a la cara, frotándosela varias veces. Pensé que se alejaría de mí, ya que dio algunos pasos atrás, pero no, de nuevo acortó la distancia, mirándome con bastante rabia y desprecio.

—¿Querías poder, Luiza? Pues date por satisfecha, *¡porque te lo he servido en bandeja!*

—¿De qué estás hablando?

Lo sentí respirando profundamente cerca de mí, y a continuación se llevó las manos a la cabeza, visiblemente nervioso. Conforme pasaban los segundos, profirió algunos insultos que no oí bien, recolocándose la postura a continuación. Por lo que vi, eso lo calmó.

—Luiza, presta mucha atención: firmé un acuerdo de confidencialidad sobre lo que te acabo de contar. Y, si alguien se entera de este pequeño *secretito*... me iré a la calle sin recibir un duro, y para empeorarlo mi nombre quedará manchado como hombre de negocios. ¡Eso es!

—¿Eso que has dicho de Natanael es verdad?

—Sí, Luiza. No mentiría sobre algo que involucra a una niña. No tengo ningún respeto por quien abusa de menores. Puedo ser el peor sinvergüenza de todos, tener todos los defectos del mundo, pero jamás voy a tolerar que me comparen con un ladrón o un... pedófilo. Y otra cosa... —Levantó el dedo, aún con la expresión seria —. ¡Si fueras solo un poquito más atenta en tu trabajo, sabrías que ya firmaste la porquería de papeles que dejaste en mi mesa, y los entregué el viernes mismo!

—Pero sobre los documentos dijiste...

—¡*No*! —espalmó una mano—. Ya sé lo que vas a decir, y en ningún momento dije que ese documento estuviera *hoy* aquí conmigo.

Verdad. En eso tenía razón. Lo que hizo fue picarme, y acabé estallando a continuación.

¡Mierda! Odio estar equivocada cuando se trata de trabajo.

—No entiendo por qué Recursos Humanos vino a reclamarme hoy por la mañana.

—¿Y yo qué sé? ¿Acaso tengo cara de *adivino*? Ve a Recursos Humanos e infórmate mejor, pero no llegues gritándome aquí ni comparándome con nadie sin conocerme, ¡porque ya sabes cuál será tu destino!

Nos quedamos mirándonos durante unos segundos, y pude ver cómo se le suavizaba la cara.

—Está bien, *jefe*.

Salí de su radio de acción, un poco cabizbaja. No sé qué me afectó más, pero oír aquello sobre Natanael no me sentó bien. Lo admiraba tanto...

Cuando me preparé para cruzar la puerta, de pronto oí su voz de nuevo: —¡*Luiza*!

—Sí.

—Antes de que te vayas, debes saber que... te debo una disculpa por gritarte —dijo, mirándome a los ojos—. Nada justifica esa reacción, ni siquiera que yo tenga razón en algo.

Intenté ver algún rastro de vacilación en su cara, pero no lo vi. Había sinceridad en su ceño, y él mismo vio lo mucho que se descontroló.

—Está bien —dije, saliendo enseguida de su despacho.

No estaba preparada emocionalmente para todo lo que este lunes me estaba proporcionando...



CAPÍTULO 13

CAPÍTULO 13

«Tenemos que contener el deseo acumulado en el cuerpo... o no.»

LUIZA GOULART

No sé por qué, pero mi rabia hacia Victor Hugo se ha calmado. Una parte de ella, que quede claro.

En realidad creo que su disculpa ayudó, porque vi en su cara que fue sincero. Pero algo que no se redujo en absoluto fue mi ira

en relación con esos papeles, y ahora mismo me dirijo a Recursos Humanos de la empresa.

—Tenía la esperanza de que hubieras traído lo que se pidió, pero por lo visto no es a eso a lo que has venido aquí —dijo Marlene antes incluso de que abriera la boca.

—¡*Solo un minuto*! —dije, dirigiéndome a una de las mesas de Recursos Humanos, donde trabajaban Bianca y Marcos.

Generalmente es a ellos a quienes entrego este archivo específico. Después de una rápida mirada no encontré mi carpeta, y al momento me puse nerviosa.

—¿Qué estás buscando? —De nuevo la voz de la *histérica* se hizo presente, pero la ignoré.

No quiero pensar en la hipótesis de que Victor Hugo me engañó, por eso recorrí toda la enorme sala, buscando algo llamativo.

Ese dossier tenía un color distinto a los demás, y al menos para memorizar características de objetos y personas soy muy buena.

Cuando casi estaba a punto de rendirme, fui a un lugar aislado, todavía en el departamento, y entonces tuve una *bonita sorpresita.*

—Es así: Victor Hugo entregó esto el viernes.

—Pero... eso no es posible.

Marlene parecía perdida, y al momento «encontró» a Valadares, que volvía de su desayuno y se sentó en la mesa en la que encontré los documentos.

—¡*Valadares*! ¿Qué significa este dossier en tu mesa?

—*Ah*, no avisé antes. Victor Hugo me lo entregó el viernes antes de irse.

—¿Cómo dices? ¡Yo estaba buscando esto! —bramó, acorralándolo.

Yo, como no tenía nada que ver con el problema de los demás, me acerqué más a la víbora.

—La próxima vez presta atención *a tu trabajo* antes de *¡reclamarme el mío*!

Dicho esto, simplemente me fui.

Mi día empieza a mejorar...



Mi fin de semana fue relativamente movido.

Salí con Renata (obviamente), y me encontré con algunas amigas que trabajaban conmigo en *Argo's*. Intenté olvidar el trabajo, porque últimamente solo vivo para eso, y mi cordura mental se va desvaneciendo cada vez más.

Amo lo que hago, pero la mayor parte del tiempo es agotador.

En fin, creo que conseguí aclarar bien las ideas el fin de semana; el problema es que las sorpresas del lunes empezaron temprano...

Luigi, el dueño de la empresa, me estaba esperando en la línea, y ya tenía idea de lo que me iba a decir.

—¿Cómo van las cosas, Luiza?

—Todo en orden.

—¿Victor Hugo ha hecho alguna más?

Si hay algo que me irrita es pasarle este tipo de información a Luigi.

No para quieto por la ciudad, y el error es suyo. Nunca he tenido que vigilar a nadie, y eso me está incomodando.

—Luigi... no tengo forma de supervisar el trabajo de mi jefe. En realidad es él quien hace eso.

—No te he pedido que hagas eso. Quiero saber sobre su comportamiento en la empresa, si va a trabajar con resaca, llega tarde o se va antes, cosas así.

—Por lo que sé, que él salga antes de la empresa dos días a la semana fue acordado contigo.

—Por desgracia, sí. Fue una petición suya. Nunca he visto un *CEO* tan perezoso, ¿para qué quiere salir antes? ¿Para seguir sin hacer nada? —murmuró, con la voz ligeramente alterada.

—Tú le concediste esa gracia. Lo que él hace después de su horario laboral no es asunto nuestro, la vida es suya y no tenemos nada que ver con eso.

Cuando me di cuenta ya había dicho esta frase, y ni siquiera sé por qué.

Yo, Luiza Goulart, defender a Victor Hugo no es normal. Así que mis palabras fueron sorprendentes hasta para mí, sobre todo sabiendo cómo es su rutina dentro de la empresa.

—Lo dudo mucho. Siempre lo han tildado de perezoso.

—Bueno, fuiste tú quien despidió a Natanael, él venía haciendo un buen trabajo, y...

Dejé de hablar al recordar lo que me habían contado en confianza.

Elogiar a un hombre que pudo haber hecho lo que Victor Hugo me contó no es algo de lo que me enorgullezca. Podrá ser el

buen profesional que sea, pero todo eso se cae si hizo lo que oí.

—Fue necesario, Luiza. No tuve otra opción.

—¿Y puedes contarme lo que pasó?

La línea se quedó muda durante unos segundos, y claramente *se echó atrás.*

—Es un asunto delicado y confidencial, pero involucra acoso a una persona menor de edad, entre otras cosas. Es lo que puedo decir.

Entonces Victor Hugo tenía razón.

Por la forma en que se puso nervioso, así como por la manera en que dijo las palabras aquel día, ni siquiera necesitaba hacer esta pregunta.

—Entiendo.

—Sé que estabas cerca de él, porque Natanael te enseñó muchas cosas, pero ya pasó. Se fue y no volverá. Por más que Victor Hugo tenga todos los defectos del mundo, aun así es un *CEO* por encima de la media, y espero que te enseñe las cosas hasta...

De nuevo cortó la frase, y eso me preocupó.

—¿Hasta qué?

—i*¡Hasta que lo eche todo a perder!*

Su última frase me preocupó en cierto modo.

No es que no me *esperara* tal comportamiento de mi actual jefe, pero la forma en que Luigi expresó su opinión fue... no sé, distinta. Parecía estar seguro de que Victor Hugo haría alguna.

—En fin, también llamé para avisar de que aún no tengo fecha de regreso. Estoy intentando cerrar algunos contratos en el extranjero, y preferí ocuparme yo mismo. Pronto te daré más información.

—Está bien.

Después de que colgara, me quedé pensando durante unos minutos en lo que habíamos hablado.

¿O no quiero creerlo?

Me levanté y fui a buscarlo. Tenía que hacer algo.

Cuando lo vi en su despacho, noté que estaba divagando, tardó un rato en darse cuenta realmente de que yo estaba allí.

—He pasado por aquí para confirmar que todo está bien, los papeles realmente los tenían desde el viernes.

—Sí, como te dije —esbozó una pequeña sonrisa, pero distinta a su sarcasmo habitual.

—Entonces, también te debo una disculpa por no haber prestado atención a algo tan importante, porque firmé sin tu revisión.

—No te preocupes. Hasta lo encontré mejor y confío en tu trabajo.

Esa frase sí que me pilló por sorpresa. No suele elogiar a la gente, al menos no recuerdo un gesto así.

—No hace falta que me digas que confías en mi trabajo, eso lo sé, porque prácticamente hago el mío y el tuyo, *¿no*? —Crucé los brazos y sonreí, y al momento Victor Hugo hizo lo mismo.

Confieso que me gusta provocarlo un poco, y por más que la mayor parte del tiempo estemos peleando, no consigo odiarlo, ¿sabes? Creo que es sarcástico y payaso por naturaleza, y no pretendo ni quiero cambiar nada de él. Es decir...

—Justo. Y, ya que estamos en paz, espero que sigas siendo mi oyente cuando cante alguna canción. Puedo estar bastante inspirado uno de estos días.

—Lo pensaré —le guiñé un ojo y enseguida me fui.

Victor Hugo tiene el don de desestabilizarme, y realmente tengo que centrarme en mi trabajo, sobre todo hoy...



Tuve una de las mejores semanas que puedo recordar en *GCR*.

Adelanté todo mi trabajo, no tuve problemas con Victor Hugo y, de paso, resolví algunos asuntos personales que me estaban incomodando.

Al pasar por el comedor, oí algunos murmullos y en todos ellos estaba el nombre de mi jefe. Confieso que me puse más atenta para oír qué había hecho esta vez.

—¿Te has enterado de la novedad? —Gisele, una de las mujeres con las que más hablaba en la empresa, llegó directa, y como no soy tonta, empecé a darle cuerda.

—No. Pero sé que tiene que ver con Victor Hugo y estoy extremadamente curiosa. ¡Suéltalo!

—¡*¡Está hoy todo contento*! —arqueó las cejas y volvió a tomar su café.

—¿En serio? —puse mala cara—. ¿Esa es la noticia?

—Más o menos. ¿Lo has visto alguna vez contento y saludando a la gente aquí dentro?

—No. Pero esperaba algo más... *chocante*, ¿sabes? He visto a algunas chicas hablando de un equipo o algo así, y hasta estaban maravilladas.

—*Ah*, es verdad. Tiene que ser la guitarra que ha traído.

—*Espeeera*. ¿Qué has dicho?

Eso sí que me sorprendió, hasta me hizo perder el hilo.

En serio, amiga. Y algunas personas juran y perjuran que además estaba canturreando hasta llegar a su despacho. Por eso este murmullo, porque además de ser bordo con la gente y no dar ni los buenos días, el tío llega de la nada cantando a la empresa y hablando con todos. Si eso no te parece raro...

—Estoy de acuerdo. Pero pasemos un poco; ya estamos a fin de semana. Debe estar animado, no sé.

Ni hace falta mencionar que Gisele me miró con desdén sacudiendo la cabeza, sin estar de acuerdo con lo que dije.

—*Ya*... ¡No sé con qué animado! La felicidad de este tío es irritarnos, amiga.

—En eso estoy de acuerdo.

Después de salir del comedor, recogí unos papeles y se los llevé a la víbora de Recursos Humanos. Enseguida pasé por el despacho de mi guapo jefe sin ningún motivo. Quería ver la guitarra. O verlo a él, da igual. Lo que importa es mi curiosidad, ya que estuve ajena a estos acontecimientos.

No hice ceremonia, y entré directamente; lo vi con los pies sobre la mesa (qué novedad), y sus manos en la *famosa guitarra*.

Ni siquiera me hizo caso, solo me miró cuando di unos golpecitos en su mesa, llamando su atención.

—Hola, *preciosa*. ¿Cómo estás?

Hasta su voz al saludarme estaba diferente. Debido a mi doctorado en psicología, puedo afirmar que es bipolar.

Sonreí pensando que una loca como yo ni siquiera había considerado estudiar psicología, pero suelo imaginar que ese doctorado existe en mi vida.

—Estoy bien —dije, dirigiendo la atención al instrumento que tenía en las manos—. Entonces, ¿es verdad que has traído una guitarra a la empresa? Estoy impactada.

—Sí. Yo soy quien manda aquí, ¿lo olvidaste?

—Lo sé, lo que quiero saber es el porqué.

—O la he traído para cantarte una canción o solo para tenerla de adorno. ¿Qué te parece? —preguntó y nos quedamos mirándonos durante un rato sin decir nada, pero acto seguido empezamos a reír casi al mismo tiempo.

—No voy a volver a entrar en tu despacho, te lo dejo claro.

—No importa lo que me digas ahora. En el momento en que quiera, te llamaré, y como la jerarquía es poder, vas a obedecerme.

—*¡Victor Hugo Avelar!*

—No, no te pareces ni de lejos a mi madre para decir mi nombre completo.

Crucé los brazos, mirándolo.

—En fin... dejémonos de charla: ¿qué tenemos *para* hoy?

—*«Lo que tenemos para hoy es saudade...»* —cantó, tocando algunas cuerdas de la guitarra.

Sonreí.

—Me rindo contigo.

—Por favor, no hagas eso. Estoy esforzándome para mejorar como persona para que los demás me quieran —bajó la cabeza, y me quedé ligeramente conmovida.

—¿En serio? —pregunté, y al momento la levantó.

—¡*No*! ¡Me importa una mierda la opinión de los demás! Ya he dicho que no necesito agradar a nadie.

De nuevo sonreí. Debería haber desconfiado.

—*Vale*...

—Pero ya que me has preguntado... —Abrió uno de los cajones y enseguida cogió un pequeño dossier—. Necesito que

revises lo que he marcado en el papel suelto que está ahí dentro. Y, si pudiera ser para *ayer*, lo agradecería mucho. Estoy intentando cumplir plazos.

Me acerqué más y le cogí el documento de la mano, pero al momento le solté una pullita básica: —Quién te ha visto y quién te ve... ¿qué te ha entrado para que decidas *¿trabajar?*

—Ahórrate las gracias.

Se mordió el labio inferior y no dije nada.

—Mejor me voy —dije, dirigiéndome ya hacia la salida.

—Sí, realmente es mejor...



Me ordenaron que volviera al despacho de mi jefe antes de que acabara la jornada.

Cuando llegué allí con el informe pedido, lo vi enseguida con la guitarra en las manos mirándome de un modo raro.

—Cierra la puerta, por favor.

Genial...

¿Cuál será la canción de turno?

—¡Aquí está! —dejé el dossier en su mesa y solo me miró... *con deseo.* —¿Algo más?

—No. Puedes irte.

Expectativas creadas. Expectativas frustradas.

Cuando di media vuelta y posé la mano en el pomo, he aquí que...

—*«Ven, siéntate aquí a mi lado, déjame mirarte y sentir tu olor, para renovaaarme, habla de lo que quieras, quiero oír tu voz, háblame del mundo, de tus planes, háblame de nosotros...»*

Yo sabía que estaba esperando la oportunidad adecuada para cantarme algo, y cuando empezó a entonar *Minha Herança, de João Neto y Frederico*, decidí darme la vuelta, permitiéndome admirarlo.

Victor Hugo Avelar...

El hombre de muchas caras. Si tuviera que definirlo, no sabría cómo hacerlo. Se muestra como una persona demasiado compleja para ser etiquetada, e incluso prefiero no intentarlo.

—¡Enhorabuena! —aplaudí.

—¿De verdad te ha gustado?

—*Ha estado pasable.*

No voy a elevarle el ego, ya que lo tiene muy alto.

—Viniendo de ti es un elogio importante —dejó la guitarra con cuidado en su silla y vino hacia mí—. Digamos que esta zona mía es bastante talentosa.

—¿*Zona*? —Crucé los brazos, desconfiada.

—Eso mismo. Estoy hablando de las cuerdas vocales, boca, lengua...

Bajé ligeramente la cabeza y empecé a reír.

—¿Y yo qué tengo que ver con eso? —entré en la provocación.

—*Ah*... de momento nada, pero dentro de poco voy a querer saber tu opinión sobre mis otros dones.

A medida que pasaban los segundos, más se acercaba, y eso se estaba poniendo peligroso.

—Victor Hugo...

—¿Qué pasa? —preguntó, pero siguió acercándose, hasta que quedamos a centímetros uno del otro, ya que no retrocedí.

No soy una persona que dé pasos atrás, prefiero enfrentarme cara a cara a cualquier *problema*.

—Tu boca está demasiado cerca de la mía.

—Eso no es problema mío, Luiza.

Y fue cuando una de sus manos me agarró el cabello con brutalidad que mi infierno astral empezó de verdad...

No tuve mucha elección cuando su lengua entró en mi boca. Difícilmente niego besos, y además fue del propio *hombre* tal gesto, así que... yo simplemente respondí.

El problema es: ¿cómo voy a pensar en trabajo cuando nuestras lenguas se confrontan? Y, para empeorarlo un poco más, la voracidad con la que recorría con sus manos mi cuerpo me fue dejando cada vez más sin aliento; aun así no quería que el momento cesara. Si él empezó, mejor que lo termine.

—Besarte es más placentero de lo que imaginaba —dijo, y cuando iba a responder, sus labios se conectaron de nuevo a los míos y ahora una de sus manos se posó en mi nuca, así que cerré los ojos—. Entrégate... —susurró cerca de mi oído, y la cagada estaba hecha.

No sé cuánto tiempo duró el beso, *lo que sí sé* es que nuestras manos pasearon con expectativa por el cuerpo del otro. Cuando ese momento cesó, los dos parecíamos haber rodado por el suelo, ya que teníamos la ropa arrugada y la respiración entrecortada.

Después de mirarme un rato, Victor Hugo dijo: —Cuando quiero algo, voy a por ello y lo cojo, *preciosa*, ¡pase el tiempo que pase! No lo olvides...



Salí un poco aturdida y desorientada del despacho de mi jefe.

Tuve que pasar por el baño antes de volver a mi despacho. Mi cabello era una calamidad, y... *¡maldición*!

Vulnerabilidad es una palabra bien desafortunada, y me pillaron desprevenida. Miré al espejo del baño y vi que parecía *estar del revés*. Y eso que todo no pasó de unos buenos *magreos*.

Todo culpa de aquella canción...



CAPÍTULO 14

CAPÍTULO 14

«...y descubrimos la verdad cuando menos lo esperamos.»

LUIZA GOULART

Fue complicado contener mi libido los días siguientes.

Y lo peor es que después de aquel beso ni siquiera lo intentó de nuevo, y eso sí que fue complicado, porque cuando los hombres me besan, generalmente no pierden la oportunidad de hacerlo otra vez, pero hasta ahora nada.

En fin, una pena... *para él.*

—Apuesto 10.

—Subo a 20.

—Cubro tus 20 y voy a poner 50.

Tanto Madalena como Estela me miraron asustadas cuando puse una cantidad tan alta.

Madalena empezó a reír, y Estela se quedó un poco más pensativa.

Las chicas que trabajan conmigo me caen muy bien, sobre todo porque, aun siendo yo su jefa, nuestra convivencia es serena; además, no me hacen la pelota, algo que realmente me hace sentir cómoda.

Casi me caigo de la silla con su comentario. Si supieran lo que ya he afrontado en esta vida...

Mejor no digo nada, hay ciertas cosas que tenemos que mantener en secreto.

Creo que su comentario refleja bien cómo es la relación de Victor Hugo con los empleados de GCR Turismo. No está entre *los más queridos*, y debo recalcar que la culpa es noventa y nueve por ciento suya.

Esta vez decidí no entrar abruptamente en el despacho de mi jefe, y no sé por qué lo hice, pero fue bueno porque al acercarme noté algo distinto en sus ojos.

No me veía desde el pasillo, pero yo sí podía ver su cara, que estaba radiante. Parecía hipnotizado por lo que veía en la pantalla de su móvil, porque ni siquiera parpadeaba.

Yo, como buena aguafiestas, decidí adentrarme en el despacho, pero ni siquiera me hizo mucho caso, porque seguía centrado en su aparato electrónico.

—*Vaya*...

Verlo con la sonrisa tan marcada me llamó la atención, y la curiosidad creció.

—¿Es una foto? —pregunté.

—No. Es solo un vídeo que he acabado viendo más veces de las que debería.

Me miró, todavía con un enorme brillo en los ojos. Esto sí que es bien raro.

—Andas bastante raro.

—No es verdad. Te has acostumbrado a verme de mal humor, lo cual es básicamente todo el tiempo.

—Sí. ¿Puedo ver el vídeo? —le guiñé un ojo y sonrió.

—Por supuesto... que no —puso mala cara—. ¿Qué necesitas, *preciosa*?

—Solo preguntar si tienes algo para mí. He terminado todo el trabajo que me mandaste.

—¿En serio? Era bastante —apuntó.

—Sí. Como dije hace muchos días, soy eficiente.

—Excelente oírlo. Tómate el día libre. No quiero verte la cara en la empresa.

—¿Cómo dices?

—Lo que has oído —apoyó los codos en la mesa, mirándome —. Estás liberada por ser una *empleada excelente* —dijo con leve burla, pero noté cierta admiración en su voz también.

—Ya sé... me *estás* dando libre porque es jueves y te vas más temprano.

—No —se encogió de hombros—. Es solo un premio por competencia, pero no te acostumbres.

—Está bien. No voy a rechazarlo, pero tengo una reunión en la sección a las dos. Cuando acabe me iré.

—Como quieras.

—Hasta... —dije y me dirigí fuera de su despacho, y bastó con que hiciera eso para que cogiera el móvil de nuevo con esa carita de perrito faldero.

¿Qué demonios le pasa a este hombre...?



Durante el almuerzo recordé lo *contentito* que andaba últimamente mi jefe y no entendía bien el motivo. Algo que no cambió fueron las dichosas manchas en su rostro. Ya no son tan recurrentes como antes, pero aún las noto.

Decidí dejar de decírselo, porque quería observarlas mejor y descubrir qué *demonios* eran esas cosas, pero no soy un *genio* como Renata, soy un poco *cortita* para ciertos temas.

—No te queda pensar tanto, amiga —dijo Beatriz y al momento puse cara triste.

—*Mira que decirme tú esto...* —me llevé la mano a la cara, simulando dolor—. Si fuera Renata diciéndome estas palabras hasta podría aceptarlo, pero *tú*...

Beatriz rompió a reír, y la acompañé. Como Renata siempre dice: *por eso le di la oportunidad de ser mi amiga.*

—¡*¡Qué falsa eres! ¡Pedazo de víbora!*

—*Ah*, puedes parar con ese juicio.

Llevaba un rato fuera de la empresa almorzando con Beatriz.

Esto no ocurría con frecuencia debido al ajetreo de nuestros trabajos. Al fin y al cabo, ella es la CEO de una gran empresa, y yo soy... la asistente *master* del CEO, *pero que hace prácticamente todo su trabajo.*

¡Soy más o menos la suplente!

Así que, seamos sinceras, el tiempo escasea, una simple comida genera conflicto de agendas, y la prueba viva es que este está siendo uno de los pocos momentos en que por fin nos encontramos para comer juntas.

—Bueno, puedes soltarlo e ir contándome lo que pasa.

—Solo estoy pensando demasiado en mi jefe.

El tenedor que iba hacia la boca de Beatriz se detuvo exactamente cuando terminé la frase, y ni hace falta decir que me miró con extrema curiosidad.

—¡Tranquila! Voy a explicártelo mejor antes de que pienses tonterías.

Empecé contando desde el episodio de verlo borracho tirado en la calle. No era necesario, pero hablé de sus *dotes* antes de pasar al asunto principal, que era la manera en que se comportaba antes y cómo está ahora.

Decidí contarle lo del beso, e incluso las canciones aleatorias que me cantaba, y eso fue una de las cosas que la hizo reír mucho. Le dije que no me trataba tan mal como de costumbre, y hasta me pidió disculpas cuando me gritó.

—Por lo visto alguien se ha tomado al pie de la letra lo que dijo Daniel. Parece de verdad ser amiga suya.

—Sí, ese es el problema. Lo correcto sería odiarlo y mantenerme atenta a algo que pudiera tramar contra mí, pero ¿sabes qué? —puse las manos bajo la barbilla, sin apartar los ojos

de mi amiga—. No creo que sea mala persona. Hay algo muy raro en esta historia. Lo siento. Podrá ser el capullo que sea, pero parece hacerlo a propósito, como si escondiera algo, *no sé*. Esto me está volviendo loca, porque estoy muy curiosa, y sé que no me va a decir el motivo de ser tan complejo, no sé. Y además pierdo la concentración cuando observo esos ojos.

—Tu jefe es un pecado, lo confieso.

—¿Cómo lo sabes si apenas lo viste en tu boda? —pregunté curiosa.

—Daniel tiene algunas fotos con él del pasado. Me enseñó algunas y... *¡vaya*!

—Sí... *¡vaya*! —repetí, recordando su fisonomía.

No dijimos nada durante unos segundos, pero al momento se volvió hacia mí: —He hablado un par de veces con Daniel sobre tu jefe. Y, por más que los dos tuvieran problemas en el pasado, me dijo que Victor Hugo no es mala persona, solo es muy misterioso y no le gusta estar por debajo en ninguna situación. Hablando del trabajo como CEO es lo que ya sabes, parece ser un poco... *distraído*.

—No, lo suyo no es estar distraído —observé el inmenso cielo, repensando un poco sus gestos.

—¿Y qué es?

Sonreí a mi amiga, y tuve la certeza de lo que iba a responder.

—La palabra que le encaja es *desmotivado*. La cuestión es: ¿por qué, y desde hace cuánto ocurre esto? ¿Cuál es la lógica?

—Entiendo. Puede que tengas razón en que esté trabajando desmotivado desde hace tiempo, pero no puedo resolver eso, ni descubrir qué pasa, creo que ni Daniel.

De nuevo dirigí mis ojos al cielo, una ola de confianza se apoderó de mí, y volví la atención hacia ella.

—No te preocupes. Lo voy a descubrir yo.



Nada mejor que llegar pronto a casa y tumbarse en la cama calentita. Miré el móvil y eran las tres. Podía incluso echarme una siesta si quería.

La pereza fue tanta que mi cama pareció abrazarme cuando me desplomé, y... creo que me quedé frita.

Digo *creo* porque me llevé un buen susto cuando el móvil empezó a sonar, y al ver en la pantalla que era Beatriz quien me llamaba, contesté enseguida.

—Amiga, ¿qué...?

—¡*¡Luiza! ¡Por favor, ayúdame*! —La urgencia de sus palabras me puso en alerta, y salté de la cama.

—¿Qué ha pasado?

—Mi padre, está en el hospital y no encuentro a Daniel, y...

Beatriz empezó a llorar al teléfono.

—¿Dónde estás? *¡Voy para allá ahora!*

—Saliendo de *Argo's*, tengo que ir al hospital, pero estoy temblando.

—¡Quédate ahí! Voy a recogerte y vamos juntas. ¡No toques tu coche!

—Pero ¿y tu trabajo?

—Tengo libre el resto del día. No te preocupes, en menos de diez minutos estoy ahí.

—Gracias, amiga.



Después de recoger a Beatriz en *Argo's* y subir al coche, pude fijarme mejor en ella, y no estaba bien, ya que temblaba bastante mirando a la nada.

No saqué mucha información en los minutos iniciales sobre lo que había pasado, porque tampoco pregunté gran cosa.

—Amiga... ¿puedes contarme con calma lo que ha pasado? —pregunté con cuidado.

—Mi madre me llamó y me dijo que han ingresado a mi padre. Después se cortó la llamada, y cuando llamé de vuelta su móvil estaba fuera de cobertura. Le mandé algunos mensajes por *WhatsApp* y no los leyó, y... me desesperé.

—Se le habrá acabado la batería del móvil. Cálmate.

Beatriz volvió a mirar a la nada y eso me alarmó.

Me las arreglé para acelerar más y enseguida llegamos al *Intermedical Center*, el hospital donde estaba ingresado su padre.

Después de entrar, Beatriz se puso aún más nerviosa, ya que los empleados eran incapaces de decirnos el lugar exacto en el que se encontraba su padre.

—¡*¡Maldito sitio que nos manda de un lado a otro y no nos da información*! —vociferó a uno de los recepcionistas mientras nos dirigíamos por tercera vez a un ala distinta del hospital.

Ni siquiera intenté apaciguarla.

En su lugar habría estado peor, y si intentaran calmarme estaría aún más nerviosa. Entiendo su lado.

Cuando por fin llegamos a un número de habitación específico, vi a la madre de Beatriz apoyada en una puerta entreabierta. Tras observarla, no di ni un paso.

—Amiga... —dijo Beatriz.

—No. Me voy a quedar aquí esperando, es asunto de familia, y si quieres después me lo cuentas.

—Está bien —sonrió y se dirigió hacia ella.

Después de que Beatriz encontrara a su madre, las dos entraron en la habitación, y me senté en una de las sillas, esperándola.

Creo que estuve por lo menos treinta minutos esperando a Beatriz, y cuando vino hacia mí, su rostro estaba mucho más calmado.

—Mi padre se desmayó mientras hacía la compra —dijo—. Gracias a Dios un médico estaba en el supermercado e hizo los primeros auxilios, y como trabaja aquí, lo trajo a este hospital. Tiene algunos problemillas de salud, y por eso le han hecho algunos exámenes más, pero por lo demás todo bien. Solo fue un susto.

—¡*Gracias a Dios!* —respondí aliviada—. ¿Te vas a quedar aquí en el hospital con tu madre?

—Sí, pero antes voy a pasar por la empresa y avisar de que mañana no voy a trabajar, tengo que dejar a alguien encargado en mi ausencia. Creo que en treinta minutos vuelvo *para* acá.

—Entonces yo te llevo y te traigo aquí.

—Gracias, amiga. —Beatriz me dio un abrazo largo y apretado, y se lo devolví—. No sé qué haría sin ti.

—Vamos a ser muy sinceras... *nada*!

Nos dirigimos hacia la salida, pero esto parecía un laberinto, y al pasar por uno de los pasillos nos topamos con el ala de *Oncología Pediátrica*, y casi se me para el corazón.

—¿Qué pasa? —preguntó Beatriz al ver que mi cara había cambiado bruscamente.

—Creo que está mal lo que voy a decir, pero me dan pena estos niños que, incluso con su corta edad, ya están luchando valientemente contra un mal tan grande como el cáncer.

—Sé cómo es, amiga —bajó la cabeza, consternada—. Su vida ni siquiera ha empezado bien y ya tienen una tremenda batalla que librar.

—Sí, y encima pueden... *morir*.

Intenté apartar esa imagen de mi cabeza, pero al momento oí una carcajada bien alta cerca de nosotras. Miré al lado y venía de una habitación a aproximadamente unos cinco metros frente a nosotras.

Ni siquiera sabía si podíamos estar en esa ala, ya que no vi a mucha gente caminando por aquí.

—Al menos algunos se divierten con los juegos de los voluntarios —sonrió.

Después de que Beatriz dijera eso, mi tristeza disminuyó un poco, y seguimos caminando por el pasillo, en busca de la salida del hospital. El problema fue cuando pasamos por la habitación de la que deduje que vino la risa; automáticamente miré hacia esa cama, y...

Me quedé helada.

—¿Qué ha pasado, Luiza?

No respondí, solo fijé los ojos en un punto específico. Hasta los entorné, sin creerme lo que supuestamente estaba viendo.

¡Esto es una alucinación!

—Amiga... me estás preocupando —me agarró el brazo y volví a la realidad.

Abruptamente la aparté de esa habitación.

—i*¡Luiza Goulart*! ¡Abre la boca, ¿qué pasa? ¡Estás blanca!

—La persona que está en esa habitación... —siseé moviendo la cabeza hacia la cama, pero no conseguí terminar la frase.

—¿Qué pasa con eso? —Beatriz observó el lugar, y se volvió hacia mí—. Solo veo a la niña. *Ah*, y al *Capitán América* que está cantando.

Sí. Justamente. Eso mismo.

—¿Y te has fijado en quién es? —pregunté con cierta rapidez, atropellándome con las palabras.

Ante la forma en que dije esa frase, disimuladamente volvió al lugar, permaneciendo unos segundos. A continuación se volvió hacia mí, y parecía confusa.

—Luiza, ese hombre se parece a...

—¡Mi jefe! ¡Estoy absolutamente segura de que es él!



CAPÍTULO 15

CAPÍTULO 15

«Dos son compañía, tres son... ménage»

LUIZA GOULART

¡Ahora todo tiene sentido en mi cabeza!

Victor Hugo saliendo antes los martes y los jueves...

Él trayendo la guitarra de casa desde hace algunas semanas...

La pintura (*que en realidad sí que es maquillaje*) *en su cara...*

Es voluntario en el *Intermedical Center.*

Antes de salir del hospital le hice algunas preguntas a uno de los recepcionistas, que me confirmó que los martes y los jueves algunos voluntarios hacen este trabajo en el hospital durante algunas horas, y que eso no solo ayuda al estado psicológico de los niños, sino que puede recuperarlos también de otras formas.

Me estiré en la silla, perpleja.

¿Cuándo me iba a imaginar que él era capaz de una actitud tan noble y bonita como esta?

Que Dios me perdone por estar juzgándolo de esa manera, sin pensar que pudiera tener un lado bueno, pero la forma en que interactúa con la gente...

Nunca podría haber pensado en algo así, se me ha explotado la mente.

—Estás rara —dijo Estela, y al momento volví a la realidad.

—Son... *cosas*.

La mayor parte del tiempo mi mente viaja a miles y miles de kilómetros, pero esta vez estaba centrada en la empresa —por más que la mayor parte de los pensamientos estuvieran en Victor Hugo y en el motivo por el que es tan misterioso—; uno eso a la perplejidad de verlo en el hospital, y las cosas solo empeoran.

Nosotras, las mujeres, tenemos ese *defecto de fábrica* de ser curiosas en exceso, y hay momentos en que eso no es nada bueno, y estoy viviendo uno de esos.

Cuando me preparé para decirle algo a Estela, vi que su postura cambió y su semblante se puso más serio; al darme la vuelta vi a *mi querido jefe* caminando hacia nosotras.

—¿Es ahora cuando fingimos que estamos trabajando y no cotilleando? —cuchicheó.

—Confieso que es un buen momento —dije y al momento esbocé una pequeña sonrisa cuando se acercó.

—Luiza, a mi despacho... *ahora*!

Esta es la famosa *ley de la atracción* reaccionando a mis pensamientos.

Lo que aún no sé es cuál será el tema de esta conversación, ya que no conseguí identificar con exactitud si estaba nervioso o no, pues simplemente soltó esa orden y se marchó. De todas maneras, esta es la primera vez que viene aquí y me llama.

—Buena suerte, y si quieres llevarte la *regla para medir*... —Estela ironizó balanceándola.

—Vaya... no respetas a tu propia jefa. Una lástima que vas a ir a *Recursos Humanos* cuando vuelva de su despacho —dije, devolviéndole el sarcasmo.

—¡*Madre mía*!

Sonreí, y al momento me levanté, caminando hacia su despacho y pensando en lo que me pediría esta vez.

—Has venido rápido —dijo, al notar que había llegado.

Estaba revolviendo los varios papeles dispuestos en su mesa, pero cuando me vio juntó buena parte y los puso a su lado.

—No todos los días tu jefe te llama personalmente en tu propio departamento.

—Fue solo para hacer drama... —arqueó las cejas—. O no. Puedes haber cometido un error y te he llamado para despedirte. Nunca se sabe.

Sonreí.

—Lo descubriremos —apunté.

—Bueno... —juntó las manos mirándome con seriedad—. Luigi me ha llamado esta mañana y me ha hecho algunas peticiones,

entre ellas montar dos presentaciones para dentro de quince días para algunos inversores importantes que están cuestionando la continuidad de uno de nuestros proyectos. Necesito que elabores algunos informes y algunas otras cositas. Sé que ya estás familiarizada con estos temas, pero he añadido otros puntos a esta carpeta. —Extendió una mano, entregándome la carpeta.

Realmente está bastante raro...

Creo que es la primera vez que lo veo comportándose como un *CEO* de verdad, y es bien raro.

—Necesito esto cuanto antes. Una semana, para ser exactos; necesito prepararme de una forma distinta, solo grabar datos no será suficiente. Si crees que no vas a conseguirlo, estás autorizada a parar tus otras actividades y centrarte en esto.

—Bien.

—¿Lo has entendido todo, Luiza?

El *adefesio* incluso me está llamando por mi nombre, y hasta dudo en llamarlo mentalmente con ese mote ahora que he descubierto que es un encanto...

—*Ya*.

—Hay otra cosa que se me olvidó, mejor dicho, que faltó la última vez.

—¿Última vez? —pregunté confundida.

—Eso mismo.

Vi a Victor Hugo levantándose y pasando a mi lado; a continuación cerró la puerta, y cuando me di cuenta ya estaba *pegada* a la pared.

De repente oí algunos ruidos altos fuera del despacho, y me acordé de que estaba trabajando. Sí, por un momento hasta se me olvidó.

Nos quedamos mirándonos sin decir nada. No me lo puedo creer...

—Creo que es mejor volver al trabajo —suspiró y dio dos pasos a un lado, dejándome *plantada* con la espalda pegada a la pared.

VICTOR HUGO

¡Estaba todo listo para algo que esperaba desde hace bastante tiempo!

Ya había preparado todos los aperitivos necesarios, e iba a hacer una maratón de mi serie favorita, Mentes Insaciables, en este preciso momento. Mejor incluso apago el móvil, no quiero que me molesten.

Cuando pulsé el botón del aparato para apagarlo, he aquí que el nombre de Luiza apareció en la pantalla.

Si la preciosa me llama por algo relacionado con el trabajo...

Decidí hacer una excepción y contestar.

—¿Luiza? —pregunté.

—Eso mismo. ¿Sorprendido? —dijo con calma.

—Sí. Un poco.

—No soy una mujer a la que le gusten los rodeos, así que voy directa al grano: estoy un poco necesitada hoy, así que considérate invitado a satisfacerme, si quieres, claro.

Primero la sorpresa de que me llamara, y segundo de que de la nada me dijera eso. Pero no iba a dejar escapar esa oportunidad. Mi compromiso inaplazable puede esperar.

—Solo dime dónde.

—En mi casa. Llega antes de las nueve. No quiero que llegues primero que Lucas, ni viceversa.

Espera... he oído el nombre de otro hombre.

—¿Quién es Lucas?

—Digamos que hoy estoy un poco insaciable, así que no me voy a contentar con un solo hombre —apuntó—. Pero dime... ¿eso será problema para ti? Si lo es, puedo conseguir a otra persona en un abrir y cerrar de ojos... —preguntó con voz suave.

—Ningún problema, aunque yo puedo perfectamente satisfacerte. Solo —enfaticé.

—Por desgracia un solo hombre no conseguiría apagar mi fuego hoy, y eso puede ser parte tuya, porque empiezas algunas cosas y no las terminas. Pero míralo por el lado bueno... podrían ser tres hombres, así tu espacio se reduciría.

—Yo solo creo...

Cuando me preparé para replicar, simplemente colgó. A continuación miré la hora que marcaba el reloj: las ocho de la noche.

Por lo visto la serie se ha ido al carajo...



Llegué antes de lo normal, ya que el nombre de Lucas se me repetía en la cabeza.

¡Qué ironía del destino!

Después de tocar el timbre, me recibió Luiza.

—Has llegado pronto. ¿Eso sería ansiedad?



CAPÍTULO 16

CAPÍTULO 16

«¿Qué puede pasar cuando las mujeres se juntan para hablar de dotes?»

LUIZA GOULART

Hoy es lunes, pero puedo decir que mi semana está empezando muy bien; digamos que tengo el alma lavada y renovada.

—Estás muy rara —comentó Estela—. Hasta les has dado los buenos días a los pajaritos de la empresa.

—Digamos que me satisfizo. Mejor lo dejamos así, pero si quieres saber los detalles... —provoqué.

—No, ya lo he pillado.

Decidí volver al trabajo.

Algunas cosas se han acumulado, y por mucho que me llevara ciertas tareas a casa, no conseguí agilizar mucho, y encima tengo que hablar con Victor Hugo sobre un informe específico.

Victor Hugo...

Ni parece que aceptara participar en mi pequeña fiestecita. A pesar de todo, su presencia fue esencial, porque sentirlo dentro de mí...

Mejor desconectar de estos pensamientos y centrarme en el trabajo.

Fui a su despacho, y de nuevo parecía estar en otro mundo mientras revisaba el móvil. Es un hombre bastante misterioso.

Tengo que confesar que de vez en cuando me acordaba de aquella niña en el hospital, y no sabía exactamente qué pensar. No me esperaba este lado suyo, y confieso que aún no me ha caído la ficha.

—Tienes una forma *macabra* de mirarme, ¿sabías? —dijo Victor Hugo, y pude volver a la realidad.

No me había dado cuenta de que lo estaba mirando sin decir nada, e intenté recomponerme.

—No es nada. Solo son pensamientos raros, ¿sabes?

—No, no lo sé. Pero, si quieres un consejo, busca un psiquiatra. Es saludable hacer algunas reevaluaciones de vez en cuando.

Crucé los brazos y puse mala cara.

Enseguida cogió el móvil, riendo a continuación.

—Creo que lo haces a propósito. Te quedas con sonrisitas mirando el móvil cuando estoy aquí. Eso se llama provocación, y aún creo que es una mujer.

—Pues lo es. Esta vez mi amiga me ha mandado una foto.

—*Ya*. Amiga...

No sé si estaba celosa o qué, pero Victor Hugo notó mi desdén.

—¡Es una preciosidad! Y bastante más guapa que tú —se mofó.

¿Este *ser* con una mejor amiga? ¡Lo dudo!

—¿Qué tal me la enseñas?

Lo vi pensando bien en qué decir o qué hacer, ya que me miraba a mí y enseguida al móvil ligeramente desconfiado.

Creo que lo había pillado en alguna mentira, pero noté que su cara se suavizaba, y enseguida extendió una de las manos.

—Toma, ¡pero rápido!

Una sonrisita satisfecha brotó en mi cara, pero se desvaneció enseguida cuando vi la imagen en el móvil.

¡Es la niña del hospital!

Mi susto fue tan grande que hasta dejé caer su aparato; a continuación me agaché para recogerlo.

—¡Madre mía! Es una niña, ¿por qué me has dejado comparar *¿quién es más guapa?*

—La culpa fue tuya, ¿no me viste la cara? —replicó.

Después de que pasara la sorpresa inicial pude centrarme en la foto y enseguida sonreí.

La niña hacía una mueca, mientras guiñaba uno de sus ojos. Como ya la había visto antes, sabía que aquella ropa era la que se

usa en el hospital, pero pasaría desapercibida para los demás. Algo en lo que también me había fijado es que llevaba una peluca rubia.

No conozco tan bien a la niña, pero ya me cae bien, sobre todo por parecer feliz en medio de todo lo que está pasando.

—¿Por qué te cae tan bien? —pregunté, y aquello pareció ser una pregunta arriesgada.

—Eso no viene al caso. Ahora devuélveme el móvil, tu tiempo se ha acabado.

—¿Cómo se llama? —pregunté, entregándoselo.

—Vitória —sonrió—. Y creo que sus padres le pusieron ese nombre porque sabían que sería una *victoria de Dios!*

Mis ojos se llenaron de lágrimas, pero respiré hondo, intentando contenerme.

Saber algo y tener miedo de revelarlo nunca es bueno, y sinceramente no sé cuál sería su reacción cuando le contara lo que presencié.

—¿Qué pasa?

—Muy profundo... —disimulé—. Y muy bonito.

—Todo lo que digo combina conmigo. Así que me considero un hombre profundo, solo que más que bonito, hay que recalcarlo.

Sonreí bajando la cabeza.

La autoestima lo es todo en la vida...

—Creo que la palabra modesto y Victor Hugo no casan en absoluto.

—Nunca casaron, *preciosa.* —Se levantó, y al momento me alarmé.

No sé qué le pasa a mi cuerpo cuando tengo la sensación de que puede ser usado por mi jefe. Sobre todo porque últimamente ser usada por él está siendo algo muy placentero.

—Ahora dime, ¿andas soñando despierta con mis besos? —preguntó justo delante de mí después de meterse las manos en los bolsillos.

—Victor Hugo —una voz distinta resonó en el ambiente, y su acercamiento cesó.

—¿Qué pasa? —preguntó con nerviosismo.

—Luigi está al teléfono y quiere hablar con usted.

—¿Y por qué no han pasado la llamada a mi despacho? —preguntó, nervioso.

—Su teléfono parece estar fuera de servicio.

—*¿¿Cómo dices?*

Fue hacia el teléfono y se lo llevó al oído. Toqueteó algunas cosas durante unos minutos, pero acto seguido suspiró, ligeramente irritado.

—Luiza, por favor, mira quién es el responsable de intentar arreglar esta *porquería* y pídele que venga lo más rápido posible a solucionar este problema.

—Bien.

—Voy a hablar con Luigi. —Se volvió hacia el hombre, que asintió con la cabeza, y salió enseguida.

Después de quedarnos solos los dos en el despacho, se acercó muy cerca de mi oído y susurró: —*Nuestra conversación está lejos de acabar, preciosa.*

¡Odio y adoro cuando me hace temblar de esa manera!



Tengo un asunto urgente que tratar, y no puede esperar.

—Disculpad por interrumpir vuestra *pequeña reunión*, que parece estar bien animada, pero tengo que hablar con Luiza. ¡Ahora! —dijo Victor Hugo, saliendo enseguida de nuestra sección.

—Chicas... volved al trabajo. Adelantad lo que os pedí y volveré dentro de poco para hablar un poco más —les guiñé un ojo.

Seguí el trayecto que hizo ese *pecado andante*, y vi que había entrado en el comedor. Después de alcanzarlo, le pregunté: —¿Qué pasa?

—Vamos a salir hoy —no preguntó, básicamente dijo lo que iba a pasar. El problema es que escoge los peores días para esto...

—No puedo, he quedado con Renata por la noche.

Vi una sonrisita sarcástica formándose en la cara de mi jefe, y sabía que no iba a salir nada bueno de aquí.

—¿Qué tramas? Bastó con oír su nombre para que se te transformara la carita —ignoré el peligro y pregunté.

—Cambiaremos el lugar, ya que viene el *pequeño proyecto de persona*.

Solté una carcajada. Yo parecía haber hecho planes con él e incluiría a Renata, no al revés.

—Dime: ¿quién te ha dicho que va a salir con nosotros? O mejor... —me acerqué más—. ¿Quién ha dicho que *yo* voy contigo a algún sitio?

—Yo lo he dicho —dijo con confianza—. Necesitamos divertirnos. Pero antes dime... ¿cuáles son los gustos musicales de la *bajita*?

—¿Renata? Le gusta el *rock*, el *hip hop*, el *pop*, algunas canciones internacionales y otras sueltas por ahí.

—Haré algunas búsquedas, y seguramente le va a encantar el sitio al que iremos, pero será una sorpresa.

—Creo que no conoces a Renata tan bien como yo. Ir a un sitio que no conoce está fuera de discusión.

—Eso solo nos deja una opción.

—¿Cuál?

—¡*¡Mentirle!*

—*Yaaa*. Es porque no eres tú quien va a tener que oír un buen *rapapolvo*.

—Tranquila, *preciosa*. Te cubro las espaldas en esta.

Sonreí.

—Tu idea es pésima. Cuando Renata descubra que le he mentido, me va a arrancar la piel.

—En realidad no es exactamente mentir, es algo como... *omitir*!

—Ni de coña, querido jefe. —Crucé los brazos, impasible.

—Por favor, hazlo por mí... —parpadeó varias veces, e hizo aquella carita de perrito que vi en algunas ocasiones.

—No te pega pedir con mimos.

—¿En serio? —bajó la cabeza, fingiendo estar triste—. Pensaba que te caía bien, ¿sabes? Hasta te dejé conservar el empleo, y todo.

Al momento le di un cachetito en el hombro izquierdo y sonreí.

—Vale.

—¡Sabía que ibas a ceder!

—Pero hay una cosa: solo lo hago porque quiero ver su reacción —apunté.

—De acuerdo, amiga.



—Estás rara.

Esta fue la primera frase que dijo la *bajita* cuando puso los ojos en los míos.

—¿Yo? Es cosa tuya.

De nuevo su mirada inquisitiva se hizo presente, y tuve la absoluta certeza de que no se había creído lo que dije.

—¿Vas a hablar ya o necesito chantajearte?

—Tengo dos cosas que decirte.

—¡Madre mía! Pues apaga el coche...

Sonreí y así lo hice; había algo que no le había contado cuando vimos a mi jefe borracho en la calle, pero necesito el cerebro de mi amiga.

Decidí no contarle lo de sus dotes, pero le hablé del tatuaje en la parte alta de su tórax.

10/05/1992.

Mi amiga es lista, debe pensar en alguna teoría interesante.

—Es raro... tatuarse una fecha de nacimiento así debe tener algún propósito, eso es seguro, pero no se puede saber, amiga. Pueden ser un sinfín de cosas. Yo qué sé.

Bufé, contrariada. Creo que es más fácil que se lo pregunte a él, pero tengo un ligero presentimiento de que no obtendré respuesta.

—¿Y cuál es la segunda cosa?

—La segunda cosa es adónde vamos y quién viene con nosotras.

—¡*Ay, Dios mío*!

—Está preocupado por ti, hasta me preguntó por tus gustos musicales. Victor Hugo quiere que te sientas a gusto, *muñequita*.

—*Y acostarse contigo...*

—También, pero eso ya lo ha hecho, y en las más variadas posturas —suspiré.

Renata me miró con cierto asombro, pero a continuación puso los ojos en blanco.

—Debí haberlo imaginado. Pero, ahora abre la boca: ¿adónde vamos?

—Lo he pensado mejor y es mejor que sea una sorpresa.

—No es posible —puso los ojos en blanco—. ¿Por qué empezar un tema y no terminarlo?

—*Ah*, sí es posible, cariño. Y no te preocupes, te va a encantar.

—¡Odio las sorpresas! Es decir... odio tus sorpresas, nunca salen bien.

Lo que ella no sabe es que esta tiene todo para salir mal...



CAPÍTULO 17

CAPÍTULO 17

«Y con el tiempo nuestras amistades se vuelven cada vez más verdaderas...»

LUIZA GOULART

Los minutos pasaban y el trayecto hasta el lugar al que íbamos se acortaba. Me di cuenta de que Renata cada dos por tres me miraba con desconfianza, y lo único que podía hacer era contener la risa.

Nuestra amistad es muy sincera, pero es una pena que vaya a quedarme sin mi amiga después de que acabe este día.

—Estamos llegando, *muñequita*.

—De eso es de lo que tengo miedo: *de llegar*.

Sonreí. Es que no sabe que la estoy llevando a un sitio que probablemente le va a desagradar.

Aparqué el coche y al momento los ojitos curiosos de mi amiga se dirigieron a la nave en la que entramos.

—Secuestrarme no es buena cosa. Apuesto a que los secuestradores no aguantarían ni un día conmigo —dijo, y al momento le di un *pellizquito en la mejilla.*

—Te quiero, amiga.

—*No puedo decir lo mismo* —se mofó y al momento bajó del coche.

Conforme nos adentrábamos en el lugar, más alta sonaba la música, y cuando por fin Renata entendió lo que estaba sonando...

—Espera, no me puedo creer que me hayas traído a una rueda de... *pagode*!

—Cálmate, *muñequita*. Si te dijera adónde íbamos, no estarías aquí, ¿no?

—¡Obviamente no! ¿Lo dudas? Pero lo que quiero saber es: ¿cuál es el motivo de traerme aquí?

Iba a decir algo, inventarme alguna excusa, pero no me dio tiempo, porque Renata oyó cierta voz...

—¡Mira quién está aquí! *¡Renatchiiiiita*!

Mi amiga bajó los ojos y me analizó, suspirando a continuación.

—Olvida *ahora* lo que dije sobre que me caía bien Victor Hugo, por favor. Por lo visto la idea fue suya.

—Sí. *Ahí tienes* el motivo por el que te obligué a venir.

—¿Cómo estás? —Se agachó quedando a su misma altura.

—¿Con mi vida? Bien. ¿Respecto a ti? Odiándote un poco más a cada segundo.

—*Ah*, deja eso. Yo te caí bien.

—Justamente. Me caíste bien en pasado. Porque traerme aquí...

Renata miró alrededor y había gente bailando samba, cantando, montando follón, gritando, besándose...

Me gustó el sitio, va con mi estilo.

—Es para soltar el estrés acumulado. Un pagodito es bueno. ¿Sabes bailar?

—No voy a responder.

—Yo te enseño, cualquier cosa.

—No, gracias.

Después de sentarnos en una de las mesas, empezamos a hablar, o a intentarlo. Renata todavía estaba incrédula.

—¿Cómo van los asuntos en la empresa, *fan de Daniel Falcão*? Me he enterado de que te han ascendido.

Renata me miró automáticamente, e hice lo mismo con Victor Hugo. No le había contado eso.

—Sí. Pero Luiza solo te ha contado lo básico.

—*Ah*, ella no me ha contado nada. Lo he deducido, vosotras dos sois iguales en eso. Luiza subió muy rápido, y tú harás lo mismo en *Argo's*, tengo certeza.

No sé cómo recibió ese elogio Renata en su cabeza, pero su cara se suavizó.

—Me recuerdas mucho a una persona —dijo Victor Hugo con una mano en la barbilla.

—¿A quién?

—A mi rival y tu ídolo: *Daniel Falcão.*

—¿Por qué? —pareció interesarse.

—Es difícil explicarlo, pero hablo de temperamento, manera de comportarse, cuestión de trabajo, ¿sabes? Así que... —Dio un trago a la cerveza sin apartar los ojos de nosotras—. Creo que vas por buen camino, porque es uno de los *CEO* más famosos del país, y lo sabes.

—Sí —Renata dio también un trago a la cerveza—. Beatriz me está ayudando mucho ahora que él ha dejado *Argo's.*

—Y, en lo que necesites, puedes contar conmigo.

Tras esa frase, Renata arqueó las cejas, desconfiada.

—Si lo estás haciendo porque quieres acostarte con Luiza, que sepas que no me necesitas, ella te lo dará cuando le apetezca, que es prácticamente a cada rato.

—¿Y el respeto por mí? ¿Adónde se ha ido? —fingí nerviosismo y al momento apartó la cara.

—Amiga... *ahórratelo, ahórrate, ahórranos.*

Los tres empezamos a reír, y al momento el ambiente se volvió más divertido.

—Me has caído bien, Renata. Y, además, *para* empeorar la situación un poco más, tanto Luiza como yo tenemos algo en común: *nos encanta irritarte.*

—Ni me había dado cuenta...

—Pero lo que no sabes es que pretendo ayudarte en lo que necesites. Sé que eres fan justamente de mi rival, que es bastante

menos inteligente que yo, dicho sea de paso, pero un día puedes necesitarme.

—Quién sabe... pero, ¿cómo pretendes conquistar a una persona como yo *trayéndome a una rueda de pagode*? —sonrió al preguntar—. No ha sido tu mejor idea.

—Eso es porque no conoces mi *segunda idea.*

Y por lo visto ni yo. ¿Qué está tramando este hombre ahora, madre mía?

—¿Que sería...? —preguntó, recelosa.

—Cuando Luiza dijo que ibais a salir juntas hasta lo encontré mejor, ¿sabes? Investigué algunas cosas y encontré tu *Facebook* recientemente, y junto con él tu usuario en *Spotify*, y ¿sabes qué me llamó la atención?

—¿Qué? —preguntó, dividiendo la atención entre Victor Hugo y yo.

—Tienes 340 canciones guardadas. Son muchas.

—Sí, pero conozco a personas que tienen más. No entiendo adónde quieres llegar.

—Pero vi algo distinto ahí... —lanzó una sonrisita burlona—. Tienes un pagode entre ellas.

—*Ah*, ¿y por eso decidiste traerme a una *rueda de pagode*? ¡Con increíbles *1 canción en mi lista*!

—La respuesta a tu pregunta es: *sí*.

—Victor Hugo... —lo llamó un hombre detrás de una de las barras—. Tú y Renata sois los siguientes.

—Gracias por avisar, João.

Miré a mi jefe y Renata hizo lo mismo sin entender qué estaba pasando.

—*Ah*... se me olvidó contar que aquí tenemos un *videokaraoke*, así que la bajita y yo cantaremos *la dichosa canción que tiene en la lista*. Juntitos.

Casi escupo la cerveza al oír esto, y al momento se le pusieron rojas las mejillas a Renata.

—¡Esto solo puede ser broma! —gruñó Renata—. ¡Ni de coña voy a cantar pagode contigo! ¡Jamás!

—*Renatita*, ¡por favor! —dijo melosamente.

—Esa voz suave puede que funcione con Luiza, pero conmigo ni de broma.

—*Ah*, vamos. ¿Qué puedo hacer para que aceptes? Tiene que haber algo a mi alcance, todos queremos algo.

De repente el semblante de Renata cambió, y su postura se irguió un poco más. No debió haberle preguntado eso.

—¿Realmente crees que puedes chantajearme?

—A todo el mundo se le puede chantajear, así que... sí.

—Pues bien. Haz tres cosas por mí y canto contigo —apuntó decidida.

—¡*¡Cerrado!*

—Primero: recientemente ha salido el curso de Mário Lustosa, uno de los mejores vendedores del país, y tengo muchas ganas de comprarlo, pero estoy corta de dinero, o sea, tú serías *mi dinero*. Segundo: hay un tema en el que tengo dificultad sobre ventas, y sé que Beatriz anda muy ocupada, pero necesito asistencia urgente con eso, y puede ser *incluso tú explicándomelo*, no me importa. Tercero: nunca más me lleves a un sitio que no sepa dónde es. Cuarto...

—*Eh*, ¿no eran tres cosas?

—Sí, pero mi cuarta petición no tiene relación conmigo. Es una pregunta que te voy a hacer. Nada más.

—¿Solo?

—Sí. ¿Y bien, estamos de acuerdo?

Yo literalmente estaba en las nubes durante la conversación, porque no sabía que Victor Hugo tenía planes de cantar con mi *muñequita* ni que Renata tenía un contraataque preparado.

—Claro que estamos. El curso lo compro hoy mismo; cuando quieras hacemos una videollamada o nos encontraremos en persona para explicarte lo que necesites; y a partir de hoy te diré adónde vamos cuando salgamos juntos.

—¿Y la pregunta?

—También. Podrás hacerme cualquier pregunta.

—¡Excelente!

Vivir para aprender...

Debí haberme imaginado que Renata iba a sacar provecho de esta saliducha nada convencional. Lo que me sorprendió fue que en este chantaje ambos salieron ganando, y ni siquiera pelearon ni nada por el estilo.

—Es vuestro turno —oímos de nuevo la voz del hombre al fondo.

—¿Preparada, *Renatita*?

—Yo ya nací preparada, cariño. Y que sepas que yo no canto, yo doy *espectáculo*.

—¡Así se habla!

No sé si la emoción de mi amiga fue más en relación al curso o a las enseñanzas que se llevaba en bandeja, pero su confianza subió por las nubes en un corto periodo, y eso me hizo bastante feliz. Quiero mucho a mi *muñequita*, más de lo que se imagina.

Cuando los dos fueron al escenario improvisado, el *espectáculo* empezó de verdad. La canción elegida fue *Deixa em off,*

de la Turma do Pagode.

Yo sé
Que no era para que nos involucráramos
Que no era para que nos encontráramos
Pero este amor bandido no lo puedo evitar

Es cosa de piel, un lance criminoso
Un frío en la barriga, escalofrío en el cuerpo
Lejos del mundo entero
Amor a nuestra manera

Déjalo en off
Off, nuestro amor es más sabroso en off
Prohibido, escondido en off
Solo tú y yo perdidos en love
Déjalo en off

Victor Hugo hasta cogió una guitarra de la nada para cantar junto a Renata, y aquella escena *estaba* tan graciosa que la filmé y no se la voy a enseñar a nadie.

Al final de la canción los aplaudió prácticamente todo el mundo, y vi a mi *muñequita* visiblemente feliz.

—¿Ha sido difícil?

—No. He ganado varias cosas en menos de cinco minutos. Ni de lejos este chantaje ha sido malo para mí.

—*Hmm*. Creo que estabas tramando algo desde el principio.

—¡Claro! Sabía que tendría alguna pullita en todo esto. Yo solo... —sonrió de un modo sarcástico—. *¡Quería aprovecharme de ti!*

—*Ah*, ¿sí? Bueno es saberlo.

Seguimos hablando y bebiendo durante algunas horas, y hasta se me olvidó que en realidad todavía falta algo por hacer.

—Creo que ya es *nuestra hora.*

—Yo también lo creo —dijo Renata—. Pero antes tengo que hacer mi pregunta.

—Claro. —Cruzó los brazos analizándola.

—Ya que Luiza no va a preguntar, lo haré yo. ¿En qué día y año naciste?

Automáticamente miré desconfiada a Renata sin entender el motivo de tal pregunta.

—¿Esa era la pregunta importante?

—Llegaremos ahí. Respóndeme esto primero.

—29 de mayo de 1985.

—Espera un segundo, déjame hacer unos cálculos.

Por unos momentos Renata pareció contar algo mentalmente, y al instante me preocupé, porque tuve una intuición del motivo de la pregunta.

—Bien. Mi pregunta es: ¿por qué tienes un tatuaje en el cuerpo con la fecha 10/05/1992? En esa fecha tenías 6 años, 11 meses y algunos días. No le veo sentido.

Victor Hugo *como que* se trabó unos segundos al oír esa pregunta, y a continuación miró al cielo reflexionando algo. No estaba nervioso ni nada por el estilo, parecía estar un poco sorprendido con esta pregunta.

No voy a juzgarlo, yo misma no me esperaba que precisamente Renata preguntara sobre eso, pero mi pequeño angelito quería ayudarme con algo, y me sentí feliz.

—No tenemos hasta mañana. ¡Suéltalo!

—Bueno... sobre eso no te voy a responder, *querida alumna* —apuntó con la cara amigable hasta el exceso.

—¡Dijiste que podía hacerte la pregunta que quisiera! —dijo, nerviosa.

—¡*Exactamente*! Lo que no dije es que respondería a la pregunta, ¿verdad, *bajita*? —lanzó un guiño y Renata se puso loca.

Sabes... a pesar de no obtener la respuesta que tanto me intrigaba, en el fondo me sentí muy feliz. Mi *muñequita* se cree lista la mayor parte del tiempo, y hasta ella ha sido pillada por sorpresa ahora.

—¡Te odio tanto, Victor Hugo! Primero me traes al pagode, después me haces cantar una canción contigo, ¡y ahora me engañas así!

—Qué pena que me odies, pero por suerte o por desgracia me caíste bien y vamos a seguir siendo amigos, quieras o no. ¡Porque al fin y al cabo... me he convertido en tu profesor particular a partir de hoy!



CAPÍTULO 18

CAPÍTULO 18

«Nuestros demonios deben ser confrontados a diario...»

LUIZA GOULART

El ambiente en GCR se volvía más distendido a cada día que pasaba.

Confieso que ya me había acostumbrado a la idea de tener un jefe tirano dictándome las reglas y tirándome los tejos, pero ahora todo es distinto, y he vuelto a amar cada parte de mi trabajo, y debo decir que trabajar con Victor Hugo me hace feliz...

Fui al despacho de mi jefe, y casi entré, pero vi que había otra persona con él: Jarvas.

No oí la conversación de los dos, les di cierta privacidad aunque me quedé parada en la puerta, pero lo vi agradeciéndole mucho a Victor Hugo, y hasta parecía un poco emocionado. Mi jefe, por su parte, estaba... *sonriendo*.

Eso es algo inédito, al menos cuando hablamos de otros empleados de *GCR*. Sus sonrisas generalmente están dirigidas a mí, y la mayoría son sarcásticas.

Después de que Jarvas pasara a mi lado, entré en su despacho.

—*Preciosa*... ¿cómo estás?

—Bien, y parece que cierta persona también.

—He recibido algunas buenas noticias hace un rato. Es solo eso —apuntó—. Ahora, vamos a resolver los asuntos pendientes...

Hoy ha sido uno de los pocos días en que trabajamos juntos en algo. Hasta parecía estar más animado de la cuenta, y eso no es propio de él, ya que Victor Hugo y trabajo... bueno, no voy a juzgarlo, parece estar mejorando, y le doy las gracias al cielo por eso.

Nos quedamos en silencio durante varios minutos mientras revisábamos algunos documentos, pero creo que ya sabéis que cuando dos *cotorras* están juntas, es inevitable que una abra la boca.

—¿Qué te parece que sea el nuevo profesor particular de tu querida amiga? —cambió de tema, girando el bolígrafo entre los dedos.

—Sobre eso... estuve pensando ayer en mi casa, y aún no me creo que Renata te engañara —le dije a mi jefe, después de terminar uno de los informes que se entregarían a Recursos Humanos.

—¿Y quién ha dicho que me engañaran? —preguntó—. Renata no se abre mucho, pero en el fondo todos queremos algo, y ella no iba a decir nada si se lo preguntaba directamente, por eso le monté *una cosita pequeña* —añadió guiñando un ojo.

—Tú y tus tramoyas... —dije—. Es horrible cuando caemos en ellas, somos los últimos en saberlo.

—Eso no importa, *preciosa*. No perjudico a nadie haciéndolas, todo lo contrario.

—Puede ser verdad... —siseé, dejando de centrarme en sus ojos, que a veces me desnortan—. ¿Puedo hacerte una pregunta personal?

—¡Claro! Que yo responda ya es otra historia.

—No soy Renata —dije con tono firme—. Sé que vas a responderme.

—*Inténtalo*.

Analicé sus facciones, admirando a aquel hombre que poco a poco fue trastocando mi mente. Sé que entenderlo del todo será difícil y requiere tiempo, pero quiero descubrir al menos un poco sobre Victor Hugo Avelar.

—¿Por qué eres así?

—¿Así cómo? —preguntó.

—A la vez que no te importa, parece que te importa. Ayudas a la gente sin pedir nada a cambio, haces amistades fácilmente, a pesar de eso no parece que tengas amigos cercanos... —paré reflexionando sobre mis siguientes palabras—. Creo que la pregunta correcta es: *¿qué significa la vida para ti*?

Creo que mi pregunta está directamente relacionada con lo que presencié en el hospital. Aquella imagen aún sigue muy presente en mi memoria, y de vez en cuando recuerdo ese gesto bonito, y por eso quiero descubrir algunas cosas más. Sé que no es

mala persona, y hasta el hecho de ayudar a Renata me demuestra que no estoy volviéndome loca.

Mi jefe respiró hondo, y a continuación, de manera despreocupada, puso los dos pies sobre la mesa.

No es nada previsible, y hasta eso me llama la atención.

—Es como les digo a mis padres... —Me lanzó una breve sonrisa y dirigió la atención a la ventana, bastante pensativo—. Tenemos que aferrarnos de tal manera a nuestra mente y a nuestro cuerpo que vivir intensamente debe convertirse en una obligación, ya que no sabemos si vamos a despertarnos al día siguiente. Puede que no aproveche mi vida de la forma que la sociedad considera correcta, pero si he aprendido algo es que no todos tienen la oportunidad de salir de sus casas o de los hospitales y observar un simple atardecer; respirar el aire fresco de una montaña; decirle a alguien lo especial que es esa persona; así que hago lo que me apetece a la hora que me apetece, aunque sea beber hasta caer, porque me considero un vencedor por todo lo que pasé en mi vida, y querría que todas las personas que están muriendo pudieran tener esta oportunidad de disfrutar un día más de vida. Ese es el significado de la vida para mí, Luiza, una oportunidad en la que podemos hacer y ser lo que nos dé la gana, donde no hay espacio para arrepentimientos. Por eso soy así, y vivo intensamente.

No me contuve y mis ojos se llenaron de lágrimas; sin embargo, lo disimulé lo más rápido que pude.

—No lo dije con la intención de hacerte llorar, es solo... mi filosofía de vida.

Él no sabe el motivo...

—Me siento mal por saber algo tan profundo sobre ti y fingir que no lo sé.

—¿Luiza...?

—Espera, soy yo quien va a hablar ahora. Me equivoco y mucho al juzgar a la gente sin conocerla, y jamás imaginé que pudieras tener un lado bueno, que te preocuparas por la gente, porque en la empresa no lo demuestras. Te empeñas en ignorarlo. Sé que tienes muchos secretos.

—Todos tenemos secretos —rebatió, con una pequeña sonrisa en los labios—. Y, lo más importante: *motivos para guardarlos*. Yo no soy diferente, ciertos temas prefiero guardármelos.

—Pues entonces tu error fue dejarme tomar libre algunos días atrás.

Noté que su expresión había cambiado, pero ya no quería guardarme más esto. Tiene que saber que descubrí algo que él esconde.

—¿Por qué mi error?

—El padre de Beatriz, que está casada con Daniel, se sintió mal en un supermercado de la ciudad, y ella me llamó desesperada, temblaba mucho y difícilmente conseguiría llegar al hospital. Como estaba libre, fui a *Argo's* y fuimos juntas al *Intermedical Center*, y... —sonreí, sin gracia—. Creo que ya puedes adivinar el resto.

—No. No lo sé. Continúa —dijo impasible.

Respiré profundamente.

—Después de que vimos que su padre estaba bien, fui a la salida del hospital para llevar a mi amiga a la empresa, y fue entonces cuando... —paré, analizando sus ojos, que no expresaban agitación alguna—. *¡Te vi*!

Un largo silencio llenó el despacho, y no dije nada más.

Quería mucho saber lo que podía estar pensando.

—Sé clara. ¿Qué viste, Luiza?

—A ti en *Oncología Pediátrica*, disfrazado de *Capitán América*, cantándole a una niña... la misma de la foto que me enseñaste días atrás. Lo que haces en ese hospital es un gesto muy bonito, y sé que los niños a los que ayudas...

—Vuelve al trabajo —dijo interrumpiéndome, pero con un tono demasiado calmado.

No me miraba en ese momento, simplemente dirigió la atención a la ventana tras pronunciar la frase.

—Victor Hugo...

—¡Luiza! —Me miró profundamente—. ¡No voy a repetirlo, vuelve al trabajo!

—Yo solo quería... —hice una pequeña pausa, intentando encontrar las mejores palabras, pero no lo hice—. ¡Olvídalo! Fue un error decir que lo sabía.

Decidí salir de su despacho.

No sé si mencionar lo que descubrí fue una buena idea, y lo que teníamos puede cambiar drásticamente después de que me fuera de la lengua.



Durante la semana siguiente Victor Hugo ni siquiera me dirigió la palabra dentro de la empresa.

No sabía bien qué pensar sobre todo lo que estaba pasando, porque pensaba en él constantemente, y la preocupación en mi pecho solo aumentaba. Al principio pensé que no, pero ahora veo

que echo de menos nuestras conversaciones diarias, y eso ha cesado.

Decidí centrarme en mi trabajo, pero eso se complicó un poco cuando lo vi apoyado en la puerta de mi sección, mirándome con dureza.

—Luiza, quiero todo listo para mañana a las tres. Voy a necesitarte después de esa hora —dijo después de quedarse unos segundos en mi sección y darse la vuelta.

—Por ese tono preveo problemas —dijo Estela mientras me miraba asustada; al momento respiré hondo e intenté imaginar lo que quería.

No sé si fue buena idea exponer lo que sabía. Tengo que guardarme ciertos asuntos y dejar de intentar entender la cabeza de la gente que me importa. Un día eso me va a meter en líos, tengo la absoluta certeza.

—Si tú lo crees, yo lo tengo claro.



Hoy mi día ha pasado tranquilamente y pude dejarlo todo bastante adelantado, ya que él había avisado de que me necesitaría...

Bien quisiera que necesitara mi ayuda en algo relacionado con el placer, pero al ver su cara ayer, pude tener la certeza de que no era *el asunto.*

Después de respirar hondo varias veces, decidí encarar a la fiera, y en este momento estábamos cara a cara.

—¿Has terminado lo que te pedí? —preguntó, con la cara seria.

—Sí. ¿Qué necesitas ahora?

—¡*¡Que vengas conmigo!*

—¿Adónde?

—Lo descubrirás pronto. ¡Vamos!

Pensé que iba con Victor Hugo a otra empresa, a visitar a algún cliente, qué sé yo, así que simplemente fui hasta su coche y subí.

No se dijo ni una palabra hasta que por fin llegamos al destino, y ahora estamos llamando al timbre de una residencia, y no entiendo nada de lo que está pasando.

—Me he aguantado demasiado para hablar. ¿Qué está pasando, y por qué parece que me están secuestrando?

Una pequeña sonrisa apareció, y a continuación clavó la mirada en la mía durante un momento, dejándome desarmada.

—Voy a presentarte a una persona.

Cuando me preparé para decir algo, he aquí que la puerta se abrió, y un guapo *hombretón negro* apareció delante de nosotros con un abanico gigante.

—¡*¡Mi cieeelo*! ¡Hoy has llegado pronto! —dijo y al momento me miró de arriba abajo—. *Hmm*. ¿Y esa preciosa, quién es? —preguntó de la nada y se acercó a mí cogiéndome la mano y haciéndome dar una vueltecita.

—Mi amiga.

Miré a Victor Hugo sin entender nada, y lo vi sonreír a continuación.

—Bueno, guapa, me llamo *Samuel o Samantha*, como prefieras.

Solté una carcajada.

No hicieron falta ni diez segundos para que me cayera bien Samantha.

—Es *gay*, Luiza.

—*Ah*, no me digas —replicó Samantha con una mano en la boca, tomándole el pelo—. Y, hablando de eso, ¿qué día montamos una fiestecita particular?

Victor Hugo solo sonrió y sacudió la cabeza en desacuerdo.

—Creo que ya lo sabes.

—Aguafiestas. —De nuevo abrió su abanico, abanicándose, y empezó a caminar por la casa—. ¡Acompañadme!

—¿Es él quien...?

—Hace todo el procedimiento antes de que vaya al hospital —completó—. Generalmente paso algunas veces por aquí el mismo día cuando voy a visitar a los niños.

—¿Por qué algunas veces el mismo día? —pregunté.

—Por los disfraces. A algunos les gustan distintos superhéroes, y tengo que retocar el maquillaje, cambiarme la ropa, entre otras cosas. Aquel día me viste disfrazado de *Capitán América*, pero una hora antes estaba caracterizado de *Spider-Man*, ¿sabes?

No pude contener una sonrisa.

—Lo sé, es difícil contentar a los niños últimamente, los gustos son muy variados.

—Vamos, *guapo*. Llegas tarde. Y disculpa, ¿cómo era tu nombre, cariño? ¡Soy un *maricón* muy despistado!

—Luiza.

—¿*Quéééé*? ¿Tú eres la Luiza que trabaja con él? —Abrió mucho los ojos.

—Sí —respondí, pero con cierto recelo, mirando directamente a Victor Hugo.

—A ver si eres tú de verdad... —dijo y me asusté, porque aquel hombretón de casi 1,90 m se acercó más y... *me palpó los pechos.* De la nada.

—¡Madre mía!

Empecé a reír sin más, y vi a mi jefe asintiendo con la cabeza.

—¿Le vas a contar todos mis secretos así, a la primera de cambio?

—Depende... —Se volvió hacia él—. ¿Nuestra fiestecita va a ocurrir o no? —le lanzó un besito, y lo vi cerrar los ojos.

—Puedes revelar mis secretos. No me importa.

—¡*¡Es lo que pensaba!*

Mi día estaba atípico. Hasta pensé que sería despedida por decirle lo que sabía, pero acabaremos juntos en el hospital.

No sabía qué pensar, de nuevo. Victor Hugo es una caja de sorpresas, y por lo visto va a seguir sorprendiéndome.

—Cielo, sabes que Victor Hugo lo va a negar hasta la muerte, pero tiene muchos celos de ti, *¿no*?

—¿En serio?

—Samuel...

—Ah, soy un maricón cotilla de verdad. Así que... ¡creo que esa cosa horrible que adoro llamada ménage ya no va a pasar! —soltó una carcajada y casi me dio un patatús—. ¡Es un poco posesivo!

Samantha es el sinónimo de felicidad y mofa al mismo tiempo, y no estoy consiguiendo lidiar.

—Nada como tener un amigo así para revelar nuestros secretos —fue su turno de hablar mientras Samantha le retocaba el maquillaje.

—*Ah*, cielo. Pero entiendo tu lado. Si yo fuera *hetero* y tuviera una morena preciosa como tú entre las manos, no la dejaría escapar de ninguna manera, y la querría solo para mí. Pero a mí me gusta algo grande y gordo. Creo que me entiendes.

—Gracias —agradecí soltando una carcajada—. Y te entiendo más de lo que imaginas —añadí con cara traviesa.

Si pudiera definir mi día sería algo así como: *sorprendente*.

Aunque me quedé aquí casi una hora, hablamos mucho, y el tiempo pareció volar. Samantha es una persona muy graciosa, y consiguió romper el hielo incluso con Victor Hugo, que entró en la broma en algunas ocasiones.

—¡Estás listo, guapo!

—Entonces es mejor que nos vayamos, Luiza, llegamos tarde. —Miró el reloj, pero a mí me interesaba otra cosa.

—¡Espera un momento! —dije—. Déjame admirar esa obra de arte.

Mi querido jefe estaba caracterizado de *Thor*, y su martillo...

¡Que Dios nos pille confesados...!

—¡Yo también quiero admirarlo! —Samantha abrió su abanico, y casi me deja sorda—. ¡De nuevo lo bordé, y tú como modelo también lo bordaste!

—Gracias. Puede que vuelva hoy.

—Sin problema. ¡Te voy a esperar *en pelotas* en el sofá! —soltó una carcajada y tuve que acompañarla.

Victor Hugo refunfuñó algunas cosas y sonrió; acto seguido salimos de su casa, subiendo al coche.

Durante unos segundos observé a mi jefe, y no sabía qué decir.

—Presta atención: si vuelves a ver a Samuel, por el amor de Dios, no comentes bajo ningún concepto que no me quito ese maquillaje de la manera correcta. Si se entera de que tengo ese descuido, va a soltarme un montón en el oído, y estresado... —puso los ojos en blanco.

Empecé a soltar carcajadas, admirando a aquel guapo hombre que tenía delante.

—Tienes una fan. Dos ahora contándome a mí.

—Eso es porque aún no has visto a los niños. ¿Estás lista?

—No sabes cuánto...



—¿Voy a poder entrar de verdad?

Estábamos en la recepción del *Intermedical Center*, y el miedo a no poder acompañarlo ya daba señales.

—Ya me las he apañado. Hoy vas a conocer a Vitória, y a algunos otros niños.

Victor Hugo empezó a caminar, pero me quedé parada y le cogí una de las manos. Tras ese gesto se detuvo, y me miró con duda.

—¿Qué pasa?

—Pensé que estabas enfadado conmigo. Después de lo que dije no hablamos más. No imaginé que me traerías aquí, un lugar

que tanto escondes.

—Luiza, tengo mis motivos. Pero confío en ti, y no solo confío sino que me gusta tenerte cerca. Solo necesito que tengas paciencia conmigo.

—Puedo vivir con eso —dije y al momento fuimos juntos a un pasillo que recuerdo muy bien.

Después de que Victor Hugo y yo apareciéramos en una habitación específica, enseguida vi a una niña gritando al verlo acercándose a ella.

¡Vitória!

—Estaba eufórica aquí —dijo una señora que estaba sentada y se levantó.

—Luiza, esta es la señora Marlene, la madre de Vitória.

—Encantada, mi niña —me dio un beso en la mejilla y se volvió hacia él—. Os voy a dejar a solas.

La señora Marlene salió de la habitación, y cuando Victor Hugo se acercó a la niña, ella lo abrazó fuerte, y aquello me dejó bastante emocionada.

Soy una blandengue para ciertas cosas.

A pesar de todo, después de que ese momento pasara, la niña me miró bien desconfiada. No sabía exactamente cuál sería su primera impresión sobre mí.

—Es mi amiga, Vitória —apuntó—. He traído a Luiza para que te conozca.

—Encantada, Vitória —dije, con la esperanza de que me diera una pequeña apertura.

—Encantada —dijo y al momento se volvió hacia él—. Es *solo* tu amiga, *¿no*? —preguntó, y al momento sonreí, entendiendo el motivo de la pregunta.

—Sí, angelito.

—Entonces cuando sea mayor de edad seguimos casándonos, *¿no*?

Por lo visto su encanto cautiva incluso a los niños de aquí.

—*Déjame pensar*... —guiñó un ojo—. Si obedeces a tu madre, haces todo lo que te pidan los médicos, mandas ese cáncer *lejos*, te voy a esperar con los brazos abiertos. Solo hay un problemilla, *¿no*? Por desgracia creo que vas a romperme el corazón y te vas a enamorar de algún chico más joven... —dijo, haciendo poses, simulando tristeza.

—Quizá, pero soy difícil.

Empezamos a reír, y vi que mi día no podía estar mejor.

Observar lo que Victor Hugo se proponía a hacer me dejó fascinada, de verdad. Las conversaciones, la manera en que interactuaba con Vitória, cómo los temas de los dos encajaban...

En fin, a cada segundo que pasa estoy más feliz, y ni sé expresarlo en palabras.

—Dime, ¿cuál va a ser tu petición de hoy?

—*Mundo Paralelo, de Vitor Kley.* —Le brillaron los ojitos.

—¡Marchando *ya*!

Después de que Vitória pidiera su canción, mi jefe sacó la guitarra que llevaba a la espalda y empezó la melodía...

Mamá, ya no le tengo miedo a la noria

Ni al coche veloz ni a la película de terror

Cuando se vaya la luz y esté en el ascensor

Mamá, ya he visto que la vida es cuestión de un instante

Y en un parpadeo todo puede desmoronarse
Y yo aquí preocupándome por lo que voy a publicar
Me cansé, ya no quiero seguir jugando

Despacio, me desapego de este mundo paralelo
Y siento la falta que hace un abrazo, sí que hace
Despacio, me desapego de este mundo paralelo
Y siento la falta que hace un abrazo, sí que hace
Lo sé

El tiempo va pasando, las cosas van cambiando
Sí que van cambiando
Pero tened la certeza
De que el amor es infinito
Un abrazo es infinito
No tiene fecha de caducidad
No tiene un nuevo modelo
No se le acaba la batería
Un abrazo es eterno
Y la sonrisa de quien recibe el abrazo lo es más todavía

Creo que todos nos emocionamos con la melodía, y la niña lloró. Yo intenté disimular, pero una lágrima resbaló por mi cara.

—¿Te ha gustado o *estoy* oxidado?

—Me ha gustado.

—¿Y dónde está mi abrazo?

Se acercó más y los dos se abrazaron.

Aquel gesto me mostraba tanto, y una gran felicidad irradiaba en mi corazón. A cada segundo que pasaba, más admiraba a mi jefe, y creo que eso sería algo recurrente ahora.

—Después de que habláramos un poco, Vitória notó que rápidamente hablamos sobre algo relacionado con el trabajo, y preguntó: —¿Ella trabaja contigo?

—Sí. Soy su jefe.

—*Ah*, ¡debes ser el jefe más majo del mundo!

No pude contenerme y solté una risa muy fuerte. Pobre Vitória, poco sabe ella lo que ya he pasado...

—Digamos que...

—Tiene sus buenos momentos —le guiñé un ojo a ella al interrumpirlo—. Pero hay veces que quiero matarlo, ¿sabes...? —puse los ojos en blanco siseando esa frase, y al momento Vitória empezó a reír.

—¿En serio? Parece tan bueno.

—No te engañes con su apariencia tierna. Es bien malo cuando quiere.

—¡No me lo puedo creer! —Se volvió hacia él, perpleja—. ¡Me dijiste que eras bueno *conmigo*!

—¡*¡Pero lo soy, mi ángel!*

—Para nada —repliqué y al momento Vitória y yo soltamos una carcajada, mientras una sonrisa leve brotaba en su cara.

—No me puedo creer que os vayáis a juntar para hablar mal de mí... —dijo, simulando tristeza.

—¡*¡Pues sí*! —Tanto Vitória como yo dijimos al mismo tiempo.

—Por lo visto he perdido esta batalla...

Uno de los mayores miedos que tuve cuando pisé el hospital fue que no le cayera bien a Vitória, o que no me recibiera bien, pero fue lo contrario.

Durante varios minutos pudimos divertirnos, hablar de cosas de mujeres, irritar un poquito a mi jefe, y al menos por algunos instantes olvidar que ella libraba una batalla contra la leucemia.

Ni sé expresar exactamente lo que sentí en las dos horas que estuve en el hospital. Conocí a un montón de niños, y cada vez que acompañaba a Victor Hugo, más tenía la certeza absoluta de que estaba dejando aflorar su lado bueno ante mí.

¡Aquí podía ser él mismo!

Creo que es difícil no enamorarse de una persona así, y por primera vez en mi vida no estoy pensando en las consecuencias de entregarme a un solo hombre...



CAPÍTULO 19

CAPÍTULO 19

«¿Qué pasa cuando tu jefe es un chiflado, pero tú eres aún peor?»

VICTOR HUGO

Revelarle a Luiza lo de mi otro trabajo ha sido bueno.

En realidad no es exactamente una revelación, ya que me pillaron in fraganti, pero estoy bien, porque confío en ella.

El primer día me irrité un poco, no voy a negarlo.

Soy muy reservado en relación con los niños, y tengo mis motivos. Puedo ser el peor hombre del mundo, pero siempre haré lo mejor por ellos. Mi familia y aquellos niños vienen en primer lugar en mi vida. Trabajo encuentro en cualquier sitio, pero familia y amistades verdaderas no funcionan así.

—¿Por qué eres voluntario?

Y, como si el *Universo* ayudara, me preguntaron justamente sobre lo que estaba pensando en ese momento.

—No te apegues a los motivos, apégate a lo que hago. El porqué de hacerlo no es importante.

—¿Y todo este misterio en torno a mi querido jefe, *eh*?

—Acostúmbrate, *preciosa*. Soy reservado.

Luiza sonrió arreglándose el cabello, y aquello...

Es complicado lidiar con esta mujer. No sé qué se me pasa por la cabeza cuando observo su sonrisa, la manera en que me mira, nuestra cercanía.

Nunca he estado tan cerca de alguien como está ocurriendo ahora. Por lo general quiero acostarme con las mujeres y punto, pero con Luiza siento que tengo cierta conexión, no sé. No sé explicar estas cosas, soy emotivo y sentimental con los niños, ahora con ella... *es diferente*. Pero quiero y voy a descubrir qué es esto. Y empezaré ahora.

—¡Pero para mí te has convertido en un encanto!

No tanto...

—Pero tengo un terrible defecto. —Me levanté, rodeé la mesa y me acerqué más a la silla en la que estaba sentada.

—¿Cuál?

—No me importan las consecuencias de absolutamente nada de lo que hago.

Tomé su boca, y vi lo sorprendida que se quedó, pero acto seguido se entregó, y... *maldición*!

Ya no puedo apartar a esta mujer, y eso puede ser demasiado peligroso.

—Victor Hugo... ¿de verdad me has besado sin más? —preguntó, mordisqueándose los labios.

—Sí. Y me estoy conteniendo, porque merecías más que un beso.

—¿Y *estás* diciendo que...?

—Luiza... —le toqué la mejilla.

—¿Qué pasa?

—Solo pensé otras cosas. Nada del otro mundo.

—Luiza... deja de ser problemática —provoqué, pero sabía que ese no era el punto.

—Victor Hugo... —respiró hondo—. ¡Te mereces el mundo entero! ¡Lo que desees! Yo no te admiraba, voy a ser muy sincera, pero después de las cosas que he visto... no tengo palabras. De todas las personas del mundo, eres el que más me ha sorprendido. Eso es.



Tuve diez minutos para recuperarme. El problema fue que eso no ocurrió.

—¿Se ha ido? —le pregunté a mi secretaria.

Mucha gente piensa que las secretarias de los CEO están cerca de ellos, pero la mía es diferente. La mantengo aislada, justamente para que no me molesten.

—Sí. ¿Por qué...?

Colgué el teléfono. Solo necesitaba esa información.

Salí de mi despacho y como un depredador fui en busca de mi presa.

Luiza Goulart...

—¿Te has recuperado? —preguntó al verme.

No hice ceremonia y le cogí el brazo derecho.

—Vamos a dar una vueltita.

—¿Una vueltita adónde?

—Digamos... que vamos al médico.

—¿Al médico? —se mofó.

—Sí. ¡Y no digas una palabra más a partir de ahora!

LUIZA GOULART

No sé exactamente lo que ha pasado, pero estoy fuera de la empresa en compañía de mi jefe.

Estábamos en su coche, y después de subirnos, Victor Hugo no abrió la boca.

Por lo visto iba a ser secuestrada; el problema es que me ha gustado bastante mi secuestrador...

—¡*Al carajo*! —dijo y giró por una calle que aparentemente no conocía bien.

Aproximadamente un minuto después aparcó el coche al final de una travesía desierta, y observó mis ojos con un deseo fuera de lo normal.



CAPÍTULO 20

CAPÍTULO 20

«Y cuando menos se espera hay un vuelco que cambia lo que pensamos sobre alguien...»

VICTOR HUGO

Hoy el día está distinto al que me he acostumbrado. Mucho ajetreo y poco progreso, y ahora me veo arrepentido de aplazar tantos asuntos.

Y para empeorarlo, vi que Amadeu acababa de aparecer en la puerta de mi despacho. Nunca es buena noticia cuando el director

general de la empresa hace eso, sobre todo siendo la persona inmediatamente por debajo de mí en cuanto a jerarquía.

—¿Tienes un minuto?

—Sí, entra y siéntate, por favor.

—No será necesario —dijo, y al momento noté que realmente el asunto era serio, sobre todo al analizar mejor las facciones del hombre.

—¿Qué ha pasado? —dejé mis tareas.

—La junta directiva ha convocado una reunión para mañana a las tres.

El consejo de GCR está compuesto por diez directores, y Amadeu es *el jefazo*, por así decirlo.

—¿Cuál es el orden del día?

—Un empleado concreto. Después de analizar varios documentos, vimos que esa persona está dejando mucho que desear, y esta reunión es estrictamente para hablar de eso. Tenemos que pensar en el colectivo, y nos vemos obligados a reunirnos.

No tengo que ser muy listo para saber que está hablando de mí, ya que soy *experto* en no cumplir plazos y dejarlo todo para última hora, pero por desgracia para él enfrentarse precisamente conmigo no es algo... bueno, por así decirlo.

—Por si tienes alguna duda, una parte del orden del día está aquí. —Dejó un pequeño dossier en mi mesa—. Espero que lo leas hasta mañana, y entiendas por qué hemos convocado a todo el consejo.

—Está bien —dije, sabiendo que tal amenaza no surtiría efecto.

¡Se están metiendo con la persona equivocada!

—Y queremos que Luiza vaya contigo.

Me alarmé.

Eso sí que podría acarrear algún problema, ya que ella no es muy fan de cómo lidio con el trabajo. Esta vez Luiza podría entorpecer un poco.

—Bien. ¿Y por qué motivo tiene que ir ella?

—Sencillo: ¡porque ella es la empleada de la que estoy hablando!

LUIZA GOULART

Di dos cabezadas *por la mañana* mientras trabajaba.

Las cuatro tazas de café no me ayudaron en nada, y sigo *reventada*.

Ya me he prometido a mí misma que no me llevaría trabajo a casa, pero por desgracia en algunos puntos soy demasiado perfeccionista, y odio retrasar algo cuando sé que puedo cumplir plazos.

—¿Hasta qué hora estuviste trabajando ayer? —preguntó Estela, sabiendo ya el motivo de mi cansancio.

Sabe muy bien que periódicamente hago turno extra en casa y trabajo los fines de semana.

—Las once.

—Me lo imaginaba.

Victor Hugo, por increíble que parezca, no está retrasando asuntos importantes que le pido, y este mes me está ayudando bastante.

Me di cuenta de que ayer estaba muy raro, y el día anterior acabé yendo a su despacho solo una vez. Ahora me ha avisado una de las empleadas que ha solicitado mi presencia.

No perdí tiempo y me puse a su disposición. Es raro decirlo así, sobre todo después de cierta aventurilla...

Tengo que centrarme en el trabajo. Aquella simple escapadita podría haberme costado el empleo. Y a él el suyo.

—Hola. ¿Necesitas algo?

—Sí. Cierra la puerta.

Así lo hice.

—¿Es urgente? Tengo que terminar un informe antes de las siete, y creo que voy a tener que matarme para lograrlo.

—Sí, es urgente. Entrégalo mañana.

—Pero...

—Luiza —me interrumpió—. Vamos a participar en una reunión hoy a las tres con la junta directiva.

Ahí tienes algo que *era y no era* una sorpresa al mismo tiempo.

Cuando trabajaba con Natanael nos reuníamos con el personal del consejo al menos dos veces al mes, y con Victor Hugo esta era la primera vez que ocurría.

Pero ya estaba acostumbrada, y sé las consideraciones que tienen cuando ocurre algo así.

—Bien. ¿Y cuál es el orden del día?

Victor Hugo suspiró pesadamente, y a continuación se pasó una de las manos por el largo cabello, dejándome un poco más tensa de lo normal.

—¡*¡El orden del día, por desgracia, eres tú!*

—¿Cómo que el orden del día soy yo? —pregunté, sin querer que me respondiera lo que pensaba al instante.

—Creo que ya lo entiendes —dijo—. No están satisfechos con algunos asuntos, y... quieren resolver la situación.

¡Quieren resolver la situación... despidiéndome!

No puede ser. Yo prácticamente vivo para esta empresa.

—Yo... doy lo mejor de mí, me mato a trabajar, llego pronto... ¿Por qué ahora? Yo... hago todo lo que está a mi alcance —dije, caminando de un lado a otro, desorientada.

—¡Luiza! ¿Puedes calmarte, por favor?

—No, ¡claro que no puedo!

—¡*Pero tienes que hacerlo*! —replicó.

Mi jefe tenía el semblante serio, muy serio, y eso era raro de ver. Hasta las palabras que me dirigió no son del estilo Victor Hugo. Es la primera vez que se parece a Daniel Falcão.

—Si quieren tu presencia, es porque tendrás derecho a respuesta, o a defensa, como prefieras.

—Pero ¿por qué motivo? ¿Qué les está molestando?

Victor Hugo se quedó callado, y eso solo perturbó aún más mi psicológico. No saber en qué he podido equivocarme es mil veces peor que tener esa información.

—Aún no puedo decírtelo, Luiza.

—No me lo puedo creer. Lo mucho que me he matado aquí en la empresa, y por lo visto están queriendo... *despedirme* —dije, y no esperaba que sus siguientes palabras fueran a herirme tanto.

—Sí. Por desgracia, corres un gran riesgo de ser *despedida*.



Ya en mi sección apoyé los codos en la mesa y a continuación me llevé las dos manos a la cabeza, desolada.

Soy una persona a la que se le ataca la ansiedad en ciertos momentos, y por lo visto esta reunión va a ser un punto de inflexión en la empresa.

¿Qué he hecho mal, Dios mío?

VICTOR HUGO

Después de lo que me contó Amadeu ayer, leí su informe un sinfín de veces, para entender mejor lo que estaba pasando.

Me quedé en GCR hasta las diez por eso, ya que hice algo que era realmente necesario. Hoy tuve que llegar pronto también, dado que la reunión era por la tarde.

Me fijé bien en la cara de Luiza al recibir esa noticia, y vi lo preocupada que está. Por lo general no me equivoco con la gente cuando convivo con ella, pero en relación con Luiza pude haberme equivocado sobre lo que *GCR Turismo* representa para ella. No imaginé que hiciera tanto por la empresa, ni que ascendiera tan rápido en la misma.

En fin...

—¿Podemos empezar? —preguntó Amadeu y al momento miré a mi lado derecho, donde estaba Luiza. Intentaba a toda costa permanecer indiferente en esta situación, pero eso va a ser bastante complicado después de lo que vendrá.

—Sí —respondimos juntos.

Dicho esto, Amadeu puso algunos documentos delante de Luiza, que supuse serían los mismos que me había presentado el día anterior.

—Puedes abrirlo —dijo, y así lo hizo ella.

No tardó ni treinta segundos en que me diera cuenta de que se le ponían rojas las mejillas.

—Espera... —dijo, volviéndose hacia el consejo—. ¿*La ropa que llevo aquí* es uno de los temas en el orden del día?

—Sí, la manera en que te vistes y...

—¿Eso qué tiene que ver con la forma en que trabajo? —dijo más alto al interrumpirlo y al momento cerré los ojos.

—Eso entorpece bastante, los hombres...

—¿Y yo qué tengo que ver con eso? ¡El cuerpo es mío! ¿Qué clase de broma de mal gusto es esta? ¿Habéis oído hablar de la libertad de...?

—Luiza, queremos decir...

—¡Los dos! ¡Callados! —subí el tono, analizando a todos a mi alrededor—. Voy a ser muy claro aquí: vosotros, yo y Luiza tenemos mucho trabajo hoy, y desviar el foco de lo que importa no va a ayudar en nada, así que quiero que esta reunión dure el menor tiempo posible, y para eso voy a marcar yo lo que se hará, cuándo se hará, quién hablará y otras cosas. ¿De acuerdo?

Vi a todos moviendo la cabeza asintiendo, pero Luiza parecía ajena a todo eso, ya que cuanto más leía los documentos, más triste se ponía.

—Esto es lo que va a pasar: vosotros del consejo hablaréis primero, después Luiza se defenderá de lo que estime conveniente, y por último será mi turno. Voy a decidir lo que pasará, y cuando esté hablando, independientemente de mi decisión, no quiero interrupciones. ¿Está claro?

De nuevo todos asintieron.

—¡Estupendo!

—Hablaré por el consejo —se prestó Amadeu.

—Entonces empieza.

—Creo que el *poder* de estar en este cargo se le ha subido demasiado a la cabeza a Luiza. Pocas personas han conseguido subir en GCR tan rápido, y claramente no está dando abasto. El propio Recursos Humanos dice que la mayoría de cosas que piden no se entregan ese día o falta documentación importante.

—¡Me mato a trabajar para hacerlo todo! Hasta me llevo trabajo...

—¡Luiza! —reprendí—. Después hablas tú.

No le sentó nada bien oír eso, pero se calló. Habíamos acordado que cada persona hablaría en su momento, y eso sería crucial para mi decisión.

—Hemos puesto varios puntos en el documento que entregué. Veamos... —Analizó el papel—. Estamos hablando de la ropa, de las risas altas, del tiempo de comer, documentos importantes que no se entregan, documentos enviados de manera incorrecta, falta de compromiso de personas de su sección, despidos injustos que ha efectuado y varios otros asuntos.

Vi que Luiza se había quedado bastante disgustada al oír esas palabras, y no dijo nada.

—¿Cómo podéis poner este tipo de cosas? —dijo tan bajito que solo yo oí su frase—. ¿En qué mundo vivimos, en el que se me juzga por mi ropa y por cómo sonrío? —añadió un poco más alto y me pasé la mano por la cara dirigiendo mi atención a Amadeu.

—Luiza, tendrás tu momento. —Me volví hacia Amadeu—. ¿Hay algo más que decir?

—Sí.

Durante treinta minutos profundizó en los dichos *puntos* sobre Luiza.

Escuché atentamente cada palabra, e hice algunas anotaciones en el otro dossier que tenía en las manos.

—Voy a hacer dos preguntas aquí y quiero la respuesta ahora: ¿cuántos de vosotros queréis que Luiza deje el cargo?

¡Unánime!

Todas las manos se levantaron, y respiré más hondo.

—¿Cuántos de vosotros queréis que Luiza sea despedida?

En ese momento pude ver rastros de vacilación en sus caras, pero exactamente la mitad levantó la mano. Cinco de diez personas.

—Luiza, es tu turno de hablar ahora.

Vi que había suspirado, y durante unos segundos no dijo nada, solo se quedó mirando los papeles que tenía delante.

No tenía rastros de quien va a romper a llorar, pero noté lo triste y desanimada que estaba.

—¿Y qué puedo decir? —sonrió de forma insolente—. Han tenido la capacidad de hablar de mi ropa, de hablar de cómo sonrío dentro de la empresa. Creo que para todos vosotros es un crimen divertirse, intentar hacer más llevadero un día agotador, solo que por lo visto la equivocada soy yo —dijo mirándolos—. Sí, soy una persona falible, como cada uno de vosotros aquí, cometo errores, pago por ellos, y la mayor parte del tiempo me cuestiono a mí misma intentando mejorar. No soy un robot defectuoso como queréis aparentar aquí en esta sala de reuniones. Pero si queréis hablar un poco sobre cada punto voy a decir algo; sin embargo, ignoraré la parte de la ropa y de las risas, *porque eso es una payasada*!

—Puedes continuar —apunté.

—Sí, en algunos momentos tardo más en comer, pero eso ocurre porque soy tan perfeccionista que intento por todos los medios terminar mi trabajo para por fin salir de la empresa en paz; aun así, cuando me paso de la hora de comer siempre lo compenso quedándome más tiempo en *GCR*, y mi hoja de fichaje está ahí para demostrar lo que digo. En cuanto a la parte de documentos importantes que no se entregan, es un fallo mío, pero como mi sección aquí es la que tiene menos personal, no consigo muchas *manos* que me ayuden, y mis peticiones para más empleados las está ignorando continuamente el consejo, así que...

—No es exactamente así, nosotros...

—¡Tú! —dije—. ¿Qué parte del *hay que estar callado y dejar que cada persona hable cuando le toca* es la que no entendiste*?*

Uno de los directores bajó la cabeza y enseguida dije: —Continúa.

—Sobre documentos erróneos ni voy a decir nada, porque no lo hice y estoy segura de ello. En cuanto a la falta de compromiso de las personas de mi sección que mencionó... ni sé qué decir. Somos humanos, hay días en que estamos mal, y todo eso unido a la enorme cantidad de trabajo y a la poca plantilla tiende a dejar a la gente estresada, y realmente puedo tener culpa en eso, porque los fuerzo al límite, pero aun así soy yo quien hace de todo para que todo esté en orden. Y sí, despedí a personas y volvería a hacerlo; quien sabe si están trabajando como deben soy yo, y no vosotros. Yo convivo con ellos, trabajamos codo a codo, así que nada mejor que su jefa para hacerlo. Creo que es eso. Pensé que esta reunión me mostraría algo en lo que realmente me hubiera equivocado, algo susceptible de despido, pero esos puntos suyos... —sonrió, volviéndose hacia mí—. No se entiende que esté siendo juzgada por lo que han escrito. Sinceramente.

—¿Alguno de vosotros quiere decir algo?

—Se está haciendo la víctima. Claramente —dijo Jeferson y al momento se instauró un murmullo.

—No he preguntado si se está haciendo o no la víctima. Quiero saber si hay algo más *relevante* que decir sobre el trabajo.

—Creo que lo hemos dicho todo —dijo Amadeu.

—¡Excelente! Porque ahora hablo yo...

Me levanté y cogí la otra carpeta que había traído conmigo.

En ella había diez hojas, con cosas escritas por ambas caras. Me aseguré de entregárselas persona por persona. No le di una copia a Luiza, no era necesario.

El título de aquellos documentos era: *Luiza Goulart.*

—No voy a mentir, leí incontables veces los papeles que elaborasteis y me quedaba incrédulo a medida que los releía, y... —

Miré a Luiza, y al momento se quedó asustada—. Me contuve mucho para no tirarlo todo a la basura.

—Pero, Victor Hugo, aquello...

—¡Calla! Interrumpirme no es buena idea. ¡Hazme caso! —apunté y al momento dirigí mi atención a los hombres—. Leedlo y os explicaré algunas cosas —añadí, y a continuación empezaron.

Pude observar un poco a Luiza y realmente no sabía en lo que se había metido, o qué era ese papel que los ejecutivos leían. Aun así, le lancé una breve sonrisa, y claramente se calmó más.

Después de cinco minutos vi que todos en la sala habían acabado de leer, así que por fin podría exponer mis consideraciones. Sería rápido, estoy seguro de que lo van a entender sin enrollarse.

—Voy a empezar diciendo algo obvio, donde con seguridad entenderéis de qué lado estoy: *¡tenéis suerte de que Luiza Goulart esté trabajando en GCR*! Eso es —me senté analizando a aquellos hombres de corbata que tenía delante—. Pero, antes de profundizar en algunos asuntos, vamos a la sección curiosidades: ¿sabíais que ella siempre tuvo el sueño de trabajar en *GCR*? Bueno, creo que no, perdisteis tanto tiempo analizando los vestidos que usa en la empresa que olvidasteis lo que realmente importa. Pero, mirad, hablar de sus sueños no es el foco aquí, sino su trabajo, así que vamos por partes.

Algunos de los directores ya ni me miraban, pero iban a escuchar, y por más que pensara que todos seguirían sentados hasta que terminara, acabé cerrando la puerta con llave.

¡Solo por si acaso!

—Luiza Goulart lleva en *GCR Turismo* menos de un año y medio y ya ha alcanzado el puesto de Gerencia General. ¿Alguien ha hecho esto aquí dentro? ¿Subir tan rápido?

—Creo que hubo una persona...

—¡*No*! —lo interrumpí—. La respuesta es no, porque investigué todo lo que necesitaba ayer cuando esta mierda de dossier fue a parar a mi mesa. Desde la fundación de *GCR*, en 1995, nadie tuvo un ascenso tan rápido excepto... *Luiza Goulart*, esta que está observando lo mucho que el consejo es... mejor no decir lo que pensé ahora —respiré hondo—. Déjame preguntarte una cosita, Amadeu...

—¿Qué? —gruñó con impaciencia.

—¿Cuántas horas trabajas al día?

—Diez, a veces doce.

—Es una carga horaria muy alta, lo confieso. Ahora otra curiosidad, ¿sabéis cuántas horas trabajó Luiza el año pasado? ¡Entre 360 y 400! ¡Al mes! —repetí—. 12 horas al día de lunes a lunes llega a esas 360 horas. Pero ahí me preguntáis: ¿por qué cuentas el sábado y el domingo? Sencillo: ¡porque la mayor parte del tiempo se lleva trabajo a casa! —golpeé la mesa con fuerza—. Así que hice algunos cálculos y llegué a ese número.

Miré a Luiza, y no sé ni cómo describir cómo tenía la cara. Creo que es una de las primeras veces que la veo sin reacción.

—Subió rápido en la empresa... se toma el trabajo en serio... hace algo mal que es llevarse trabajo a casa, lo confieso, pero ama la empresa en la que trabaja, solo que por desgracia tiene un grave defecto. —Paré, dirigiendo mi atención a ella, y sacudiendo la cabeza negando—. Luiza Goulart viene con la ropa que quiere y se ríe demasiado alto, así que... no puedo tolerar eso, porque anula todo lo que dije. ¿Cómo voy a mantener aquí a una persona que no tiene miedo de elegir sus propios vestidos y se ríe alto cuando alguien le cuenta una broma en un día estresante? Es inadmisible, ¿no? —me mofé y al momento la vi sonriendo, hasta emocionándose.

—¡Para mí ya basta! —Amadeu se levantó, e intentó salir del despacho, pero... la puerta estaba debidamente cerrada con llave.

—Yo no he terminado —bramé—. Como dije, vais a escuchar todo, y queráis o no, vosotros me respondéis a mí. —De nuevo espalmé las manos en la mesa, irritado—. Podéis tener todos los motivos para querer *me* lejos de la empresa, porque sé que no soy un *ejemplo* de persona, pero ella —señalé a Luiza—. Ella es la única que se ha plantado conmigo hasta hoy, que me ha echado en cara lo mucho que me enrollo con los plazos, que hizo mi trabajo cuando procrastiné. ¿En qué mundo vivís si pensáis que voy a despedir a una de las mejores empleadas de la empresa? ¿Qué mierda tenéis en la cabeza?

—No quieres eso porque te lías a besos y *magreos* con ella en la empresa. Esa es la verdad —dijo Amadeu.

Caminé lentamente más cerca de él, pero no estaba irritado, todo lo contrario. No me avergüenzo de eso.

—Voy a dejarlo muy claro: *¡ella llegó aquí antes que yo*! Y no es porque bese o deje de besar a alguien que esté en un puesto tan alto. Si Luiza está en esta posición de la empresa es *exclusivamente por su competencia* y no de privilegios que le haya dado. ¿Lo has oído bien? Y la próxima vez que pidan otra reunión sin sentido como esta, podéis estar seguros de que el orden del día no será su despido, sino el de buena parte de vosotros.

—Luigi ni siquiera confía en ti —replicó Amadeu.

—¡*¡Pero me contrató porque sabe que soy el mejor!* Y si quiere despedirme, romperá un contrato que me dejará rico. ¡Estoy hablando de millones! ¿Así que quién está en mejor posición aquí? Si quiero, hago mi trabajo y el vuestro, ¡y mucho mejor, por cierto!

Nadie dijo nada.

Si me excedí no viene al caso.

¡El mensaje quedó claro; para ellos, es mejor meterse conmigo que con Luiza Goulart!



CAPÍTULO 21

CAPÍTULO 21

«Solo necesitamos un pequeño voto de confianza...»

LUIZA GOULART

Después de que todos los directores salieran de la sala de reuniones, me quedé admirando a mi increíble jefe.

Aún no me ha caído la ficha sobre todo lo que oí aquí dentro, ya sea por el lado bueno o por el malo. Que se juzgue a una mujer por la forma en que se viste y no por su capacidad solo me demuestra que nuestro mundo va de mal en peor; pero menos mal que en medio de todo esto está *él*.

La manera en que me defendió Victor Hugo me hizo admirarlo de tal forma que aún me encuentro sin palabras.

—¿Y bien, Luiza, sigues echando de menos las reuniones con el consejo?

Ni me molesté en responder; simplemente me acerqué más y lo abracé.

Ninguna persona me había defendido de esa manera ante nadie. Siempre estuve acostumbrada a aguantarlo todo sola, defendiéndome como podía, pero ahora va y hace esto...

Siempre dudé de la capacidad de Victor Hugo para gestionar GCR, y se lo dije a la cara en varias ocasiones, ya fuera por sus retrasos o por su falta de ganas y compromiso, pero a pesar de todo, que reconociera mi trabajo de esa manera solo me demostró que voy por buen camino.

—Yo solo dije la verdad —esbozó una bonita sonrisa.

—¿No quieres? —parpadeé, picando un poco más al hombre.

—Luiza... no me provoques.

Sonreí.

—Será mucho mejor, pero va a tardar un poquito. Necesito encontrar una cosita antes...



En el mes que siguió trabajé mucho.

Luigi decidió ponerme las pilas, y al parecer a Victor Hugo también. Se reunieron al menos dos veces a solas y sé que todo eso

fue por aquel debate en el consejo.

Hubo muchos días en que temí perder el empleo debido a la tensión que se instauró en *GCR*, pero cuando eso pasaba me tranquilizaba Victor Hugo.

Estudié el balance patrimonial de la empresa en ese periodo y vi un gran crecimiento, así que me quedé un poco más aliviada, pero por lo visto los directores ahora presionan para que Victor Hugo se vaya, y fue él mismo quien me lo contó.

—¿Fue todo bien en tu última conversación con Luigi?

—Luiza... no te preocupes por mí, sé apañármelas. No hicimos nada mal, trabajamos todo el día, así que todo está en orden.

Sonreí.

—Eso no va a ocurrir. Prometo intentar controlarme.

—¿*Intentarlo*? ¡Vaya ayuda!

—Sí. Creo que ya sabes todo el apetito sexual que tengo, así que...

Si hay algo que me gusta más que trabajar aquí, es provocar a Victor Hugo Avelar. No consigue controlarse, y esta es una de las pocas ocasiones en que lo veo de cierto modo vulnerable.

—Cambiemos de tema —respiró hondo.

—No te voy a calentar —dije—. Entonces, dime: ¿cómo van las clases con *el amor de mi vida*? —pregunté.

—Renata me está sorprendiendo. Es aplicada, pregunta todo lo que duda, se esfuerza cuando no sabe algo; en fin, ahora sé por qué Daniel Falcão la considera una discípula. La *bajita* tiene talento.

—Creo que merezco un premio por ayudar a mi *muñequita*.

—Y ella no fue capaz de aguantarse sin provocarme... —gruñó—. Pero ya que has empezado, quiero saber el regalo que

merezco.

—¿De verdad quieres saberlo? —me acerqué más con la intención de besarlo, pero esquivé su boca y susurré cerca de su oído: —*Pronto vas a descubrirlo...*

VICTOR HUGO

Por lo general no me gusta que me provoquen, pero Luiza lo hace con maestría, y me gusta cuando su carita se transforma.

No sé el nombre exacto de lo que tenemos. Somos dos personas inflamables, y cuando estamos cerca uno del otro... creo que ya sabéis de lo que hablo.

No tenemos control, y estar cerca de una persona tan parecida a mí es como mínimo... *insólito*, porque nunca me llevé bien con alguien tan *igual*, sobre todo mujeres.

Creo que mi problema, al final, fue no permitírmelo. Ser un hombre cerrado está bien, pero trae malas consecuencias en algunos aspectos de la vida, sobre todo siendo yo, alguien libertino.

Por lo general divago así cuando estoy viendo una serie.

No consigo centrarme en una sola cosa, y ya estoy pensando en el mañana, en lo que voy a comer, en si el día estará lluvioso, entre otros asuntos.

Me considero *el falso perezoso*; solo que, por desgracia, cada día que pasa me canso más del ambiente empresarial. Todo es lo mismo, los desafíos que tuve cuando era más joven ya no me motivan. El problema es que no sé hacer otra cosa, y el aburrimiento me asusta.

¡Soy un hombre demasiado complejo para que se me entienda!

Oí un pequeño ruido en el móvil y lo cogí enseguida. Vi que se trataba de un mensaje en *WhatsApp*, y cuando miré al remitente vi que no lo conocía, y que no tenía foto.

LUIZA GOULART

No me quejo, eso es bueno, pero en cierto modo problemático. Básicamente verlo solo en la empresa es bastante complicado, y como no quiero perder el empleo, lanzarme a sus brazos a todas horas está fuera de discusión, a menos que sea seguro...

En fin, mejor dejar las fantasías; prefiero la acción.

Terminé la cena y estaba viendo una conferencia *online*. Quieras o no, eso me distrae, pero fue inevitable no oír un ruido estridente en la puerta de mi casa. La persona simplemente ignoró el timbre y decidió aporrear la puerta. Fui ligeramente desconfiada hacia ella, y cuando miré por la mirilla...

Abrí la puerta, y pude verlo.

¡Victor Hugo Avelar!

Mi jefe tenía rastros de irritación en la cara, y no entendí bien de qué se trataba. O lo entendía perfectamente...



CAPÍTULO 22

CAPÍTULO 22

«Y la pareja de actores ataca de nuevo...»

LUIZA GOULART

Desplomada en mi cama solo pensaba en una cosa: *¡chocolate!*

Y, como por arte de magia, mi *chocolate* me llamó. Perdón por el juego de palabras, ha sido horrible y me da vergüenza.

—No estoy disponible —bromeé tras contestar.

—¿Cómo que me despachas y ni siquiera he abierto la boca? —preguntó.

—Realmente me gusta cuando no dices nada y haces, tengo que confesarlo.

—Qué contradictoria... primero me despachas y ahora me halagas. Me *estás* malacostumbrando, preciosa.

Sonreí.

—¿Qué necesitas?

—Que veas una película conmigo. En mi casa.

—Pensé que serías más inteligente y propondrías sexo.

—Deja de tonterías, *amiga*! Es solo una película —se mofó.

—¿En serio? Pues más vale que así sea, porque estoy en *esos* días.

Durante unos segundos no oí nada por el teléfono, y pensé que había acertado el motivo de su invitación.

—¿Es ahora cuando cuelgo el teléfono y digo que la fiestecita queda cancelada?

—Sí.

Prácticamente nos reímos al mismo tiempo después de mi confirmación.

De nuevo me sorprendí riendo al teléfono. ¿Qué *demonios* está haciendo este hombre conmigo...?

De nuevo se me dibujó una sonrisa y confirmé que estaría pronto en su casa.

—No tardes. Voy a preparar algo especial para nosotros.

—¿Especial?

—Sí... palomitas, zumo, esas cosas.

Cerré los ojos, imaginándome cualquier otra palabra.

—*Hasta luego, adefesio.*

—*Hasta luego, preciosa.*



—Realmente fue un milagro que te portaras bien toda la película.

—No quiero solo besarte cuando estamos juntos —analizó mi rostro de un modo serio. Demasiado.

—¿En serio?

Su cara cambió y aquella expresión a la que ya estaba acostumbrada irradió enseguida.

—No. Solo con mirarte quiero poseerte.

—Me has herido. Tengo sentimientos, ¿sabes? —simulé estar disgustada al bajar la cabeza.

—Por lo que sé eres tan problemática como yo, incluso más. No voy a caer en tus juegos, *preciosa*.

—Somos las peores personas el uno para el otro —suspiré.

—Sí, y por eso nos divertimos tanto.



Por primera vez Victor Hugo, Renata y yo salimos juntos a un sitio que sugirió mi *muñequita*. Esa fue una de sus condiciones en la apuesta que mi propio jefe hizo, y ahora la veo más a gusto con nosotros.

Conozco a Renata desde hace pocos años, pero sé que no tiene muchos amigos. Sus vínculos son más con mujeres, y Victor Hugo también lo notó, ya que en todo momento quería incluirla en la conversación.

—Tengo que confesarlo: ¡Renata es la alumna más aplicada e inteligente de todas las que he enseñado!

—¿En serio? ¿Y a cuántas personas has enseñado hasta hoy?

—A una. Contándola a ella.

No aguanté y empecé a reír; Renata solo lo miró y le hizo una peineta, sonriendo también.

—Soy una alumna excelente en absolutamente todo a lo que me comprometa.

—Lo sé muy bien...

Después de hablar un rato con mi jefe sobre temas triviales, vi que la cara de Renata había cambiado, y no entendí bien el porqué. Como el *adefesio* también es un hombre observador, sus ojos encontraron los míos enseguida, revelando que su percepción estaba tan afinada como la mía.

Después de echar un rápido vistazo alrededor, vi un rostro conocido...

¡Lo sabía!

—*Renatita*... —dijo Victor Hugo con calma, y al momento me preocupé—. Soy tan observador como una mujer y me he dado cuenta de que cuando viste a cierta persona hasta cambió tu postura, ¿sabes?

—Deja eso y no empieces, *¡Luiza 2!* —apartó la cara.

—¿Vas a contarme de qué se trata o tengo que descubrirlo?

—¿Y cómo lo vas a descubrir? —preguntó con sorna.

—Mira... —Se levantó—. Yendo hasta el hombre. ¿Qué te parece la idea?

Renata se puso roja de la nada, y a continuación bufó.

—Diego trabaja conmigo en *Argo's*. Era mi profesor al principio, me enseñó muchas cosas sobre tecnología, y...

—¡*Le gusta a ella*! —interferí—. La *muñequita* lo va a negar hasta la muerte, pero es un hecho.

—¡*Luiza*!

—No, Renata. Pongamos las cartas sobre la mesa. No hace falta fingir, a todos nos gusta alguien.

—¿Y ese tal Diego te ha decepcionado de alguna manera?

—*Chicos*... —nos analizó, y no descifré qué estaba pensando —. ¿Podéis desviar el foco de mí? Hasta podéis hablar de las posturas que ya habéis hecho, a mí me da igual.

—¡Yo creo que sí la decepcionó! —dijo él, mirándola fijamente a los ojos, ignorando su comentario.

—Solo que fue decepcionada de una manera diferente. No le hizo caso *a* Renata y posiblemente tiene una novia o algo del estilo, eso la tiene bastante disgustada. —Añadió Victor Hugo.

Ante la incapacidad de respuesta de mi querida amiga, mi jefe dedujo que tenía razón.

—*Victor Hugo y Luiza*, ¡no me hagáis odiaros un poco más a los dos!

—Pero ¿sabes lo que *ese tío* no sabe y yo sí? —preguntó—. Es un idiota si no se fija en una mujer tan guapa e inteligente como tú, así que necesitamos saber si los dos están en la misma sintonía, o si están jugando al gato y al ratón.

Miré a Renata, que me miró de vuelta sin entender nada. A continuación, Victor Hugo me besó en la boca, y una sonrisita burlona apareció en su cara.

—Luiza, eres preciosa, realmente me caes muy bien, pero...

—¿Pero...? —arqueé las cejas y crucé los brazos.

—Mejor olvida algunas cositas que van a pasar ahora. —Se volvió hacia Renata, que sacudía frenéticamente la cabeza negando.

—¡*¡Si la besas, te castro*! —avisé enseguida.

—No haré eso. Pero puede ser algo similar.

—¡*¡Yo sí que no voy a entrar en tus tramas otra vez*! *¡Niiii muerta*! —exclamó Renata.

—*Ah*, sí lo harás. Y después me lo agradecerás —dijo, dirigiéndose hacia ella enseguida y cogiéndole la mano derecha—. ¿Vas a decirme que no quieres gastarle una broma?

Renata observó a mi jefe y se volvió hacia mí.

Es una gran actriz, y probablemente esta oferta es irrechazable.

—Está bien. Pero solo porque me gusta engañar a ciertas personas.

—Estupendo. Solo... *sigue la corriente y déjame el resto a mí.*

La bajita se levantó y cogió la mano de Victor Hugo, *mi hombre*, que quede claro. Pese a ese gesto, sentí curiosidad por lo que venía a continuación; sin embargo, me llevé un susto importante cuando los dos se acercaron a Diego, y mi querido jefe empezó... *a cantar mirando a Renata.*

I found a love for me

Darling, just dive right in

And follow my lead

Well, I found a girl, beautiful and sweet

Oh, I never knew you were

The someone waiting for me

'Cause we were just kids

When we fell in love

Not knowing what it was

I will not give you up this time

But Darling, just kiss me slow

Your heart is all I own

And in your eyes you're holding mine

Claro que la canción Perfect, de Ed Sheeran fue para llamar la atención de Diego, que al ver a la muñequita con mi hombre...

¡Madre mía! Ni hace falta describir la cara que se le quedó. Cuando trabajaba en Argo's, nunca vi a Diego nervioso, pero sus ojos echaban chispas y pensé que se iba a abalanzar sobre el cuello de Victor Hugo, pero fue más sutil y solo se acercó a los dos.

Vi que Renata lo vio acercándose, pero fingió que no era con ella. La sesión de cine había empezado de verdad...

—¡Renata! —dijo, y al momento buscó quién la llamaba.

—Ah, hola, Diego.

Unos segundos de silencio llenaron el ambiente, y vi a Diego apretando el vaso con más fuerza, pero se quedó quieto analizando a la parejita falsa.

—Veo que estás acompañada y pareces muy feliz.

—Bueno, yo... —balbuceó, vacilante.

¡Ánimo, chica! ¡Demuéstrale quién manda y no lo eches todo a perder!

—¿Sabes qué? ¡Sí, lo estoy! —miró a Victor Hugo y lo abrazó cerrando los ojos—. Necesitaba un hombre de verdad, y nunca encontré a alguien que me hiciera tan feliz como él. Creo que es eso, el amor vino y... me inundó el corazón.

—Cuando te encontré perdí el norte, cariño. Fue... inevitable enamorarme.

¡Madre mía! ¡Los dos son actores de primera!

—Qué raro. ¡Nunca te he visto abriéndote con nadie!

—Debe ser porque lo hago solo con quien siento de verdad una conexión.

Vaya... ¡esa dolió!

—Entiendo, yo...

—¿Volvemos a la mesa, mi amor? —Victor interrumpió a Diego—. Allí estábamos mucho mejor.

—Claro, cariño... —Le tocó la nariz y volvieron a la mesa cogidos de la mano.

¡Se van a ir al infierno...!

La mirada de desaprobación en la cara de Diego solo me demostraba lo inevitable: tiene muchos celos de ella.

Después de que los dos volvieran, Diego se quedó de pie unos breves segundos, pero después regresó a su mesa. No solo eso, minutos después simplemente se fue, y vi la incredulidad en la cara de sus amigos, que no entendían el motivo de su actitud.

—Mi veredicto es que os gustáis, pero sois demasiado orgullosos para decíroslo el uno al otro, o pasó algo y os alejasteis.

Renata no dijo nada, pero sonrió. Parecía haberle gustado este pequeño plan y debió haber observado bien las mismas cosas que yo, ya que es una mujer lista.

—Dejaré tu frase en el aire, pero ahora ¿qué tal si hablamos mal de los demás y bebemos un poco más? —Levantó el vaso de cerveza.

—Así se habla —hice coro y empezamos a reír.



CAPÍTULO 23

CAPÍTULO 23

«¿Qué puede pasar cuando dos personas inflamables están juntas?»

LUIZA GOULART

Nuestra noche estaba siendo bastante divertida, e incluso Renata, que no era muy de abrirse, *hablaba por los codos*. Victor Hugo, al parecer, por fin consiguió ganársela.

—Bueno, ya he molestado bastante a los tortolitos, así que me retiro —dijo Renata de la nada, pillándonos desprevenidos.

—Tú no molestas, solo a veces, mejor dicho... *siempre* —se mofó Victor Hugo.

—Lo sé, y lo hago a propósito. Acostúmbrate. Luiza es mía.

—Puedo vivir con eso.

—Disfrutad de vuestra noche, y gracias por *aquello.* —Se volvió hacia Victor Hugo—. Que sepas que ahora te considero mi amigo, más que a Luiza, por cierto.

—¿Y qué significa eso? —pregunté, incrédula.

—*Significa que se te acabó el tiempo, cariño.* —Se pasó la mano por el cabello haciendo poses y simplemente se fue.

—¡*¡Desvergonzada!*

¡Quiero a mi muñequita!

Después de que Renata se fuera, empezamos a hablar sobre el pequeño espectáculo que tuve el placer de observar de cerca.

—Más vale que no te hayas aprovechado de mi *cielito*; le tengo más celos a ella que a ti.

—¡*¡Solo le robé un poquito!* —guiñó un ojo y al momento se llevó un buen cachete.

Esta *cosa*, o lo que sea, va demasiado rápido. No consigo odiar a este hombre o encontrarle algún defecto. Claro, la pereza en el trabajo aún *sigue ahí*, pero no sé, estoy muy confundida sobre lo que estoy sintiendo en el pecho cuando estamos juntos. Nunca le di pie a ningún hombre, y con él es... *natural*.

—Luiza, vamos a ver: *se gustan*. Pero conociendo a Renata... yo qué sé, es difícil. Nunca he conocido a alguien tan imprevisible, pero trabajan en la misma empresa, vete tú a saber si ha habido alguna escapadita.

—¡No la conoces! Renata se toma el trabajo en serio, demasiado.

—¡Nosotros también! —dijo y soltamos una carcajada al instante.

Pese a este momento de distensión, mi querido jefe no apartó los ojos de los míos ni por un segundo. No sé qué está pensando, pero cuando observo la manera en que me desea... es complicado pensar en otra cosa.

—¿Por qué me miras así? —rompí el silencio.

—Solo estoy pensando que cada día es más difícil conquistar a las mujeres en general.

—No siendo un capullo la mayor parte del tiempo ayudaría mucho, ¿sabes? —provoqué.

—Ya estás pidiendo demasiado.

—Entiendo que puede ser bastante complicado para ti —me mofé.

—No tanto. Te conquisté siendo un capullo, ¿y mira cómo estamos? Por lo visto alguien se enamoró bastante rápido.

—¡*¡Habla por ti!*

La conversación fluía con normalidad, y a cada rato nos divertíamos con algunos temas aleatorios, lo único con lo que no contaba era con un pequeño problemita de gafas acercándose hacia nosotros.

—Hola. —Una mano tocó el hombro de Victor Hugo y al momento me alarmé.

—Hola...

—Milena —apuntó—. Yo... me he estado fijando en ti, hace ya un ratito.

¿Es esto un *déjà vu* por casualidad?

¿O, como dice mi amiga, esto es un Djavan?

Victor Hugo me miró de reojo, divirtiéndose con la situación, pero si de verdad estoy teniendo un *déjà vu*, sé bien qué hacer...

VICTOR HUGO

—...entonces me armé de valor y vine hasta ti. Sabía que no te fijarías en mí.

—No es exactamente así, Milena, es que...

—...te has acercado a la persona equivocada, preciosa —dijo Luiza y al momento sonreí.

Iba a devolvérmela, con toda la certeza del mundo.

—¿Cómo dices?

—Yo estaba hablando con él sobre ti. Me fijé en tus ojos desde donde estaba, y me llamaron mucho la atención.

Vi que la chica se sonrojaba un poco más, avergonzada.

—No la dejes cortada, es mentira. Ella solo está devolviéndome lo que hice hace un tiempo —dije, intentando provocar a mi amiga.

—Entonces, ¿ella no es...?

—En realidad soy bi, cariño. Puedes creerle perfectamente —dijo y se levantó—. Pero, si quieres, puedo demostrártelo. No hay problema.

Se tocó el cabello y... Es muy buena fingiendo las cosas.

¿Y sabéis lo peor de todo? Noté rasgos en la chica de que le gustaba, pero acabó disimulando.

—Yo... entiendo. Yo... perdonad, no os voy a molestar —dijo, pero sonrió a Luiza, que la observó alejándose.

—Ah, le he gustado. Y a mí ella me ha gustado, ¿sabes?

Suspiré.

—La venganza nunca es plena, mata el alma y la envenena.

—Soy posesiva. No tengo la culpa.

—¿Y si ella hubiera dudado?

—Ah, cariño... creo que últimamente me estás conociendo demasiado bien. Dudar de mí nunca es una opción, y no me importaría una fiestecita a tres.

Levanté las manos, rendido. Provocar o intimidar a Luiza nunca fue ni nunca será algo que considere... ¿o lo seré?

LUIZA GOULART

—Es una pena que no pueda quedarme en tu casa hoy, tengo que despertarme bastante antes mañana y resolver algunos problemas urgentes en la empresa —dijo Victor Hugo al aparcar el coche delante de mi residencia.

—Ni se me ocurrió invitarte. Curioso, *¿no*? —provoqué.

—Tengo pase libre, *preciosa*. Y otra cosa: me estropeaste una potencial fiestecita.

—Fácil de resolver: vuelve allí y ten tu fiestecita. No me importa, somos libres —me mofé.

—¿Vienes en el paquete? Si es así... puedo reconsiderarlo.

—No, te ha gustado ella, así que ya sabes qué hacer.

Victor Hugo me miró a los ojos y esbozó una breve sonrisa.

—¡Entonces eso quiere decir que he vivido para ver que Luiza Goulart tiene celos de mí!

—¡*¡Celos un cuerno*! —repliqué, apartando la mirada. Pero la respuesta es sí, realmente tenía ese feo sentimiento.

—¡*¡Ven acá!*

Sin posibilidad de esquivarlo, me sujetó la cara con firmeza mientras sus ojos prácticamente me devoraban viva.

—¡*¡Eres tú la mujer que quiero*! —exclamó, serio—. No necesito que más de una mujer me satisfaga. Eres el paquete completo, ¡*mi* paquete completo! Nunca sentí esto por ninguna mujer, y voy a llegar hasta el final para saber qué sorpresas tiene Luiza Goulart para mí.

—No me dejes más enamorada. *¡Solo... bésame y cierra esa boca!*



CAPÍTULO 24

CAPÍTULO 24

«Y cuando todo parece ir bien...»

LUIZA GOULART

Tuve un sueño bastante reconfortante, al menos hasta que me despertó el móvil *gritando*.

En realidad no fue exactamente así. Llevo un rato ignorándolo, hasta que por fin reuní el valor y miré la pantalla, viendo por fin quién me había estado llamando constantemente, y...

¡42 llamadas perdidas! ¡Madre mía!

Me senté en la cama, ya despierta. Nunca es bueno toparme con tantísimas llamadas, por lo general es *mala noticia.*

Aparté esos pensamientos y fui a revisar las llamadas, y absolutamente TODAS se hicieron desde *GCR*. En realidad, no todas, pero los números sueltos eran de empleados de allí.

Respiré hondo y marqué el número general de la empresa. Al tercer tono me contestaron.

—¿Hola? Soy Luiza Goulart, la gerente general. ¿Qué *está* pasando?

—Luiza, soy Francine. ¡Por el amor de Dios, ven aquí ahora!

Me recibieron literalmente con esta frase, y si ya estaba en pánico, el miedo creció aún más en mi pecho.

—¿Qué ha pasado?

—Victor Hugo...

Ay, no...

—¿Qué ha hecho? —pregunté desesperada.

La línea se quedó muda y de nuevo el corazón me latió descompasado.

—Francine, dímelo ya, *¡me va a dar un infarto aquí*!

—¡Está destrozando *¡todo su despacho!*

—¿Cómo dices?

—Simplemente perdió la cabeza... *de la nada*. Destrozó todo el despacho, y casi agredió a dos empleados que intentaron contenerlo. Luigi quiere llamar a la policía, pero lo convencí de que tú podrías ayudar.

—¡Voy para allá ahora!



Cogí el primer vestido que vi en el armario, y salí de casa apresurada. No sabía qué pensar, así que aceleré el coche y decidí centrarme en llegar lo antes posible a la empresa.

¿Por qué destrozaría su propio despacho?

Automáticamente recordé la reunión, y probablemente ese era el origen de los problemas; aun así no me dio tantos detalles anoche.

Después de llegar a *GCR*, aparqué el coche como pude, y entré apresurada. Francine ya me esperaba, bastante tensa.

—¿Qué sabes? —pregunté, *medio* corriendo hacia el despacho.

—No sabemos nada. Tuvo una reunión, y volvió normal a su despacho, hasta parecía estar contento, me dio los buenos días, solo que diez minutos después... *¡empezó el destrozo!*

Esta historia no encaja. Si la reunión fue bien, ¿qué *demonios* pasó?

—¡*¡Voy a descubrirlo!*

Pasé por mi despacho y dejé el bolso de cualquier manera encima de la mesa; a continuación fui al pasillo que daba acceso a su despacho, y la enorme cantidad de curiosos al acecho me cabreó *muchísimo*. Seguí abriéndome paso entre todos, empujando a algunos con la cara seria. Es ridículo tener un público para ver la desgracia ajena.

Cuando me acercaba a su despacho, vi a Luigi, que estaba impaciente, y al verme dijo furioso: —Luiza, controle a este hombre,

está...

Simplemente lo ignoré, y cuando entré en su despacho...

¡Madre mía!

Ni sé describir el estado en el que estaba su despacho. Victor Hugo arrasó con todo. Absolutamente todo.

El ordenador estaba en el suelo con el monitor roto, el teclado partido por la mitad, los cuadros rotos o rasgados, la máquina de café destruida en el suelo, papeles arrugados y rasgados... hasta la mesa estaba con una enorme grieta.

—Victor Hugo...

—¡Sal de mi despacho! —gritó, pero no me miró a los ojos. Ni siquiera supe si había reconocido mi voz al instante.

Por un segundo me quedé parada, y al momento cogió la grapadora y la lanzó hacia la ventana, rompiendo el cristal y haciendo un ruido enorme.

Yo estaba inerte, sin reacción; tenía que reunir fuerzas, quedarme plantada en el suelo no serviría de nada.

Observé toda la gente que nos miraba, y tomé una decisión: no solo cerré la puerta, sino que también bajé la pequeña cortina del despacho.

Nunca lo vi así. El miedo que me dio al observar su cara me paralizó.

—Victor Hugo... —dije bajito, ya que sus manos en torno a mi cuello me ahogaban.

—Por favor, dime qué está pasando... —supliqué.

—¡*¡Sal de aquí, Luiza*! —dijo bajo.

—¡No!

—¡*Joder*, sal de aquí! ¡No quiero hacerte daño! —bramó, mirándome con desprecio.

—Ya lo estás haciendo —siseé—. Esto que estás haciendo no solo te hace daño a ti, también me hace daño a mí.

—Por favor... —dijo bajito, y una lágrima rebelde cayó por su cara.

—No me voy a ir de aquí, a no ser que sea contigo —le sujeté la cara, y aquello pareció desestabilizarlo un poco, así que las lágrimas cayeron copiosas; a continuación me abrazó.

Estuvimos así durante un largo rato, y lo dejé desahogar aquel sentimiento. Por más que no supiera el motivo de su arrebato de rabia, me permití ser una persona en la que pudiera confiar.

—*Vitória*... —dijo bajito, separándose, y automáticamente tuve un chispazo en la memoria...

No...

—¡*¡Ha muerto, joder*! —gritó, dándome la espalda y al momento empezó a golpear la pared repetidas veces; cuando me di cuenta, le brotaba sangre de las manos.

Pasados unos segundos simplemente se arrodilló, inerte.

Con cuidado me acerqué más, y al observar su cara... vi que estaba en shock, sus ojos no se movían.

No sé qué me dio, pero con mucho esfuerzo conseguí que se levantara. Mi jefe miraba a la nada, y cuando abrí su puerta, de nuevo vi a Luigi delante de nosotros.

—Victor Hugo... ¡eres una vergüenza! ¡A partir de mañana estás en la calle!

—¡Si lo crees así, probablemente yo también lo estaré! —dije, airada—. ¿Cómo puedes ser capaz de despedir a una persona sin siquiera entender lo que está pasando?

—Luiza, pero el error fue suyo... —dijo bajito sin creer en mis palabras, pero ni me quedé en el lugar.

Con mucha dificultad lo llevé al baño mientras se apoyaba en mí; a continuación le lavé las manos, que estaban cortadas, bastante lastimadas.

En ningún momento desvió los ojos, porque los tenía siempre fijos en un punto, y eso me preocupaba.

De refilón, vi que Estela había entrado en el baño, y me tocó los hombros.

—Amiga... está en shock. Si quieres te ayudo a llevarlo.

—Está bien. Gracias.

Después de un rato, por fin conseguí llevarlo hasta mi coche con la ayuda de Estela.

No sabía bien qué hacer y acabé tomando una decisión impensada, y en lugar de llevarlo al hospital, fui en dirección a mi casa; pero a medio camino me di cuenta de la estupidez que había hecho.

¡Mi bolso!

Maldición. Me lo olvidé en la empresa.

Miré a Victor Hugo y seguía mirando a la nada; aun así palpé sus bolsillos buscando la llave de su casa, pero no la encontré.

Respiré hondo.

Tenía que calmarme, ya que estaba temblando. Nunca había pasado por una situación así.

—*Cálmate*... —siseé para mí misma, intentando concentrarme.

Fue entonces cuando se me ocurrió algo. Renata podría ayudarme...



Recé mucho para que mi amiga estuviera en casa, ya que se había tomado unas pequeñas vacaciones.

Ahora vive sola. Se fue de casa de sus padres hace pocos meses.

Después de tocar el timbre continuamente, abrió la puerta con la cara seria.

—Pero ¿qué demonios es... *esto*? —dijo alto, pero la voz le bajó al ver el estado en el que estaba Victor Hugo.

—¡Ayúdame, rápido!

Con mucho esfuerzo conseguimos llevar a Victor Hugo dentro de la casa, y sus ojos se volvieron hacia los míos de forma inquisitoria.

—Vamos a la habitación de invitados —dijo.

Ahora, Victor Hugo estaba en la cama. Empezaba a preocuparme a medida que pasaba el tiempo.

—¡Ven aquí! —Renata me cogió del brazo y volvimos al salón —. ¡Está en shock!

—¿Qué hago, Renata? —pregunté, y una lágrima cayó de mis ojos.

—Cálmate, amiga. Déjalo descansando un poco. Algunas personas de mi familia ya entraron en shock; dentro de poco volverá a la normalidad; si eso no ocurre lo llevaremos al médico. Solo déjalo descansar un poco —reforzó.

—Está bien —respiré hondo y me sequé los ojos.

—Ahora, por el amor de Dios, dime qué pasó.

Tuve que contarle la historia entera a Renata. Desde el principio y todo lo que descubrí.

—Esto es... *medio increíble*. Lo creería si fuera cualquier persona, pero Victor Hugo haciendo lo que me has contado es... no sé, no tengo palabras.

Estuvimos cerca de dos horas hablando, y la mayor parte del tiempo la conversación giró en torno a mi jefe.

De vez en cuando iba a la habitación, y en todas esas ocasiones vi que sus ojos estaban cerrados. Se había dormido y me quedé aliviada.

—¿Sigue *durmiendo*?

—Creo que sí.

—Eso es bueno, y...

Renata paró de hablar cuando una figura masculina salió de la habitación de invitados y pasó por nuestro lado, yendo hasta la nevera. A continuación cogió una de las botellas que había sobre la mesa y echó el líquido en el primer vaso que vio delante.

—Creo que está mejor. Hasta abrió mi nevera sin pedir permiso.

—¡*Renata*! —la reprendí.

—Vale... *perdón, qué exagerada*! —Levantó las manos, simulando rendición.

Después de beber agua, lavó el vaso y se sentó en uno de los sofás del salón.

Simplemente se quedó allí, mirando al suelo con las manos juntas. Tenía los ojos rojos y podía ver el sufrimiento estampado en su cara.

Creo que se quedó parado allí al menos unos cinco minutos, y no dijo ni una palabra. Tanto Renata como yo no dijimos nada tampoco, solo lo observamos preocupadas.

De manera robótica, levantó la cabeza y respiró hondo, pero su atención no se dirigió a mí, sino a Renata.

Victor Hugo le sostuvo la mirada, y no entendí ese gesto.

—¿*¿Cuánto sabes?* —preguntó, fríamente.

Renata me miró de reojo, pero dijo enseguida:

—Creo que ahora lo sé todo.

De nuevo mi jefe bajó la cabeza, mirando al suelo. Y aquel silencio estremecedor invadió el salón.

No sabía qué podría estar pasando por su cabeza, y me angustiaba no entenderlo. El dolor que veía en su cara me dolía, y nunca pensé sentir tanta angustia por algo.

—¡*Remisión*! —dijo, pero ni siquiera estableció contacto visual.

Observé a Renata por el rabillo del ojo, pero parecía haber entendido tanto como yo. Nada.

Levantó la cabeza y de nuevo la miró.

—Ese es el motivo de mi tatuaje, la pregunta que no te respondí aquel día —dijo, pasándose una de las manos por la cara, y a continuación por el cabello.

Ni hace falta decir lo sorprendida que me quedé con su frase, y Renata parece haber sentido lo mismo.

—Esa fecha en tu cuerpo simboliza el día que te curaste del cáncer cuando eras niño —dijo Renata y al momento él asintió.

—Sí. Fui un niño muy enfermo. Me enfrenté a la leucemia y estuve un sinfín de veces al borde de la muerte. Me tatué en el cuerpo el día que por fin me libré del cáncer, y desde mis veintiún

años hago trabajo voluntario en los hospitales de las ciudades en que trabajo.

Me llevé una de las manos a la boca, estremecida. Cuando lo observé, sus ojos estaban clavados en mí; esbozó una breve sonrisa, pero pronto desapareció.

—Me apegué a una niña llamada Laura en uno de mis primeros trabajos voluntarios. Era una niña preciosa, encantadora, tenía 12 años, pero era tan llena de vida... tenía una fuerza interior digna de envidiar, siempre estaba sonriendo, no se dejaba abatir por nada, incluso cuando las medicaciones acababan con su organismo... —miró la ventana—. Al principio fue uno de los motivos para que persistiera en este trabajo voluntario, porque aún no sabía lidiar con la pérdida, y quería renunciar. Al final, su fuerza de voluntad rompió todas las barreras de mi corazón y cierto día me hizo prometer que ayudaría al mayor número de niños posible, que haría de todo para que sonrieran cada vez más y... le di mi palabra. Pero... —paró, y una lágrima rebelde cayó—. ...falleció, y eso me destruyó. Pensé en abandonarlo todo, no creía que pudiera soportar otra pérdida si me apegara tanto, solo que la promesa que le hice siempre estuvo presente en mi cabeza. No podía rendirme. Se lo debía a ella, y voy hasta el final. Tuve muchas pérdidas en el proceso; con cada niño que moría, me culpaba, y fue ahí que un vicio entró y se quedó en mi vida: el alcohol.

Miré a Renata y vi que intentaba parecer fuerte, pero se aguantaba para no llorar; en cambio yo... ya no podía disimular más, estaba llorando a moco tendido.

—Lo que voy a decir está mal, pero todas las veces que pierdo a alguien, yo... simplemente bebo hasta caer, intento de algún modo salir de la realidad, entumecerme —bajó la cabeza y noté trazos de vergüenza en su cara—. Bebo para olvidar todas mis pérdidas, solo que al día siguiente... no sirve de nada. No vuelven, y el dolor sigue aquí y me hundo cada vez más —dijo golpeándose el pecho, justo encima del corazón.

Victor Hugo dejó de hablar, mirando al suelo, pensativo.

—Cuando recibí la llamada de Marlene, la madre de Vitória, me puse en cierto modo contento. Hablamos bastante, y que me llamara era algo normal. Pero noté al teléfono que su voz estaba distinta, que había recelo ahí —respiró hondo, y cerró los ojos, sorbiendo por la nariz—. Cuando le pregunté qué estaba pasando, me dijo que Vitória había tenido una parada cardíaca, y que estaba entre la vida y la muerte; pero cuando iba a decir algo, oí otra voz al teléfono, y Marlene... empezó a gritar y llorar; fue ahí cuando entendí todo. Ella no resistió y yo tampoco. Me descontrolé, empecé a gritar y a romperlo todo a mi alrededor...

Victor Hugo dejó de hablar y solo sacudía la cabeza en negación.

—Luiza, yo no soy mala persona... —volvió a levantar la cabeza, y sus ojos se llenaron de lágrimas, que rodaron por su rostro; vi ahí una fragilidad nunca antes vista, noté lo mucho que estaba perdido en dolores y recuerdos—. Hago lo que puedo, pero cuando me apego, creo esperanzas... —dejó de hablar, emocionado —. No soporto cuando las pierdo, y cuando me apego... me desmorono, pierdo el norte y me entrego, sin querer recordar, queriendo que ese dolor desaparezca.

Me levanté y me acerqué más a él, abrazándolo.

—Vitória se parecía mucho a Laura, y... recordarlo todo me hizo... perder los estribos, y...

—Cálmate.

Victor Hugo empezó a llorar copiosamente, y hice lo posible por calmarlo, abrazándolo fuerte con los ojos cerrados. De repente sentí una mano cerca de la mía, y vi a Renata al otro lado haciendo lo mismo.

—Yo... solo debería hacer lo que mi corazón ordena y no apegarme, pero... al final del día soy humano.

Le pasé una mano por el cabello, y miré a Renata, que tenía la cabeza ligeramente baja, asimilando sus palabras.

No había nada que pudiera hacer para aliviar su dolor, no ahora. Dejé que Victor Hugo se desahogara, y solo me permití quedarme abrazada a él, intentando de algún modo apoyarlo.

Ahora más que nunca puedo decir que yo cuidaría de él, y estaría presente para todo lo que necesitara...



CAPÍTULO 25

CAPÍTULO 25

«Los buenos sentimientos surgen cuando menos lo esperamos...»

LUIZA GOULART

El velatorio de Vitória estuvo repleto de emoción, y me empeñé en ir con mi jefe. Nos quedamos en el lugar desde el momento que abrió hasta que enterraron a la niña.

Victor Hugo apenas dijo nada. La única persona con la que de hecho habló fue Marlene, y en algunas ocasiones lloraron juntos.

No pensé que su vínculo fuera tan fuerte, pero la niña realmente le tocaba el corazón.

Después de una despedida emocionada, nos fuimos del cementerio, pero él no parecía estar nada bien. Ni siquiera cuando estaba en shock en casa de Renata observé su cara tan decaída.

—Voy a estar bien, Luiza. Solo necesito ocupar la cabeza —dijo, medio adivinando mis pensamientos.

—¿Estás seguro?

—Sí. Sé las consecuencias del trabajo voluntario que hago; lo que necesito es aceptar que ese es el flujo de la vida —me miró a los ojos—. La gente muere, y no puedo cambiar eso.

—Estoy orgullosa de ti —dije, sujetándole la mano derecha.

—No hago nada del otro mundo, Luiza. Yo solo...

—¡*¡Lo haces todo*! —lo interrumpí—. Haces que se olviden de los problemas que están pasando, las diviertes, les das... *¡esperanza*!

Victor Hugo sonrió, bajando la cabeza, ligeramente emocionado.

—Tanto tú como yo sabemos cómo es el ambiente de un hospital. Varias personas enfermas, médicos yendo de un lado a otro, agujas entrando en los brazos de los niños... así que uno de los pocos momentos de felicidad que tienen son con la propia familia, los amigos y los voluntarios —le apreté la mano y enseguida sus ojos se dirigieron a mí—. Así que tu gesto es precioso, y estoy orgullosa de lo que haces.

Automáticamente fui hacia su cuerpo, abrazándolo.

Me quedé acurrucada con él un buen rato, sintiendo su corazón acelerado, y pidiéndole a Dios que tanto Marlene como él pudieran ser confortados de algún modo.

Puedo decir ahora con todas las letras que no debemos juzgar a una persona por la primera impresión, porque haciéndolo corremos el riesgo de no ver lo bueno que es el corazón de alguien...



En la semana que siguió hubo muchos murmullos y algunas decisiones.

Pensé que Victor Hugo dejaría *GCR*, porque Luigi había dicho que no se quedaría, pero cuando fui a trabajar el lunes se reunieron, y al menos por ahora mi actual jefe no sería despedido. No sé cuál fue la conversación de los dos, y Victor Hugo no me dijo nada tampoco.

Hablando de él, después del velatorio de Vitória no nos vimos más.

En algunas ocasiones lo llamé, le mandé mensajes, pero no me contestó. Aunque sé que necesita estar un tiempo solo, estoy realmente preocupada con los efectos que esta pérdida puedan causar en él, sobre todo entendiendo el motivo que lo llevó a ser voluntario en todas las ciudades por las que pasó.

Estoy aquí divagando y armándome de valor para ir a su despacho. Veo en su cara lo mucho que aún está afectado por todo, y no sé qué hacer para ayudarlo. En fin, mejor dejar de pensar y actuar...

Di dos golpecitos en su puerta, y enseguida me hizo una señal con la cabeza para que entrara. Su despacho ahora tenía todo nuevo debido a... creo que ya sabéis lo que pasó la semana pasada.

—¿Algún problema, Luiza?

—No. En realidad... —pausé, apartando los ojos. Es difícil para mí abordar ciertos temas—. Quería saber cómo estás.

—Estoy hasta arriba de trabajo —dijo, sin mirarme.

—No me refería al trabajo, sino a lo que estás sintiendo después de todo.

Victor Hugo dejó sus tareas, haciendo contacto visual conmigo. Vi en sus ojos cierto dolor, pero al parecer quería disimular. En el fondo está intentando hacerse el fuerte.

—Sobre eso creo que también lo sabes —respiró hondo, mirando hacia la ventana.

—Quiero mucho ayudarte —dije acercándome.

—Pero no puedes —replicó, y esas palabras me entristecieron —. Nadie puede ayudarme. La muerte es el fin y la gente no vuelve.

—Yo solo...

—Luiza... —me interrumpió—. Siempre resolví todo en mi vida. Absolutamente todo. Tengo salidas para reflotar empresas, hacer amistades cuando me conviene, pensar en ideas innovadoras, adaptarme al medio en el que convivo, pero... no tengo salida cuando me involucro emocionalmente con alguien y pierdo a esa persona. Es un camino sin retorno, por eso evito acercarme.

No respondí nada.

En este punto cada uno sabe de sí; cómo la pérdida afecta nuestros sentimientos es algo único; sin embargo, con Victor Hugo es más intenso de lo que imaginé, y conocer algunos de sus secretos me lo demuestra.

—No quiero verte así.

—¿Así cómo?

—Triste, abatido, reservado. No sé cómo ayudarte, pero somos... amigos al fin y al cabo.

Victor Hugo sonrió, pero no me miró a los ojos.

—Nuestra amistad empezó de la manera equivocada. Yo básicamente quería acostarme contigo. Solo que ahora... —paró, cerrando los ojos—. Ya no sé nada más.

—Sé claro.

—Tú me gustas, Luiza. Mucho. No sé ni explicarte cuánto, porque nunca sentí esto.

Sus palabras me sorprendieron bastante. No pensé que hablaría abiertamente de sentimientos.

—Yo también. Nunca sentí esto por nadie. Creo que estamos en paz.

Un largo silencio se hizo presente en el despacho; a continuación se levantó, acercándose más.

Su gesto fue diferente a las otras veces que lo hizo, e incluso ahora estoy experimentando algo... distinto.

—Estoy en un gran dilema —dijo.

—Dime.

—No sé qué hacer respecto a ti.

—Lo que desees de mí me esforzaré por dártelo. En el buen sentido —parpadeé y por primera vez lo vi sonriendo.

—¿De verdad quieres saber lo que necesito ahora?

—Sí.

Se acercó un poco más, y enseguida bajó la cabeza, expresando lo que pensé al principio: *tristeza*.

—Necesito un abrazo, Luiza. Nada más que eso.

No hizo falta ni una palabra más; lo acuné en mis brazos, y así nos quedamos.

Podía sentir lo acelerado que tenía el corazón.

Victor Hugo me abrazaba con fuerza, y al menos en ese momento me permití intentar de algún modo sentir lo mucho que el dolor de la pérdida le hacía daño.

Nunca fui una mujer que se apegara a las personas, e incluso mi familia está lejos de mí. No por peleas, ni por ningún otro motivo similar; yo solo seguí un camino diferente. No sé si eso me hizo un poco más fría en esta cuestión de involucrarme con la gente, pero simplemente seguí el flujo de la vida, y no me arrepiento de nada de lo que hice.

—Puede que hayas cometido un error, Luiza —dijo, cuando nuestra mirada se cruzó.

—¿Qué error?

—Dejarme entrar en tu vida —me pasó el pulgar por los labios—. Ahora eres una de las personas más importantes para mí, y no quiero ni pensar en la hipótesis de perderte.

Acaricié su cara y al momento le di un beso suave en la boca, con los ojos cerrados.

—*¡No pienses en eso, no me vas a perder!*



Tener aquella pequeña conversación con Victor Hugo me tranquilizó en cierto modo. Aún estaba preocupada por él, pero hay que darle tiempo al tiempo.

Difícilmente entendemos lo que pasa en nuestro corazón, así que ponerse en el lugar de una persona puede ser más difícil de lo que imaginamos.

Después de centrarme en mi trabajo, Estela vino y se sentó a mi lado. Parecía querer hablar.

—¿Qué pasa?

—Me he dado cuenta de algunas cosas, y creo que te gusta Victor Hugo.

—A ver...

—Por favor, déjame terminar —me cortó—. Eres mi jefa, pero también eres mi mejor amiga dentro de la empresa, y me preocupo por ti, y lo sabes. Después de todo lo que pasó con Victor Hugo, creo que las dos vimos la manera en que volvió. Nuestro jefe no está bien.

—Sí, no lo está —confirmé.

—Entonces, dime: ¿se ha convertido en algo más para ti?

—Sí —dije, sin titubear.

Estela enseguida me sujetó una de las manos, y esbozó una breve sonrisa.

—Entonces, por favor, intenta estar más presente en su vida. Aunque él no quiera, esfuérzate, porque... —paró, escogiendo las palabras—. Anoche mi marido y yo salimos, y al volver lo vimos.

—¿Dónde? —pregunté, pensando en mil sitios.

—En la acera, con una botella de tequila en la mano, y estaba... llorando.

Oír eso me dolió, la manera en que el corazón me latió descompasado al oír lo que me reveló fue instantánea.

No quería pensar en eso, le pedí tanto a Dios que intentara combatir esta pérdida de otro modo, pero al parecer sus pérdidas

son demasiado para él.

—No sé qué decir, Estela, ni qué hacer —dije, cabizbaja.

—Ayer iba a ayudarlo, pero después de que pagamos la cuenta ya no estaba allí. Creo que te haces una idea de cómo pasó la noche.

Eso me entristeció.

Todos tenemos vicios e impulsos, y controlarlos es un gran desafío. Pero ahora entendiendo un poco de lo que pasa por la cabeza de Victor Hugo, me preocupo un poco más.

—Quiero ayudarlo —dije—. Voy a hacer lo posible para que vuelva a ser el hombre al que me acostumbré a ver aquí en GCR. No es un hombre malo, Estela, solo pasó por muchos problemas.

—Me he dado cuenta. Es del tipo que intenta alejar a la gente por miedo a apegarse.

—Exactamente, pero no lo hará conmigo —sonreí—. Soy bastante pesada cuando quiero, y si hace falta, voy a vencer a mi jefe por agotamiento.

—¡Así se habla!

—Muchas gracias. Ha estado genial que me lo hayas contado.

—Es lo que hay —dijo, y se alejó.

— Imagina — disse, e logo se distanciou.



Mientras comía con Beatriz, intenté pensar en otros asuntos no relacionados con Victor Hugo.

Intenté centrarme lo máximo posible en mi amiga, preguntando cosas sobre su vida personal, pero por lo visto no sirvió de mucho, porque cuando nuestra hora de comer llegaba a su fin, dijo: —Sé que estás preocupada, amiga. ¿Qué ha pasado? —preguntó.

—Sí, solo estoy intentando no pensar demasiado. Tiene que ver con Victor Hugo, lo que está pasando, en fin... descubrí que me enamoré de él, pero no sé qué hago ahora.

Fui directa sobre mis sentimientos, algo que me guardo para mí en la mayoría de las ocasiones.

Beatriz sonrió, e incluso tuve un atisbo de lo que estaba pensando.

—¿Luiza Goulart se ha enamorado? ¡Estoy en shock! —se mofó.

—Si hasta tú lograste esa proeza, tengo mis derechos, ¿no? ¡Respeta mi historia! —repliqué sonriendo.

—Justo, amiga. Pero dime: ¿qué quisiste decir con: lo que está pasando?

Analicé a Beatriz, pero no dije nada. Este asunto es muy personal, y por más que sea mi mejor amiga, no sé si a Victor Hugo le gustaría que algunos de sus secretos fueran revelados, ya que los esconde desde hace años, sobre todo lo de su remisión.

—Primero dime una cosa: ¿hablaste con Daniel sobre lo que vimos en el hospital?

—No, amiga. Su gesto parecía ser muy personal.

—Sí. Se está abriendo conmigo, y sé que tiene algunos problemas ahora, pero son asuntos personales, y no creo que le gustaría que hablara.

—No hay problema —posó su mano sobre la mía—. Lo entiendo y lo respeto. Y yo ya pasé por algo parecido, creo que lo sabes.

Automáticamente me acordé de lo que me contó sobre la historia de Daniel. Era un hombre cerrado, y Beatriz, poco a poco, fue quebrantando su corazón, mostrándole que podía confiar en ella.

Sé toda su historia ahora, y os equivocáis si pensáis que fue Beatriz quien me lo confió todo; fue el propio Daniel quien lo hizo.

Es importante desahogarse con las personas cercanas; nos quedamos aliviados de algún modo, y vi que eso ayudó bastante. Querría que Victor Hugo hiciera lo mismo, pero con él descubro los asuntos a pedazos, y cada vez es un impacto distinto.

—Ahora es mi turno, pero sé que él va a pasar por esto. Estaré allí para lo que mi jefe necesite.

—Solo que no se te olvide: ¡quiero ser la madrina!

—¡Para con eso! —solté un gritito, sonriendo—. No tengo planes de casarme. ¡Nunca, por cierto!

—¡¡Nunca digas nunca!

—Mi jefe y yo nos llevamos bien, pero tenemos una forma peculiar, y digamos que tenemos energía sexual. Mucha.

—Podéis tener esa energía... juntos —esbozó una sonrisita y puse mala cara.

—¿¿Ya has terminado? —Crucé los brazos y empezó a reír; a continuación hice lo mismo.

Necesitaba algunas sonrisas. Quiero ser una mujer fuerte y positiva, pero todavía tengo un nudo en el pecho...

Necesitaba algunas sonrisas. Quiero ser una mujer fuerte y positiva, pero todavía tengo un nudo en el pecho...



CAPÍTULO 26

CAPÍTULO 26

«Un abrazo en el momento adecuado resuelve más que meras palabras...»

LUIZA GOULART

En las dos semanas siguientes Victor Hugo se distanció un poco más, y esta vez no fue solo de mí, sino de prácticamente todo el mundo que trabaja en la empresa, incluida Renata, que estaba conmigo al teléfono, hablando justamente sobre eso.

—¡Ni siquiera me dio la clase que había agendado esta semana!

—¡*Renata*! —la reprendí.

—Amiga, no me estoy quejando. *Solo estoy* diciendo que ha desaparecido, *¿entiendes*?

Suspiré, pensando en esta desaparición.

—*Está* cada vez más distante, no sé qué hacer.

Durante un rato Renata no dijo nada, pero a continuación me dijo algo que no me esperaba.

—No me caía bien. Cuando me contabas la manera en que te trataba, me cabreaba mucho, pero ahora sabiendo un poco más sobre su pasado, parece que entiendo la situación en la que está envuelto. Las cosas nunca le fueron fáciles; además tuvo que vencer al cáncer muy joven. Puedo parecer una mujer fría, pero consigo entender a las personas con las que me identifico.

—Yo tampoco lo tragaba, amiga. Pero es muy fácil juzgar a la gente cuando no sabemos nada de su pasado o de lo que está pasando. Me pongo en su lugar, porque, quieras o no, en mi vida no tuve tantos problemas como él. Ni se acercan.

—Yo tampoco.

Acostumbrarse a una persona alegre y burlona buena parte del tiempo y ver lo mucho que ha cambiado preocupa. Creo que esa es su defensa al fin y al cabo; sería un hombre bastante amargado si no intentara blindarse de alguna forma.

—Luiza, avísame si descubres algo.

—Cuenta con ello, y tengo que decirte una cosa.

—¿Qué?

—He vivido para verte preocupada por alguien, y es bonito, ¿sabes?

—¡Déjate, Luiza! Tengo que colgar, *porque yo trabajo*, ¿sabes? —se mofó.

—¡*Falsa*!

Después de colgar, terminé una parte del trabajo acumulado. Principio y fin de mes me vuelvo loca, sobre todo porque hubo algunas transiciones y despidos, y eso retrasó parte del cronograma.

—El plazo *está* muy corto, Luiza. ¿Qué hacemos? —preguntó Estela refiriéndose a la entrega de algunos informes importantes que aún no estaban terminados.

—Lo sé. Esta semana se ha acumulado todo, y tengo que tomar una decisión —me llevé las manos a la cabeza, preocupada.

Aunque Victor Hugo dijo que la reunión que tuvimos con el consejo no tuvo consecuencias más serias, aun así sigo temiendo por mi empleo, y por eso estoy trabajando prácticamente todos los días en casa.

—Creo que necesitas hablar con nuestro jefe.

Lo había pensado, y esa era la última opción.

No quería tocarlo; creo que necesito darle espacio al hombre, solo que, quieras o no, estamos en la empresa, y nos pagan por trabajar, y como él es el CEO... creo que ya sabéis en lo que me he metido.

—Tengo que hacerlo. Solo voy a adelantar algunos asuntos, y antes de irme hablaré con él.

Después de tener esa breve conversación con Estela, me centré en todo aquel papeleo amontonado sobre mi mesa.

Intenté por todos los medios apartar los pensamientos que no estuvieran relacionados con la empresa, y este fue uno de los pocos días que lo conseguí. Necesito pensar en lo mejor para mí y para *GCR*, así que prácticamente me encerré en mi sección hasta las seis.

Después de adelantar algunos procesos, decidí tomar una decisión y hablar con mi jefe. Necesito orientación sobre qué hacer, y nada mejor que él para eso.

Al dirigirme a su despacho, vi enseguida la puerta cerrada. Eso no era normal.

Busqué a Morgana, la secretaria, y me informaron de que se había ido antes; detalle: *hoy es miércoles.*

Me preocupé al oír eso, pero salí de la empresa y me fui a mi casa. Además, tuve que tomar una decisión y me llevé el trabajo acumulado para intentar terminarlo en casa...



Trabajé hasta las diez, pero fue imposible no acordarme de Victor Hugo.

No tenía buenas sensaciones, y decidí tomar una decisión; en este momento voy de camino a su casa.

Es raro que me importe así una persona. En realidad no es nada normal.

Mi familia vive lejos de mí, en otra *comunidad autónoma*, y nos comunicamos básicamente por teléfono. Pese a esa distancia, quiero a mis padres, y aunque en el pasado no entendieran muy bien por qué decidí irme de casa tan pronto, sé que nuestro amor no disminuyó en nada.

En cuanto a Renata y Beatriz, soy hasta sospechosa para hablar. Siento sus dolores, independientemente de lo que sea.

Me considero una buena amiga; intento de todo para que las personas estén a gusto cuando están conmigo, y recuerdo que al conocer a Renata me quedé un poco tensa, ya que ella es más sistemática. A pesar de que nuestra amistad no tiene mucho tiempo, sentí una conexión inmediata cuando vi que ella me dio pie.

¿Qué puedo decir? Me gusta la gente que dice lo que piensa, y me ganó por eso. En el fondo, mi *muñequita* necesitaba una amiga loca, y hago bien ese papel. Muy bien.

Después de aparcar el coche y dirigirme hacia la casa de Victor Hugo, toqué el timbre varias veces, pero no contestaron. A continuación intenté en su móvil, y de nuevo no obtuve éxito. Eso me preocupó bastante, ya que solo una imagen venía a mi cabeza... *él bebiendo.*

Decidí volver al coche, y al mirar el reloj vi que pasaba de las once. Tenía el corazón encogido, y no sabía bien el motivo, ya que no tenía información concreta de nada.

El tiempo fue pasando y cuando volví a mirar el reloj, vi que ya pasaba de medianoche. Decidí arrancar el coche para irme, y cuando giré la esquina...

Una gran tristeza se apoderó de mí, porque lo vi tambaleándose por la acera con una botella de *whisky* en la mano.

No sé decir lo mucho que me dolió ver esa escena. A pesar de haberlo presenciado antes, ahora sé los motivos por los que se emborracha, y no sé qué palabras usar o qué gesto puedo hacer para que intente contener este vicio.

No lo pensé mucho y aparqué el coche en la esquina, bajándome enseguida. Fui corriendo hacia él, y cuando me vio...

Victor Hugo no esbozó reacción alguna, solo me miró de un modo distinto.

No hubo bromas por su parte, ni siquiera alguna pulla; lo que vi en sus ojos era que estaba... *entregado*.

Nos quedamos allí, mirándonos durante unos segundos, pero decidí interrumpir el silencio.

—Voy a ayudarte.

Victor Hugo ni siquiera ofrecía resistencia; solo venía conmigo apoyado en mi cuerpo, y lentamente lo llevé hasta la puerta de su casa. Aún no había dicho una palabra, pero ahora parecía estar avergonzado, porque la manera en que me miraba cambió bruscamente.

—¿Tienes las llaves?

Asintió con la cabeza, y al momento me las entregó.

Después de cierto esfuerzo entramos, y a continuación fuimos a su habitación.

—Gracias —susurró bajito, y al momento me acerqué más, abrazándolo de lado.

¿Qué día haría algo así por un hombre?

Nunca me gustó la gente borracha, ni que dé trabajo en exceso, pero sé que está pasando por grandes problemas y quiero de algún modo ayudarlo.

—No tienes que dármelas. Voy a ayudarte con la ropa, y para tu desgracia el agua fría *va a caer sobre ese cuerpecito.*

Victor Hugo puso mala cara enseguida, lo que me hizo esbozar una pequeña sonrisa.

Después de ayudarlo a quitarse la ropa, prácticamente lo empujé al baño, abriendo la ducha y poniéndola en agua fría.

Ni hace falta decir lo que pasó a continuación, ya que su cara mostraba lo bien que el agua helada le sentaba al cuerpo.

Le di cierta libertad y salí del baño.

Creo que estuve unos diez minutos sentada en su cama pensando en... *nada y todo al mismo tiempo.*

No haber pasado por una situación como esta no me da realmente una idea de la dimensión que representa en su cabeza, pero lo que puedo hacer es intentar ayudarlo, al menos por hoy.

Me levanté y fui a comprobar en el baño cómo estaba, y entonces fue cuando lo vi llorando, y... aquello de nuevo acabó conmigo. Las ganas de ayudarlo eran enormes, pero estaba con las manos atadas. No sabía qué hacer.

De nuevo le di privacidad y fui al salón. Me quedé allí durante unos treinta minutos, y momentos después entró en el recinto solo vistiendo unos *calzoncillos* negros.

Tenía los ojos rojos, y sé que fue por todo lo que había llorado.

—Voy a estar bien —dijo, antes de que yo dijera una palabra.

—¿Quieres que me quede aquí?

—No soy muy fan de las niñeras —balbuceó, sonriendo a continuación.

—Está bien.

—Luiza...

—¿Qué pasa?

—Gracias por todo —dijo, y al momento bajó los ojos.

—No hace falta que me las des. —Me dirigí a la puerta y al momento salí de su casa—. Sé que vas a estar bien.

Asintió, y enseguida cerró la puerta...



Mi día empezó pronto, o en realidad, no había empezado.

Solo dormité en mi casa, y de hora en hora me despertaba asustada.

Mientras mi cuerpo estaba aquí, mi mente estaba en casa de Victor Hugo, y aunque me forzaba a no pensar en lo que ocurrió ayer, cada dos por tres mis pensamientos iban a por aquella sucesión de escenas.

Ya en la empresa, me armé de valor y fui a su despacho. Aún tenía que hablar con él sobre los informes. Hablar con los directores está fuera de discusión.

Tras entrar en su despacho y verme, esbozó al instante una pequeña sonrisa, pero ahora que lo conozco bien, sé que la estaba forzando.

—¿Cómo estás?

—Muy bien —dijo, pero de nuevo noté que mi jefe no decía la verdad.

—¿Estás seguro?

De nuevo sonrió, pero rápidamente su sonrisa fue consumida, y no hicimos contacto visual.

—No, Luiza. Cada día que pasa empeoro un poco más.

Después de su frase no dijimos nada. Solo nos miramos, y yo parecía estar ahogándome, porque ninguna palabra salía de mi boca. Quería tanto decirle que todo iba a estar bien, que estaría aquí por él cuando me necesitara, pero acabé haciendo lo peor en este momento.

—No tienes motivos para llorar, Luiza.

Fue automático. Simplemente empecé a lagrimear, y no me sentí nada orgullosa de eso. Tenía que ser fuerte, por él. Hice exactamente lo contrario.

Cuando me di cuenta me acerqué más y se levantó.

—Solo dime... —siseé, cogiéndole una de las manos—. ¿De cuántos abrazos necesitas para al menos luchar contra la ansiedad y dejar de beber?

—Luiza...

—Victor Hugo... —me acerqué un poco más, interrumpiéndolo, aún con lágrimas en los ojos—. Yo hago lo que sea, pero, por favor... —De nuevo empecé a llorar, entregada—. No te quedes tirado por las calles, eso acaba conmigo. Verte así... *me está matando.*

No esperé respuesta, y a continuación lo abracé.

Nos quedamos así durante un buen rato. Sentirlo así conmigo me reconfortaba, y nunca pensé que un abrazo pudiera revelar tantos sentimientos.

Quería protegerlo, necesitaba protegerlo.

Tras hacer contacto visual, me pasó el pulgar por la mejilla y sonrió. Aquel gesto sí que era una sonrisa verdadera, y vi cómo se le iluminaba la cara.

—Lo correcto sería que yo cuidara de ti, y no al revés.

—No existe lo correcto o lo equivocado. Solo tenemos que dar apoyo a la persona cuando lo necesita, y estoy aquí.

Por lo que veo Victor Hugo no está acostumbrado a este tipo de sentimiento, y no lo culpo. Yo también soy así. En su lugar no sabría exactamente cuál sería mi reacción.

—Quiero pedirte algo.

—¿Qué, Luiza?

—Inténtalo. Es lo único que pido. Lucha contra tus vicios.

Mi jefe bajó la cabeza, pensativo. Quería desesperadamente saber lo que se le pasaba por la cabeza ahora.

—Victor Hugo... —le toqué la cara, y al momento su atención volvió a mí—. *Al menos inténtalo. Por mí.*

Tras esa palabra me abrazó fuerte, y momentos después me besó la parte superior de la frente. A continuación me miró con decisión en los ojos.

—i*¡Prometo que lo intentaré!*



CAPÍTULO 27

CAPÍTULO 27

«Y en el momento adecuado todas las revelaciones se ponen sobre la mesa»

LUIZA GOULART

La semana que siguió fue mucho más tranquila en todos los aspectos.

Tuve que hablar con mi jefe de asuntos de trabajo y vi que su semblante estaba mucho mejor.

Evité preguntar o hacer alguna consideración; estaba muy contenta al ver la forma diferente en que se estaba comportando, y una imagen vale más que mil palabras.

—Te he traído algo —balanceé el pequeño dossier en mi mano.

—¡Qué casualidad! —cogió el documento de mi mano—. También tengo que *entregarte* algo.

Entorné los ojos, sin entender al principio qué sería, pero cuando sus manos se acercaron a mi nuca...

Ni siquiera puedo hablar, sobre todo cuando reclama mi boca.

Simplemente me entrego a él por completo, y mi deseo es que momentos así duren cada vez más.

—¿En serio vas a estar besándome prácticamente cada vez que venga a tu despacho?

—Voy a hacerlo. No quiero perder la costumbre. ¿Algún problema?

—Ninguno. Solo quiero prepararme mejor.

No lo había dicho, pero hace dos días pasó algo parecido, y nos besamos cerca de su despacho. Aquel día no me esperaba su acercamiento, y tampoco me importó si la gente en la empresa lo había visto. Actuar por instinto siempre fue mi lema, ya sea para dar o para recibir.

—¿Por qué me *estás* mirando así? —pregunté, interrumpiendo el silencio.

—¿Así cómo, *preciosa*?

—Tú sabes. Soy un libro abierto, puedes decirme qué deseas.

Victor Hugo sonrió, pasándome la mano por la cara con un deseo inminente.

—Creo que tu percepción al analizar a la gente ha mejorado bastante. Alguien me está leyendo muy bien.

—¿Entonces...?

—Quiero que conozcas a alguien —dijo por fin.

—¿A quién?

—A mis padres.



No pude decirle que *no* a Victor Hugo.

Ahora estoy experimentando una sensación diferente. No tengo recelo de conocerlos; lo que me preocupa es qué decir o qué hacer, la famosa falta de costumbre.

—... siempre traté a la mayoría de las personas como un objeto por donde pasé, así que sí, la mayoría de la gente que conocí en las ciudades anteriores me odia —dijo Victor Hugo, sacándome de los pensamientos *aterradores*.

Hace unos minutos habíamos entrado en el tema de las relaciones interpersonales, las amistades y demás.

—Entonces, por lo visto, no has hecho muchas amistades, ¿no? Hablo de *amigas mujeres.*

Una sonrisita burlona apareció enseguida, y ya me imaginé su respuesta.

—Lo intenté, pero no puedo. Quería acostarme con todas; ninguna amistad sale adelante con ese tipo de ideal. Y mucho

menos cuando se conocen entre sí...

Sonreí, sacudiendo la cabeza.

Madre mía, ¡qué depravado!

—Tengo que estar de acuerdo.

—Querría ser un hombre normal, pero soy demasiado complejo. En el mismo instante en que deseo algo... *cambio de opinión*. Creo que la mayoría de la gente no consigue estar cerca de mí por eso, y tengo otros problemas que resolver también. Tú me entiendes.

—Un poco.

La conversación era ligera y distendida, y agradecía al cielo por eso, porque cuanto más pasaba el tiempo, más nerviosa me ponía.

—Nunca llevé a ninguna mujer a conocer a mis padres —dijo de la nada, y esa frase me impactó.

—Si era para ponerme más nerviosa... lo has conseguido.

—Soy realista.

El tiempo fue pasando y por fin aparcó el coche. Habíamos llegado. Tras bajarnos, respiré hondo.

Cuando una está enamorada, hacemos cosas bien raras, pero... qué le vamos a hacer.

—¿Preparada?

—No. Sí —dije dubitativa.

—Decídete, *preciosa*.

—Va a salir todo bien, *adefesio*.

Lo vi sonriendo tan encantador, al mismo tiempo en que su cabeza meneaba en desacuerdo.

—Aún no me creo que me pusieras ese mote.

—Pues créetelo. Ahora... ¿qué tal acabar con esto cuanto antes?

—Alguien está bien ansiosa.

—No es exactamente eso, es que... nunca me presentaron a los padres de alguien con quien he tenido algo. Llega a ser raro, no sé la palabra.

—Acostúmbrate. Estoy seguro de que les vas a caer bien y estas visitas pronto ocurrirán con bastante frecuencia —me guiñó un ojo y no sé el motivo, pero sus palabras me animaron.

—*Vale*.

Después de mi afirmación, tocó el timbre, y cuando se abrió la puerta, vi a dos figuras delante de mí.

—¡Mamá! ¡Papá! *¡Por fin van a conocer a la mujer que se enamoró de vuestro hijo*! —dijo y todos empezamos a reír.

—Encantada, soy Luiza.

Sus padres me abrazaron enseguida y a continuación se presentaron. Después de una breve conversación, entramos en su casa.

Todavía estaba un poco nerviosa, y no sabía muy bien qué hacer, pero Victor Hugo parecía bastante a gusto.

—Ana, hazles compañía. Voy a comprar algunas cosas al supermercado y en pocos minutos vuelvo —dijo su padre.

—¿Necesitas ayuda, papá?

—Es cosa rápida, hijo.

—Voy contigo, así dejo a las dos *parlanchinas* hablando —dijo y su madre empezó a reír, divirtiéndose.

—Está bien, hijo. Pues vamos.

Victor Hugo se acercó más y plantó un beso en mis labios, y susurró que volvía enseguida.

Realmente la he liado.

Este hombre me está afectando totalmente, y si supiera el efecto que tiene en mi mente, en mi cuerpo, hasta le daría miedo.

Soy un poco posesiva, mejor dicho, posesiva y media...

Después de que salieran, Ana Maria me cogió del brazo enseguida y me presentó toda la casa.

Descubrí que sus padres vivían aquí desde que se casaron, hace casi 30 años.

—¿Cuál es el secreto? —pregunté.

—¿De seguir casada?

—Sí... no sé si Victor Hugo te lo ha dicho, pero nunca me involucré con nadie de manera seria. No sé ni siquiera si voy a poder estar encerrada en una casa con alguien.

Puede que haya dicho una tontería precisamente a la madre del hombre del que me enamoré, pero seré sincera con ella.

—El secreto es: mucha paciencia —dijo, y al momento nos sentamos—. Estar con alguien las veinticuatro horas del día puede ser agotador al final del día, y eso vale para las dos personas en una relación. Lo que podemos hacer es cambiar nuestros horarios, ocupar nuestra cabeza, reconsiderar algunas cosas, porque en el fondo todos tenemos defectos. No podemos mirar solo nuestro lado en la situación.

—Entiendo —dije, analizando el interior de la casa.

—Pero no te preocupes, a mi hijo le gustas mucho, no recuerdo que haya hablado de ninguna mujer de la manera en que es *cuando está Luiza involucrada*.

Sonreí.

—Espero que sean cosas buenas.

—Sí... —me echó una miradita diferente, y me alarmé—. Me dijo que tienes un genio fuerte, y soy exactamente así. Cuando me dijo lo mucho que se parecía, prácticamente lo obligué a traerte aquí.

Me gustó mucho oír eso. Por lo visto tenemos muchas cosas parecidas, y en cierto modo eso me alivió.

—Me considero una persona amiga. Me gusta tener gente alrededor, sentirse sola es algo muy malo, y durante mi fase adulta me he sentido así un sinfín de veces. Decidí que sería una persona *echada para adelante* en todos los sentidos de mi vida, y acabé convirtiéndome en una parlanchina.

Después de terminar la frase, Ana Maria empezó a reír y la acompañé.

—Dices lo que piensas.

—Sí, eso no lo voy a cambiar.

—Voy a enseñarte algo... —se acercó más—. Fotos de mi bebé, cuando era un poco más joven.

—¡*¡Eso quiero verlo!*

Nos levantamos a continuación, y al momento cogió algunos enormes álbumes de fotos en uno de los cajones.

—Espero que tengas tiempo...

—*Ah*, sí lo tengo.

Durante la hora siguiente estuvimos viendo las fotos de Victor Hugo de pequeño, y me encanté con la mayoría, lo confieso.

Era rellenito, regordete y tenía hoyuelos. Un niño muy guapito, de esos que dan ganas de apretar y morder. El problema fue al final de uno de los álbumes, porque vi una foto en la que estaba en el hospital con la cabeza rapada, con la madre y el padre a su lado. Aquella fotografía me entristeció, y ella se dio cuenta.

—Lo sabes, ¿verdad?

Asentí con la cabeza.

—Esta foto se tomó cuando descubrimos que había vencido al cáncer. Creo que fue el día más feliz de mi vida —dijo, y al momento se emocionó.

—Se enorgullece bastante de ese día, y el gesto que hace en los hospitales solo me hace admirarlo aún más.

—Por lo visto te ha contado lo de Laura, la niña que le hizo prometer que ayudaría a otros niños.

—Sí.

—Mi hijo siente más que otras personas. Cuando pierde a un niño por el cáncer, igual que pasó con Laura y Vitória, él... *se cierra*. Pero como él me dijo, fuiste tú la mujer que lo ayudó a levantarse, y tengo la absoluta certeza de que eso lo hizo enamorarse de la *preciosa*.

Una sonrisa boba apareció en mi cara cuando ella terminó la frase, y me dio vergüenza.

—Gracias.

Seguimos hablando y viendo más álbumes de fotos, pero eché en falta algunas fotografías y decidí preguntar.

—No vi muchas fotos de él más joven. ¿Del parto, tienes alguna? —pregunté y al momento esbozó una pequeña sonrisa, pero bajó ligeramente la cabeza a continuación.

—Solo tenemos fotos a partir de los tres años. A esa edad fue abandonado en la puerta de nuestra casa con una nota.

Creo que por un segundo se me paró el corazón, y en los momentos que siguieron no dije nada.

Él fue...

—Victor Hugo fue adoptado por nosotros —dijo sonriendo—. Sentimos un amor tan grande por él cuando lo vimos, que hicimos de todo para que se quedara con nosotros.

—Pero... ¿qué le pasó a su madre y a su padre? ¿Intentasteis contactar con ellos? —pregunté, atropellándome.

—Sí, lo intentamos. Pero realmente fue abandonado. Nos dimos cuenta por la nota, y... eso fue lo que pasó. Hicimos todos los trámites en los tribunales y conseguimos adoptarlo después de un año; desde entonces está con nosotros, y no me arrepiento de nada. Es mi hijo, el hijo que Sérgio y yo nunca pudimos tener no nació de mí, pero nació de mi corazón. Me considero una mujer bendecida por Dios.

De nuevo me emocioné, y casi cayó una lágrima rebelde de mi cara.

—No te pongas triste.

—En realidad estoy muy contenta de que él haya encontrado a una madre como usted.

Después de decir esa frase, me abrazó fuerte, y enseguida cerré los ojos. Pese a todo aún no me había caído la ficha sobre lo que me había revelado.

De repente, oímos un ruido, y vimos que los dos habían llegado.

—Habéis tardado —dijo Ana Maria, intentando recomponerse.

—El coche se averió —fue Victor Hugo quien dijo, sonriendo —. Pero nos las apañamos —añadió y al momento le dio un beso en la frente.

—Está bien, hijo.

Después de cenar, hablamos mucho, y pude conocer un poco más al padre de Victor Hugo. Él, como el hijo, era un hombre alegre y risueño.

Vi que ambos estaban muy unidos, y se abrazaban casi a cada momento, y vi que de verdad padre es quien cría, ya que Victor

Hugo no conoció a sus padres biológicos.

Me quedé en su casa unas tres horas, y ya nos íbamos.

—Luiza... me ha encantado conocerte. Esfuérzate por poner a este hombre en su sitio, y perdona, porque no es fácil.

—¡Mamá!

—¿Acaso *estoy* mintiendo? —Cruzó los brazos, sonriendo.

—No. ¿Has visto en lo que te has metido en tu vida? —Se volvió hacia mí, arqueando las cejas.

—Creo que puedo apañármelas. —Lo abracé y me besó la frente.

Después de despedirnos, subimos al coche, pero un asunto insistía en martillearme la cabeza...



—¿Luiza Goulart callada? Aquí hay gato encerrado...

Sonreí. Pero no respondí.

—¿Vas a decirme qué pasó?

Miré a Victor Hugo, a continuación cerré los ojos. No consigo guardar secretos.

—Le pedí a tu madre que me enseñara fotos tuyas de bebé y...

—...no te las enseñó —completó—. Porque me adoptaron.

Lo dijo con naturalidad y ni siquiera cambió su expresión.

—Puedo ser la peor persona del mundo, pero saber de tu pasado *así de repente* me afecta.

—¿Me *estás* diciendo que te has puesto triste solo porque soy adoptado? —sonrió, pero yo no hice lo mismo.

—*No, Victor Hugo Avelar*. Has entendido lo que quiero decir. Realmente me enamoré de ti, y no sé cuándo ocurrió de verdad. Todos tenemos secretos, pero hablar contigo y saber que siempre tienes la facilidad de esconder las cosas me entristece bastante. Cuando entraste en *GCR*, dijiste que eras un libro abierto, solo que parece más bien un libro cerrado, y no sé cuándo tendré nuevas sorpresas.

Después de decirlo, aparcó el coche, pero se quedó mirando al frente, pensando en algo. Lo vi respirando hondo, y a continuación me miró fijamente a los ojos.

—Luiza, confío en ti, y aunque tenga esa cosa de esconder mi pasado, sé que puedo abrirme, así que...

Victor Hugo arrancó el coche y cambió la ruta. Antes íbamos a mi casa.

—¿Adónde vamos?

—Mereces saber toda mi historia. Voy a llevarte a mi casa, y después iremos a otro sitio.

Asentí.

No parecía estar nervioso, muy al contrario; noté cierto alivio en sus palabras, y eso me dejó un poco más tranquila, solo que ahora estaba más curiosa por lo que estaba por venir.



Pasamos por su casa, solo que no nos quedamos ni dos minutos. No entendí bien el motivo, pero no pregunté.

Al volver al coche, hicimos un trayecto largo a un lugar que solo había visto en los noticieros de la ciudad: *la colina de las arañas.*

—¿Por qué estamos aquí?

—Quiero enseñarte un sitio.

Después de aparcar, miré el lugar al que Victor Hugo quería ir, y digamos que no iba «calzada» para entrar en ese sendero.

—Creo que has visto cómo voy... estos tacones —señalé el calzado.

—Ven aquí... —De la nada me cogió en brazos, con una facilidad tremenda, y seguimos montada encima de él.

Aquello fue gracioso, lo confieso.

—Vamos a andar solo un poco, mejor dicho, voy a andar yo.

Como me había dicho, hicimos un pequeño sendero, y unos diez minutos después me dejó en el suelo.

—Ten cuidado ahora, por favor.

Entendí en el momento que puse los pies en el suelo el motivo por el que dijo eso, porque vi un gran desnivel en la colina, y si yo me cayera aquí...

En el punto en el que estábamos, calculé que había unos 30 metros desde aquí hasta el suelo, e incluso caminar por este lugar era peligroso. Pese a eso, había más zonas peligrosas en la región si subíamos un poco más la colina; aun así tuve mucho cuidado para no pisar en falso.

—¿Ves este lugar?

—Sí, ¿qué necesitas mostrarme aquí?

Victor Hugo estaba de espaldas a mí y no me respondió.

No entendí ese gesto, y hasta pensé que no había oído mi pregunta, solo que al darse la vuelta, sus ojos miraron los míos, y se acercó más.

—Varias veces vine aquí para intentar... *suicidarme.*

Casi se me salieron los ojos al oír esas palabras.

Lo dijo con tanta naturalidad que me asusté. Pero debía esperarme algo así, ya que él mismo dijo que me revelaría toda la historia que no sé sobre él.

—¿Por qué...?

—Lee esto antes, por favor.

Me puso en la mano un papel, que cuando vi tenía pinta de bastante gastado. Tras desplegarlo, vi que era una nota, no tenía muchas palabras escritas, y decidí leer:

se yama vitor hugo

tiene algunos pobremas él esta enfermo y nosotros no nos vamos a ocupar de él

este niño no debía haber benido nosotros somos pobres y tengo demasiados hijos él no llora mucho es bueno pero tiene fiebre todo el rato

voi a dejarle aquí en la puerta llevalo al hopital sino se va a morir

gracias

—Fui abandonado con esta nota y el certificado de nacimiento. Ni siquiera sabían bien mi nombre —suspiró—. Incluso tras vencer al cáncer, pensé en el suicidio varias veces en mi

adolescencia, y después de cumplir los veintiún años... eso se hizo más presente en mi cabeza.

Me sorprendí con su última frase. Pensé que los niños lo estaban ayudando a no tener esos pensamientos.

—Lo sé, parece raro. Pero es como te dije, con cada pérdida, más se me rompía el corazón, y todo se mezclaba. Ni recuerdo cuántas veces estuve ahí, cerca del límite, armándome de valor para tirarme, pero no lo hice. No te lo había contado, pero mi padre y mi madre no pueden tener hijos. Mi padre es estéril, y también se enfrentó a la depresión. Su situación estaba crítica, y cuando estaba al límite, fui abandonado en la puerta de su casa. Creo que todo en la vida pasa por una razón, y ese también es uno de los factores para que al principio no me quitara la vida; solo que mi mente acababa traicionándome... creo que sabes adónde quiero llegar.

Le sujeté las dos manos, pero no dije ni una palabra.

—¿Quieres oír algo gracioso? —preguntó, bajando la cabeza —. ¡Creo que Dios me quiere!

—¡No me parece gracioso! Dios quiere a todos.

—No es eso. En dos ocasiones estaba muy borracho, apenas podía estar de pie; aquellos dos días decidí que iba a quitarme la vida. Simplemente subiría aquí y... creo que sabes. Solo que en esas dos veces choqué con el coche, y fui impedido por alguna fuerza mayor de llegar aquí, así que por eso creo que Dios me quiere.

—¿*Quieres oír una cosa graciosa?* —dije, acercándome más y cogiéndole las manos.

—Sí.

—¡*¡No es solo Él quien te quiere!*



CAPÍTULO 28

CAPÍTULO 28

«Y los rivales por fin se encuentran...»

LUIZA GOULART

Vi una gran mejora en el humor de mi jefe durante el mes que siguió.

Recuperamos el tiempo perdido, y cada vez que hacíamos el amor, más me descubría perdida en este hombre.

—¿Por qué no invitas a nuestro *amigo y a tu jefe* a comer con nosotras mañana?

—Me estás vacilando, *¿no,* Renata? —puse los brazos en la cintura, perpleja con su idea.

—No.

Suspiré y cerré los ojos.

—Renata, mi amor... ¿me estás pidiendo que invite a Victor Hugo a comer en casa de Daniel Falcão? ¿Qué medicamento controlado has tomado y por qué crees que aceptaría? Peor... creo que ocurriría una tragedia.

—Primero: estoy bien, los medicamentos te los dejo a ti, se ve que los necesitas más. Segundo: estoy segura de que aceptaría, porque además de *entrometido*, a Victor Hugo le gusta aparecer. Tercero: probablemente algo gracioso va a pasar, y por eso quiero estar allí para presenciarlo todo desde el palco.

—Madre mía... acabas de ser gerente de ventas y ya quieres que te despidan —afirmé.

—¿Por qué iban a hacerlo?

—*Ah*, muñequita, porque puedes tener por seguro que si yo lo invito y él va, diré de quién partió la idea.

—¡Justo! Pero aun así prefiero correr ese riesgo si *alguien* no se molesta.

—Voy a intentar realizar tu deseo, pero primero tengo que hablar con la señora Beatriz.

—¡*Eh, oí mi nombre*!

Beatriz acababa de llegar a la mesa del restaurante.

—Renata quiere ser despedida, eso es todo.

—¿Cómo? —Beatriz soltó un gritito y al momento Renata sacudió la cabeza en desacuerdo.

—Te lo voy a explicar, Beatriz, porque cierta persona es muy exagerada, ¿sabes? —Me fulminó con la mirada y me dio miedo—.

Pues solo sugerí algo, por ejemplo, invitar a Victor Hugo a nuestra pequeña reunión... *en tu casa*!

Beatriz se quedó mirando a la *muñequita* y ni siquiera parpadeó. Iba a llevarse una bronca, y sería en directo y a color.

—Me gusta la idea, Renata —dijo, mirando al cielo, pareciendo divertirse.

—Creo que estáis locas —intervine—. ¿Hasta tú, Beatriz?

—Sí. Estaría bien ver la reacción de Daniel. Además, puede ser bueno para él, salir, pensar en otra cosa, provocar a mi marido... no en ese orden, claro.

Empezamos a reír.

Aún no me creía que esta pequeña idea estuviera sobre la mesa, pero por lo visto era voto vencido.

—Espero que estéis seguras de lo que estáis tramando —dije, todavía dubitativa.

—Y vamos a hacerlo distinto —una pequeña sonrisa iluminó el rostro de Beatriz—. Solo le avisaré de que llevaréis a un invitado, no le diré que es su eterno rival.

—*Tan joven y ya queriendo deshacer el matrimonio.* Que Dios tenga piedad de ti... —dije y mis dos amigas soltaron una carcajada.

—¡Va a estar bien! —apuntó—. Invítalo, no veo el momento de ver qué va a pasar.



—Déjame ver si he entendido... ¿Daniel y yo en el mismo ambiente, en su casa?

—Sí.

No sé si estaba sorprendido o incluso en cierto modo contento.

—Y... ¿voy a poder fastidiarlo como hacía en el pasado? —arqueó las cejas.

Respiré hondo.

Algún día voy a matar a Renata por dar una idea tan mala.

—Haz lo que quieras. Me lavo las manos.

—Curioso. Parece que no quieres que vaya.

—La idea no fue mía.

—¿De quién fue?

—De Renata, y de Beatriz, la esposa de Daniel, y todavía dijo que ni siquiera lo avisaría de que tú serías el invitado especial. En el fondo las dos quieren ver arder el circo, y yo... no sé qué pensar —dije por fin.

—*Hmm*. ¿Hasta la esposa de Daniel quiere gastarle una broma?

—Por lo visto sí.

Su cara se puso divertida, y sé que se imaginaba algunos escenarios para lo que podría pasar.

—Iré. Necesito ir.

—¿Lo necesitas?

—Sí. Hay algunas cosas que necesito decirle a la cara.

—Victor Hugo, no juegues con fuego...

Solo sonrió y se acercó más, plantando un beso en mi frente; a continuación susurró: —*Vuelve al trabajo, ¡no me hagas comerte aquí mismo en el comedor!*



El esperado día llegó demasiado rápido.

Mi querido jefe pasó por mi casa, y estábamos camino a la residencia de Daniel.

—¿Será buena idea llevarme a una casa donde todos me odian? —dijo con sorna al preguntar.

—Por increíble que parezca, Renata no te odia. Le caíste bien —disimulé.

—Sí... menos mal que la mini-psicópata me ha aceptado, era de ella de la que más miedo tenía.

Lo miré y nos echamos a reír.

—Pero hablemos en serio ahora, creo que sabes de mi relación con Daniel.

—Sí, y tengo curiosidad por el motivo de haber aceptado la invitación, además de la famosa frase: *hay algunas cosas que necesito decirle a la cara...*

—Soy *entrometido*, me gusta aparecer. ¿Necesito decir algo más? —se encogió de hombros.

—Exactamente lo que dijo Renata. Os parecéis demasiado, y eso me impacta.

—Bordea la perfección solo por parecerse a mí, y voy a convertirla en la hermana menor que nunca tuve.

Sonreí.

Si él quiere hacer eso, espero que sepa en lo que se está metiendo.

Minutos después llegamos a casa de Beatriz; ella misma vino a recibirnos. Victor Hugo parecía bastante tranquilo, ni siquiera aparentaba nerviosismo.

—¿Tu marido realmente está aquí? —preguntó.

—Sí —asintió Beatriz.

—¿Voy a poder fastidiarlo igual que hacía en el pasado? —preguntó y ella echó una miradita hacia atrás y sonrió.

—¡Cuento con ello!

El mundo se está acabando por culpa de actitudes así.

¡Todo el mundo quiere ver arder el circo!

Después de entrar en la casa, vi una figura masculina al fondo: Daniel Falcão.

Estaba en una charla distendida con mi *muñequita*, que parecía hacerse más pequeñita cada día que pasaba...

¡Que no se entere de eso!

Fuimos a su encuentro, y cuando las miradas de los hombres se cruzaron... ¿qué puedo decir de la tensión que se instauró?

Victor Hugo se apresuró a sonreír y a meterse las manos en los bolsillos. Daniel, en cambio, puso mala cara y arqueó las cejas sorprendido.

—Puedo expli...

—¿Qué tal, Falcão? Cuánto tiempo, *¿eh*? —Victor Hugo se acercó preguntando al cortarme, yendo hacia él.

—¿Qué haces aquí?

—Vine a verte.

—¿A verme? ¿Cuál es la broma?

—Tu boda fue hace algunos meses. Estoy aquí para no perder la costumbre.

Daniel miraba en dirección a su esposa, a mí, después a Renata, y no sabíamos bien qué decir.

—Entonces es él el invitado del que me hablasteis.

—¡El mismo! —respondió Beatriz.

—Sé que estas mujeres van a parlotear demasiado, y estará bien que alguien hable de negocios por aquí, ¿no? —Se sentó enseguida, y Daniel acarició el vaso que tenía en las manos mirando a Victor Hugo.

—Sí... ya veremos. ¿Quieres un vaso de *whisky*?



Las cosas por aquí estaban raras, no voy a mentir, y creo que tanto Beatriz como Renata se dieron cuenta, y enseguida se pusieron a sacar conversación.

—Ya que estáis cara a cara, ¿por qué no me contáis el motivo de esta rivalidad? —preguntó Renata, y ambos se entremiraron.

—Arquímedes nos entrenó, y como solo tuvo dos alumnos, era normal que compitiéramos. Andábamos disputándonos territorio, porque al final podríamos quedarnos con el puesto que ocupaba en aquella época, pero eso no ocurrió —dijo Daniel.

—Verdad —asintió mi jefe—. Yo nunca fui de estudiar, y a Arquímedes le fastidiaba. Llegaba tarde a las clases, no iba, entre otras cosas. Siempre fui una persona que se saltaba las reglas que imponía, y creo que Arquímedes prefería a Daniel por eso. Una pena, porque soy más guapo y bastante más inteligente.

Sonreí, y Daniel sacudió la cabeza en desacuerdo.

—Yo soy inteligente y esforzado, tú solo eres inteligente. Así que sigo por delante de ti.

—Creo que no.

Durante los minutos siguientes estuvieron debatiendo entre sí quién era el más *macho alfa*, y cuando miré a las chicas, debían estar pensando lo mismo que yo, que estábamos atrapadas en el instituto y ellos estaban disputándose alguna mujer.

Pese a todo, estaba siendo bien gracioso ver este enfrentamiento, porque... no parecían odiarse como pensé. Está claro que hay una tensión ahí; aun así, se nota que el odio no está presente.

Después de que se instaurara un largo silencio en el ambiente, decidí abrir la boca, y ya que Beatriz y Renata le gastaron una broma a mi querido jefe, aún falta mi turno.

Nadie le mandó ser entrometido...

—Daniel... ¿sabías que Victor Hugo canta muy bien? —pregunté y mi querido jefe desaprobó el comentario.

—¿En serio? —preguntó Beatriz, pero ella ya sabía de mi plan maquiavélico—. ¿Por qué no nos das *una muestrita* para nosotros?

—Por desgracia me siento más a gusto cuando tengo una guitarra.

—*Ah*, que no sea por eso, tengo una en mi habitación. ¡Voy a buscarla ahora! —Mi amiga se levantó y Victor Hugo me fulminó con la mirada.

¿Qué culpa tengo yo? Nada estaba planeado...

—Nunca dijiste que cantaras —fue el turno de Daniel al cruzar los brazos y Victor Hugo suspiró, un poco desanimado.

Este es el precio que se paga por confiar en la gente*, como yo*, personas que no valen el plato que se comen.

—Sí, tengo algunos secretos.

Después de que mi amiga llegara con la guitarra y se la entregara, se volvió hacia mí.

—¿Qué canto, preciosa? —preguntó.

—¡Sorpréndeme! —apunté.

—Pues nada, voy a cantar *8 segundos, de Atitude 67.*

Si el eterno fuera listo

No se despegaría de ti

Cerraría el universo

El espacio-tiempo se iba a perder

Ocho segundos te parecen pocos

Pero siéntate encima de un toro loco

Y entonces verás

Ocho segundos antes de todo esto

Yo ni te imaginaba en mi mundo

Y ahora yo

No... no... no... ¿Tiene que cantar mirándome así, joder?

Solo quiero ocho segundos para decir

Lo que no conseguí decir en un mes

Después de que aprendí a amar

Ocho segundos bastan para convencerte

De que la vida es más chula tú y yo, ei, ei, ei

Después de que terminara, tuve que aplaudir. Todos, en realidad.

—Bueno, eso es todo. Y ni siquiera voy a cobrar *cover* artístico.

—Vaya... alguien me está sorprendiendo hoy.

—¿Y bien, rival? En esto estoy por delante de ti, *¿no*?

Por primera vez en el día vi a Daniel sonriéndonos.

—Con toda la certeza del mundo, tu voz es tan buena como la de Diego.

Miré a Renata, que me devolvió la mirada, desconfiada.

—¿Diego...?

—Mi amigo que le enseñó algunas cosas a Renata.

—*¿¡Él canta!?* —preguntó Renata, perpleja.

—Mejor decir... *cantaba*. Fue vocalista de una banda durante un tiempo; años después algunas cosas ocurrieron en su vida... —Daniel dejó de hablar—. Ni siquiera debería haber dicho esto. Es asunto personal suyo, pero su voz es bonita cantando. ¡Felicidades!

—Estuvo bien dejar el ambiente más ligero, porque ahora las cosas van a cambiar un poco —dijo mi jefe, y por segunda vez Daniel sonrió, pero él no hizo lo mismo.

—¿Cuál va a ser la broma?

—Ese es el problema. No hay broma.

Victor Hugo miraba con seriedad a Daniel, que hasta enderezó su postura. Por lo visto lo que va a decir no es broma.

—Daniel... —empezó Victor Hugo y respiró hondo—. No fui sincero contigo en el pasado, y necesito aclararte algunas cosas. Te agradeceré si no me interrumpes.

—Adelante.

—Sé todo de tu pasado, Daniel. Absolutamente todo, y hace ya bastante tiempo.

Silencio.

Pensé que Daniel respondería, pero no lo interrumpió.

—Como dije, no fui sincero, y me veía por encima de ti por saberlo todo sobre ti. No me importaba si un día te lo echaría en cara, o algo del estilo, pero el simple hecho de saber lo que pasaste me dejaba... *cómodo* para seguir adelante, esa es la palabra.

La cara de Daniel se le arrugó, y vi que esa palabra usada no le agradó nada.

—Necesito preguntar: ¿en qué sentido te quedaste *cómodo* sabiendo lo que mi madre me hizo? Si realmente sabes lo que pasó, ¿cómo lo que sufrí durante la adolescencia o incluso lo que hicieron mis padrastros te dejó... *cómodo*?

Esa pregunta dirigida a él vino llena de veneno y me alarmé. No sé si usar la palabra *cómodo* fue bueno.

—¿Cuánto sabes sobre mí, Daniel?

—Eres un camorrista al que no le gusta trabajar, abandonador, la burla en persona, pero te crees demasiado porque naciste en cuna de oro, y me lo echabas en cara constantemente.

—¿Y nunca te preguntaste por qué hacía eso?

—¡Porque eres problemático! ¡Tienes complejo de Dios! —Cruzó los brazos, irritado.

—Tienes razón. En fin, usé la palabra *cómodo*, porque me parezco a ti, e intentar imaginar tu dolor, de algún modo me ayudaba.

—¡No nos parecemos! Mi vida no fue un mar de rosas como la tuya.

Victor Hugo me miró y enseguida a Renata. Daniel hizo lo mismo, y al momento percibió nuestra expresión un poco más seria y triste.

—¿Qué está pasando realmente aquí?

—¿Sabes por qué vine hasta aquí, Daniel? En el fondo nunca nos llevamos tan bien, y la culpa siempre fue mía, lo asumo. Al principio intentaste ser mi amigo, pero yo siempre buscaba excusas para rebajarte o menospreciarte. Siempre fui un capullo, todos aquí lo saben.

—Estoy de acuerdo —apuntó.

—Solo creo que necesitas conocerme mejor, entender por qué hacía eso. Sé todo de tu pasado, y ahora voy a hablar un poco del mío...

No me creo que vaya a revelárselo...

—Estoy escuchando.

—A los tres años fui abandonado en la puerta de la casa de Ana Maria y Sérgio, a quienes trato como mis padres de verdad. Consiguieron adoptarme un año después de que apareciera.

Al oír eso vi que el semblante de Daniel cambió un poco.

—¿Quieres oír algo gracioso ahora? Fui abandonado con una nota llena de errores ortográficos, y mis padres biológicos decían en ella que yo había sido un error, y que estaba enfermo. De hecho, lo

estaba, pero se descubrió solo después. Tenía cáncer. Leucemia, para ser más exactos.

Daniel estaba centrado en lo que decía, y ni siquiera parpadeaba o apartaba los ojos de su rival.

—Luché contra el cáncer durante un tiempo, y casi sucumbí algunas veces, pero me curé. Creo que esa fue mi primera victoria en la vida tras nacer. Mi fase adolescente no cuenta mucho, ya que no hice nada interesante, solo aproveché la vida como cualquier persona, pero quería ayudar a niños que pasaron lo mismo que yo, y así acabé convirtiéndome en voluntario en los hospitales de las ciudades en que trabajé. Todas las ciudades. Animaba a los niños, me caracterizaba, intentaba hacerlos sonreír en medio de las dificultades; solo que me apegué bastante a una niña que se llamaba Laura, y cuando murió... una parte de mí murió con ella, ¿sabes? Empecé a beber descontroladamente, y cada dos por tres estaba tirado por la calle, como te acostumbraste a ver en los noticieros —esbozó una pequeña sonrisa—. Todas las pérdidas en mi vida me motivaban a... beber, y cuando volví a *Florianópolis*, conocí a una niña llamada Vitória, y me recordaba mucho a Laura. Las dos se parecían bastante, y fue inevitable encariñarme con ella; solo que por desgracia también perdió la batalla contra el cáncer, y eso me afectó aún más. En fin, creo que puedes ver desde donde estás... —Victor Hugo se levantó la camisa, indicando *aquel* tatuaje—. Marqué en mi piel el día en que vencí al cáncer: *10/05/1992.*

Daniel prestaba atención a Victor Hugo, que tenía la cabeza ligeramente baja, pensando en algo.

—La mañana en que recibí la noticia de que Vitória había fallecido, destrocé todo mi despacho. Recuerdo que golpeé la pared hasta sangrar, y cuando volví a la realidad estaba en casa de Renata, y fue ahí cuando me di cuenta de que en la vida hay que desahogarse, y les conté la verdad a las dos. Pero... ¿sabes lo peor de todo? Es que incluso haciendo eso, todavía tengo un vacío enorme en mi pecho, y cualquier cosa es motivo para hacer alguna cagada. Daniel... —hizo una pequeña pausa, tomando aire—. Pienso

en bebida las veinticuatro horas del día. Cada segundo quiero beber, porque cuando estoy tonto yo simplemente... lo ignoro todo, y no hay dolor. No hay absolutamente nada. Usé la palabra cómodo cuando hablé de tu historia justo por eso, por más que pueda parecer un monstruo, saber que tu pasado fue difícil me reconfortaba de algún modo, ya que pasé por mucha cosa mala, igual que tú.

No sé exactamente cuánto tiempo nos quedamos en silencio.

Daniel miraba fijamente a los ojos de mi jefe, e intentaba encontrar algún rastro de vacilación en su cara, pero sé que no vería eso. No esta vez.

—No te tenía ningún respeto —dijo Daniel—. No veía calidad alguna en una persona que vivía la vida locamente. A pesar de ser extremadamente inteligente, nunca pensé que eso te ayudaría o me hiciera admirarte de algún modo... —paró, analizándolo—. ...¡hasta hoy! Jamás podría imaginar algo parecido a lo que me has contado; mi visión era totalmente otra sobre tu familia, sobre lo que pasaste en la vida... en fin. Siempre pensé que eras un niño mimado cuando veía cómo abrazabas a tus padres, lo pegajoso que eras con ellos, pero ahora puedo ver el motivo, y en tu lugar habría hecho lo mismo. Así que...

Daniel se levantó y se puso delante de Victor Hugo, que se quedó sentado.

—¿Qué tal si empezamos de nuevo? —tendió la mano y al momento mi jefe se levantó.

—Por mí está bien —se estrecharon las manos y esbozaron una pequeña sonrisa.

¡Eso hasta fue tierno!

—Otra cosa: tu *whisky acaba de ser confiscado.*

—¡No es para tanto, *Falcão*!

—Sí lo es.

Sonreí y al momento Victor Hugo hizo lo mismo, pero... se quedó sin el *whisky*, claro!

Quitando la tensión que se instauró minutos atrás, estuvo bien terminar así, ya que a continuación la conversación se calmó, y los dos hasta se sonreían el uno al otro.

El mundo realmente da vueltas...

Ahora sé que Victor Hugo vino a decirle la verdad a Daniel, eso quedó claro; lo único en lo que no pensé fue en que pudiera decirlo *todo*.

—Falta una cosa más por contarte, pero tengo absoluta certeza de que no te va a gustar *nada de nada* esto —dijo, y Daniel cruzó los brazos sonriendo.

—¿Otra revelación?

—Sí. La bomba es que Renata es tu fan..., pero está teniendo clases particulares conmigo. Una vez más, estoy por delante de ti.

Todas las cabezas se volvieron hacia Renata, que se quedó blanca, sin reacción.

Ahora él se ha cavado su propia tumba metiendo el nombre de mi cielito en el lío...

—¿En serio, Renata? —preguntó Daniel cruzando los brazos.

—*Yo-yo...* bueno, es que...

—Solo que hay un problema, Daniel —mi jefe suspiró pesadamente—. Hay algunos asuntos complicados, que no son de mi área, y no consigo transmitirlo de un modo que ella entienda; nunca fui un buen profesor, creo que sabes que soy descuidado por naturaleza.

Pero espera un momento... ¡es justo lo contrario!

Renata dijo que está aprendiendo mucho con Victor Hugo, y que es un excelente profesor cuando da clase. ¿Por qué está diciendo esto?

—¿Qué asunto?

—Esas cosas que te gustan: análisis fundamentalista, gráficos de los más variados tipos, cosas de Recursos Humanos... ya sabes que odiaba esos temas cuando Arquímedes nos los mostraba.

—Bueno... puedo ayudar, si quieres, Renata.

Victor Hugo le guiñó un ojo, y al momento mi amiga fingió demencia (como la buena actriz que es), y le devolvió la sonrisa.

—¡Estaría muy contenta! El *adefesio* es muy perezoso para explicar algunas cosas.

—¿*Adefesio*? —repitió Daniel, divirtiéndose.

—Luiza y ella me llaman así. Qué le vamos a hacer... —se encogió de hombros.

Este hombre no para de sorprenderme...

La comida transcurrió con normalidad y tuvimos tema para todo. Cuando me di cuenta ya pasaban de las cinco.

—Tenemos que irnos —dije—. Hay que llevar a la *muñequita* a casa, si no se va a quedar a vivir aquí.

Renata me lanzó una mirada de pena. Después de levantarnos, los hombres quedaron cara a cara de nuevo.

—Gracias por el día, ha sido bien provechoso —dijo mi jefe.

—Soy yo quien agradezco la sinceridad.

—Ahora falta que os beséis, ¿sabéis? —provoqué, y al momento pusieron una cara de desprecio.

—En esto soy bueno, ¿no? —De la nada se acercó más y tomó mi boca; si Daniel no sabía que podríamos estar juntos, ahora tuvo una *leve certeza.*

—Creo que formáis una bonita pareja. Sois dos locos. —Daniel cruzó los brazos y yo hice *la egipcia*—. Ahora soy yo quien necesita hacerte una petición: por favor, mantén a Luiza lejos de mi

casa, me molesta en los peores momentos preguntándome qué hacer para soportarte en la empresa o cotorreando con Beatriz.

Le hice una peineta a Daniel que sonrió.

Nos despedimos y salimos de su casa, pero había cierta persona que no paraba de mirar a mi hombre.

—¿Qué pasa, bajita?

—Bueno, quería darte las gracias por aquello que hiciste.

—No fue nada. Sé que en tu corazoncito Daniel siempre va a estar presente, así que me las apañé para que te ayude también en algunas cosas.

—Estoy realmente sin palabras. No sé qué decir.

—Pero yo sí. —Le sujetó los dos hombros—. Aprende todo conmigo y con él, y conviértete en la profesional que deseas en el futuro. Te lo mereces y ¡acabas de convertirte en mi hermana menor!

Es difícil no enamorarse de cómo es...

—Te daré el honor de considerarme tu hermana, ¡y me voy a convertir en la mejor!

Después de que mi amor entrara en el coche, me quedé mirando a aquel hombre con los brazos cruzados.

—*Victor Hugo Avelar*... —dije y al momento apareció una sonrisa dubitativa en su cara—. Voy a pedirte un pequeño favor: no seas tan romántico ni te pongas a cantarme ese tipo de canciones.

—Dame un buen motivo —me miró de un modo divertido.

—Porque si me acostumbro, ¡voy a querer que hagas estas cosas con mucha más frecuencia de la que sea posible!



CAPÍTULO 29

CAPÍTULO 29

«En las diversas circunstancias de nuestra vida tenemos que tomar una decisión, y el momento ha llegado...»

LUIZA GOULART

Vi que el *Victor Hugo alegre y burlón* había vuelto con fuerza en la empresa.

A lo largo del mes, todo volvió a la normalidad, incluso nuestras escapaditas periódicas en la empresa. El mayor problema

es que eso terminaría, ya que a partir de mañana estoy de vacaciones...

—¿Preparada?

—¿Para qué exactamente?

—Para estar lejos de mí —esbozó aquella sonrisita habitual—. Hasta pensé que cancelarías tus vacaciones.

No me contuve y empecé a reír con su comentario.

—Prácticamente no me he tomado vacaciones desde que empecé a trabajar aquí, ¿qué te hace pensar que... *un hombre* cambiaría eso en mi cabeza? Y más tú, que aquí dentro me estorbas más de lo que me ayudas —me mofé.

—Últimamente andas muy *descaradita*, ¿no crees...? —se acercó más, mordiéndose el labio inferior.

—Fuerza de la costumbre, pero tengo que ser sincera: en el fondo he aprendido mucho trabajando contigo —dije, impasible.

—¿En serio?

—Sí, eres un *cero a la izquierda*, así que, como siempre digo, tengo que hacer básicamente todo tu trabajo. Tenía que haber un lado bueno, ¿no crees?

—¡Para mí ya basta! —dijo y tomó mi boca—. ¡A veces te prefiero callada!

—Y yo te prefiero *duro...* —jadeé y ni hace falta decir lo que pasó a continuación.

En los minutos siguientes su despacho parecía una sauna, y pronto me quedaría sin ropa.

Nuestro *lío* fue intensificándose, pero mi *lado angelito* apareció y me acordé de algo: no estaba nada bien ser despedida por actitudes obscenas el día antes de mis vacaciones.

—Tienes una presentación en pocos minutos, y Luigi está aquí, si nos ven... —intenté escabullirme, pero me sujetó.

—Preciosa... vienes, me provocas, prácticamente echas gasolina sobre todo este fuego que tengo por ti ¿y quieres parar justo ahora?

—¿Y quién dice que quiera...? —dije, mirando el reloj—. El problema es que la presentación es en quince minutos.

Victor Hugo puso mala cara y miró hacia la ventana, visiblemente disgustado.

—¿Para qué convocar una cosa de esas a las dos de la tarde? —dijo, apartándose—. Otra cosa: *¡odio las reuniones!*

—¿En serio?

—Creo que ya lo sabes.

—Me di cuenta cuando hiciste que otra persona *te presentara.*

Empecé a reír.

—Claro, fue un espectáculo.

—¿Sí? —se acercó más pegando nuestros cuerpos, empezando otro *espectaculito*...

—Ni voy a culpar al viento por este desorden, si fui yo quien dejó la ventana abierta entonces es mi cuuuulpa. Y ya que entraste en mi vida, llévate toda. Quiero ese beso de balcón y la luna de testigo, hasta tengo celos, el viento debe estar usando tu perfuuume...

Yo sabía que si el viejo Victor Hugo volvía, las canciones también vendrían en el paquete, y esta vez la elegida fue *Beijo de Varanda, de Bruno e Marrone.*

—Tus canciones...

—Son todas para mi inspiración, Luiza Goulart —me tocó la barbilla.

—Alguien se ha vuelto un hombre romántico —apunté.

Por lo visto íbamos a besarnos de nuevo y el ciclo recomenzaría, pero... tengo que ser la aguafiestas y al momento tomé distancia del hombre; era muy peligroso este reacercamiento.

—¡Prepárate para la reunión! Después finalizamos estos asuntos inacabados...

—Nací preparado, preciosa. Dentro de unos minutos estaré allí.

—Pues yo ya me voy. No quiero que piensen que nos estamos liando.

—¡*¡Toda la empresa lo sabe!*

Pensé en sus palabras y tenía toda la razón.

—Entonces... si toda la empresa lo sabe... —se fue acercando y al momento retrocedí.

—¡Mejor aléjate, de lo contrario voy a saltarte al regazo! —dije riendo, pero yendo ya hacia la puerta.

Mi jefe no dijo nada, solo sonrió, observándome con las manos en los bolsillos.

Echaba mucho de menos aquella sonrisa...



El orden del día de la ocasión era comentar sobre el crecimiento de *GCR*, y maneras de captar nuevos inversores. Estaba bastante confiada en lo que diría Victor Hugo, porque recopilé todos los datos, y esta vez me escuchó y estudió el material con antelación.

Aún había algo distinto esta vez, ya que una emisora de televisión iba a filmarlo todo. Luigi quería estampar en la portada de todos los periódicos el crecimiento de la empresa, y para eso decidió innovar, lo que de hecho me pareció una buena idea. Victor Hugo habla muy bien en público, y eso no será problema.

Últimamente ando bien contenta con el trabajo que estoy ejecutando en la empresa. Aprendí muchas cosas nuevas con el viejo Victor Hugo, ya que tuve que *ponerme al día* con muchas cosas con las que no estaba tan familiarizada. Fue como lo que ocurrió con Beatriz en *Argo's*; la única diferencia fue que en mi caso corrí varios riesgos por culpa de mi jefe...

Y hablando del *pecado*, esta vez llegó a la hora. Tras vernos saludó ligeramente, pero hizo una pequeña pausa antes de llegar al escenario. No entendí ese gesto, pero noté que tenía la cara un poco rara, y que parpadeaba demasiado.

Al momento oí algunos murmullos a mi lado, y Luigi parecía haber visto lo mismo que yo, ya que el ceño se le frunció automáticamente.

Tras quedarse en esa posición unos segundos, fue al escenario, cogió el micrófono y... *se cayó*.

Me alarmé y me puse de pie, pero se recompuso y se levantó rápidamente.

No puede haber bebido algo en este intervalo...

—Estoy bien... —intentó sonar gracioso, y al momento fue hacia el ordenador—. Bueno, hablemos ahora de todo lo interesante sobre la empresa.

Tenía los ojos caídos y la voz un poco diferente.

—¿Qué *está* pasando contigo, Victor Hugo? —Luigi gritó a mi lado, y eso atrajo la atención de mucha gente que estaba en el auditorio.

—Nada, jefe. Estoy bien, y... —Cuando fue a apoyarse en la silla a su lado, se cayó, y se quedó allí durante unos segundos.

No sabía qué hacer, cómo iba a proceder, pero decidí actuar por instinto y fui hasta donde estaba, y cuando me acerqué vi que parecía no estar aquí en el mismo ambiente. Estaba asustada, no entendía.

—¡*¡Estoy harto de que llegues borracho o con resaca a la empresa*! —Luigi se levantó gritando.

A mi jefe no le sentó bien oír eso.

Victor Hugo no parecía estar borracho, no ahora, y otra cosa: no habría dado tiempo a que llegara a ese nivel alcohólico por el tiempo que estuve fuera de su despacho. Pero estaba diferente, un poco *distraído*.

—¡*¡Yo no estoy borracho*! —gritó de vuelta.

—*Ah*, ¿no? Pues levántate sin la ayuda de Luiza.

Lo miré, y al momento Victor Hugo asintió con la cabeza.

—Está bien, Luiza —dijo bajito.

Con mucha calma, se levantó, y se mantuvo de pie unos segundos, pero parecía estar flotando, yendo de un lado a otro y... *volvió a caerse*.

—¡*¡Para mí ya está bien!* —El hombre vino con grandes zancadas a donde estábamos—. Has sido de lejos la peor contratación que hice. No me importa si estás dando resultados o no, ¡tu conducta es una vergüenza para mí y para todos los que trabajan aquí!

—¿Quieres hablar de vergüenza de verdad? ¡No fui yo quien contrató a un *CEO* corrupto y pedófilo para trabajar aquí! ¡Mucho menos hice acuerdos con ellos! —dijo Victor Hugo bien alto, y al mirar al público vi que se quedaron impactados al oír eso.

—¿Qué historia es esta? —Amadeu se levantó, mirando a Luigi, que había palidecido al instante.

—¿No lo sabéis? —dijo Victor Hugo intentando levantarse, pero de nuevo cayó al suelo—. Por lo visto el problema aquí nunca fue solo una persona —añadió.

—¡Eres despreciable! *¿Crees que ayudar a niñitos con cáncer va a mejorar lo basura que eres como hombre?*

Mi corazón se heló al oír esa frase, y al mirar a Victor Hugo vi el shock estampado en su cara.

—¡No eres un afortunado por haber luchado contra el cáncer; es por pena que haces ese gesto en los hospitales en los que eres voluntario! ¡Solo eres un perezoso que sale antes de la empresa y los usa como excusa!

Mi jefe no dijo nada durante un rato, solo se centró en levantarse, y se apoyó en la mesa que tenía delante.

—¿Que uso a los niños como excusa? —se mofó—. Me das pena...

—Me llevó tiempo, hasta tuve que comprar información de algunas personas, lo sé todo sobre ti, Victor Hugo. Tu remisión, tus visititas al hospital, el motivo de tu adopción —sacudió la cabeza—. Bien que Luiza me habló de ti...

¿Luiza?

Al oír mi nombre me quedé en shock. Jamás revelé esos secretos a Luigi, y que hablara de esa manera...

Automáticamente miré a Victor Hugo, y el brillo de sus ojos había desaparecido por completo. El desprecio con que me

observaba me hirió, y simplemente no dije nada.

—i*¡Debería despedirte ahora mismo!*

—¡No hace falta! ¡Yo mismo dimito!

Creo que nadie esperaba esa reacción, mucho menos Luigi.

Victor Hugo simplemente salió de la sala de reuniones con cierta dificultad y desapareció de nuestra vista...

No perdí tiempo, y le grité a Luigi: —¿Por qué citaste mi nombre? ¿Cuál es tu problema?

—Dije tu nombre por cómo se comportaba en la empresa. Me hiciste varias quejas al principio. Sobre los asuntos personales fui yo mismo el que descubrió lo que hace... *hacía, qué sé yo*; ¡no debo darte explicaciones!

Una rabia creciente se apoderó de mí, y cuando me preparaba para decir algo, fue rodeado por varios directores del consejo.

—¿Por qué nos escondiste algo tan importante? —preguntó Amadeu con los brazos cruzados.

—i*¡Soy el dueño de GCR*! ¡No tengo que dar explicaciones!

—Bueno, ahora sí... —indicó con la mano y... *¡la emisora de televisión filmaba todo!*

Por un momento se me había olvidado eso, pero todo fue transmitido en cadena nacional, y eso sí que traerá un impacto negativo para la empresa.



El caos se instauró en la sala de reuniones, y no sabía qué hacer. Después de un rato, fui al despacho de Victor Hugo, pero no lo encontré. Al mirar en el aparcamiento de la empresa, vi que su coche aún estaba allí.

Busqué por toda la empresa dónde podía estar, pero no lo encontré. Ignoré todo lo que estaba pasando en el auditorio, y noté una mano tocándome.

—Amiga, vi a Victor Hugo saliendo de la empresa sin el coche —dijo Estela.

—¿Hace cuánto?

—Diez minutos. Te estaba buscando aquí dentro, pero no te encontraba en ninguna parte.

—Gracias.

No lo pensé mucho y cogí el coche y di vueltas por los alrededores de la calle de la empresa. No lo vi en ninguna parte, y eso me desesperó.

Su coche seguía en el aparcamiento de la empresa.

—¡*¡Cálmate y piensa*! —me dije a mí misma, y después de algunos momentos fui hacia su casa. La distancia no era muy grande, podía perfectamente haber ido a pie.

Después de llegar allí, toqué el timbre un sinfín de veces, aporreé la puerta y nada. Creo que su vecina pensó que iba a echar abajo la puerta, ya que se quedó analizándome, pero acto seguido dijo: —*¡No está ahí*!

—¿Estás segura?

—Sí. Llevo unas horas sentada aquí fuera.

—Gracias.

No sabía qué hacer.

Después de subir al coche, el móvil me sonó y vi que era Estela.

—¿Lo has encontrado? —pregunté apresurada.

—Volvió a la empresa y cogió el coche. Todo el mundo que intentó hablar con él fue ignorado. Amiga, estaba muy nervioso, nunca lo había visto así, solo... *aquel día que destrozó el despacho!*

Su última frase me desesperó. Necesitaba ir a otro sitio.

Después de llegar al destino, llamé a la puerta y toqué el timbre; segundos después me abrió Daniel, que al ver mi desesperación preguntó: —¿Estás bien?

—No.

Tuve que contarle dos veces lo que había pasado. Atropellé mucho las palabras, y en todo momento me pedía calma, porque no entendía.

—Daniel... no sé qué hacer. Ya no sé dónde buscar —dije, desesperada.

—i*¡Te voy a ayudar a buscarlo!*



CAPÍTULO 30

CAPÍTULO 30

«Tenemos dos opciones en la vida: seguir adelante o sucumbir...»

LUIZA GOULART

—¡Voy a entrar de vacaciones, pero, ¿sabes qué? Mañana mismo voy a presentar la dimisión!

—¡¡No lo harás! —replicó Daniel al instante—. No tienes la culpa de nada. Aunque el dueño de la empresa mencionara tu nombre, no fuiste tú quien se lo reveló. Y otra cosa, mejor enfriar la

cabeza, si esto fue televisado, las implicaciones recaerán todas sobre ese tal Luigi. Victor Hugo no se perdonaría que dimitieras por haberlo defendido. Aprendí algo muy importante en este sector: ¡Nunca hagas nada en caliente!

Estaba en el coche de Daniel; fuimos a los lugares donde pensé que podría encontrar a mi jefe, pero no lo vi por ningún lado.

Recorrimos buena parte de la ciudad durante algunas horas, y no vimos rastro de Victor Hugo; incluso volví a su casa y nada. Toqué el timbre de la vecina, y me dijo que mi jefe entró en la casa, pero salió rápidamente en su coche.

—Dentro de poco va a oscurecer, Luiza. Si crees que puede estar en otro sitio, mejor que lo recuerdes ahora. Con la noche va a ser más complicado encontrarlo.

Cerré los ojos y me estiré en el asiento del copiloto.

¿Adónde podría ir si estaba enfadado con la vida y...?

Me paralicé mirando a Daniel.

—Ahora me estás asustando mirándome así.

—¡Madre mía!

—¿Qué pasa?

—Espero estar equivocada, pero tenemos que ir inmediatamente a la colina de las arañas.

Como nos pillaba de paso, pasé por mi casa. Me cambié de ropa volando, y cogí las primeras zapatillas que vi por delante. Yendo con tacones perdería mucho tiempo, y Daniel no conoce el lugar exacto que Victor Hugo me mostró.

—Tenemos que llegar rápido. Algunos puntos de esa colina, a oscuras, son imposibles de ver, y allí es bastante peligroso —dijo.

—¡Vamos! ¡Pisa ese acelerador y ve lo más rápido que puedas!



Daniel se tomó en serio mi frase, y no tardamos nada en estar en *la colina de las arañas*. Miré mi reloj de pulsera y ya pasaba de las cinco. No teníamos mucho tiempo.

—¿A qué lugar de la colina vamos ahora?

—Allí —apunté la dirección y luego miré su ropa—. Si quieres voy sola, puedes estropear tu bermuda...

—¡Me da igual la bermuda! ¡Vamos!

Asentí y seguí por el sendero que hicimos días atrás. Con cuidado hice el camino, intentando recordar cada detalle y no equivocarme por dónde pasamos.

—¿Estás segura de que es por aquí, Luiza? —preguntó Daniel.

—Sí, es un poco *más arriba.*

Aquí es un punto un tanto peligroso. No me sentía bien arrastrando a Daniel hasta acá, pero él mismo quiso venir.

Después de caminar un poco más, vi a algunos metros el lugar que Victor Hugo me había enseñado.

Seguí adelante en el sendero, y tuve cierta dificultad tras subir una gran roca. Daniel me ayudó, y ahora estábamos lado a lado avanzando juntos.

Miré hacia arriba, y no solo el tiempo estaba cambiando, sino que también caía la noche. Después de pasar por algunas rocas, vi que llegaba, y después de prácticamente escalar una de ellas...

¡Victor Hugo estaba aquí...!

Miré al lado, y Daniel veía la misma imagen que yo.

—Mejor ve sola. Yo me quedo aquí, no voy a ayudar en nada yendo contigo ahora.

Asentí.

—Gracias, Daniel.

—*¡No pierdas tiempo agradeciéndomelo, ve ya!*

Rápidamente hice lo que dijo.

Cuando me acerqué, vi que Victor Hugo estaba justo al límite de uno de los pequeños desniveles de la colina. En ese momento estaba a pocos metros de él.

Después de erguir la postura, pude observarlo mejor y sentí escalofríos intensos por todo el cuerpo. Victor Hugo estaba descalzo, pero aún con la ropa social que vi esta mañana en la empresa. Tenía las manos en los bolsillos y miraba al frente, como si estuviera en un dilema. Me dio miedo hasta decir algo, porque podría asustarse y...

Aparté ese pensamiento. Estoy paranoica y verlo en esa posición me está poniendo un poco más tensa; aun así, tenía que hacer algo.

—Victor Hugo... —dije bajito, y lentamente se volvió hacia mí.

Vi vacilación y sorpresa en su cara, pero ahora que veía su rostro por completo no vi irritación alguna, ni siquiera rastros de que hubiera estado llorando.

—¿Qué haces aquí? —preguntó y di un paso hacia adelante.

—Pensé que estarías aquí, y... tengo que explicarte algunas cosas.

—No tienes que explicarme nada, Luiza. *Lo que estoy a punto de hacer tiene una gran parte tuya.*

No me podía creer que estuviera considerando tirarse de la colina por mi culpa...

VICTOR HUGO

Estaba parada allí, mirándome con enorme tristeza y preocupación.

Luiza parecía querer decir algo, pero se quedó callada tras mi última frase. Aún no entiende que necesitaba estar aquí hoy. Ahora.

—Victor Hugo... no lo hagas, por favor —empezó a sollozar y llorar a continuación—. Sé lo que estás pasando, entiendo el motivo de tu dolor, pero por favor... yo estoy aquí. Voy a ayudarte, sal de ahí, ¡por el amor de Dios! —suplicó.

—Luiza, lo que estás viendo...

—¡*¡No quiero que te quites la vida*! —bramó, y vi las lágrimas brotando de sus ojos—. Tú mismo me dijiste hace unos días que tenemos que ser intensos, aprovechar la vida, ya que no todos tienen esa oportunidad. Fuiste tú quien lo dijo —añadió bajito.

—Sí, lo dije.

—Entonces... no me mates poco a poco. —Otra lágrima rebelde cayó de sus ojos—. Me he encariñado contigo de tal manera que siento tus dolores. Verte bebiendo, luchando contra algo invisible y sin vencer me mata por dentro. Quiero mucho ayudarte, pero tienes que luchar, ser fuerte, porque... soy consciente de lo que puede pasar en tu cabeza si no enfrentas ese dolor. Así que... por favor, ven aquí. Sal de ese acantilado.

Sonreí.

Luiza Goulart... una de las pocas personas que me ha confrontado me está diciendo cosas tan profundas y, además, revelando sus sentimientos.

—Tengo que hacer algo antes, Luiza —di un paso al frente y me coloqué en el límite de aquella elevación.

—¡No! —oí su grito, y me alarmé—. ¡Para! Te quiero, ¡para con esto! Por favor... —se arrodilló, y de nuevo empezó a llorar.

Esto era injusto con ella.

Estoy siendo un hombre muy injusto en este momento, pensando solo en mí. Ella merece saber el motivo por el que estoy exactamente en este lugar ahora.

—¡Yo también te quiero! Más de lo que imaginas, y por más que pensara por un momento que le habías revelado mi secreto a Luigi, vi que aquello no tenía sentido alguno; era él quien me estaba investigando. No eres culpable de nada, Luiza. No lo pienses ni por un segundo.

—Entonces, ¿por qué estás haciendo esto? ¿Por qué... *matarte*? —preguntó, aún llorando.

—No vine a matarme... —Saqué del bolsillo la nota que me acompañaba al ser abandonado—. *¡Vine aquí precisamente para liberarme!*

Luiza fijó los ojos en los míos y vi algo distinto naciendo allí: *¡esperanza*!

—Después de varios años vi que la fuente de todos mis miedos y recelos venía de esta nota. El inicio de todo. Todos los días me acuerdo de esta *mierda*, y después todo se convierte en una bola de nieve, y... creo que sabes el final de esta historia.

—¿Y qué vas a hacer?

—Voy a sacar de mi vida este trozo de papel que tanto mal me hizo, y espero que a partir de hoy sea un hombre nuevo.

Miré ese papel, y de nuevo todo aquel dolor del pasado volvió a aflorar.

Soy un hombre falible, y lo sé. En un sinfín de veces dejé de luchar contra mis miedos y me entregué. Pensé que solo el hecho de

perder a los niños a los que me había apegado tanto me dejaba por los suelos, pero no, hay más capas y este papel es una de ellas.

Todos los días reflexiono sobre la nota que mis padres dejaron encima de mí cuando me abandonaron. Me siento una basura al pensar que fui abandonado como cualquier persona por estar enfermo.

En el fondo, estoy cansado de poner excusas para haberme convertido en un hombre amargado; ahora quiero seguir mirando hacia adelante, y necesito liberarme del pasado.

—Si quieres ser un hombre nuevo, *¡libérate*! —dijo Luiza con determinación.

Miré aquel papel arrugado. No debería pasar de un papel, pero por desgracia se apoderó de mi cuerpo de una forma que no puedo explicar.

Cerré los ojos.

¡Voy a convertirme en un hombre nuevo!

No titubeé, y simplemente lo tiré.

Lo vi perdiéndose en aquella inmensidad verde, y aquello me alivió. También hice una petición: que todo el dolor, todo el sufrimiento, toda la angustia que un día se apoderó de mi cuerpo se disipara. Realmente quería que una parte de mi pasado se borrara, y sentí en el corazón que debía hacer eso. Dar el primer paso.

Por un breve momento cerré los ojos, respirando hondo. Claramente me sentía mejor, pero todavía necesito liberarme de otros vicios.

A continuación, tuve cuidado y salí del extremo donde me encontraba, yendo hacia aquella mujer que sacudía mis estructuras. Mi Luiza.

Ni siquiera tuve tiempo de decir nada, y cuando vio que no estaba en peligro, se levantó y me abrazó fuerte, como si nunca me

fuera a soltar. Creo que no merezco a una mujer como ella, pero voy a demostrar día tras día que seré el hombre adecuado para ella.

—¿Lo que me has dicho es verdad? —balbuceó, todavía con los ojos llorosos.

—¡Todo! Sobre todo la parte en la que te quiero —le toqué el cabello, y al momento cerró los ojos, rozando su mano con la mía.

—Entonces... ¿estamos bien el uno con el otro? —preguntó, vacilante.

—¡Creo que nunca hemos estado mejor! —le pasé el pulgar por la cara, admirando a la preciosa mujer que tenía delante—. Quiero que sepas algo.

—¿Qué?

—A partir de hoy voy a tratarme. Mi vicio con la bebida no se va a curar de un día para otro. Este fue el primer paso, y espero que estés conmigo en los siguientes.

—Haré lo que esté a mi alcance para ayudarte.

—De eso tengo la certeza, *preciosa* —le besé la frente y al momento me abrazó.

Nunca sentí por alguien lo que estoy experimentando por Luiza ahora.

Ni en mis mejores sueños creí ser capaz de tener un sentimiento tan fuerte por alguien. Lo que ha provocado en mí no lo sé, pero no voy a decepcionarla.

¡Nunca más!

—Sabes... estoy lejos de ser una mujer perfecta, pero ¡desde lo más profundo de mi corazón seré perfecta para ti!



CAPÍTULO 31

CAPÍTULO 31

«Cuando el amor llama, hay que entregarse...»

VICTOR HUGO

Después de bajar una parte de *la colina de las arañas*, vi una figura conocida esperándonos.

—¿Qué tal, Falcão?

Durante un rato no dijo nada, solo me miró con curiosidad, alternando su atención entre Luiza y yo.

—¿Qué *estabas* haciendo ahí? —preguntó con cierta impaciencia.

—Liberándome —le besé la frente a Luiza, y parece que ese gesto junto con mis palabras hicieron que su cara se suavizara.

—¿Entonces no viniste para...?

—¿*Tirarme*? ¡No! Vi que está un poco alto, ¿sabes? Tuve miedo —guiñé un ojo y me llevé un buen cachete de Luiza.

—¡Las bromas tienen un límite! Salgamos de aquí que *está* oscureciendo.

Recorrimos el sendero con cuidado, y cuando me di cuenta ya estábamos subiendo a su coche, saliendo de la colina.

—Era necesario, Daniel —dije en automático, sin hacer ningún tipo de broma—. Tengo que dar un paso cada vez, y este fue el primero. El segundo es dejar de beber, y el tercero hacer terapia, cualquier cosa que me ayude a estar estable.

—Luiza me contó que en la presentación de hoy te mareaste y caíste, pero que no parecías estar borracho.

—Sí. Me tomé algunos medicamentos por mi cuenta. Mezclé *Diazepam* con otro y creo que el efecto secundario me dejó...

—Confundido. Eso se llama vértigo.

—Sí, debe ser. No bebo desde que fui a tu casa —sonreí a Luiza, que me devolvió la sonrisa.

—Entonces ya vas por buen camino.

Después de que Daniel arrancara el coche, fuimos a casa de Luiza, a petición suya.

No hablamos mucho, pero intercambiamos algunas palabras entre nosotros. Daniel por lo visto sigue siendo un hombre serio la mayor parte del tiempo, y si realmente un día llegamos a ser amigos, le voy a tocar las narices, con respeto.

O no...

Tras llegar, Luiza y yo bajamos del coche, y me volví hacia mi eterno rival.

—Gracias por ayudarla a encontrarme, Daniel.

—No tienes que dármelas. Los dos: *cuidaos*. Por favor, mantenedme al día de tu progreso —dijo esa última frase y al momento su coche arrancó, sin darme derecho a respuesta.

—Aparentemente a Daniel Falcão le caigo bien. Poco, pero le caigo —siseé.

—Está al principio, pero al parecer sí te está dando una oportunidad. Creo que se identifica con tu pasado, más de lo que crees.

Después de entrar, fue inmediatamente a contestar una llamada.

Por la forma en que hablaba, vi que su charla era con Renata, y el tema era yo, *para* variar.

Después de colgar, se sentó en el sofá, analizándome.

—Mi *muñequita* estaba *muy* preocupada por ti, me llamó varias veces para saber si te había encontrado.

—Sabes, me cae muy bien.

—A mí también. Pero... —Luiza esbozó una pequeña sonrisa —. Me insultó bastante por no devolverle la llamada mientras estaba en el coche contigo. Esa es Renata, lo quiere todo para ayer y no consigue esperar.

Sonreí.

No estoy acostumbrado a convivir con personas que se preocupen por mí. Antes de volver a *Florianópolis*, sabía que mis padres tenían ese sentimiento por mí, y también los niños que ayudé a lo largo de los años.

Ahora es distinto. Tengo más personas a mi alrededor, y eso me está ayudando bastante. Ni hace falta decir que fue Luiza quien empezó este proceso. Abrió las puertas de mi corazón, literalmente.

Siempre escondí lo que sentía, y me guardaba todos los dolores que acumulé en mi camino, pero ahora siento que voy por el buen camino para hacer nuevas amistades, y de cierto modo olvidar una parte de mis traumas.

—Estás muy pensativa —dije, y apartó los ojos de los míos.

—Estaba hablando con Daniel, y estoy planteándome presentar la dimisión.

—Luiza, voy a decirte lo mismo que con seguridad te dijo él: *no tienes la culpa de lo que pasó.*

—¿Cómo lo sabes?

Sonreí.

—Sencillo, tenemos los mismos pensamientos, y estaba seguro de que diría lo mismo que yo. Cuando Luigi citó tu nombre, me cabreó bastante, y te culpé por todo al instante, pero después de enfriar la cabeza me di cuenta de que no le dirías algo tan personal. No culpo a Luigi, en su lugar yo también querría saber el motivo por el que la persona más importante sale antes de la empresa algunos días, pero la manera en que expuso aquello delante de todo el mundo, y también metiendo a los niños en medio de esa manera...

Respiré hondo. Eso sí que me irritaba profundamente.

Decir que ayudo a los niños por pena y decir que no soy un afortunado por luchar contra el cáncer y vencer me reventó la cabeza, y acabé tirándolo todo *por* los aires.

—¿Y te arrepientes?

—Ni un poco. Estoy cansado, Luiza. Llevo varios años desmotivado, sin ganas para nuevos desafíos, así que no voy a seguir dándole vueltas; voy a hacer ahora lo que me hace feliz.

—¿Y qué es lo que más te hace feliz?

—Estar al lado de los niños —sonreí, y su sonrisa reflejó la mía—. No sé qué puedo hacer además de ser voluntario, tengo mucho dinero guardado, puedo viajar, estar presente, qué sé yo.

—Es un gesto muy bonito.

—Y aún te tengo a ti —posé mi mano en su cara, admirando a la mujer increíble que tenía delante—. Mi mejor regalo está justo aquí, y voy a ser un hombre muy *tonto* si no valoro a esta mujer maravillosa.

—¿Soy tu regalo? —se mordió el labio inferior.

—Sí, Luiza.

LUIZA GOULART

Tener su cuerpo sobre el mío y sentir los efectos que me desbordan en el corazón al menor gesto que tiene conmigo me deja en las nubes.

—*Solo te quiero a ti*... —me besó la frente—. *Solo a ti...* —me pasó la lengua por el cuello—. *Siempre a ti...* —terminó tomando mis labios, y... ya no sabía nada más.

En este punto ya tenía miedo de perder a este hombre, estábamos involucrados de una manera tan intensa.

Nuestra ropa estaba en algún lugar del suelo ahora, y solo pensaba en lo buena que era la sensación de tenerlo dentro de mí.

—Te quiero, Luiza —dijo, y sin darme derecho a respuesta tocó mis labios. A continuación me acarició la cara—. Eres preciosa, fuerte, amiga. No sé si merezco a alguien así.

De nuevo tomó mi boca, y al momento lo acuné en mi cuerpo, sin quererlo lejos de mí ni un segundo.

No pensé que un sentimiento creciera tanto en un periodo tan corto, pero me gusta que me sorprendan, y ahora me sorprendo perdidamente enamorada de este hombre.

—Solo quédate conmigo...

—Lo voy a hacer, ¡yo también te quiero! —hundí la lengua en su boca, y mientras se movía dentro de mí, intenté olvidarlo todo y centrarme solo en aquel hombre que me convirtió en una mejor versión de mí misma.

Victor Hugo me mostró un mundo nuevo, y aprendí mucho con sus actitudes. Nunca fui tocada de esta forma por ningún hombre, y en realidad jamás me permití experimentar tal sensación.

Lo que estoy intentando decir desesperadamente es que ¡estoy feliz! Eso desborda todo mi ser, y a cada gesto me siento mejor conmigo misma, y sé que en el fondo necesitamos a alguien que nos complete. Y yo encontré a mi pareja.

Ahora puedo afirmar con toda la certeza que creo en los nuevos comienzos...



CAPÍTULO 32

CAPÍTULO 32

«¿A quién no le gusta una reunioncita animada?»

LUIZA GOULART

Estoy ansiosa.

Hoy es sábado, pero toda la pandilla iba a estar reunida.

Sí, creo que estoy un poco emocionada por reunir a los dos *CEO* que hicieron de mi vida un infierno, junto con Beatriz y mi muñequita.

Si alguien hubiera dicho que esto pasaría más de una vez, le habría reído en la cara.

—¡Han llegado! —dijo Victor Hugo y al momento fue a recibirlos; al fin y al cabo la casa era suya.

Ayudé a mi hombre a hacer la limpieza antes de que vinieran. Parecía bastante animado, y aunque ahora está desempleado, no está parado, porque ahora está haciendo ejercicio, empezó la terapia esta semana, y dejó de beber.

Por ahora no ha habido ningún desliz, y lo estoy controlando bien de cerca.

Después de que Beatriz, Daniel y Renata pasaran por la puerta, fui al salón a saludarlos.

—Me ha gustado esto —dijo Daniel—. Es bien sencillo y tranquilo, al contrario del dueño que es bien complejo y aparatoso.

—También me caes bien tú, Daniel.

Lo que no ha cambiado entre los dos son las provocaciones constantes.

—Gracias por aceptar la invitación, y si veis alguna suciedad por la casa, culpad a este hombre —apunté a Victor Hugo—. ¡Él hizo la limpieza!

—¿Mi rival hizo la limpieza? ¿Perezoso como es? —apuntó Daniel.

—Mira, *Falcão*...

Las chicas me miraron y pusieron los ojos en blanco, y como si lo supieran, me acompañaron hacia la cocina.

—¡*¡Son dos niños*! —siseó Beatriz, ayudándome con los platos.

—Mi mentalidad es más madura que la suya —dijo Renata—. Creo que hasta la de Luiza lo es.

Puse mala cara y casi mandé a mi muñequita a paseo.

—Ya hemos entendido, *señorita demasiado adulta para su edad*, ahora ayúdame aquí.

Después de juntarnos, cogimos todo y lo llevamos al salón. Daniel y Victor Hugo estaban allí discutiendo, pero por lo visto el tema es deporte, porque involucra pelotas, y de eso no entiendo mucho. Dudo que estén hablando de sus pelotas...

En fin, todo estaba preparado, y podríamos cenar tranquilamente.

—*Anda*, deja eso. Los *Bulls* nunca estuvieron mejor, ¿tienes mierda en la cabeza, Daniel?

O quizá no...

—Chicos... la comida está lista.

Ambos se quedaron mirándose con la cara seria: *uno con los brazos cruzados y el otro con las manos en los bolsillos.*

—¡Esto está lejos de acabar, Victor Hugo!

—¡Apuesta lo que quieras, Falcão!

Después del fin de la discusión, pudimos comer y hablar tranquilamente.

Ahora el foco era Renata; el problema es que la respuesta a la pregunta que le hicieron fue un tanto arriesgada.

—*Ay*, bajita, es lógico que sepas quién es el mejor profesor. Y no me vengas diciendo *a* mí que es Falcão, ser fan suya es una cosa.

—Ya he dicho que no tengo preferidos —dijo, impasible.

—Soy yo, pero ella no lo va a decir, Victor Hugo. Estamos en tu casa, te respeta.

Empecé a reír y Beatriz hizo lo mismo.

—¡*Un cuerno*! Si no trabajara con Beatriz, diría la verdad.

—¡Eso me es indiferente! —Los miró a los dos con aire de superioridad, y no lo entendí bien—. La persona más poderosa aquí es Beatriz, después Luiza y yo, solo después... *los hombres*. Os quiero, mis profesores, sabedlo, pero ahora sois amos de casa. Dejad los temas de negocios para quien está en el sector.

Beatriz no se contuvo y soltó una carcajada, e incluso yo me descentré después de esa *puñalada* que les dio Renata a ambos.

—Mereces otro ascenso, Renata —dijo, y al momento ella sonrió.

—¿Has visto eso, Falcão? ¡Mira cómo nos tratan!

—Realmente, antes tenía más valor, ahora... son cosas así las que recibo en casa.

—¿Y el drama? *¿No exageras un poco?* —dijo Beatriz y Daniel se calló.

—Oí rumores de que estarías estudiando un tiempo para montar una empresa, ¿por qué aún no veo la *Daniel Falcão Entertainment* creada? —preguntó Victor Hugo.

—¡*¡Con ese nombre jamás la verás*! Pero sí, estoy estudiando algunos temas y creo que el año que viene voy a abrir mi propio negocio.

—¿Y por casualidad no necesitas un CEO? —guiñó un ojo nada discreto.

—¡Sí. Yo mismo!

—Puedo ser el dueño entonces, y tú mi CEO. No me importa. Pero si quieres contratarme, solo necesito salir antes algunos días y tener un horario flexible de trabajo.

Sonreí. Estos dos...

—Gracias por ofrecerte para el puesto, pero la respuesta es no.

—*Ah*, ahora me gusta la idea. Sería excelente volver a trabajar con una persona por debajo de mí en cuestión de inteligencia.

—¡Fue una pésima idea venir a tu casa!

—Pero como estás aquí, me vas a escuchar...

Y allá se fue el poco tiempo de paz que quedaba, porque les cayó la máscara de adulto y al momento volvieron a sus comportamientos habituales de niños mimados. Parecían más bien hermanos en realidad.

—¡Por eso estoy soltera! —Renata señaló a ambos, que volvieron a discutir—. ¡Soy capaz de matar a un hombre si me toca las narices! Yo siempre tengo que tener la razón al final.

—*Muñequita*. Eso es porque aún no has encontrado el amor verdadero. Nos volvemos un poco *tontas*, ¿no, Beatriz?

—Sí... —puso una carita de pobre—. No tenemos escapatoria.

—¡Por Dios! ¡Prefiero mi soltería!

—Beatriz... últimamente noto a Renata muy *para* abajo.

—Yo también —respondió.

—¿*Eh*?

—¿*¿Qué?* —preguntaron los dos hombres al mismo tiempo, y eso me sorprendió.

—Centraos en vuestra conversación, esto es asunto de mujeres —dijo Beatriz.

—Las casas de masajes son asunto de hombres —dijo Victor Hugo.

—Estoy de acuerdo —asintió Daniel.

—Como decía... seguid con vuestra discusión, estamos orientando a Renata.

—¡No! Ahora necesito a mis profesores a mi lado. Podéis entrar en el tema —sonrió de forma amable y los dos se entremiraron, pero se volvieron hacia ella con desdén.

—No fuiste capaz de decir quién era el mejor, así que apáñatelas sola —dijo Victor Hugo.

—¿Daniel...? —preguntó Renata, y enseguida él suspiró.

—Te quiero mucho, pero confío en tu potencial, eres demasiado lista, así que... resuélvelo con ellas.

Fue gracioso ver a los dos dejándola tirada.

—*Hombres*...

—¿Cuál era el tema del día...? —pregunté y Beatriz me lanzó una sonrisita maliciosa.



Mis invitados se quedaron aquí varias horas.

A pesar del constante enfrentamiento de mis *jefes*, al final fueron a ver un partido de baloncesto en la televisión.

—Nunca pensé que esto fuera a pasar —Beatriz señaló con la cabeza en su dirección, y Daniel se reía de algo que dijo su rival.

—¡A quién se lo dices! Sabiendo la historia de los dos también lo creía algo imposible, pero qué bien que las dos estábamos equivocadas.

—Solo necesitaban conocerse mejor. Estuvieron tan centrados en competir el uno con el otro que se olvidaron de lo que

realmente importa, y estoy contenta por este acercamiento.

—¡Yo también! —sonreí, y al momento miré a Victor Hugo burlándose de Daniel.

Tuve todos los motivos para odiar a los dos.

Daniel no era una flor de persona en *Argo's* y fue enérgico varias veces conmigo, casi haciéndome llorar en algunas ocasiones. Victor Hugo, por su parte, me irritaba casi todos los días con su pereza.

Es un buen duelo al final del día.

—¿Qué tanto tecleas en ese móvil, Renata? —preguntó Beatriz.

—¡Rechazando citas! Los hombres no saben oír la palabra *no*, y cuando abren mi *Instagram* y ven mis fotos se vuelven locos. Soy guapa, pero a veces cansa, ¿sabéis? —dijo y al momento empezamos a reír.

—Creo que andas demasiado con Luiza. Tu autoestima está *por las nubes.*

—*Ah*, siempre lo estuvo. Luiza también es así, pero ella es un poco...

—¡*Piénsate* bien lo que vas a decir, sino este móvil te va a volar en la cara, *mocosa*!

Renata sonrió y se acercó más abrazándome.

—Te quiero mucho, Luiza.

—¡Más vale! —dije, fingiendo estar seria, y al momento se apartó.

—Pero iba a decir que era un poco *tontita*. ¡Solo a veces!

Me levanté del sofá y fui detrás de la *criatura*, y ella corrió, porque no es tonta y sabía que se llevaría una zurra.

—¡*¡Quiero a dos mujeres*! —dijo Beatriz, divirtiéndose.

—¿Vamos, amor? No aguanto más a Victor Hugo mintiéndome a la cara. —Se levantó del sofá.

—*Anda*, vamos. Yo seré el mejor para la *Daniel Falcão Entertainment.* —Hizo lo mismo.

—Quiero al mejor, no al peor.

—Discutiremos los términos del contrato. Sé que vas a cambiar de opinión.

—¡Ni de coña!

—¡Convéncelo, Beatriz! Tu marido necesita salir más, despejarse la cabeza, hablar con alguien tan inteligente como él. Además, voy a sacarlo de casa, ¡sé lo coñazo que puede llegar a ser!

Mi amiga soltó una risita, volviéndose hacia su marido.

—Me parece una buena idea, amor.

—No me hagas pedir el divorcio, por favor —dijo y empezamos a reír.

Viendo a toda la gente feliz, me di cuenta de que necesitamos momentos así. La vida es demasiado corta para apegarnos al pasado; el presente es y siempre será el periodo más importante de nuestra vida...



CAPÍTULO 33

CAPÍTULO 33

«Es tiempo de recoger los frutos del pasado...»

LUIZA GOULART

6 MESES DESPUÉS

Los meses que siguieron *volaron*.

Muchas cosas cambiaron, y quieras o no me vi afectada por esos cambios.

La *GCR* casi quebró. La idea de Luigi de llamar a una emisora para televisar la reunión no fue buena, ya que se escaparon secretos, haciendo que el consejo se volviera contra él.

Y no fue solo ese el problema, ya que la credibilidad de la empresa se hundió cuando aquel vídeo se difundió por los cuatro rincones de Brasil. Pasamos de ser la empresa más rica de la comunidad autónoma a una empresa al borde de la quiebra. Las acciones cayeron casi un noventa por ciento, y ya preveía quedarme sin empleo.

Luigi no tuvo otra opción que vender *GCR* a *precio de saldo*, perdiendo varios millones por ello. Incluso el nombre cambió, ahora aquí se llama *MEG Turismo.*

Renan, el nuevo dueño, no quiso de ninguna manera que la gente asociara el nombre antiguo con él, e invirtió fuerte en publicidad informando de que ahora la empresa está bajo nueva dirección.

A mí particularmente no me afectó.

Conservé mi puesto, y creo que el noventa por ciento de la empresa también. El consejo, ni hace falta decir que fueron todos despedidos, y ahora los nuevos directores son las personas de confianza de Renan.

En cuanto al *CEO*, tengo un nuevo jefe. Se llama Olavo y tiene cincuenta y cinco años.

No tengo de qué quejarme. Olavo es un señor muy proactivo, y odia dejar trabajo acumulado. Como soy igual a él en eso, nos entendemos bien, y nuestro trabajo fluye.

Mi ex jefe ahora está bastante ocupado, más que cuando trabajaba aquí. Con ese tiempo libre, se centró más en el hospital de

la ciudad, y ahora pasa más tiempo con los niños; además, él y Daniel están estudiando un proyecto juntos.

Sí, eso mismo.

Su insistencia fue tan grande que el poderoso Daniel Falcão cedió, y por lo visto están pensando en abrir algo juntos. A mi *muñequita* ni siquiera le gustó la idea...

Ella ahora vive pegada a los dos cuando no está en la empresa, y está adquiriendo un conocimiento enorme solo con estar cerca de ellos. Hasta su humor *mejoró un poquito*...

Victor Hugo también dio un paso importante en su lucha contra el alcohol. Ahora está haciendo terapia, asistiendo a un grupo de *AA* y contando su historia a sus nuevos amigos. De vez en cuando me dice emocionado lo que está aprendiendo y cómo las otras personas de su grupo están superando el vicio. Veo claramente lo entusiasmado que está.

Y hablando de él, hoy es el cumpleaños de *mi hombre*...

—¿A Victor Hugo le gustan las sorpresas? —preguntó Beatriz, mientras colocaba los cubiertos y las servilletas de una de las mesas. Dijo que estaban torcidos, típica perfeccionista...

—Lo descubriremos dentro de poco.

—Solo no he entendido una cosa —apuntó, mirándome desconfiada—. ¿Por qué alquilar una finca de este tamaño para su cumpleaños? Pensé que sería restringido, y tú misma dijiste que Victor Hugo no tiene muchos amigos.

Como dijo, alquilamos una finca a las afueras de *Florianópolis* para esta pequeña fiesta. El dueño del lugar permitió traer hasta cien personas. Ya hay casi veinte confirmadas.

—Forma parte de la sorpresa.

—Luiza Goulart... ¿qué estás tramando?

—Cuando llegue el momento te lo contaré —guiñé un ojo.

Durante los minutos que siguieron trabajamos duro, no solo yo, sino también los otros invitados: Renata, Beatriz, Estela, Madalena, Letícia e incluso Olavo, el nuevo CEO de *MEG Turismo*.

Sí, yo misma invité a algunas personas de la empresa a esta fiesta sorpresa, y al final de ella descubriré si hice lo correcto.

—Estoy agotada —dijo Beatriz, sentándose.

—Yo también —Renata hizo coro.

Mi *muñequita* se empeñó en venir a ayudar. Sé que se hizo gran amiga de Victor Hugo, y eso me alegraba el corazón.

—Cambiando de tema, creo que has ahorrado mucho dinero de un tiempo a esta parte, *¿no,* Luiza? —preguntó Beatriz y sonreí.

—Tengo cien mil en la cuenta, amiga.

Beatriz me miró incrédula, casi abalanzándose sobre mí.

—Espera... eso lo tenías hace un año.

—Tuve que usar buena parte del dinero para... *cosas mayores.*

—¿Qué cosas?

—Es secreto.

—*Luiza Goulart...*

—Quizá hoy lo descubras —parpadeé—. Nunca se sabe...

—*Estoy* con miedo de lo que hayas hecho.

—No te preocupes, al final todo sale bien.

VICTOR HUGO

—¿Adónde me llevas? ¿Esto es un secuestro? ¿Tengo que gritar? —dije, divirtiéndome y mi rival puso mala cara.

—Creo que te haces una idea, pero no puedo estropearlo todo.

—Por lo visto me han hecho una fiesta sorpresa.

Daniel me miró de reojo y asintió afirmativamente.

—Acabas de estropearlo todo, Daniel.

—Yo no. Tú acertaste y yo lo confirmé, así que qué tal si al llegar finges sorpresa, abrazas a todo el mundo y dices que no te esperabas este gesto.

—No soy muy bueno fingiendo.

—Verdad. ¡Eres excelente! —dijo y lo miré, sonriendo a continuación.

El trayecto no fue tan largo, y cuando me di cuenta habíamos llegado a una preciosa finca.

¡La hostia!

—También creo que no merecía tanto, pero Luiza se empeñó —se mofó, pero esbocé una amplia sonrisa al recordarla.

¿En qué momento de mi vida podría siquiera pensar que una mujer me bastaría? Y más: cuándo pensé que amaría a alguien como amo a mi *preciosa*.

Bajamos del coche, y nos dirigimos por un camino sinuoso, bajando algunas escaleras, y al poco llegamos a un enorme salón. En él había un escenario enorme, y un sinfín de mesas dispuestas en el mismo.

—No lo olvides, finge demencia.

Sonreí.

—Prometo intentarlo.

Después de doblar el último pasillo para por fin tener acceso al salón, vi enseguida algunas caritas conocidas, y todos me analizaban felices. Creo que debe haber unas veinticinco personas aquí, y buena parte de ellas trabajaba conmigo en la antigua *GCR*. Por lo visto no soy tan odiado, o Luiza es muy persuasiva. Y hablando de ella...

Después de que Daniel y yo entráramos en el salón, vino hacia mí y me dio un abrazo apretado.

—Feliz cumpleaños, *adefesio*.

—Gracias, *preciosa* —pasé mi pulgar sobre su mejilla y cerró los ojos.

—¿Qué tal? —apuntó al salón, y miré aquella preciosa decoración a mi alrededor.

—Me ha gustado mucho. Creo que ya lo sabes, pero nadie me hizo un cumpleaños así. Por lo general evitaba trabajar en mi cumpleaños.

—Eso va a cambiar. Acostúmbrate. Te haré varias fiestas sorpresa.

—Que de sorpresa no tienen nada, ¿no? —provoqué—. Yo sabía lo que iba a pasar aquí.

—*Ah, ¿sí? ¿Estás* diciéndome que sospechaste de todo? —Cruzó los brazos, mirándome.

—Sí.

—Vamos a descubrirlo ahora —dijo, dirigiendo su atención a Renata y Beatriz, que salieron del salón.

No entendí mucho.

—Disculpa, *permíteme*. Aún falta una cosita...

Dicho esto, simplemente subió al escenario y cogió un micrófono.

—Primero quiero agradecer a todas las personas que han venido a celebrar el cumpleaños de Victor Hugo. Sé que buena parte de vosotros visteis que fue un hombre *bipolar* en la empresa, a veces no hablaba con nadie, en algunos momentos sonreía a los empleados sin más, traía la guitarra y empezaba a cantar, en fin... sabed que estoy intentando mejorar ese lado suyo.

La gente no se contuvo y empezó a reír.

—Pero... ahora hablando en serio, me empeñé en que estuvierais todos aquí —su cara se puso bien seria—. Mucha gente me preguntó por qué alquilé una finca tan grande, si no iba a venir mucha gente. En realidad, lo que necesitaba era un lugar más grande, porque por desgracia debo pagar una buena multa por exceder el límite de cien personas del local.

De reojo miré alrededor, y tuve la certeza de que no había ni treinta personas aquí.

—Así que lo que quiero decir es que me sentí en la obligación de traer también a las personas que marcaron su vida de algún modo, y viceversa —me miró, emocionada—. Espero que te guste.

Cuando terminó la frase, algo se me ocurrió, pero no podía ser posible. Yo...

Mis pensamientos se interrumpieron cuando vi un sinfín de personas bajando por la escalera del lado contrario donde estaba y dirigiéndose al escenario. Aquellas caras...

No me puedo creer lo que estoy viendo, y cuando por fin descubrí de qué se trataba, me llevé las dos manos a la cara y empecé a llorar durante un buen rato.

—Victor Hugo... —Una voz dulce dijo al micrófono, y vi al instante que era Melissa quien estaba allí en el escenario, junto con

las otras personas—. Quiero agradecerte por todo lo que hiciste por mí en *Belo Horizonte*. En aquella época, cuando tenía ocho años, era una niña triste y débil, vivía enfadada y estaba entregada, pero después de que te hicieras voluntario en el hospital y te empeñaras en jugar conmigo y hablar de temas que me gustaban, empecé a intentar de algún modo superar el cáncer. No voy a mentir, me puse muy triste cuando dejaste la ciudad, pero por más pequeña que fuera, sabía que ayudarías a más niños allá donde estuvieras, y continué mi batalla. Ni puedo decir lo contenta que me puse cuando Luiza se puso en contacto conmigo para decirme que iba a hacerte una sorpresa, y me puse aún más contenta cuando me dijo que traería al máximo de personas que pasaron lo mismo que yo para decir una cosa... —Hizo una pequeña pausa y miró a todos.

—¡Hemos vencido al cáncer!

Todos los que estaban en el escenario lo dijeron al mismo tiempo y... no sé expresar en palabras lo que estoy sintiendo ahora. Tengo ganas de llorar un poco más, pero al mismo tiempo estoy tan feliz que no sé qué decir.

—Queremos darte las gracias por todo lo que hiciste por nosotros. Ahora tengo dieciocho años y vencí esta batalla hace cuatro años. Gracias por ayudarnos.

Después de decir eso, todos bajaron del escenario y vinieron hacia mí.

Siempre me cuestioné si tenía un buen corazón, ya que no me importaba mucha gente, pero la felicidad que estoy sintiendo al ver estas caritas es... *indescriptible.*

Por más que hayan pasado varios años desde que ayudé a algunos de estos niños, y algunos sean adultos ahora, recuerdo cada uno de sus rasgos. No tengo palabras para esto.

¿Sabéis cuándo queréis que el tiempo se congele? Yo me sentía así. No quería dejarlos, necesitaba oír la historia de vida de

cada uno de los niños a los que pude ayudar de algún modo en el pasado.

Los abracé a todos, y me emocioné en cada abrazo. Nunca podría haber esperado que este pudiera ser el mejor día de mi vida, pero es de lejos el mejor de todos...

LUIZA GOULART

Creo que estaba tan emocionada como Victor Hugo al ver esta preciosa escena ocurriendo justo delante de mí.

—No tienes que decirme nada, amiga. Ahora sé el motivo por el que tenías los cien mil en la cuenta —dijo Beatriz abrazándome a continuación.

—Lo sentí en mi corazón. No me arrepiento y lo haría de nuevo.

En total conseguí traer a setenta y ocho personas de los hospitales en los que Victor Hugo fue voluntario. Perdí muchas noches haciendo llamadas, hablando con familiares, preguntando si podían desplazarse, en fin, era necesario.

En realidad ni puedo usar la palabra *perdí noches*, porque en realidad fue lo contrario. Las gané.

Victor Hugo ahora estaba con sus padres, y les presentaba a aquella multitud de personas. Vi lo contentos que estaban Ana Maria y Sérgio de compartir ese momento especial de su hijo. Creo que todos los presentes.

Mientras la gente hablaba con sus padres, vi que me miraba, y al momento se acercó más.

Quedamos cara a cara, pero no nos dijimos una palabra durante bastante tiempo.

—¿Por qué hiciste esto? —se acercó muy cerca de mí, aún emocionado.

—Lo hice porque te quiero. Tú ayudaste a todas estas personas cuando eran niños, y están vivas. El mundo es cruel, lo sé. Pero quiero que veas el bien que has hecho a lo largo del tiempo. Y... quería que los niños te reencontraran también.

Victor Hugo sacudió la cabeza en negación, y a continuación me sujetó la cara con las dos manos.

—¿Qué he hecho para merecer a una persona como tú, dime?

—No lo sé. Yo...

—Espera, déjame hablar ahora —analizó mis ojos, aún emocionado—. ¡Hiciste todo por mí, Luiza! ¡Todo! Desde la primera vez que pasaste a entender un poco más mi historia, estuviste allí, siempre presente para ayudarme. Me sacaste de la calle cuando bebía demasiado, me metiste en el agua fría, intentaste entender lo que me pasaba... ¿y qué hice yo? Seguí *destrozando y destrozando* mi cuerpo.

—Victor...

—*Shh*. Déjame hablar —tocó mis labios—. No te quiero solo porque eres auténtica, preciosa y despistada.

Sonreí, cortada.

—Te quiero porque eres amiga y compañera, por más que no entiendas todo lo que se pasa por mi cabeza, estás ahí para ayudarme en todo lo que necesito. Tenía vergüenza, no voy a mentir. Por un tiempo me sentí tan superior a las personas con las que trabajaba que desde mi punto de vista estaban por debajo de mí, pero no. Era yo quien estaba en el hoyo, solo existiendo, hasta que te encontré. Despertaste lo mejor en mí, me hiciste ver lo buena que puede ser la vida, que las pérdidas van a ocurrir y no podemos hacer nada cuando eso pasa. Luiza... —me sujetó las manos,

emocionado—. Prometo convertirme en una mejor versión de mí mismo, y voy a estar aquí siempre que lo necesites, seré tu hombre, y espero que seas mi mujer.

—Esto... ¿es una petición de noviazgo?

—Definitivamente lo es.

Sonreí, maravillada.

Nunca pensé que aceptaría la petición de noviazgo de ningún hombre, porque...

—Entonces... —hice un suspense—. Acepto. Pero solo porque insististe —dije, y al momento me cogió en brazos, girándome.

—Te quiero, *adefesio*.

—No más que yo, *preciosa*.

Es difícil medir la propia felicidad, pero si pudiera tendría la certeza de que mi cuerpo estaría inundado de ese sentimiento.

Victor Hugo no se quedó mucho conmigo ese día, y ya sabía que eso pasaría. Las personas que vinieron se quedarían aquí solo hoy, y él claramente quería recuperar el tiempo perdido.

Mi hombre estuvo saltando de mesa en mesa durante las horas que siguieron. Lo vi emocionado varias veces, lloró en algunas ocasiones, rio la mayor parte del tiempo, y yo solo podía ver lo bien que esta visita les sentó a todos los involucrados.

—Perdona por llamarte *tontita* algunas veces. Has evolucionado, amiga —vino Renata a mi lado y al momento la abracé.

—Y perdóname por pensar que cada vez que te veo te haces un poco más pequeña, *muñequita*... —dije, y puso mala cara.

—*¿¿Cómo dices?*

—Ven aquí, monada.

—¡No! —alzó la barbilla—. Voy a quedarme con mis amigos de verdad. —Se alejó, pero de reojo la vi sonriendo.

Renata, Renata, Renata...

Cuando el amor te pille, estás bien jodida...



EPÍLOGO

EPÍLOGO

«Una nueva historia se aproxima...»

LUIZA GOULART

2 AÑOS DESPUÉS

Los dos años que siguieron fueron mágicos en varios sentidos.

Yo, junto con *la pandilla del jaleo,* estábamos en una fiesta, y dicha fiesta era de *Argo's,* la empresa en la que Beatriz es *CEO*.

Y hablando de mi amiga, la vi caminando con cierta dificultad en mi dirección, con una pequeña expresión de dolor.

—Nunca pensé que esta barriga iba a ponerse tan grande —dijo, y al momento se la acaricié. Está de ocho meses.

—No me creo que sigas trabajando —bufé, contrariada.

—Es difícil estar sin una rutina, amiga. Pero voy a tener que ausentarme.

—Me parece bien.

—Tengo que hacer un comunicado, por cierto.

La miré desconfiada, y Victor Hugo me dio un abrazo por detrás, levantándome del suelo unos segundos.

—¿Ya te he dicho que *estás preciosa* con este vestidito?

Llevaba un vestido palabra de honor con pequeñas flores, ajustado por la parte de arriba, pero con vuelo en la parte de abajo. *Es* cierto que escogí justamente este para poder dejar el cuello a la vista, ya que a Victor Hugo le gustaba besarme *ahí*.

—Eso es una redundancia, *soy* preciosa.

Estuvimos hablando de algunos asuntos, y mi *muñequita* se acercó a nosotros enseguida, mirándome desconfiada.

—Amiga, ¿no te cansas de cambiar el color del cabello? Ya estás rubia otra vez... —preguntó Renata, y al momento puse cara seria.

—Chicos... entended una cosa: independientemente del cabello, de la ropa, o lo que sea, ¡soy simplemente la mujer más guapa del planeta! Yo solo me adapto al medio.

Sí, mi autoestima sigue alta, y solo aumenta conforme pasan los años.

—Lo que sea... —Lanzó el cabello al aire, y pude observar a mi muñequita, y... ¡vaya!

Lo que esta chica ha evolucionado en cuestión de belleza no está escrito...

En realidad, ya no puedo usar la palabra chica, porque se ha convertido en una mujerona. Morena clara, cabello rubio, las pequeñas pequitas en la cara, esas gafas...

Cualquier ropa que se pusiera le quedaba bien en el cuerpo, incluso ahora, con unos vaqueros ajustados con pequeños rasgados en el muslo, una bota militar sin tacón y una camiseta de tirantes blanca.

Yo me liaba y me casaba si fuera bi.

—Como tu hermano mayor, que sepas que tengo celos de ti —dijo Victor Hugo, y al momento ella hizo poses.

Y cuando hablamos de Renata, tenemos que hablar de otra persona, porque... ella está aquí. O mejor: *él*.

Diego...

Sigue trabajando en *Argo's*, y en este momento está lejos de nosotros, hablando con otros empleados. Supongo que habrá unas 250 personas aquí.

—¿Lista, amor? —Daniel abrazó a Beatriz por detrás, y a continuación plantó un beso en su barriga.

Aquello fue tierno, pero no, *¡no quiero hijos!*

Ser tía es suficiente para mí, y gracias a Dios, Victor Hugo está de acuerdo.

Pese al noviazgo, nuestra vida sigue normal. Vivimos en casas separadas, pero nos vemos casi todos los días. Confío en él, y él en mí, pero sabemos que somos personas que se cansan fácil de

muchas cosas, y no quiero correr el riesgo de cansarme de esa carita preciosa, y nada mejor que no estar las veinticuatro horas del día pegados, porque cuando estamos juntos... *somos como un chicle.*

Hablando de mi hombre, su evolución fue creciente.

La terapia lo está ayudando bastante, y se tomó literalmente en serio todo el proceso. Su cabeza está ocupada también, ya que él y Daniel abrieron una empresa de *coach* empresarial llamada *VD mentoring*. Y como visteis, son las iniciales de cada uno.

Entrenan grandes equipos o miembros de alto nivel para que tengan un mejor rendimiento, ya sea de manera aislada o en conjunto. Puedo decir con todas las letras que los dos se hicieron amigos, y por más que se pinchen a cada momento, cuando la cuestión es trabajo, ambos están comprometidos. Si me dijeran eso del antiguo Victor Hugo, no lo creería, pero es un hombre nuevo, una mejor versión de sí mismo.

Otro asunto que ocupa bastante su cabeza son sus viajes. Creo que el cumpleaños de hace dos años le dio nuevas ideas, y ahora se ha hecho voluntario en al menos cinco hospitales de la región, y alterna momentos entre quedarse aquí o viajar. Daniel y él tienen cronogramas muy bien hechos, y Victor Hugo lo consigue; además, hace visitas periódicas a los niños que se han curado. Siempre me dice que fue por mi causa que esta idea surgió en su mente, sobre todo al volver a verlos en su cumpleaños, así que en la medida de lo posible los visita cuando están celebrando sus cumpleaños.

—Te estaba esperando, Daniel, ¿dónde te has metido? —preguntó Beatriz, enérgica como siempre.

—*Ah*... —suspiró—. Diego vino a contarme *lo de siempre*.

—¿Qué es *lo de siempre*? —preguntó, y vi a Renata un poco más interesada en la conversación.

—Sus rupturas. Básicamente.

—¿Ha vuelto a romper? Ya llevaba dos años con esa chica —preguntó Beatriz.

—Sí. *Ella* rompió con él.

Renata seguía interesada en la conversación, pero como no va a hacer nada al respecto, es indiferente.

—Llego tarde a mi comunicado. ¡Vamos! —tiró de la mano del marido, y al momento caminamos algunos metros, acercándonos al escenario.

Después de unos minutos de espera, Beatriz cogió el micrófono.

—Buenas tardes a todos. Espero que estéis disfrutando de la fiesta. Tengo algunas cosas que decir...

—¿Por qué *está toda seria*, Renata?

—Uno de los motivos es que va a ausentarse; los otros los vas a descubrir —guiñó un ojo.

Misteriosa...

—Primero, es un orgullo inmenso formar parte de *Argo's,* considero a esta empresa una familia, y creo que sabéis que paso más tiempo en la oficina que en mi propia casa, pero eso va a cambiar. —Acarició la barriga, sonriendo—. Así que, como ya debéis saber, voy a ausentarme por tiempo indeterminado, y la dinámica de la empresa cambiará un poco. Voy a reubicar a algunas personas, y espero que sigáis ayudándome para que la empresa continúe por este camino de prosperidad.

Varias personas aplaudieron. La gente a nuestro alrededor parecía contenta, por más que ella fuera a ausentarse.

—Bueno, todavía tengo una cosa más que deciros. Busqué en el mercado un nombre para sustituirme. Estuve dos meses dándole vueltas a la cabeza, hasta hice algunas entrevistas porque había muchas personas cualificadas para ser *CEO* de *Argo's*, pero

después lo pensé bien, y... no necesitaba buscar mucho. Nada mejor que alguien de aquí dentro, que creció con la empresa, y se esforzó por perfeccionarse ante tantas dificultades que tuvimos. Así que, sin enrollarme más, os presento a la nueva *CEO* de *Argo's*: *Renata Alcântara*.

Miré al lado perpleja, y mi *muñequita* solo me guiñó un ojo, yendo hacia el escenario.

¡No me creo que fuera la última en saberlo!

Tengo pésimas amigas.

—Quería darle las gracias a Beatriz por la oportunidad. No esperaba que esto pudiera ocurrir tan rápido. Me consideraba muy joven para un puesto tan importante, pero ella me ayudó mucho dándome confianza y sé que haré mi trabajo de la mejor manera posible. Espero que podamos ser un equipo unido, y para lo que necesitéis podéis contar conmigo.

Renata fue ovacionada, incluso más que Beatriz cuando fue aplaudida. Parece que la gente aquí quiere mucho a mi muñequita, que ahora se ha convertido en una *muñequita poderosa.*

Después de que las dos bajaran del escenario, Renata vino enseguida hacia mí, sonriendo.

¡Falsa!

—*¿¿Tú...?* —la miré chocada.

—Yo ya lo sabía —dijo.

—¡No me creo que me lo hayas escondido!

—*Anda*, deja a Luiza en paz, mereces un abrazo —Victor Hugo la abrazó, y esta vez ella lo permitió. En el fondo estaba bastante feliz, y se lo merece, ya que lleva muchos años capacitándose.

—Tú y Daniel me ayudasteis bastante. Nunca voy a olvidar lo que me enseñasteis, y si ahora me he convertido en la CEO de

Argo's, fue por vuestras enseñanzas.

—No. Tu inteligencia y fuerza de voluntad fueron esenciales. De verdad, estoy muy orgulloso.

Mi día no estaba siendo nada convencional...

VICTOR HUGO

Vi a *aquel* hombre mirándome durante varios minutos mientras estaba abrazado a Luiza. Ni siquiera disimulaba.

—Voy a dar una vuelta.

—¿A dar una vuelta? —preguntó Luiza, desconfiada.

—Sí... a despejarme. Vuelvo enseguida.

Salí del radio de acción de ellos y fui adonde *él* estaba. Al acercarme le tendí la mano.

—Encantado, me llamo Victor Hugo.

—¡Sé quién eres! Y debería darte un puñetazo en la cara por estar abrazado a Luiza justo delante de Renata.

Diego...

Aquel teatro de hace años no fue tan buena cosa al final. Tengo que aclarar algunas cosas...

—Te estoy tendiendo la mano. ¿No vas a saludarme?

—¡*No*!

—*Ah*, hemos empezado con mal pie —me acerqué más y de forma abrupta envolví mi brazo derecho alrededor de su cuello. No entendió nada, y solo echó una miradita alrededor, pero estábamos solos.

—¿Estás loco o qué...? —preguntó y le di un apretoncito básico en el cuello.

—Es lo siguiente, *tío*... Aquel día fingí estar con Renata exclusivamente para darte celos. Nunca tuve nada con ella, en aquella época yo ya estaba con Luiza, *¿lo pillas*?

—¿Puedes soltarme el cuello? Me *estás* apretando...

—No. Escucha bien... —me acerqué más, fulminándolo con la mirada—. A Renata le gustas, y a juzgar por tus *celitos* aquel día y la forma en que la observaste aquí, tú también sientes algo por ella. Así que, como buen amigo, vine a darte un *avisito* básico. —Le solté el cuello, y me miró desconfiado—. Si ella no te gusta, mantente lejos de mi amiga; ahora, si sientes algo por la *bajita*... —me acerqué más y retrocedió—. Te sugiero que seas el mejor hombre posible para ella, porque si haces que aquella chica que *finge* tener el corazón de piedra llore... *yo* te voy a hacer llorar, y mucho. Iré tras de ti hasta el infierno si hace falta, ¡y no te va a gustar nada!

—¿Que yo haga llorar a Renata? Por lo visto no la conoces —se mofó.

—No, la conozco demasiado bien. ¡El mensaje queda dado!

Le di dos palmaditas en la cara y sonreí.

—¿Qué tal volver a la fiesta, *amiguete*?

LUIZA GOULART

Victor Hugo había desaparecido un rato, pero acababa de volver.

Estábamos él, yo, Beatriz, Daniel y Renata hablando, y a cada momento nos interrumpían, ya fuera por la gente felicitando a mi amiga, o deseándole suerte a Renata.

Renata es bien política, hay que recalcarlo. Sonríe cuando lo necesita, habla en los momentos necesarios, saca temas. Ella nació para esto...

De refilón vi una carita familiar acercándose. Los tatuajes solo crecen en los brazos de Diego, y su cuerpo también...

Que Victor Hugo no se entere de que me he fijado en eso.

Después de que se acercara, abrazó a Beatriz enseguida.

Sé que por causa de Daniel, la amistad entre ella y Diego creció bastante, y ella misma ya me dijo que confía ciegamente en él, y ni hace falta mencionar que Daniel piensa lo mismo, porque formaba parte de su equipo fijo.

—Espero que vuestro bebé nazca con salud, Beatriz —dijo sonriendo.

Disimuladamente miré al lado, y Renata ni parpadeaba, solo lo miraba con curiosidad.

—Gracias, Diego. —Se abrazaron, y después el propio Daniel hizo el mismo gesto, despeinándole el cabello con la mano a propósito.

Después... se volvió hacia Renata.

—¡Felicidades! Como Beatriz, también creo que harás un buen trabajo. ¡Mereciste el puesto!

—Gracias, Diego —dijo, política, sin expresar sentimiento alguno.

—Pues... creo que ya me voy. Hasta el lunes en la empresa, chicos. —Se dio la vuelta.

—¡*Espera*! —la voz de Renata se hizo presente, y todos miraron en su dirección—. Quiero proponer una cosa. —Cruzó los brazos, analizando a Diego, que se había vuelto hacia nosotros.

No es posible que el poder se le haya subido tan rápido a la cabeza...

—¿El qué? —preguntó, desconfiado.

—Una cita. Tú y yo.

¡JO-DER! No me creo que Renata haya hecho eso a cara descubierta y delante de todo el mundo...

—¿Una cita? Lo correcto sería que yo lo propusiera —dijo, sin creerse aún lo que ella dijo.

—No existe correcto o equivocado. Las mujeres pueden proponer citas, y lo estoy haciendo. ¿Y bien?

Miré a los lados y por lo que vi todos estaban sorprendidos, menos Victor Hugo. Daniel y Beatriz parecían estar impactados, pero solo se quedaron observando el desarrollo de la conversación.

—¡Está bien! —ajustó la postura.

—Recógeme mañana a las siete. No te retrases, de lo contrario perderás una oportunidad de oro de conocerme mejor, ¡y te adelanto que no habrá otra!

—Quiero saber una cosa antes: ¿por qué estás haciendo esto?

—Bueno... —se acercó más al hombre sonriendo, llena de sí misma—. Me gusta conquistar y no ser conquistada. Y cuando eso ocurra, voy a hacer que te pongas a cuatro patas por mí*. ¿Quieres apostar cuánto?*

FIN

¡Lee también!



Link: https://www.amazon.es/dp/B0H1JQVT45

Una noche. Un desconocido. Una promesa silenciosa de no volver a verse jamás. Diez años después, él entra en su despacho.

BEATRIZ FONSECA

Tenía dieciocho años cuando lo conocí en una playa de Florianópolis.

Sin nombres. Sin promesas. Sin preguntas.

Solo una mirada azul cargada de heridas que no supe descifrar, un beso que me cambió para siempre, y una frase susurrada antes de que desapareciera en la noche: «Gracias por salvarme.»

Nunca volví a verlo. Construí mi vida sin él — estudios, carrera, un puesto ganado con esfuerzo en la empresa de mi padre. Aprendí a no esperar a nadie.

Hasta que mi padre me presenta al nuevo director de Argo's.

Y es él.

Daniel Falcão. El mismo hombre. Los mismos ojos azules. Solo que ahora lleva un traje hecho a medida, dirige un imperio y arrastra una frialdad que quema más que cualquier palabra.

Me ha reconocido. Lo sé. Pero finge que soy una desconocida. Y no sé si quiero entender por qué.

DANIEL FALCÃO

Me convertí en el hombre que soy destruyendo todo aquello que pudiera hacerme vulnerable.

Sin amigos cercanos. Sin ataduras. Levanto empresas al borde del abismo, reescribo las reglas, me marcho antes de que alguien pueda acercarse demasiado.

Beatriz Fonseca era la única excepción que me había permitido. Una sola noche, hace diez años, cuando aún era un chico roto que no sabía cómo transformar el dolor en armadura.

Ahora es la hija de mi nuevo jefe. Y la mujer que cada mañana entra en mi despacho con esos ojos verdes y me recuerda exactamente por qué nunca debí volver a Florianópolis.

Mis reglas son claras: no mezclar trabajo y deseo. No dejar que el pasado vuelva a la superficie. No enamorarme.

Tres reglas. Estoy a punto de romperlas todas.

—No puedes mirarme así.

—¿Y cómo te estoy mirando?

—Como si me conocieras de toda la vida.

—Es que te conozco, Beatriz. Desde hace mucho más tiempo del que imaginas.

✓ **Segunda Oportunidad**

✓ **CEO Carismático e Inaccesible**

✓ **Él Se Enamora Primero**

✓ **Jefe / Empleada**

✓ **Tensión Sexual Extrema**

✓ **Héroe con Pasado Oscuro**

✓ **Slow Burn Intenso**

¡Lee también!



Link: https://www.amazon.es/dp/B0GX2XS3GT

Tenía una lista de reglas para no enamorarse. Él llegó y las rompió todas.

VICTORIA MEDEIROS

Llevo años viviendo en el único rincón de este barrio que no tiene precio de catálogo. Mi casa, mi tiendecita, mi vida sencilla. No necesito más.

Hasta que aparece él.

Rafael Moretti. CEO, modelo de revista, padre soltero y, a partir de ese momento, mi nuevo vecino. El tipo de hombre que entra en una habitación y hace que todo lo demás deje de importar. Con esos ojos verdes que parecen evaluarlo todo y esa sonrisa capaz de poner el mundo patas arriba.

Desde el primer día me irrita. Me provoca. Me desestabiliza. Y lo peor de todo: sabe exactamente el efecto que me causa.

Pero entonces le veo con su hijo. Le escucho reírse. Y empiezo a descubrir que detrás del CEO inalcanzable hay un hombre que también lucha, que también falla, que también tiene miedo de querer demasiado.

Y eso … eso es mucho más peligroso que su sonrisa.

RAFAEL MORETTI

Vine aquí a construir algo nuevo. Solo Bernardo y yo.

No vine a fijarme en la chica del moño torcido que me mira como si fuera a catalogarme en una lista y me lo pone difícil con cada palabra que dice. No vine a sonreír así, sin querer, cada vez que Pipoca — su golden retriever — decide que soy su nuevo mejor amigo.

Y, desde luego, no vine a sentir esto.

Victoria Medeiros no entra en ningún plan que tenía para mi vida. Es impredecible, descarada, imposible de ignorar. Me lleva la contraria en todo y, aun así, es la única persona capaz de hacerme olvidar el peso de lo que cargo.

Tengo un hijo. Tengo una empresa. Tengo demasiadas cosas que proteger. Pero cada vez que estoy cerca de ella, me pregunto si no estaré protegiendo demasiado las cosas equivocadas.

—Hay algo en ti que me irrita profundamente.

—Y hay algo en ti que me hace querer irritarte aún más.

✓ **Enemies to Lovers (de vecinos rivales a algo mucho más)**

✓ **CEO / Millonario**

✓ **Padre Soltero**

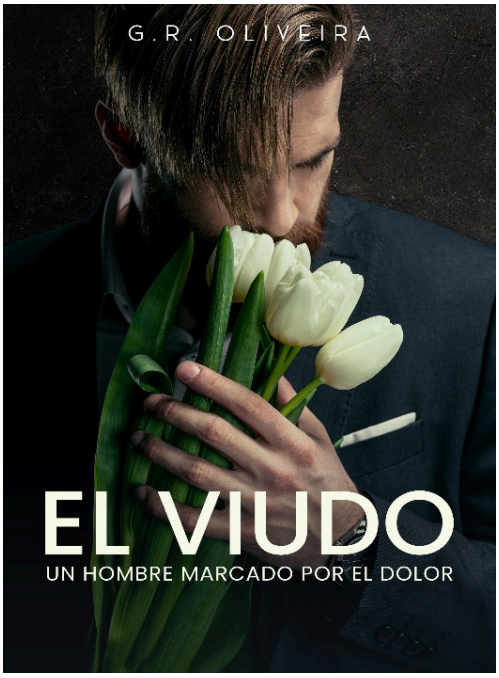
✓ **Protagonista Femenina Independiente**

✓ **Tensión Sexual y Verbal**

✓ **Slow Burn irresistible**

✓ **Humor y Corazón a partes iguales**

¡Lee también!



Link: https://www.amazon.es/dp/B0FGQGM8H1

¿Con qué ojos mirarías la vida si perdieras a tu esposa y a tu hija en un accidente de coche?

Colin Adams es un hombre marcado por uno de los mayores sufrimientos del mundo: el dolor de enterrar a un hijo.

Tras la gran tragedia que golpeó a su familia, decidió cerrarse por completo a todo y a todos. Ni siquiera Joshua, su único hijo vivo, consigue acercarse a él. Atormentado por la culpa día tras día, prefiere aislarse y descargar sobre las pocas personas que aún lo rodean todo el odio y el rencor acumulados en su pecho.

A pesar de ello, Colin vive en una gran mansión que necesita alguien que la administre, una tarea aparentemente imposible, ya que ha despedido a las últimas diez mujeres que lograron obtener el puesto.

Isabelle Campbell ha pasado por situaciones muy complicadas a pesar de su corta edad.

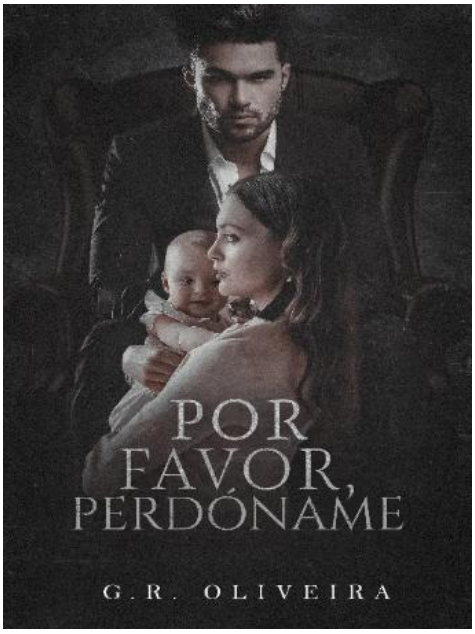
Madre soltera, lucha a diario para educar a su hija y apoyar económicamente a su madre. Por una jugada del destino, encuentra la oportunidad perfecta para solucionar sus problemas financieros: trabajar como ama de llaves en la mansión del arquitecto más famoso de Miami. Lo que no sabe desde el principio es que su nuevo jefe es un hombre arrogante, rudo y controlador, que hará hasta lo imposible para complicarle la vida en su trabajo.

En el fondo, Isabelle sabe perfectamente que Colin es un tirano, pero también un hombre atractivo y tan sexy como el pecado...

«Hay momentos en nuestras vidas en los que sentimos que todo se viene abajo, perdemos el suelo bajo nuestros pies y nos planteamos constantemente abandonar. Lo que nos cuesta mucho comprender es que siempre existe una luz en medio de la oscuridad y que depende únicamente de nosotros buscarla para cambiar nuestras vidas. Prepárate para una historia que llegará a tu corazón y que nos demuestra que el perdón es necesario y que lo imposible es cuestión de opinión.»

LIBRO AUTOCONCLUSIVO

¡Lee también!



Link: https://www.amazon.es/dp/B0FF2CWPVT

DIFERENCIA DE EDAD + JEFE/SECRETARIA + FAST BURN + PADRE SOLTERO + EMBARAZO INESPERADO

DIEGO BITTENCOURT

Durante mucho tiempo pensé que el poder y el dinero lo eran todo. Construí un imperio, hice enemigos y amigos en el mundo de los negocios, y todo eso me costó más de lo que estaba dispuesto a admitir. Cuando conocí a Maria Gabriela, vi en ella a una mujer que me desafiaba, que no se doblegaba ante mi poder. Y fue precisamente esa fuerza la que me atrajo y, al mismo tiempo, me llevó a comportarme como el monstruo que jamás pensé que sería. Lastimé a la mujer que amaba, y eso es un peso que cargo cada día. Mi historia no necesita un villano, porque yo mismo me convertí en él…

MARIA GABRIELA

Cuando acepté el empleo en Amacel Corporation, mi único objetivo era aprender y crecer profesionalmente. Tenía sueños, planes y toda una vida por delante. Pero me involucré emocionalmente con mi jefe, Diego Bittencourt, un hombre que, tras su encanto, escondía un lado frío y calculador. Lo que comenzó como una atracción irresistible se transformó en una pesadilla que me dejó marcada. Ser humillada, desacreditada y, además, tener que lidiar con un embarazo inesperado fue más de lo que imaginé poder soportar. Pero sobreviví, y ahora tendría mi venganza…

LIBRO AUTOCONCLUSIVO

FRAGMENTO:

«—¡Te lo voy a decir por última vez: usé preservativo!

—Los preservativos no son cien por cien efectivos, y…

—¡Escúchame bien, Maria Gabriela! Si vuelves a hablarme de una prueba de paternidad o de que ese hijo es mío, te aseguro que voy a convertir tu vida en un infierno, ¡y eso es algo que no querrás para ese bebé! Y a partir de ahora, no quiero volver a verte delante de mí, ¿me he explicado bien?

Tragué las lágrimas y le sostuve la mirada con firmeza.

—Será un placer no volver a ver tu cara nunca más, ¡imbécil!

Salí del salón dando pisotones, pero en el fondo sabía que algún día me vengaría. Ahora, después de sus palabras, estaba dispuesta a bajar hasta el infierno si hacía falta para demostrar que él era el padre de ese bebé, o yo ya no me llamaría Maria Gabriela Oliveira.»

¡Lee también!



Link: https://www.amazon.es/dp/B0GFTHB3GS

Ella fue el único error que nunca conseguí olvidar… y el único que estoy dispuesto a repetir.

Un romance de segundas oportunidades, venganza y un matrimonio por contrato.

Años atrás, la perdí.

No porque dejara de amarla, sino porque se marchó sin mirar atrás, llevándose consigo todo aquello que yo aún no sabía nombrar: amor, deseo y una herida que jamás terminó de cerrar.

Fue la única mujer capaz de romperme. El placer que se convirtió en adicción. La adicción que se transformó en ausencia. Y la ausencia que me convirtió en el hombre que soy hoy.

El hombre que ella conoció ya no existe. En su lugar, hay un CEO frío, poderoso y calculador, forjado por el dinero, la ambición y un pasado que me enseñó que nada en la vida es gratis.

Excepto ella.Ella siempre tuvo un precio más alto del que estaba dispuesto a pagar… hasta ahora.

Esta vez no habrá huida. No habrá decisiones fáciles ni sentimientos seguros. Solo una certeza inquebrantable: ella siempre fue mía. Y estoy dispuesto a enfrentarme al infierno entero para demostrarlo, incluso si para conseguirlo debo destruir todo lo que aún queda entre nosotros.

Incluye:

Romance con CEO • Second Chance • Diferencia de edad • Convivencia forzada • Hombre obsesivo y protector • Matrimonio por contrato

NOTA DEL AUTOR



NOTA DEL AUTOR

Espero que disfrutéis de la lectura y os divirtáis con esta nueva historia. Muchísimas gracias por la confianza.

Si te ha gustado la historia, valórala.

Tu valoración es muy importante para mí en este camino para intentar ofrecer momentos cada vez mejores a mis lectores, y me hace aprender un poco más con cada libro.

Muchísimas gracias a quienes le habéis dado una oportunidad a esta historia. ¡Espero que disfrutéis de las próximas!

INSTAGRAM

FACEBOOK